José Martí

OBRAS COMPLETAS – *Edición Crítica*



1882-1884

Estados Unidos (volumen 3)

19

CEM | Centro de Estudios Martianos

Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

CLACSO

 ISBN 959-7006-08-1 obra completa

Imagen de cubierta: detalles de *La ternura*, Ezequiel Sánchez, 2009. Colección privada de Arturo Suárez.

Centro de Estudios Martianos
Ministerio de Cultura
de la República de Cuba

Calzada 807, esquina a 4, El Vedado | 10400
La Habana, Cuba
Tel. [53 7] 836-4966/69 | Fax [53 7] 833-3721
<cem@josemarti.co.cu> | <www.josemarti.cu>

Equipo
Dr. Pedro Pablo Rodríguez (director general)
Lic. Aida Martín Fernández (directora editorial)
Dra. Carmen Suárez León (investigadora titular)
Dr. Rodolfo Sarracino Magriñat (investigador titular)
Dra. Marta Cruz Valdés (investigadora)
Msc. Marlene Vázquez Pérez (investigadora)
Lic. Yisel Bernardes Martínez (investigadora)
Lic. Lourdes Ocampo Andina (investigadora)
Lic. Niurka Alfonso Baños (editora)
Lic. Rubén Javier Pérez Bosquets (investigador)
Lic. Mariana Pérez Ruiz (adiestrada)
Lic. Miladis Cabrera Bess (asistente de dirección)
Marlén Santiesteban (operadora digital)

Desarrollo Libre de Aplicaciones
Luis Alberto Morera Fernández, Dayron Rámida Coll, Ariel Armas Ramos

CLACSO 50 AÑOS
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Estados Unidos 1168 | C1101AAX
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Tel. [54 11] 4304-9145 | Fax [54 11] 4305-0875
<clacsoinst@clacso.edu.ar> | <www.clacso.org>

Secretario Ejecutivo
Pablo Gentili

Directora Académica
Fernanda Saforcada

Coordinador Editorial
Lucas Sablich

Coordinador de Arte
Marcelo Giardino

Arte de Tapa
Jimena Zazas

Revisión Técnica de la Presente Edición
Gonzalo Mingorance

1884

La América

LOS PROPÓSITOS DE *LA AMÉRICA* BAJO SUS NUEVOS PROPIETARIOS

Entra *La América* con este número en nuevas manos, y en un nuevo período. Los Sres. E. Valiente & Co., que la fundaron, la acreditaron y lograron ponerla en campo aparte de esas fugaces publicaciones de anuncios, que hechas en todas las lenguas y por todos los medios, han venido a hacer trabajosa la existencia de un periódico serio de este género,—entregan *La América* a la asociación que se ha creado para ir haciendo de ella, con aquella lentitud y cuidado que la prudencia aconsejan, el auxiliar fidedigno de los productores de la América del Norte y de los compradores de la América del Sur,—el observador vigilante de los trascendentales y crecientes intereses de la América Latina en la América Sajona, el explicador de la mente de los Estados Unidos del Norte ante la mente de aquellos que son en espíritu, y serán algún día en forma, los Estados Unidos de la América del Sur; la respuesta a todas las preguntas importantes que sobre este país puedan hacerse los nuestros; el punto de reunión y cita, en suma, de los intereses y pensamientos de las dos Américas.

Ambicionar es; pero nada menos que eso es lo que se necesita.

La América, que a pesar de no haber sido hasta ahora más que una empresa embrionaria y como un periódico de retazos, por no permitirle más su estructura, tiene ya muchos amigos,—no puede ser aún lo que estos quieren que sea. Y está muy distante de ser lo que sus mismos editores desearían.

De unas tierras le piden que sea periódico exclusivamente literario. Hermoso sería un periódico de este género; pero los tiempos son graves, y acaso temibles, y ni un ápice menos que críticos. Se van levantando en el espacio, como inmensos y lentos fantasmas, los problemas vitales de América:—piden los tiempos algo más que fábricas de imaginación y urdimbres de belleza. Se puede ver en todos los rostros y en todos los países, como símbolos de la época, la vacilación y la angustia.—El mundo entero es hoy una inmensa pregunta.

De otras tierras desean que *La América* se convierta en el exponente serio, en el avisador prudente, en el explicador minucioso de las cuestiones fundamentales, y ya en punto de definición, que se presentan impacientes y dominantes a la América Española. Y escriben y tratan a *La América,* con afecto, con ternura a veces que ella agradece mucho, como si fuese ya lo que pudiera ser.

Pero hoy por hoy, por razones de cautela, de conservación y de origen, *La América* no será más que como el germen y la preparación de esto, en tanto que acentuará de una manera compendiosa y práctica, su carácter de periódico industrial y comercial, de lo que podría llamarse “periódico útil”.

Los países de la América del Sur, que carecen de instrumentos de labor y de métodos productores rápidos, experimentados y científicos, necesitan saber qué son, y cuánto cuestan, y cuánto trabajo ahorran, y dónde se venden los utensilios que en esta tierra pujante y febril han violentado la fuerza de la tierra, y llevado a punto de perfección el laboreo y transformación de sus productos.

Los productores de la América del Norte, que por engañosas leyes prohibitivas han venido a producir más artefactos de los que el país requiere, sin que el costo de producción, por lo subido de la tarifa importadora, les permita sacar sus artefactos sobrantes a los mercados extranjeros,—están hoy en necesidad urgente y concreta de exhibir y vender a bajo precio a los mercados cercanos de América lo que en el suyo les sobra, y con la nueva producción, sin demanda correspondiente que la consuma, ha de continuar acumulándose sobre el actual sobrante.

Los de acá, pues, necesitan quien les exhiba sus productos.

Los de allá, quien les explique y señale las ocasiones y ventajas de las compras.

La América viene a punto de dar satisfacción a ambas necesidades, con una misma empresa en que ambas se encuentran y confunden. Viene a servir de intermediario y explicador entre el productor que necesita vender y el consumidor que necesita comprar.

Y como gran parte de útiles y eficaces artefactos americanos, de maquinaria sencilla y efectiva, de materiales de construcción, de objetos de todo orden, que existen en esta parte del Norte de la América, son muy necesitados, pero casi desconocidos, o desconocidos de un todo, en los países de la otra parte,—*La América* viene a servir, en el momento que ambos hemisferios se acercan y hacen preguntas mutuas, de introductor en la gran América ansiosa y embrionaria, de los productos que con la sazón y sales sagradas de la libertad, han acelerado a punto maravilloso la madurez de la América Inglesa.

A los norteamericanos les hemos dicho que responderemos, sin cargo alguno, a cuanto nos pregunten de nuestra América Española.

A los hispanoamericanos venimos a decirles que, sin cargo alguno, por mayor y más natural razón, responderemos sobre cuanto nos pregunten de la América del Norte.

Tal libro se publica, que es interesante para la agricultura, industria o comercio de nuestras tierras: lo extractaremos.

Tal instrumento de cultivo, de laboreo de minas, de cosas semejantes, se anuncia en nuestras columnas de avisos:—lo explicaremos en las columnas de lectura.

Tal proposición de alcance mercantil o final trascendencia americana, se presenta en el Congreso o se debate en los periódicos: la expondremos y dilucidaremos, en cuanto el espacio y el ingenio nos lo permitan.

Tal corresponsal o periódico amigo quiere que le ayudemos a salir de una duda sobre todas esas cosas, o tratemos una cuestión determinada que se roce con lo que llevamos apuntado: nos daremos prisa, puesto que tales investigaciones serán de interés general americano, a tratar la cuestión solicitada.

Definir, avisar, poner en guardia, revelar los secretos del éxito, en apariencia,—y en apariencia solo,—maravilloso de este país; facilitar con explicaciones compendiadas y oportunas y estudios sobre mejoras aplicables, el logro de éxito igual,—¡mayor acaso, sí, mayor, y más durable!—en nuestros países; decir a la América Latina todo lo que anhela y necesita saber de esta tierra que con justicia la preocupa, e irlo diciendo con el mayor provecho general, con absoluto desentendimiento de toda pasión o provecho de personas, y con la mira siempre puesta en el desenvolvimiento de las artes prácticas y el comercio inteligente, bases únicas de la grandeza y prosperidad de individuos y naciones: —he ahí los propósitos presentes, y como el alba de los propósitos futuros, de *La América* en su nueva condición.

Sabemos que venimos en el instante en que una empresa de este orden debía venir.—Hay provecho como hay peligro, en la intimidad inevitable de las dos secciones del continente americano.

La intimidad se anuncia tan cercana, y acaso por algunos puntos tan arrolladora, que apenas hay el tiempo necesario para ponerse en pie, ver y decir.

Creemos que tenemos mucho que hacer: y pedimos a los países americanos que, con su ayuda cordial y efectiva, nos pongan en condiciones de hacer cuanto pensamos, y es preciso.

De nuestra sinceridad, nuestro acento responde.

De la oportunidad de nuestra empresa, nos dan garantías el afecto y apremiantes solicitudes de que hemos venido siendo objeto.

De nuestro alcance y futuros servicios, en pro del espíritu americano y de los brillantes países que engendra,—decidirá la acogida que nos vaya dando nuestro público.

No periódico queremos solamente que *La América* sea: sino una poderosa, trascendental y pura institución americana. Esto es nuestro periódico de anuncios.

Nuestro número de hoy va anunciando que en él se empieza a introducir,

con los nuevos y ya más vastos propósitos, que a sus propietarios animan, las mejoras para llegar a realizarlas.

Los nuevos propietarios de *La América* ruegan a las personas ya suscritas a este periódico, o a los que reciban este número y deseen suscribirse, que se sirvan indicarlo así a los agentes respectivos, o comunicar su deseo por carta—a la casa Editorial, 756 Broadway.

La América. Nueva York, enero de 1884.

A LOS AGRICULTORES
RASTRILLO PULVERIZADOR DE "ACMÉ"
UN RASTRILLO EXCELENTE

Es uno de nuestros propósitos ir explicando a nuestros lectores hispanoamericanos los instrumentos agrícolas de que puedan sacar verdadero provecho.

No hay en agricultura acaso cosa más importante que preparar bien la tierra para la siembra. La tierra más fértil necesita preparación. Aún en países exuberantes, se distingue el fruto cosechado en tierra cuidada del fruto sembrado en la tierra dejada a sí propia.

Entre los instrumentos que preparan, el más importante es el rastrillo.—Y de los rastrillos conocidos, en buena fe decimos que no sabemos de ninguno superior al de acero y hierro fundido, y doble hilera de cuchillas revolventes que se conoce con el nombre de "Rastrillo Pulverizador de Acmé".

Desmenuza la tiera sin desvirtuarla; la remueve, y no la quiebra; al mismo tiempo que la limpia, la desterrona y desgrana. Con la barra inflexible que lleva al frente, y que como es enteriza, no cede a terrones ni pedriscos, deshace y enrrolla estos, que la doble hilera de rejas oblicuas que lleva el rastrillo fijas a su parte de atrás, revuelve, alza, expurga y pulveriza. Como que las rejas forman ángulo con la línea de tiro y con el horizonte, la tierra no queda rota al paso del rastrillo, sino movida con una especie de revolución lateral y espiral.

En el rastrillo "Acmé" puede ir sentado el hombre que lo guía, como en los arados modernos,—o un muchacho, cuando el suelo sea tan blando que el peso del hombre resulte excesivo. Hay suelos tan blandos que ni el peso del muchacho soportan,—y en estos no debe sentarse el conductor en el rastrillo.

Pero la gran ventaja del "Acmé" está en que se puede con el trabajar la tierra a la profundidad que se quiera, y alzar o hundir la reja en el suelo según se desee, por medio de una palanca, colocada cerca del asiento. Si se quiere hacer

un trabajo recio, y desterronar y pulverizar completamente el terreno, puede darse a las rejas toda su profundidad, y es seguro que muchas veces quedará el suelo tan bien removido que no se necesitará ya ararlo:—y siempre sucederá que con dos pases del Acmé quedará la tierra mejor preparada que con cuatro del mejor rastrillo.—El "Acmé" deja las tierras ordinarias de cultivo tan bien desgranadas y dispuestas como la tierra mejor de los jardines.

Para que las cuchillas de las rejas no se gasten, el rastrillo está construido de manera que el filo de la cuchilla está del lado donde no oprime la tierra; esta choca con la reja en el lado interior de la curva, de modo que la cuchilla halla menos resistencia, y corta el terreno ya recto por la barra niveladora y desmenuzado por el lado interior grueso de la reja.—Si se amellan los filos, lo cual es raro, porque la tierra misma, blanda ya cuando llega a la cuchilla, las aguza,—cualquier herrero puede afilarlas. La barra niveladora es fija, y la palanca hace subir o bajar sobre ella el rastrillo: con echar la palanca hacia adelante queda el rastrillo de manera que es facilísimo hacer en él cualquier reparación.

El "Acmé", pues, combina condiciones que rara vez van juntas: ligereza y fortaleza. Es un instrumento doble, porque no solo desmorona los terrones, sino que limpia los rastrojos y pulveriza perfectamente el suelo.

Es tan sencillo, que lo puede conducir y manejar con toda precisión un niño campesino.

La América. Nueva York, enero de 1884.

DE HERBERT SPENCER

Al último de los artículos del sereno pensador inglés, cuyas deducciones comienzan ya a dar de sí esa luz de espíritu que forzosamente ha de surgir del conocimiento profundo de la naturaleza,—pertenecen las líneas elocuentes que al pie transcribimos:

"En uno de sus aspectos, el progreso científico es una transfiguración gradual de la naturaleza. Allí donde un ojo vulgar creía hallar una absoluta inercia, revélase actividad intensa: lo que parecía perfectamente simple, resulta grandemente complejo: y lo que se hubiera juzgado vacío, está lleno de un maravilloso juego de fuerzas.

"Cada generación de observadores de la naturaleza descubre en lo que se llama 'materia bruta', poderes que a los más sabios científicos hubieran parecido pocos años hace increíbles,—como la capacidad de una mera plancha de hierro para recoger las complicadas vibraciones aéreas que produce la voz

humana, las cuales, traducidas en múltiples y variadas vibraciones eléctricas, reprodúcense a mil millas de distancia por otra plancha igual en su primitivo estado de sonido articulado.

”Cuando el explorador de la naturaleza ve que, aun cuando parecen fríos y duros los cuerpos sólidos de la naturaleza, son de tal modo sensibles a fuerzas en cantidades infinitesimales; cuando el espectroscopio le prueba que las moléculas de la tierra vibran en armonía con las moléculas de las estrellas; cuando de todo lo que existe se desprende a sus ojos la inferencia de que cada un punto en el espacio palpita con una infinidad de vibraciones que en todas direcciones lo atraviesan,—se siente inclinado, más que a concebir un universo de materia muerta, a imaginar un universo en todas partes vivo; vivo, si no en el sentido estricto y demasiado especial de la palabra, en su sentido general”.

¡Observación curiosa, que debiera hacer meditar a los que malgastan el tiempo breve en disputillas vanas, y alfilerazos de secta!: después de mirar mucho a la tierra, el filósofo inglés piensa del mundo lo que pensó otro que miró mucho al cielo, porque lo veía en sí y sobre sí, y en la tierra como en todas partes, compenetrándola y entrefibrándose en ella.—Herbert Spencer, cabeza de positivistas, viene a concebir el universo como lo concibe Emerson.

La América. Nueva York, enero de 1884.

EXHIBICIÓN DE ARTE EN NEW YORK
PARA EL PEDESTAL DE LA ESTATUA DE LA LIBERTAD
GRABADOS FAMOSOS
MILLET, COROT, MANET, DELACROIX, MEISSONIER Y DETAILLE
ENCAJES, ARMAS, VESTIDOS, ETC.

Francia, ardorosa y magnánima, regala a los Estados Unidos, como símbolo del mundo nuevo, la Estatua de la Libertad, más alta que el Coloso de Rodas. New York, más ocupada, o más perezosa en cosas de alma, no había colectado aún la suma necesaria para construir el pedestal rectangular de 93 pies cuadrados en que ha de erigirse la estatua, sobre el fuerte en figura de estrella que adorna la isla de Bedloe, a la entrada de la bahía colosal de New York.

¡Casualidad oportuna y hermosa! ¡La Libertad naciendo de una estrella!

Apenados al fin algunos neoyorquinos prominentes, del olvido en que se parecía tener la colecta de fondos para el pedestal, decidieron, entre otros arbitrios, tomar prestados de las casas ricas objetos de arte raros y valiosos, y

exhibirlos reunidos, a un precio popular de entrada.—Hízose, y en quince días no se ha logrado ver vacía la sala. En un salón, encajes de hilo: en otro, encajes de bronce. En un estante, miniaturas riquísimas. En otro, antiguos y singulares abanicos.—Donde había más luz, la colección de cuadros de maestros; y de allí, por puertas escondidas bajo admirables tapices moros, a paredes donde los ojos codiciosos iban del *Caballero de la Muerte* de Alberto Durero a la fría cabeza del Salvador—entre grabadores famosa—de Claudio Mellan; y del arpa de cuerdas de caña en que tocan sus sones los malayos a un airoso violín en cuyo brazo cinceló una cabeza inquieta y viva, aquel creador gigantesco y amable, Benvenuto Cellini.—Y colgando de los techos, al rededor de todas las vastas salas, tapices viejos de Beauvais, de armoniosos colores, dibujados por Teniers, ingenuo y fecundo; acabados gobelinos; ricas sedas de España y Portugal; cortinas de los árabes, de dibujos quebrados y revueltos, osados como un sueño.

No era la colección, como pudo ser, una historia instructiva de cada arte, tal como en escultura, armería y relojería ven los viajeros con provecho en el bueno y modesto museo de Liverpool;—ni de cada arte había lo mejor; ni de cada uno era la colección completa. El vulgo numeroso, amigo siempre de lo pequeño, como si en ello se sintiese retratado,—y de lo cual no tiene celos, porque no le lastima con superioridad visible—se agolpaba a ver las miniaturas. De Isabey no había ninguna, el gran miniaturista de los tiempos napoleónicos; pero sí había miniaturas de Napoleón, en una caja de rapé, igual a la que existe en el museo de Kensington, aunque menos notable que otra que Napoleón mismo usaba en Santa Helena, y de manos del médico Antommarchi ha venido a las de una dama de Cuba.—Y como esta no es tierra de emperadores, ni de cortes, gustan mucho de ellos; por lo que había siempre muchedumbre junto a los pequeños retratos en porcelana de damas y varones Bonapartes, y de Carlos I y Luis XIV,—y del conde de Orsay, que vivió en tiempos y pueblos en que un hombre tenía derecho a entretenerse en ser rey de la moda.—De él vienen los gabanes; porque se puso un día lluvioso en que volvía a caballo a Londres el chaquetón de un marinero que halló al paso; y a pocos días, no había galán en Londres que no llevase el chaquetón de Orsay.

He aquí las colecciones diversas que componían la Exhibición:—de pinturas; de muebles; de objetos de arte indígena; de vestidos curiosos; de grabados; de misales; de abanicos; de encajes; de instrumentos músicos; de loza antigua; de artes del Oriente; de labores de metal; de tapices y bordados; de joyas y obras de plata; de armaduras.

Todavía se estaba en la puerta, y ya se llevaba los ojos el poderoso cuadro de Detaille, en que el cierzo sopla, en que el suelo encharcado refleja los cascos de la caballería, en que las angustias de la derrota, sombrías e invisibles, pueblan el cielo turbio, en que unos bravos y maravillosos militares franceses saludan a los heridos alemanes. Y al lado una Constantinopla cegadora de Pasini; y unas ovejas de Díaz, que parece que se vienen a la mano; y una acuarela de Meissonier, abermellonada como todas las suyas, pero sólida, como si la hubiese pintado sobre acero o tabla; y otro cuadro de él, en que un general y su ayudante se dirigen hacia los espectadores a caballo, aquel oyendo, y contando este, con el sol en el cenit, y la tierra amarilla, y el mar al lado, hecho todo de modo que aquello no es lienzo, sino reducción, bajo una mano de cristal, de un trozo vivo de la naturaleza.

En el salón alto de pinturas, mucho más pobre de lo que hubieran podido dar de sí las grandiosas galerías privadas de New York, muy ricas en obras capitales de arte moderno,—se iban las miradas afanosas del *Guardián de pavos* de Millet a la *Danza de los Amores,* de Corot; de las mujeres desnudas de Henner, cuyos contornos se confunden con la sombra que envuelve y el cielo que arde de manera que apagadas todas las luces, se iría uno derecho al cuadro, como a una salida al aire libre—a los lienzos desconsolados e imponentes de Courbet doloroso.

Era casi toda la colección de obras de arte rebelde. De Corot había allí, además de la *Danza* silvestre, su Orfeo armonioso, que solo en vasto espacio, con un esbelto arbusto en flor a las espaldas, saluda, poniendo en alto su lira de tres cuerdas, al espíritu de la naturaleza, que de lo hondo de la selva vecina se despierta vibrante y elocuente a la primera luz del alba. Lira es el cuadro todo.

De Millet honrado y triste, cuya alma compasiva sacó aún creces a su talento viril y sincero, había varios estudios, marcados todos por su amor, sistemático en ocasiones, a la verdad y a la fuerza. De odio al exceso de la idealidad, solió caer en el exceso de la realidad. Hay cuadros suyos que son explosiones de cólera. Odiaba a los barbilindos y a los académicos de la pintura. Para él, como para todo hombre sensato, no había academia superior a la naturaleza, y cuanto de esta venía, le pareció fragante; y cuanto de ella no había sido tomado directamente, se le figuraba pedantesco y vacío. Allí estaban, en un fondo amarillento, en posturas novísimas y burdas, sus recios canteros, desplomándose el uno sobre la palanca de que su compañero tira a tierra, a ver de alzar, apoyados en un canto, otro que resiste. Allí había una mujer dormida, vuelta de espaldas, con la cabeza hundida, como entre dos vástagos de alas,

entre los hombros alzados. Y una campesina que se seca los pies a la salida del baño, montaraz hermosura, de torso musculoso, codos puntiagudos, manos grandes, senos secos. Y el *Leñador* extraño, concebido y realizado sin duda en una hora de suprema indignación contra las lamideces de los pintores de lo pequeño y ultra-lindo, por lo que aquel hombre que corta troncos no parece obra de arte de ahora, acrisolado y pulido, sino de aquellas épocas raigales en que el Dante hacía versos o pintaba el Giotto.

De Manet, caudillo algún tiempo de los impresionistas, que amó lo feo, y parodió a Velázquez, y vivirá, a pesar de sus cuadros brutales, por lo que hay siempre de permanente y bello en lo verdadero, había allí, sobre un suelo gris y en fondo negro, un niño en bragas y calzas, que carga, como quien cargaría una silla de montar, una gran espada. Y otro cuadro había, abominable, pero atractivo, como todo lo personal y osado: una pobre dama fea en bata rosada, se destaca de un fondo oscuro, mirando una flor vulgar que alza en su mano; a su lado, sobre una cotorrera duerme un loro: y de la basa de lata del palo, echa su cáscara al suelo una naranja a medio mondar.

¡Cómo consolaba de este cuadro poderoso e irritante un bosquejo, lleno de lágrimas, de Delacroix! Jesús está muerto: a su alrededor, como árboles caídos, hay hombres y mujeres, del dolor postrados. Una pobre mujer, que ha traído los pies del justo junto a su seno, e inclina sobre ellos el llorosísimo rostro, abre las manos, como preguntándose si no está ya vacía la vida: y María dolorosa, desmayada junto a la cabeza cadente de su hijo, tal parece una lámpara apagada: ¡tanto dolor, penetra!

En lugar cercano estaban las *Bailarinas* de Degas, el cuadro atrevido que levantó tormenta, y en el que unas cuantas manchas de color que parecen desleídas con el dedo, reproducen fielmente el vago y vaporoso espectáculo que en noches de fiesta presentan los bastidores de un teatro de baile. Dijérase que esta escuela, noble por lo sincera, ha cometido solo un error de distancia, aunque no acaso de lógica. Hace sus cuadros tales como la escena representada en ellos se vería a la distancia necesaria para que los objetos tuviesen el tamaño con que se les representa; y no los hace, como es de uso y de mayor razón, en atención a la distancia en que deben ser vistos.

Y entre unos y otros cuadros, y no lejos del *Pantano de las ranas* famosísimo, que supo llenar Díaz de espacio y de luz,—extendíanse los lienzos de Courbet, donde figuran como únicos personajes el cielo dilatado y sombrío, las olas hambrientas y enroscadas, la playa solitaria interminable:—Olas hay desgarradas en sus lienzos, como esas pobres almas rotas que andan en

sepulturas vivas por la tierra. Entrevió aquel pintor lo que no acaba. Y llevó en sí un desierto.

Pero la muchedumbre que llenaba los salones de la Exhibición gustaba más de otras colecciones que de los de pinturas. Por frente a los abanicos—de que *La América* habla aparte—no se podía pasar. Ante los mostradores de los encajes había muro denso, y cuchicheos de pasmo. La obra menuda y resaltante del encaje irlandés no era menos celebrada que la sutil, milagrosa y aérea labor del Valenciennes. La punta de Alençon, de ricos bordes, ostentaba en su fondo de hilos cruzados, sus flores de fino relieve: la de Brabante, sus ramas largas, de ligero trabajo y orla espesa; la de Venecia, sus anchas y revueltas rosas prendidas en el aire; el *guipure de Malines,* ornamentoso,—sus ramazones pomposas y juntas, todo muy labrado.—Y vestidos enteros, de encaje flamenco, de encajería vieja española, de punto de Inglaterra.

Por entre el fantástico plumaje de cristal de un ave del paraíso transparente filtraba blanda luz sobre el violín en que Cellini puso mano, y sobre otros de Guarneri, Amati y Gaspar Salo.—Guitarras japonesas, de caja cubierta de piel de serpiente, acompañaban a zampoñas y tímpanos malayos.

Misales había en muy buenas copias, que enseñaban sus láminas con bordes de fina plata y oro. En marroco de levante lucía empastado un buen facsímile del *Libro de Horas de la Reina* de Ana de Bretaña, todo lleno de alegorías coloreadas de los meses, con sus riquísimas orillas de flores pintadas, pájaros e insectos, y en el pico de los unos o entre las hojas de los otros los nombres que les tenía puestos la ciencia de los botánicos y zoólogos de antaño. La pasta recia del *Romance de la Rosa,* escrito en pergamino, caía de un lado sobre un libro holandés de oraciones, encuadernado en filigrana de plata, pendiente de larga cadena,—y de otro sobre los *Sermones Quadragesimales,* enmarañada y astuta obra de Galerio.

Si se notaba veneración en un grupo de gente, era que alguno les leía en el despacho famoso en que fue originalmente recibida aquella frase que la señorita Ellsworth, que aún vive, dejó caer en el oído del Profesor Morse, cuando ponía su mano convulsa sobre su rudo aparato telegráfico de madera: “What hath God wrought”, primera frase, enviada de Washington a Baltimore, que se comunicó por el telégrafo. ¡Aún vive la señorita Ellsworth, y a sus ojos, y al eco de sus palabras, ha cambiado ya de sitio mismo—por el acortamiento de las distancias, y como de significación—por el mayor iluminamiento de la mente, toda la tierra!

Junto a otra caja,—que no era la que enseñaba en fina obra de bronce

una santa japonesa, y en una raíz de colmillo de elefante bien pintada una curiosa jarra—se agolpaban sin cesar los visitantes: era la caja de tesoros del general Grant, a quien cupo la fortuna de recoger de ciudades y de reyes los testimonios de afecto, respeto y miedo que inspiró a los hombres la guerra poémica de Norteamérica. En cajas de oro, diestramente labradas, dieron a Grant, acometedor y temible, sus papeles de ciudadanía Londres, Glasgow, Edimburgo y Ayr; y del árbol de Shakespeare, que en la plaza nueva de Stratford-upon-Avon aún vive, le tallaron una extraña caja, que miran las gentes con ansia menor que la más rica en que le vino al General callado el diploma de burgués del burgo de Ayr.—Grant es el espíritu norteamericano.—Por donde él va, va su pueblo. Lo concreta: por eso lo guía.—Y va a su cabeza, aun cuando como ahora, apartado en apariencia de toda faena pública, lo sacan sus criados mal confuso de entre las ruedas de su coche. Doscientas libras han dicho con ocasión de esto los diarios que pesaba:—pesa más!

Contar cuanto en la Exposición se veía, fuera imposible. Más de 10 000 objetos eran, y todos merecían descripción.—En un cuarto, sobre una sobrepelliz de cura, un traje de dragoman y otro de torero. En otro, paisajes, marinas, escenas históricas, y un león con alas, geniosa idea de una joven bordadora, trabajado en seda.—Deslumbrante cerámica de Dresde, y jarras transparentes y como de ópalo de Chipre, por donde fue el arte de egipcio a griego. Entre las armas, había escudos persas, y tizonas de España, y espadones de taza, y dagas de misericordia, y hoja veneciana serpentina, y cuchillo ancho hindú, y sable de dos manos de daimio, y aquellas espingardas que por las puertas de Tanger se entran disparando, al sol que los engendra y les conversa, los moros alborotados de las fantasías: pero nada hay más digno de respeto que las pistolas que ciñó y el sable que blandió el general North en la guerra de la Independencia.

En la puerta, de sumo arte morisco, esparcía su escrutadora claridad la luz eléctrica.

La América. Nueva York, enero de 1884.

[FRAGMENTO RELACIONADO CON EL PRIMER DESPACHO TELEGRÁFICO]

"What hath God wrought"—

1ra. frase comunicada por el telégrafo de Wash. a Balt. y sugerida a Morse por Miss Annie Ellsworth, que tuvo este premio en pago de ser la primera

en comunicar a Morse que ambas Cámaras del Congreso habían aprobado su subvención.—.

LA LEY DE LA HERENCIA
(LIBRO NUEVO)

TEORÍA NUEVA Y RACIONAL DE BROOKS

SUPREMACÍA DEL PADRE EN LA TRASMISIÓN DE LOS GÉRMENES VITALES

¿Dónde empieza la vida? ¿De qué talleres salimos nosotros, los seres complicados y maravillosos? ¿Cómo de huevecillos en apariencia iguales, se van desenvolviendo condiciones perfectamente peculiares y distintas, que de un lado hacen el pez voraz, y de otros el ave sensible, al bruto servicial, el hombre creador? ¿Cómo se transmite de un ser a otro la existencia? ¿En qué porción la transmite cada uno de los seres que contribuyen a producir el ser nuevo? ¿Cómo se heredan las particularidades de la especie, de la raza, de la familia misma, de manera que de un simple huevo inorganizado va surgiendo el poder necesario para crear una criatura definida y perfecta, con todas las condiciones de su especie, y los caracteres particulares, los hábitos, los instintos, los defectos, las manías mismas de sus padres?

Los libros y periódicos científicos hablan de todas estas cosas de manera, que por venir en el dialecto técnico, aprovechan poco a los que no recibieron su instrucción en tiempos recientes, o no se han dedicado especialmente a este género de estudios. Poner la ciencia en lengua diaria—he ahí un gran bien, que pocos hacen.

Ese mérito tiene el libro que acaba de publicar un hombre entendido en la ciencia de la vida, y en el estudio de sus causas, elementos, composición y tendencias visibles. El libro se llama *Las leyes de la herencia:* el biólogo es el profesor W. K. Brooks.

Dos cualidades propias tiene la obra nueva. Expone clara y amenamente todo lo que va averiguado y teorizado sobre la producción y composición de la vida; tan clara y amenamente que parece un amigo afectuoso, que da clase conversacional a sus amigos. Y adelanta, con buen caudal de hechos de prueba, una teoría particular sobre la porción de influencia de cada sexo en el ser conjuntamente producidos por ambos.

Darwin dice que el padre y la madre dan iguales elementos a su vástago común. Brooks mantiene que la madre conserva la raza, y lo que ya lleva adquirido; pero que el padre, más móvil, más responsable, más conocedor de la vida real, más sufriente, más experimentado, más andariego, transmite al ser

nuevo las condiciones que personalmente ha conquistado, las facultades desenvueltas en el ejercicio de las que trajo a la existencia, el hábito del movimiento, la tendencia a lo mejor e ignorado, la inclinación a la pesquisa y al cambio, la desviación de la raza por acrecimiento y mejora, la inquietud saludable de la aspiración. La madre da todos los elementos conservadores de la especie; el padre, todos los elementos revolucionarios. La madre, los caracteres generales y fijos; el padre, la tendencia de variarlos y acrecerlos.

El libro está escrito en afirmaciones, no en hipótesis:—La herencia en la vida animal es la transmisión de los elementos de una existencia determinada de un individuo a otro. La vida es sutil, complicada y ordenada, aunque parezca brusca, simple y desordenada al ignorante. La vida es una agrupación lenta y un encadenamiento maravilloso. La vida es un extraordinario producto artístico. Se sabe ya suficiente sobre la manera y condiciones de producción de la vida para tener derecho a esperar que se sabrá más; y no quedará en biología más misterio que el de la producción de los seres primitivos, aquel misterio que irrita y desafía a la mente humana. Pero la Biología no resolverá los problemas, ni desvanecerá la confusión que aún ofrece la formación de la vida, si no busca la respuesta a sus preguntas por las vías que derivan de la teoría de la revolución:—que con nombre más comprensivo y seguro, aunque no tan aparentemente claro, pudiera llamarse, por lo universal de la vida, en esencia idéntica y varias formas armónicas, la teoría de la expansión análoga. Todo se vierte y convierte; pero todo en acuerdo con cada uno de los seres y objetos, y con todos.

Cómo se originan y transmiten los organismos vivientes; qué han pensado sobre eso los científicos, y qué están pensando ahora; qué es probable en lo que se tiene por cierto sobre estos problemas, y qué no es probable; cómo se trabaja, en fin, en esos talleres, en apariencia milagrosos y en realidad precisos y mecánicos, donde con sabias e inflexibles leyes se elaboran las varias formas de la existencia—he ahí los asuntos del libro nuevo del profesor Brooks, impreso en Baltimore por John Murphy en 336 páginas.

La América. Nueva York, enero de 1884.

EN HONRA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

El avisado y activo *Picayune,* el diario más leído de New Orleans, dice en uno de sus últimos números, a propósito de un folleto lleno de amplia información, en muy breve espacio, que en forma de mapa impreso al respaldo y

doblado en páginas ha publicado para noticia de los inmigrantes la República Argentina,—la redonda frase que sigue:

“Excepto ciertos estados de la Unión Americana, como Arkansas y Tennessee, ningún Gobierno ha publicado un folleto de inmigración comparable al de la República Argentina”.

La América. Nueva York, enero de 1884.

LOS ABANICOS EN LA EXHIBICIÓN BARTHOLDI

La cosa más pequeña, insignificante en sí, adquiere valor sumo, como símbolo de tiempo. El espíritu de los hombres, afectado de uno o de otro modo según las influencias que en él actúan, se refleja con todos sus accidentes en cada uno de los objetos que imagina para el adorno o para el uso. El pueblo chino, replegado en sí, libre de las grandes y borrascosas ocupaciones que traen el comercio íntimo y la marcha acorde con los demás pueblos de la tierra, con tiempo sobrado, y sin fecundos fines públicos a que consagrar su actividad—hará encaje sutil del marfil duro, y lo calará y lo bordeará con arte tanta, que no habrá hoja de árbol más flexible que un abanico chino.—En los tiempos de Luis XIV y de Luis XV, en que la virtud llegó a parecer imbécil, y el crimen solo empleo digno de las gentes de buen tono; en aquellos tiempos abominables y seductores, en que una mujer, acabada de vivir, era como esos duraznos apetitosos que caen en manos de una clase en la escuela, y muestran en su piel mustia dentelladas de todos los hambrientos escolares; en aquellos tiempos de perfume y olvido, de hermosura y embriaguez, de infamia y gracia, no hay abanico que ya en seda, ya en papel no muestre travesuras risueñas o mitológicos deleites de amores.

Y en nuestros tiempos,—en que el abanico es acaso más bello y elegante, ya que no más rico y laboreado que en época alguna,—la vida de arrebato y de colores, la vida de teatros y de circos, la vida de zozobras y novedades, que hace, en las cosas bellas, volver los ojos con frecuencia a lo pasado,—palpita, envuelta en luz y pintada a ráfagas, en los paisajes amplios y lujosos de los abanicos que la incitan y ocultan.

En la Exhibición preparada para auxiliar a la colecta de los costos del pedestal de la estatua de Bartholdi, aunque sin concierto ni interdependencia de épocas, veíanse de una vez, en los abanicos que las retratan, las recámaras doradas de los delfines y las modernas fiestas circenses, de toros y caballos; cruzábanse, en abanicos del siglo XV, miradas de abades petimetres y sacerdotisas de la Fronda, y en seda de nuestros días,—con ocasión de un

bautizo en pueblo español,—reticencias del secretario de un ayuntamiento de lugar y serpeantes miradas de joven madre andaluza, a quien con los ojos tacha el secretario de callar verdades cuando dice que el pecador de aquel lindo pecado no es el meloso Don Lucas que cree ver en el rechoncho bautizante renovados sus verdes inviernos.—Este paisaje que describimos era del pintor Borrás.

Había abanicos de varillaje de carey; por lo que, con ignorancia graciosa, como si el carey fuera solo producto de mares de Cuba, los llamaban “cubanos”: y uno de palma fina y muy entretejida, que los visitantes buscaban mucho, porque rezaba el catálogo que era abanico “de los trópicos”; y otro del humilde camalote, que con tanta gracia tejen y con tan mal consejo descuidan las guajiras cubanas, que de esta sencilla industria pudieran sacar fruto.

Conocíanse de lejos los abanicos españoles por lo amplio del paisaje, sólido y limpio de las varillas, y alegre y convidador de los colores. Y notábase, por esa ley de analogía que en lo mínimo como en lo máximo rige a la tierra, que eran los abanicos franceses, en los tiempos galantísimos de Francia, todos de paisaje estrecho y varilla alta y ornada con floreos de plata y oro sobre marfil o nácar, como en correspondencia de los talles altos y pomposas sayas que eran de uso entre aquellas fugaces marquesas. Y cuando bajaron los talles, bajaron los paisajes de los abanicos. Y cuando Fénelon escribía el Telémaco, que con grande y cuasi insolente lujo se imprimía “para uso del Delfín”, todo era pintar sobre pergamino a Mentor y a Telémaco, o llenar de rosas, sobre blanca seda la gruta amable de Calipso.

Entre los abanicos más curiosos, los que llaman de “Vernis de Martin” sacaban palmas, con sus escenas virgilianas o bíblicas, y sus desbordes extraños de colores, que se saltan del paisaje como si no cupieran en él—así como el pensamiento errante se salta gozoso a cada momento de la vida,—y se tienden en guirnaldas de rosas, en olas de mar, en celajes espesos azules por sobre las varillas, por sobre las junturas, por cuanto espacio blanco ofrecen el pergamino o el hueso:—así sobre sus marcos admirables concluye ahora sus cuadros impacientes el festoso Michetti, que no ve el aire italiano, tal cual lo ven los comunes, a modo de hervoroso vapor de amantes estrellas, sino como poblado de diminutos geniecillos de colores resplandecientes y varios, encapuchonados de rojo, vestidos de verde, alados de azul, tocados de amarillo: y los toma a manadas, y los aprisiona en sus lienzos.—Así los viejos abanicos de “Vernis de Martin”.

Y había un abanico elegantísimo. Por de contado, era sencillo: sobre delgadas varillas de marfil, salpicadas de ligerísimos puntos de color, tendíase

sin un relieve duro, sin una ramazón vistosa, un admirable encaje fino, sereno, exquisito, no interrumpido, candoroso, como esos velos primeros en que aparece envuelto el amor a los ojos de las niñas.

Excitaba mucho la curiosidad un ejemplar feo y notable. El paisaje es una copia dura del Vesubio en lava: todo él es sombrío. Napoleón lo llevó de Italia a Francia, para que en sus fiestas de coronación lo ostentase aquella, más que reina suya, reina y triunfo en su colosal juego de barajas,—Josefina.

Pero no se detenían mucho los visitantes ante el armario donde se enseñaban abiertas esas reliquias de arte antiguo, aquí muy celebradas, e inferiores sin embargo, a los suntuosos abanicos de nácar, recamado de metales preciosos que con poética piedad guardan aún, junto a escarpines diminutos y floreados mitones, nuestras fieles y abuelas.

Los abanicos estaban siempre llenos de miradas. Valla viva oponían al observador indiferente las visitantes ansiosas. Cuál prefería un Luis Leloir; cuál un torero, de garboso vestido verde y plata, matizado de sangre; cuál unas grandes rosas, de una francesa que las pinta bien; cuál encomiaba un fogosísimo Detaille, de tal modo perfecto, que pintando una carrera de caballos, no parece paisaje de abanico, sino extenso campo: por cierto que esta joya valiosa pertenece a una dama de nuestra raza, la Sra. Delmonte. Se ve en él la distancia entre los postes; se toma parte en la pasión que anima a los rostros de los competidores; podía ponerse en cifra la distancia que cada un caballo saca al otro. Los caballos se ven de frente, lo que aumenta la dificultad, y el triunfo; pero por arte magno del pintor, que sabe que cada ápice de una obra artística debe estar hecho en atención a su tendencia y conjunto, los caballos, que parece que arrancan de un centro común, se esparcen y abren al saltar la cerca, como se extiende al abrirse el abanico.—El genio es lo completo: está a lo sumo y a lo ínfimo, y saca grandeza de la armonía y perfección de lo pequeño. La fantasía, que tiene sus monstruos, los hermosea cuando los encadena. La buena fantasía es la que, cuando se sale del orden lógico visible a los ojos vulgares, se conserva dentro del orden lógico de más alto grado que rige al Universo en junto, y es perceptible solo a las almas máximas.—La armonía de lo perfecto, conseguida contra la misma armonía aparente, por los hijos mejores de la naturaleza,—hiere de un modo grato y satisfactorio la mente común, que por el hecho de ser natural no puede resistirse a reconocer lo que lo es.—Este es el secreto de la popularidad de los genios sutiles y complicados como Dante a través de los tiempos diversos, poblados de masas vulgares. La fantasía desbordada es un caballo loco,—se puede echar a volar un león; pero se ha de ir cabalgando sobre él, y se le ha de tener perennemente de la rienda.

Este y un Leloir, en que unos pintores, de joyantes y pomposos vestidos, retratan a una dama francesa en los tiempos en que no era pecado el amor— fueron las dos bellas prendas que a aquellos armarios concurridos llevó el arte moderno.

La América. Nueva York, enero de 1884.

BIBLIOTECA AMERICANA

Nos llena de orgullo todo libro nuevo publicado en nuestras tierras americanas: parece como salido de la propia mente, y lo es en parte, por ser todo hombre como átomo de la raza con cuyas cualidades brilla, de cuyo honor y fuerza se alimenta, de cuyo espíritu es soldado y depositario. La raza es una patria mayor, a la que deben pagar tributo, como hijos a madres, las patrias pequeñas que de la raza madre se derivan. La raza es un altar de comunión: y quien la niega, o la desconoce, o la vicia, o se quiere salir de ella,—desertor es y traidor, como el que plega la bandera y huye ante el enemigo en hora de batalla, o se pasa a sus huestes.

La raza es vara de mago, rosa mística, calor en el invierno, pueblo inefable, y resurrección de la misma muerte en medio de la soledad: en tierra extraña se cae en brazos de un desconocido de nuestras propias tierras, sollozando de júbilo, como se caería en brazos de un hermano.

Cada libro nuevo, es piedra nueva en el altar de nuestra raza.—Libros hay sin meollo, o de mero reflejo, que en estilo y propósito son simple exhibición en lengua de Castilla de sistemas inmaturos o violentos extranjeros, e introducción desdichada en nuestras tierras nuevas, ingenuas, aún virtuosas y fragantes, de excrecencias, iras, degregaciones y desmoronamientos de países llagados en la médula. Tales libros, como aquellos huevos de un pájaro que nacen en nido de otro, no son americanos. Son ramos de adelfas, o mazos de hojas secas. Son libros inútiles.

De los libros honestos, piadosos y fortalecedores hablamos, que con espíritu americano, estudian problemas de América. No tanto de libros pomposos y retóricos, y de conocimientos abstractos universales,—cuanto de esos otros concretos y beneméritos, escritos al calor de nuestro sol, y en el fragor de nuestras luchas generosas, sangrientas como todas las entrañas. Hablamos de esos libros que recogen nuestras memorias, estudian nuestra composición, aconsejan el cuerdo empleo de nuestras fuerzas, fían en el definitivo establecimiento de un formidable y luciente país espiritual americano, y tienden

a la saludable producción del hombre trabajador e independiente en un país pacífico, próspero y artístico.

De tales libros hará *La América* su biblioteca.—A sus autores los pide, para extractarlos con cuidado y presentarlos con cariño.

Cada mes, hablaremos de un libro.

De más pudiéramos; pero al amor pone riendas el espacio.

Y tendremos que decirlo todo en compendio, y de prisa, como esto mismo que vamos diciendo, como a caballo sobre un relámpago,—por no darnos ocasión a más nuestras columnas, bien estrechas para nuestros propósitos.

La América. Nueva York, enero de 1884.

REFORMA ESENCIAL EN EL PROGRAMA DE LAS UNIVERSIDADES AMERICANAS
ESTUDIO DE LAS LENGUAS VIVAS
GRADUAL DESENTENDIMIENTO DEL ESTUDIO DE LAS LENGUAS MUERTAS

Famosa es la Nueva Inglaterra por sus colegios, y sus costumbres, y su gente sabia. Con cofia y espejuelos representan los satíricos a Massachusetts todavía, como para indicar que el Estado histórico de Bunker Hill y de Concord vive aún apasionado de lo viejo. Pero es lo cierto que por esa natural y sencilla arrogancia que da la superioridad legítima de la inteligencia, y por el mejoramiento que viene al espíritu de su roce con ideas, y gentes que gustan de ellas,—distínguese de los demás habitantes de la nación, sin gran dificultad, a un bostoniano.—De Massachusetts fue Motley, el historiador profundo y pintoresco, cuyas inolvidables obras debieran enriquecer toda buena librería; de Massachussets,—Emerson, un Dante amoroso, que vivió sobre la tierra, más que en ella,—por lo que la vio con toda holgura y certidumbre, y escribió Biblia humana.—De Massachusetts,—Longfellow, el poeta melodioso y sereno, que forjó en nueva fragua el inglés duro—y lo sacó de ella redondeado y sonante, a que dijese en nítidas estrofas pensamientos sentidos, melancólicos y tersos. De Massachusetts,—Ripley, el crítico; Dana, el periodista; Lowell, el poeta de la lengua *yanquee,* que ahora está de embajador en Inglaterra, donde lo han elegido por desusada muestra de cariño, rector del Colegio de San Andrés. De Massachusetts son, como de raza acrisolada en que la facultad de meditar ha venido acendrándose y aquilatándose, los mejores “divinos”, como aquí llaman a los sacerdotes, casta atendible en esta tierra, por lo culta, generosa y útil;—los novelistas sagaces y delicados, como Howells, cuya fama empieza; los rimadores atildados, que no poetas,—porque aunque Whittier, el cuáquero, y Holmes, rey

del álbum, y Lowell, el embajador, viven—no hay ahora en los Estados Unidos más poeta, desde que el pobre Sidney Lanier es muerto, que Walt Whitman, un rebelde admirable, que quiebra una rama de los bosques, y en ella halla poesía—más que en rugosos libros y doradas cadenas de academia. De una academia es miembro Walt Whitman: su presidente se sienta en el cielo.

Y como por Boston viven los maestros, y de siglos atrás vienen viviendo allí, allí están las más notables universidades, que aquí llaman colegios; allí Harvard y Yale, que son el Oxford y el Cambridge de los Estados Unidos; allí, en tanto número como esas bandadas de pajarillos negros que picotean alegres y se bañan en la nieve, abundan, bajo sesudos directores, los colegios buenos,—hogares hasta ahora, por desdicha, como los de todas partes de la tierra, de la mente clásica. Pues ¿enseñar a los hombres que han de vivir en estos tiempos,—lenguas, sentimientos, pasiones, deberes, preocupaciones, cultos de otros, y nutrirles de madrigales y epopeyas idas y de melindres cortesanos—son torpeza y delito menores que sacar a batallar con escudo de cuero retorcido, y casco ponderoso y parte sana, a soldados que han de combatir con otros, precedidos de máquinas rugientes, armados del rifle-cartuchera,—con su depósito de tiros colgando del gatillo, que están sacando ahora a la venta,—o del sable afilado de Solingen?

Este mes se han reunido los directores de todos los colegios de Massachusetts, a ver si—como Charles Francis Adams quiere—se enseña menos griego y latín en los colegios; o si—como mantienen el director de la vieja escuela de Amherst, buena en lenguas, y el de la de Dartmouth—ha de reconocerse que para vivir la existencia arrebatada, lujosa, y directamente individual de estos tiempos, son lo más necesario el griego y el latín. Directamente individual decimos, y no vida de castas como antes: porque antes, cuando había reyes favorecedores, con ser hongo de antesala y saludador del favorito, ya se hacía carrera; o, como se andaba siempre en guerra, con irse a la milicia, se entraba en vía de ganancia y de honores; o con hacerse fraile, porque del fraile cuidaba la iglesia.—Pero hoy, desvanecidos en unas partes y mal puestos en otras, estos viejos poderes, el hombre no puede arrimarse a su sombra, y como la parásita del muro, vivir de ella. El hombre tiene que sacar de sí los medios de vida. La educación, pues, no es más que esto: la habilitación de los hombres para obtener con desahogo y honradez los medios de vida indispensables en el tiempo en que existen, sin rebajar por eso las aspiraciones delicadas, superiores y espirituales de la mejor parte del ser humano.

Esta cuestión del griego y el latín está siendo ahora muy tratada. Se gira en torno de ella, y en ella se concretan los diversos sistemas de enseñanza. Más:

se concretan dos épocas,—la que muere y la que alborea. La educación ornamental y florida que bastaba en los siglos de definidas aristocracias a hombres a cuya existencia proveía la organización injusta e imperfecta de las naciones; la educación literaria y metafísica, último mampuesto de los que creen en la necesidad de levantar, con una clase impenetrable y ultrailustrada, una valla a las nuevas corrientes impetuosas de la humanidad, que por todas partes acometen y triunfan; la educación antigua, de poemas griegos y libros latinos, e historias de Livio y Suetonio,—libra ahora sus últimos combates contra la educación que asoma y se impone, hija legítima de la impaciencia de los hombres, libres ya para aprender y obrar, que necesitan saber cómo está hecha, y se mueve y transforma, la tierra que han de mejorar y de la que han de extraer con sus propias manos los medios del bien universal y del mantenimiento propio.

Revista quisiéramos tener para tratar esto con la amplitud y variedad de modos que las revistas permiten, y el asunto quiere.—Pero tenemos que pasar apuntando.

Unos mantienen que el griego y el latín son de cabo a rabo inútiles. Ni el griego ni el latín han saboreado; ni aquellos capítulos de Homero que parecen primera selva de la tierra, de monstruosos troncos: ni las perfumosas y discretas *Epístolas* del amigo de Mecenas; los que dicen esto. Pero este es saber de gala, y regocijo de la mente dada a letras, y nacida para ellas; este es cierto saber aristocrático y de desocupados, que al que viene predispuesto a adquirirlo, le irá inevitablemente, porque deseará tenerlo; y al que no tenga natural afición a él, no le quedará impreso, porque se lo quitarán de la memoria, donde está de mal grado, las tumultuosas aficiones modernas.

El problema es este: ¿Debe emplearse la mayor y más útil parte de la época de colegio en el aprendizaje de dos lenguas que solo influyen, cuando más influyen, en fijar las raíces de la lengua?

¿El conocimiento del lenguaje es la principal necesidad del hombre moderno?

¿Debe educarse a los hombres en contra de sus necesidades, o para que puedan satisfacerlas?

Como gimnasia y disciplina de la mente, ¿el orden admirable y nunca contradictorio de la naturaleza no será más benéfico a la mente que el caprichoso del hipérbaton latino, o el contraste de los varios dialectos griegos?

Si la gota de esencia, si el jugo, si el remanente científico, si la utilidad definitiva del estudio de las lenguas latina y griega, viene a ser—descartado lo de la gimnasia mental por serle preferible en esto las más adecuadas ciencias físicas—el conocimiento verdadera e innegablemente útil de las radicales de la

lengua, y los cauces por donde esta anda, y los ejes sobre que gira ¿por qué no dar en breve, en compendio, en espiga, en fruto, estos conocimientos ya claros y adquiridos, y hacer perder a cada alumno preciosísimo tiempo en adquirir directamente fárragos y laberintos de inútiles reglas que no han de llevarle más que a averiguar lo que ya está sabido? ¡Vale tanto semejante sistema como tener a mano una cesta de albaricoques maduros, y dejarlos sin comer a un lado, esperando a que el árbol que se acaba de sembrar dé albaricoques!

Uvas hay en un racimo: no más que argumentos contra este predominio de un estudio de resultados mínimos en el sistema de enseñanza de una época que requiere resultados máximos, y esencialmente diversos de los mínimos que da el estudio que ahora predomina.

La educación tiene un deber ineludible para con el hombre,—y no cumplirlo es crimen: conformarle a su tiempo—sin desviarle de la grandiosa y final tendencia humana. Que el hombre viva en analogía con el universo, y con su época: para lo cual no le sirven el latín y el griego.

Por eso se han reunido en Congreso, a ver cómo los van reduciendo en sus programas, los directores de los colegios más importantes de los Estados Unidos.

La América. Nueva York, enero de 1884.

[MOSQUITOS]

Sábese que los insectos son portaepidemias. Es corriente entre médicos la creencia de que los mosquitos y otros animalillos de su especie trasmiten y diseminan las enfermedades contagiosas: un buen médico de Georgia publica ahora hechos que estima pruebas de la agencia activa de los mosquitos e insectos semejantes en el desarrollo de la fiebre amarilla. Aboga porque los actuales cordones sanitarios imperfectos, por entre cuyas filas y sobre cuyas zonas vuelan ahora los diminutos y poderosos agentes de la fiebre, se completen con la creación de cordones de fuego, que detengan en su paso a los funestos mensajeros.

Hay en ciertas comarcas interiores de los Estados del Sur unos como jejenes mal intencionados que se entran sin piedad por la nariz, ojos y orejas de los caminantes, y se agrupan sobre cualquier rasgadura o abertura de la piel, donde sin morder ni picar, causan sin embargo irritación enorme. Las secreciones del ojo son demasiado activas para que quede con vida el jején imprudente que cae en los ojos, y en ellos muere: pero no por eso deja de sentirse en el ojo por

algunas horas un dolor muy agudo, producido por la presencia momentánea del insecto en él. Y se nota que la estación en que abundan estos insectos, se agravan las enfermedades de la vista, y se produce con más frecuencia la terrible oftalmía, que causa dolores que estremecen, y fiebres que adementan, a tal punto que no hay enfermo bravo a que no rindan, ni caminante que pueda soportar mientras las sufre, la acción del más sutil rayo de sol. De súbito, el ojo se irrita; dolores tajantes y penetrantes lo traspasan: se siente como si se tuviera bajo los párpados arena encendida; la luz hiere el ojo como puñal de agudo filo.—Y así días tras días, hasta que la enfermedad, cuyos dolores suelen amortiguarse con baños de pies, va desapareciendo de suyo, o merced a baños de yerbas benéficas, que los naturales conocen y no enseñan. Viajando por tierras calientes, de arenales vastos, se sufre mucho de esto. De esto sufrieron en Egipto los soldados de Napoleón; en Georgia padécese mucho de oftalmía; y por la América Central, del lado del Atlántico, por la vieja y arruinada ciudad de Zacapa, de melodioso río; —por aquellas comarcas calurosas donde venden a ciento por medio real los plátanos, y sirven las recias mestizas guatemaltecas almuerzos generosos y opulentos, por los que apenas cobran real y medio; por aquellos distritos olvidados, verdaderas minas del oro más durable y valioso, el oro vegetal, el oro ambiente; por aquellas aldeas pobres y honradas, apenas cruza viajero de que la peligrosa oftalmía no haga presa. La enfermedad es contagiosa, y se comunica con gran rapidez. Algunos pierden la vista de un ojo, y de dos los más infortunados. Los que curan, no curan nunca bien: la parte interior del párpado queda siempre como imperfecta y arenosa, y la pupila un tanto velada; la córnea no vuelve jamás a ser tan límpida como antes de la enfermedad.

Tan cierto parece que los mosquitos contribuyen en gran manera a producirla, que los negros georgianos dicen que viene de que los mosquitos ponen sus huevos en los ojos.

La América. Nueva York, enero de 1884.

[APRENDER A LEER Y A ESCRIBIR]

Una compañía manufacturera del estado de Connecticut anunció a sus obreros que al cabo de un año de la fecha del anuncio despediría de sus talleres a todos los empleados que no hubiesen aprendido a leer y a escribir.—Y abrió clases nocturnas para que aprendiesen los que no sabían.

Al cabo del año, ha despedido a los perezosos que, a pesar del anuncio y

de las clases nocturnas, no aprendieron.

Ha hecho bien.

La América. Nueva York, enero de 1884.

LA "AGENCIA DE TURISTAS" DE NEW YORK

IMPORTANTE EMPRESA NUEVA

Si el éxito de las empresas depende de su utilidad y oportunidad, la Agencia de Turistas de New York, que después de juicios preparativos se está anunciando ahora al público, tiene asegurado su éxito.

La "Agencia de Turistas" no es una institución caprichosa y aventurada, sino una necesidad de los tiempos, y de nuestros países.—No la establecen comerciantes rapaces, sino comerciantes caballeros. Han ideado un negocio en que pueden prestar grandes servicios a los viajeros y a los habitantes de los países hispanoamericanos,—sin ningún costo especial para estos. Desde hoy, cuanto desee de lo que se vende y produce en los Estados Unidos, lo puede adquirir cualquiera que viva en nuestras tierras o venga a New York, al mismo precio a que pueden comprarlo en la ciudad los que llevan muchos años de vivir en ella, y saben los modos de ahorrar y comprar barato y bien.

Nos ha sido permitido examinar íntimamente la constitución de la nueva agencia:—no la recomendaremos sin embargo: explicarla basta.

Han existido hasta ahora en New York casas de comisión que envían los productos norteamericanos que les piden los establecimientos o casas de comercio de nuestra América; pero hasta hoy no había existido lo que toda persona inteligente y de gusto cultivado de nuestros países necesita;—no había existido una casa de comisión individual, a la que todo el que desee comprar algo de los Estados Unidos—un vestido, un juguete, un mueble elegante, un grabado, un objeto de uso, un libro—pueda dirigirse pidiéndolo, como si lo pidiera a una casa de comercio amiga, que le da además la garantía de que solo le cobrará el precio mínimo del objeto y el del flete al lugar donde se quiera recibirlo.

Esta ingeniosísima idea está llamada a tener un éxito considerable. ¿Quién no ha deseado, hojeando los catálogos de muebles, libros, objetos mecánicos, periódicos de modas, anuncios de mil géneros que los fabricantes de los Estados Unidos riegan por el mundo, poseer algunos de esos objetos acabados que produce la industria norteamericana?—¿Qué madre no ha querido comprar para sus hijos algunos de esos lindos vestidillos, o elegantes sombreros, que se

venden en ciertas épocas del año a poco menos que dados en los bazares de la calle Veintitrés y la calle Catorce, o en los más módicos de la Sexta y Octava Avenidas?—¿Qué señorita que tiene idea de un tocador norteamericano, no daría todos sus ahorros por poner esas figuritas de biscuit, esas rosas de relieve en cuadros de peluche, esos caprichosísimos marcos de retrato, esas elegantes imitaciones de bronce realzado, esas mil graciosísimas menudencias, llenas de cintas y bordados, que con tal baratura adornan tan lindamente la más pobre alcoba de niña neoyorquina?

Y cuando llegan Nochebuena y Año Nuevo, o los días de santos, entre nosotros aún piadosa y pintorescamente observados; cuando se encienden en alegría todos los rostros, y se recuerdan las tradiciones de la casa, y el malo se olvida de serlo, y el bueno lo es más, y todo el mundo es bueno; cuando llega la estación que se llama acá "de *Christmas*" y entre nosotros de Pascuas o aguinaldos—¿qué cosa hay más dulce que partir con los demás un poco de las ganancias del año, que privarnos de algo propio por el gozo de darlo a los que queremos, que enviar presentes sencillos y artísticos a aquellos que son amados en nuestro corazón? Ni Francia misma, donde las Pascuas no transportan de júbilo a las gentes, como a los norteamericanos los transportan,—tiene la muchedumbre de regalos de todo valor y mérito que en esos días tiene New York.

Pues desde ahora, gracias a la Agencia de Turistas, si una linda señorita quiere un sombrero de moda, si un caballero amigo de las letras desea un libro que ha visto anunciado y le interesa; si una madre piadosa anhela vestir a sus hijos para la fiesta cercana con trajes originales y elegantes; si un aficionado a cuadros buenos, quiere una acuarela o un lienzo al óleo; si una persona estudiosa quiere tal o cual aparato, o instrumento, o utensilio agrícola de cuyas ventajas ha leído,—no tendrá como hasta hoy, que desistir de su intento, y dejar su deseo sin satisfacer, por no tener en New York persona a quien pedir lo que quiere, o no conocer a comerciante de su país que quiera hacerse cargo de la engorrosa comisión, o no querer molestar a un comerciante amigo con una petición a que sabe que—como que no le deja provecho,—atiende de mal grado. Desde ahora, gracias a la "Agencia de Turistas"—con escribir una carta e incluir en ella el importe del objeto si se le sabe, o enviarlo luego que se le sepa—podrá tener cualquiera que viva en nuestros países el artículo norteamericano que desee.

Nosotros mismos que escribimos esto, ¿cuántas veces desde Guatemala, desde Honduras, desde Venezuela, desde Cuba, desde México, no hemos deseado cierto busto de hombre ilustre, cierta obra, cierta clase de papel de escribir, ciertas sillas de comedor, ciertas prendas de vestir—que sabíamos que había en los Estados Unidos,—que anhelábamos tener, pero que no teníamos a

quien pedir? Los médicos, los dentistas, los ingenieros, todos los que se ocupan en profesiones, artes o industrias ¿no desean frecuentísimamente poseer el último instrumento, el aparato nuevo que ya tienen o pueden tener sus rivales, la invención más reciente, sin la cual ya no estarían completos sus gabinetes o sus cajas,—y se privan sin embargo de lo que desean, por no pagarlo a un precio exorbitante o no tener a quién pedirlo? ¿Cuántas veces no se desea tener un amigo en París, en Londres, en Madrid, en Roma—para que nos mande una de tantas cosas baratas y bellas que en todas esas tierras hay, como las haya en esta, y que añaden, aunque insignificantes en la apariencia, tanto agrado y honestos placeres a la vida?—Vivir en una linda casa,—llena de artísticos aunque humildísimos objetos,—es añadir un elemento poderoso y nuevo a los de felicidad que hay en la existencia.

Pues ese amigo que se echa de menos y se desea tener en las grandes capitales—va a serlo en New York para todos los hispanoamericanos la "Agencia de Turistas".

Compra y manda cuanto le encarguen, al precio mínimo de la ciudad—y no cobra comisión de compra ni de embarque—porque el número considerable de compras que hace, y las prácticas de este mercado, le permiten alcanzar concesiones especiales de los vendedores.

Responde a cuantas preguntas se le hagan sobre este país, modos de viajar en él, precios de los artículos que en él se trabajan:—a cuanto le pregunten, responde.

Y porque no tenemos espacio, no decimos lo más importante acaso,—lo que hace con los viajeros hispanoamericanos, que solicitan sus servicios en New York. Impide que los exploten y engañen: compra por ellos, bajo su inspección y según sus deseos, todo lo que necesiten o quieran llevar de la ciudad; los toma de la mano y se encarga de buscarles,—siempre sin cargo alguno especial para el viajero—cuartos de hotel, asientos de teatro, pasajes de ferrocarriles y vapores, fletes de artículos comprados. Les recibe y guarda sus cartas. Les proporciona intérpretes. En suma, les presta todos los servicios de un compañero inteligente, experimentado y honrado.

Si tal empresa no tuviese éxito, sería que estamos aún poco maduros para las cosas verdaderamente útiles.

Pero ha de tenerlo, porque nadie ha dejado de sentir desde hace mucho tiempo su necesidad.

Las damas no necesitarán esperar que las modas norteamericanas lleguen a su tierra, ya tardías y usadas, para ostentarlas.

De lindas cucherías y de cosas útiles podrán llenar desde ahora sus

poéticas casas los hispanoamericanos.

Con sencillos y elegantes regalos podrán en los días clásicos del año mostrar su afecto a sus amigos y parientes.

Los que deseen un artículo americano ya para prueba de cultivos, ya para ensayos industriales o trabajos profesionales, pueden tenerlo con solo indicarlo.

Empresas como la "Agencia de Turistas", que en este mismo número de *La América* se anuncia—no son solo un negocio;—son una institución simpática—y un verdadero servicio.

La América. Nueva York, enero de 1884.

ARTE ABORIGEN

A ninguno de nuestros lectores ha de fatigar una reseña breve de los objetos de manufactura de indios que se exhibían en la fiesta de artes organizada en beneficio de la obra del pedestal de la estatua de Bartholdi.

El indio, que en la América del Norte desaparece, anonadado bajo la formidable presión blanca o diluido en la raza invasora, en la América del Centro y del Sur es un factor constante, en cuyo beneficio se hace poco, con el cual no se ha querido calcular aún, y sin el cual no podrá, en algunos países al menos, hacerse nada. O se hace andar al indio, o su peso impedirá la marcha.

El indio es discreto, imaginativo, inteligente, dispuesto por naturaleza a la elegancia y a la cultura. De todos los hombres primitivos, es el más bello y el menos repugnante. Ningún pueblo salvaje se da tanta prisa a embellecerse, ni lo hace con tanta gracia, corrección y lujo de colores.

De una mirada podía verse el arte indio moderno de las tribus norteamericanas. Los vestidos son de pieles, cubiertos de canutillos y de cuentas. Los adornos son de plumas. No hay pieza de vestir, ni de armadura, que no esté plenamente ornamentada. Todo, todo está cubierto de canutillos de colores dispuestos en combinaciones caprichosas y variables, ya rombos, ya romboides, ya cuadrados, ya triángulos. La línea recta, en proporciones artísticas y geométricas, y en agrupaciones elegantes, predomina en todos los dibujos. Cuando la línea curva, lo cual es raro, aparece, es imperfecta. Los canutillos cubren los borceguíes, las polainas, el cinturón, una especie de ridículo saco de mano largo y ancho, las mangas y las piernas abiertas de los vestidos.—Los trajes, extendidos, tienen aún, a pesar de todos sus aderezos, la forma de piel de fiera. Se nota esto en todos los pueblos primerizos: luego, cuando entran en su segunda época, ya los trajes tienen forma de ave, con las alas tendidas.—Aman

los indios la piel blanca; y la curten tan hábilmente que parece suavisíma badana. A las piernas de los vestidos de sus *squaws,* sus valerosas mujeres, cuelgan los tuscaroras unos como alamares sonantes o piramidillas huecas de latón, de menudo tamaño y en gran número, que parecen fleco de plata y cascabelean alegremente.

En todo resalta el vehemente y ordenado amor del indio al color y al ornamento. Su escudo de batalla lo envuelve en piel curtida, adornada con plumas.—Con plumas de águila fabrican sus arreos marciales los guerreros.—Se ciñen a la frente una banda, en cuyo torno se yerguen, abriéndose hacia arriba como el penacho de una palmera joven, plumas de águila duras.—Y de este casco les cuelga por la espalda una piel larga y estrecha, por cuyo centro corre a la larga hasta la tierra, sobre pana roja, una cresta de plumas erguidas.—El *tomahawk* es como el indio: esbelto, aquilino, terrible, diestro. Siempre hubo semejanza entre los hombres y las armas que usan. El burdo bretón gastaba brutal maza. El indio, delgado y veloz, la flecha rápida y aguda, el *tomahawk* de mango fino y elegante y de hierro largo y estrecho, encorvado en el filo como el pico del águila.

Y si a la cerámica se mira, aunque de esto había poco en la Exposición, nótase la misma espontánea tendencia a la forma bella, el mismo desamor a las extensiones vastas y desnudas, la misma afortunada pasión por el adorno. No hay jarra de los indios de pueblo, por elemental y primitiva que sea, que no ostente, ya en barro rojo, ya en blanco, ramazones, raros caprichos, garras y alas, nubes y soles, trazados con líneas negras.

En las muestras groseras de escultura, en lava de volcán la una, en granito otra, las más en barro cocido, notábase la fidelidad excesiva en los detalles que distingue el arte de los pueblos primitivos y los primeros dibujos de los niños,—y un singular poder—que parece pertenecer solo al arte aborigen americano entre todas las artes de pueblos rudimentarios,—de dar perfecta expresión y significación espiritual a las facciones irregulares, y a veces a la figura entera.—Una mujer sentada, una figura en reposo reclinada de espaldas, y un cómico diosillo del dolor, hecho en barro que brillaba como si tuviese arenas de oro, eran las tres esculturas más notables.

En la figura de la mujer, todo lloraba; los ojos entrecerrados, las mejillas plegadas, las trenzas deshechas en la espalda seca, los senos cadentes. En la del hombre reclinado, figura que adornó acaso un sepulcro, se veía la afable sonrisa de un espíritu que se exhala satisfecho, y el reposo aún tibio de la muerte nueva. El dios del dolor, de arte modernísimo, hacia reír involuntariamente, no tanto por lo elemental del dibujo y labor, cuanto por la chispeante y afortunada burla del

hombre blanco que revela. La estatuilla, sin ropas, se lleva las manos al vientre; la cabeza, empinada en un lánguido cuello, hace una mueca que recuerda al Luis XIV desnudo de Thackeray: —que cuando Thackeray se ponía a hacer caricaturas, las hacía tan buenas como sus novelas.—Y el escultor indio ha adornado la cara de su Dios de barro con un par de bigotes de estopa que, hirsutos y rubios, añaden comedia a la traviesa figura.

De arte antiguo, había poco, y todo lo que había, era hecho de los objetos más cercanos que ofrece al hombre primitivo la naturaleza, y en la hora misma en que el arte civilizado discurre medios e inventa adornos que parece que no han de ser ya superados por artífices humanos. En una misma época, y a un mismo tiempo unos hombres trabajan y convierten los elementos más rebeldes y recónditos de la naturaleza, y otros emplean apenas los más superficiales y burdos. La edad de piedra subsiste en medio de la edad moderna. No hay leyes de la vida adscritas a una época especial de la historia humana. Dondequiera que nace un pueblo nuevo, allí renace con él, nueva, grandiosa y feral, —la vida. En una sala se veían los cuadros de Pasini, que pinta la luz, y otro de Fortuny, que pinta el aire ambiente: en la de arte aborigen, centenares de flechas de sílex, labradas casi a nuestros ojos, algunas tan diminutas y bien trabajadas que parecían bellas.

Y por sobre todos estos objetos, que parecen los útiles de una época de transición de la fiera al hombre, de la nerviosa y esbelta fiera americana al inquieto y brillante hombre de América moderno; sobre los armarios llenos de borceguíes, cintos, tahalíes, vainas de cuchillos, delantales completamente cubiertos, cuando no exclusivamente fabricados de cuentas de colores; por sobre la curiosa parafernalia de la danza del Sol, hecha toda de muñecos de cartón pintado de colores, con grandísimas e intrincadas ramazones colocadas como un halo alrededor de la cabeza,—flotaba, como símbolo de la época de donde vienen y del tránsito a aquella en que se confunden, la bandera blanca, con sus ocho estrellas rojas y sus tres puntas rojas y azules, de los viejos y ya domados tuscaroras, miedo un tiempo y azote de las tierras hoy prósperas de la Nueva Carolina.

Y en medio de la bandera rectangular de lienzo blanco, por encima de una hilera de animales,—oso, caballo, perro, pato, tortuga, recortados en paños de colores, y supercosidos,—un águila, con las alas abiertas, se remonta por el cielo, apretando entre sus garras a una horrible serpiente.

La América. Nueva York, enero de 1884.

LIBRO NUEVO

MANUAL DEL VEGUERO VENEZOLANO

POR EL SR. LINO LÓPEZ MÉNDEZ

De Barinas salía en tiempos de antaño,—de Barinas, que estaba cerca de Cumaná, madre de Sucre, el más rico tabaco que por entonces saboreaban, con mengua del de Güines y del de Flor del Sagua, los fumadores de España, Italia y Francia. De Venezuela viene ahora también un lindo libro, en que se cuentan con afortunada llaneza, singular lucidez y desinterés incomparable todas las varias artes y celosos cuidados que quiere la hoja india, consuelo de meditabundos, deleite de los soñadores—arquitectos del aire, seno fragante del ópalo alado. *Manual del veguero venezolano* se llama el discretísimo libro: todo es aroma, como la planta cuyo cuido enseña: es su autor el Sr. Lino López Méndez, veguero de oficio, que aquí prueba ser además escritor hábil y galano, que de las mismas plantas, y al sol y al sereno, ha aprendido el modo de cuidarlas. Dice que le enseñó mucho el manual de Dau; pero que la tierra le ha enseñado más.

No agrada el libro solamente porque con habla tersa y sabrosa, tan culta que parece de letrado, y tan clara que no habrá labriego que no la entienda, narra todos los trances, riesgos, necesidades y enseñanzas del cultivo de esta planta rica:—sino por cierto amor de padre, celoso y ferviente, que muestra el enseñador ameno por sus plantas. Se ve que las ama y mima, como si fueran sus hijas. Se enoja con los que las tratan rudamente. Se encara, como con profanadores, con los vulgares rutineros. Por entre las hojas del libro, parece vérsele encorvado, en la madrugadita fresca, buena a estas labores, sobre la mata recién nacida, sacándole de entre las hojas el mordedor y diminuto cogollero:—que donde nace planta, allí nace insecto! —y por donde brota flor, ya anda la oruga!—Está escrito este libro de manera que, con ser la mejor acaso, y la más práctica y entendible de cuantas monografías van publicadas sobre el cultivo del tabaco, imagínase ver al autor, mientras se lee su artístico trabajo, protegiendo con las manos cuidadosas del sol excesivo, del grillo rastrero, del podador burdo, de la humedad putrefactora a su mata olana de tabaco. Ni matas las llama, sino maticas. Hojitas dice, cada vez que tiene que decir hojas.—Como Cherville—este Mery de los jardines—ama sus flores Don Lino López ama sus plantíos. Como a personas estima sus plantas: ¡sentido y respeto de la vida universal, dote solo de las almas profundas!—Delicadas puerilidades, prenda exclusiva de las almas nobles!

Extractar el libro, fuera imposible, porque todo él es extracto. No habla como empinado catedrático, más atento a que le admiren que a que le

entiendan, sino como padre de familia, que da lecciones a sus hijos campesinos. La perfección absoluta de su pequeño libro le viene visiblemente de su íntimo y acabado conocimiento del asunto. Podrá no ser Don Lino López hombre de letras; pero, por el completo ajuste de su estilo y su asunto, ha hecho de su folleto de 64 páginas una obra literaria. A bien que en Venezuela es don nativo el arte, y tradicional el habla buena. Todavía andan por sus calles Eloy Escobar, caballero y poeta, que habla en su lengua de familia un castellano que para sus obras de gala envidiaran el coloreador Alarcón y el discreto Valera: y un Morales Marcano, cuyo lenguaje de sólidas facetas, y de fácil curso, hace a la vez pensar en el viejo vino generoso, y en los reflejos del brillante: y carreteros y mozas andan por Caracas, y pastores en luengas camisolas, que mueven el castellano que parecen graduados de academia.

¡Cuánto enseña el *Manual del Veguero Venezolano!* Toma la planta en el almácigo, y no la deja hasta que sale ya bien acondicionada y empacada, en busca de los torcedores de la ciudad. Cuenta cómo ha de abonarse la tierra; por cuanto no hay tierra, por rica que sea, que no mejore con el abono, ni alma que no se sazone con la vida, ni inteligencia que no crezca con el cultivo y ejercicio:—y el tabaco ha menester más que planta alguna de abono cuidadoso, sin que lo haya mejor que el de vegetales bien podridos (por ser sabida ley que la vida nace de la muerte), mezclados con una parte de estiércol de bestias: los vegetales mejores son los palos de las mismas matas de tabaco, las cañas del arroz y del maíz, la hojarasca que se va trocando en tierra.—Y explica cómo se ha de ir preparando en montones este abono, y no ha de usarse de montón que no tenga ya contados sus seis meses.

Dibuja, más que dice, cómo han de hacerse en dos rectángulos paralelos, los semilleros o almácigos, sobre canteros muy bien movidos, por querer el tabaco, así como atmósfera seca, tierra muy limpia y floja. De diez varas de largo por dos y media de ancho será cada uno de los dos canteros; media botella de semilla, mezclada a cinco de arena fina, basta: y luego que el almácigo está ya polvoreado de semilla, se le salpica con ceniza y abono, y se le cubre piadosamente, a que ni sol ni lluvias le dañen, con las generosas hojas del plátano. Del plátano se sacan las cabullas en que se ensartan las hojas cosechadas; las hojas con que se forra el interior del burro, largo envase donde bien cubierto se pone más tarde el tabaco embetunado a que fermente; y las tiras que atan las manillas primero, y luego los matullos.—El semillero es el tesoro de la vega, y como a tal se cuida. Al quinto día se le pone techo, y ya a los ocho días la planta tempranera saca a tierra sus dos primeras hojas tiernas,—que han de ser bien regadas, mas nunca con agua salobre. ¡Cuánto pequeño cuidado

empieza ahora, de que dependen luego la bondad, el peso, la condición y el aroma del tabaco! A los 25 ó 30 días de nacida la semilla, trasplantada a canteros semejantes, y cuando ya tiene unos dos meses, siémbrasela definitivamente, a tres cuartas una planta de otra, y nunca a menos, en los surcos que, a medida que se hace el trasplante, van los gañanes abriendo en el terreno bien arado y revuelto, o trabajado a pico y escardilla, cuyo terreno será tanto mejor si tiene dos partes de tierra suelta, de arena fina, y otra de abono vegetal y animal.

Para la siembra, todo esmero es poco. Se la arranca de hondo, para que las raíces no se dañen; se la lleva como en palmas al surco, de 9 pulgadas de ancho y 6 de hondo; se la pone en la cresta de él, para que no la arrastren las lluvias, que correrán sin daño a su lado; se la pone bajo una casilla, como si cada planta fuera delicada dama.

No bien pasan 20 días, ya están los peones, con una escardilla pequeña, desyerbando el surco y arrimando tierra al pie de cada mata, a lo que llaman medio aporco. No ha de dejarse crecer yerba en el surco. Ha de emprenderse campaña reñida con los voraces insectos: ha de buscarse, en las cuevas que labra al pie de las matas, al grillo mordedor; al cogollero astuto, para lo que hay que abrir las hojas de cada una mata; al verde veguero, que no con menor rapidez se come las mejores hojas que los ogros del cuento de Perrault se comían niños; y al pardo y traidor cachazudo, que devasta en la sombra. También a los semilleros atacan los gusanos; pero a esta invasión se pone coto cercando los almácigos de mostaza, que los insectos comen con delicia.

A poco, el tabaco repolla, a lo que se le da otro desyerbe; y a poco más “encaña”, por lo que entienden que está a punto de dar el botón, nuncio de la flor, el cual, con cuidado sumo, ha de arrancarse con las hojillas que le cercan, así como los retoños que nacen al pie de las hojas mejores de la planta, con cuya poda y deshijo va a las hojas toda la fuerza de la mata.—¡Singular cosa, que no sean diferentes, sino idénticos, el modo de sacar provecho de una planta y de una inteligencia! Todo es análogo:—acaso más,—todo es idéntico. Y así como acaba el monte en alto pico, así tal vez en una verdad sola, y germen solo, se concentran todas las formas de la vida. Universo es palabra admirable, suma de toda filosofía: lo uno en lo diverso,—lo diverso en lo uno.

“No es buen veguero
Quien no coge el bajero”.

dice el refrán campesino, con lo cual se enseña que no han de desdeñarse, porque sean de clase inferior, sino de cogerse y aprovecharse las hojas bajas de la planta, primeras que sazonan. Conforme van madurando las

hojas, lo que se conoce en que sus venas amarillean y se cubren de pintas amarillas, se van cogiendo; y cuando ya toda la mata esté madura, se la cercena de raíz, con un machete bien afilado.—Luego vienen el madureo, la seca, el embetunado, el enmanillado de las hojas. Se clasifican las hojas por tamaño; se ensartan, como quien cose, con una aguja que lleva a la zaga una cabulla, las hojas de cada condición, que una vez en el hilo de diez cuartas, se atan a los cujes, y van en ellos a los andamios, donde las cubren con fardos de crudo grueso; y no las descubren hasta que no tienen ya el color amarillo del melón sazonado que anuncia que las hojas están maduras: por lo que a esos andamios llaman los maduraderos,—que como los corredores adonde sacan los cujes a que se oreen, y las piezas abrigadas donde los ponen, ya a calentarlos con braseros sin humo de la humedad excesiva, ya a impedir que el exceso de sol tueste las hojas y las "arrebate" son todas partes de la aireada casa de tabaco. Y se ha de registrar hoja por hoja, y no dejar hoja podrida ni verduzca.—Cuando han pasado 15 días de oreo, embetúnanse por primera vez las hojas. Lucen en los betunes los vegueros todas sus experiencias e imaginaciones:—cuál prepara el suyo con una infusión de tabaco en agua; cuál pone en vez de agua, secreción del cuerpo humano que da más fuerza que perfume. Pero el *Manual del Veguero* dice que, para lograr tabaco bueno, luego de bien almacigado, cogido y oreado,—no hay como empaparlo en un betún de su receta, que es de este modo: En 10 botellas de aguardiente de 30º, póngase media libra de sarrapía, luego de haber rajado cada semilla por un extremo, y una media libra de tabaco bueno y de clase fuerte, todo lo cual se tapa bien en un envase de vidrio, de donde no se le saca sino al ir a usarlo, en cuyo instante se le agregan, moviendo el conjunto bien para que se disuelvan la sal y el óxido, una media libra de sal de nitro y una onza de óxido de hierro. Pero no es ese el betún, sino una parte de él, a la cual han de juntarse 20 más de una infusión de cuatro onzas de palillos de tabaco bueno para cada 10 botellas de cocimiento. Y es fama que con tal menjurje, ni la media capa segundona, ni la entrecapa averiada, ni la humilde y retorcida tripa, dejan de parecer tan finas y exquisitas como a los señores de la corte de Felipe IV las hojas del afamado Pedro Alonso.

Por de contado que hay que secar y orear muy bien, y a aire cálido y no lluvioso, las cabullas embetunadas, no sea que estas adquieran mal olor y ruin calidad, sobre todo si por ser el tabaco pajizo y flojo se hubiese mezclado al betún una media libra de azúcar quemada, o "papelón", como llaman a los panecillos de azúcar primitiva en Venezuela, o "panela", como les dicen en Guatemala.

Y aún no está todo acabado,—que en este punto falta, después de secar

bien las hojas, sacarlas al sereno en los corredores; y enmatuladas las cabullas, o envueltas y amarradas, ponerlas a fermentar en el burro, con conveniente peso encima, a que den las hojas de sí todo su gluten, y hiervan y se fortalezcan, cuyo emburrado ha de hacerse antes de que salga el sol, o en horas de tiempo húmedo. Y se vuelven de uno y de otro lado, por sendos días y con muchas precauciones, los matules en los burros; hasta que luego de cuarenta días de estar el tabaco en estos, lo sacan a recibir betún segundo, que lo aquilata y perfecciona, y cuya labor se hace con regaderas o esponjas, de manera que las hojas de cada matul, ya desatado, queden bien impregnadas de esta infusión definitiva. Al día siguiente, ya el tabaco es seno de perfumes, y los escogedores ponen de un lado la capa grande, toda sana y de color parejo; y la segunda capa, más pequeña; y el capote, manchado y de color flojo; y los desechos que van a hacer la tripa.—Lo enmanillan, y sale entonces, a ocupar artesanos, a enriquecer a mercaderes, a entretener ocios, a distraer penas, a acompañar pensamientos solitarios. ¡Tal vez tengan razón los fumadores: mejor ha de ser a veces ver cómo se dibujan en el aire con el humo del tabaco, leones y águilas—que sentirlos, como humo del espíritu, subidos al cráneo!

Todo eso que hemos apuntado de ligero, como suma de libro, y por si hay en ello algo nuevo que otros cultivadores aprendan,—está enseñado con tal mansedumbre de dicción, riqueza y encadenamiento de detalles, y claridad visible y palpable en el libro del Sr. Lino López Méndez, que el que lo acaba de leer, gustoso y agradecido como quien cierra un grato cuento, se da a sí mismo el grado de docto en el cultivo del tabaco, y pregunta el camino de las tierras fértiles donde, en vegas planas o en lomas arenosas, crece, de manos de hombres sensatos y piadosos, como el autor de este libro, la planta amable que da el humo, compañero del hombre!

La América. Nueva York, enero de 1884.

COMPOSITE IRON WORKS CO.

QUÉ ES, Y PARA LO QUE SIRVE

No sin razón califica esta combinación de uno de los más útiles e importantes inventos recientes, la compañía Composite Iron Works Co., de Reade Street, No. 83, que lo explota.

La ventaja de la nueva composición salta a la vista, con decir que en ella se han procurado y logrado reunir las condiciones del hierro frío y el hierro fundido. El procedimiento es propiedad de la Compañía. Se unen, por medio de moldes de hierro, aquellas dos especies del metal, de modo que llegan a constituir una sola pieza, sin necesidad de estar sujetas por abrazaderas o

ribetes.

Permite esta combinación usar el hierro con igual éxito para las construcciones que requieren solidez y peso, que para las más ligeras, laboreadas y ornamentadas.

Los enrejados de esta Compañía son ya famosos. Se sabe que no hay obra de ingeniería superior, por su altiva y solemne estructura, y por los materiales empleados en toda ella, al puente colgante entre Brooklyn y New York:—pues todo el barandaje de este puente es de "hierro compuesto".

En las cercanías de New York hay otra obra de arquitectura nobilísima, el Puente Alto (High Bridge): también allí es de este hierro compuesto el barandaje. Brooklyn y New York, que tienen monumentales depósitos para las aguas, los han cercado con el metal de la Compañía. Los cementerios y plazas públicas de Washington han preferido el hierro compuesto para sus cercados. Y la prueba mejor acaso de la bondad singular de este artículo, que nos parece que puede recomendarse sin embozo, es que los ferrocarriles elevados,—los de la Tercera y Novena Avenida en New York—que tan fuerte y buen hierro necesitan, usan del hierro compuesto. Una persona influyente en los ferrocarriles decía días hace en un diario hablando de este hierro: "No conozco otro que le exceda en resistencia, duración y baratura".

Como entra en la combinación mucho hierro fundido, no hay miedo de que se rompa en el transporte.

Y como cuesta menos de hacer que el hierro colado, aunque tiene sus principales propiedades, se puede vender a mucho menos precio.

A juzgar por las pruebas que van hechas de él, el hierro compuesto es el mejor de los conocidos para puentes y sus accesorios, barandas, enverjados; para esos tejidos con que se protegen los troncos de los árboles; para las ornamentadas y elegantes rejillas con que se rematan las crestas de los techos de las casas modernas, y para las pequeñas verjas con que se separan los diversos departamentos en oficinas públicas y despachos de comercio.

La América. Nueva York, enero de 1884.

PROTECCIÓN Y LIBRECAMBIO

Ni los esfuerzos, ya sensibles, de los partidos contendientes para ir agrupando en torno de sus candidatos a la presidencia probabilidades de triunfo; ni la conmoción, no muy honda por cierto, causada por la negativa del canciller alemán a poner en manos del Reichstag las resoluciones de condolencia votadas

por la Cámara de Representantes de los Estados Unidos en honor del difunto jefe de los liberales alemanes, el brioso y pugnaz Lasker,—han preocupado tanto este mes la atención pública como el problema extremo y de solución urgente, que la aplicación prolongada del sistema de protección de las industrias ha traído sobre el país. Hállase que a no haber sido por las exportaciones agrícolas que en un ochenta por ciento han figurado año tras años en las de los Estados Unidos, se hubiera visto antes la pobreza del rendimiento industrial que, sin poder sacar afuera sus productos caros a competir con los rivales extranjeros, creaba, sin embargo, por lo subido de los derechos de importación y la seguridad de imponer a alto precio los productos nacionales, una general y penosa carestía en todos los objetos necesarios, a la cual sin los crecidos retornos de las cosechas favorables, no hubiera podido hacer frente la nación, que pagaba más por sus gastos crecidos, con la tarifa prohibitiva, que lo que merced a esta tarifa misma le era dado adquirir por sus productos. Y por esa falacia ha parecido bueno a los observadores superficiales el sistema de protección en estos Estados: porque, gracias a la exuberancia de las cosechas, no se notaba el desequilibrio enorme, que hoy, apenas escasea la demanda de granos del extranjero, y se halla la industria americana en necesidad de pagarse sus gastos, salta de manera clarísima a la vista.

Para favorecer el desarrollo de las industrias nacionales, necesitadas en gran parte de materia prima traída de otros países, se decidió subir de tal manera el impuesto de introducción a los artículos extranjeros, que era a estos punto menos que imposible venir, recargado con los gastos de flete y los derechos de entrada, a competir en los mercados de los Estados Unidos con los productos de la nación. Sobrada esta de caudales, por la acumulación de los rendimientos de excelentes cosechas sucesivas, cuya venta favorecieron más de una vez los trastornos europeos, ni se ponía mientes en pagar por los artefactos del país un precio que en realidad pagaba el abundante dinero extranjero, ni se hallaba cosa mejor en que emplear este que en el desarrollo colosal de las propias industrias. El enorme pueblo consumía todavía cuanto las fábricas nativas venían elaborando.

A la noticia del febril movimiento y de los altos salarios que el bienestar público y el alto precio de las manufacturas nacionales permitía pagar, y necesitaban además los obreros para afrontar la vida costosa que engendra siempre el sistema proteccionista, acudió de todas partes de la tierra inmigración artesana numerosísima; abandonaron los nativos, con gran desacuerdo, las faenas más seguras y fructíferas del campo por los nuevos y productivos oficios; acumulóse en las grandes ciudades apiñada muchedumbre obrera; surgieron

ciudades fabriles, habitadas por millares de trabajadores, y se organizó como una formidable nación industrial un pueblo sencillamente incapaz de vender el fruto de sus atormentadas industrias.

La subida tarifa de derechos de importación, que por una parte aseguraba a los productos americanos los mercados nacionales, les imponía por otra, con la carestía general que ocasionaba para la vida, la necesidad de pagar jornales altos; y con lo costoso de la materia prima importada, unido a lo recio de los salarios, la de vender a excesivo precio sus productos.

En tanto que las industrias nacionales produjeron solo para cubrir la demanda doméstica, contenta de surtirse en casa, y de pagar más por cosas propias—no se vio sino lo que tiene de lisonjero producir cuanto se ha menester sin acudir a pueblos extraños más famosos y viejos,—y la facilidad de lucrativa venta.—Pero gracias a las ganancias por todas estas condiciones acumuladas, y en las industrias mismas invertidas, las fábricas nativas llegaron a ponerse en tal pie y a producir tan abundosamente, que sin mercado inmediato, vasto e incansable para sus artículos no pueden satisfacer las exigencias de sus deberes corrientes, el material que sus hornos consumen, los gastos de comunicación que para conducir sus productos necesitan, ni a los pueblos de obreros descontentos que viven de ellas. Y hallan que el mercado nacional está ya sobradísimamente suplido, y cuando no, desconfiado y temerario: y que sin buques propios,—por ser tan caros los de fabricación americana en consecuencia de la ley que los protege, que todos los que necesitan embarcaciones las compran afuera;—sin buques propios, decimos, sin amistades cercanas, sin acabamiento marcado en sus artefactos que compensara la diferencia del precio,—no pueden vender en los mercados extranjeros los productos acumulados y en producción constante que la nación no demanda ya en la cantidad en que se producen; ni están por lo tanto en capacidad de mantener, por poco que este grave estado se prolongue, fábricas en tal tamaño establecidas que por lo abrumador de sus gastos podrán apenas aguardar con angustia mejores días, con el revertimiento doloroso a las industrias vacilantes de los pingües provechos que en su época de auge y nivelación con la demanda amontonaron.

Si las industrias americanas no son, por algún arte económica, puestas en condiciones de vender en el extranjero sus productos, las industrias americanas perecen. Sobrevivirán solo las genuinas industrias del país, nacidas de él y de la transformación inmediata de sus propios frutos, que las tierras que los consumen no pueden producir con igual baratura: pero esas industrias establecidas, más que por derecho natural del país a ellas, por emulación, ostentación y orgullo, esas, o perecen, o necesitan urgentemente que un nuevo

sistema económico abarate la importación de derechos extranjeros, baje el costo de la materia prima, reduzca el de la vida general para que sea posible la reducción de los salarios, conceda la bandera nacional a embarcaciones de fábrica extranjera, y permita la producción de los artefactos norteamericanos en condiciones que puedan luchar en los mercados de Europa e Hispanoamérica con los productos ingleses, franceses y alemanes.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

CARLYLE, ROMANOS Y OVEJAS

Sartor Resartus, de Carlyle, que escribió a la luz de los ojos de una quimera, y anduvo entre los hombres como montado sobre ella, y echándoles a pesar de él puñados de luz,—*Sartor Resartus,* cuenta, en una de sus páginas más apacibles y pintorescas, cómo se suelen ver en los campos de Holanda, donde pintó animales Potter, vacas muy bien vestidas pastando mansamente, guardadas del tiempo húmedo por jaiques y sayuelas.

Leemos ahora que dudan, sin razón, de lo que cuenta Carlyle, sin ver que no era él hombre de decir lo que no viese, aun cuando para ver hubiera de ir, con dolores y espantos, al fondo de sus mismísimas entrañas.—En Sussex hacen hoy con las ovejas lo que dice él que vio hacer en Holanda con las vacas: y no solo las visten en Sussex de saya y chaqueta, sino que las lavan, peinan y calzan, como hacían en otro tiempo los romanos, para que la lana con el cuidado fuese para el tiempo de la esquila bien sedosa y suelta, o como en Grecia y Asia hacían, para que las que llamaban ovejas “suaves” o “cubiertas” no fuesen a ser tenidas en tan poca estima como las descuidadas, no vestidas y de lana áspera e hirsuta.

Y quien lee el *Talmud,* que por cierto tendrá con eso exquisitos y profundos goces, y magnas revelaciones, ¿no ve en él que también era de uso entre los viejos hebreos, para proteger a los corderillos recién nacidos, cubrirlos con lienzos ajustados al cuerpo por tenazas y broches, de modo que el aire húmedo o la yerba áspera no les lastimase?

Lo cual quiere decir que quien quiere que las ovejas le rindan buena lana y las vacas buenos terneros, las ha de abrigar y cuidar bien, y tratarlas con caridad y ciencia, para que no se le enfermen por incuria, o le den hijos ruines y entecos, como todos los del abandono y la tristeza.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

[LIBROS RECIBIDOS EN *LA AMÉRICA*]

Varios y buenos libros de autores hispanoamericanos ha recibido *La América* en estos últimos meses: sobre arte de Venezuela, y muy bueno, uno; sobre cuestiones arduas sociales, otro; numerosos, y más de uno notable, de historia y de letras:—de todos ofrece *La América* dar cuenta en sus columnas, y a los autores queda agradecida.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

WENDELL PHILLIPS

La tierra tiene sus cráteres: la especie humana, sus oradores. Nacen de un gran dolor, de un gran peligro o de una gran infamia. Hay cierta pereza en las almas verdaderamente grandes, y cierto horror al empleo fútil, que las lleva a preferir la oscuridad solemne a la publicidad y caracoleo por causas menores. La fuerza oratoria, como la fuerza heroica, está esparcida acá y allá por los pechos de los hombres; tal como en espera de guerra reposan en las almenas formidables de los castillos, para cubrirse tal vez de orín si no hay caso de lidia, cañones gigantescos que de un aliento acostarán mañana un buque. Pero los oradores, como los leones, duermen hasta que los despierta un enemigo digno de ellos. Balbucean y vacilan cuando, errante la mente en palacios vacíos, obligan su palabra desmayada a empleos pequeños; pero si se desgajara de súbito un monte, y de su seno saliese, a azotar con sus alas el cielo lóbrego, colérico y alborotado, bandada incólume de águilas blancas, no sería más hermoso el espectáculo que el que encubre el pecho de un orador honrado cuando la indignación, la indignación fecunda y pura, desata el mar dormido, y lo echa en olas roncas, espumas crespas, rías anchurosas, gotas duras y frías sobre los malvados y los ruines.—Así, de ira de ver aplaudidos por un prohombre del estado de Massachussetts a los asesinos del reverendo Lovejoy, que defendía en el primer tercio del siglo la justicia de la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos; así, encendido todavía el rostro en la sagrada ira con que meses atrás había visto desde su bufete de abogado joven y rico, a una caterva de bostonianos acaudalados que de una cuerda que habían atado al rededor del pecho del abolicionista Lloyd Garrison lo llevaban arrastrando por las calles, como a una bestia inmunda; así, bello como si en la mano le centellease una

espada de fuego, tremendo como si la frente magnífica le coronasen las serpientes sagradas de la profecía; pujante, como quien de una sola arremetida de los hombros, cual bisonte a ovejas, dispersa y acorrala; así, para marcar con letras negras en la frente a los que, en una junta llamada a censurar a los matadores de un abolicionista, osaban defender la legalidad de la esclavitud y la justicia de la muerte,—se reveló con tamaños extremos y amor sumo, el orador Wendell Phillips a los bostonianos.—Acaba de morir, y todavía no le había nacido un émulo.

¡Qué brío! ¡qué pompa! ¡qué anatema! ¡qué flagelo! Maceradas se hubieran visto aquella noche las espaldas de los esclavistas, si las hubiesen desnudado de sus ropas. Era una ola encendida que les comía los pies, y les llegaba a la rodilla, y les saltaba al rostro; era una grieta enorme, de dentadas mandíbulas, que se abría bajo sus plantas; como elegante fusta de luz era, que remataba en alas: era como si un gigante celestial desgajase y echase a rodar sobre la gente vil tajos de monte.

Treinta años habían de pasar aún para que la redención se realizase. Por lo que otros vencieron luego como héroes, murió el viejo John Brown de Ossawatomie como un malvado en un patíbulo. Por lo que más tarde sacó millones de hombres a rabiosa pelea, Wendell Phillips peleó treinta años solo.—Fue magnífico verle, como dama numantina que echa al épico fuego todas sus joyas, romper—por no jurar lealtad a una Constitución que parecía prohijar el vil derecho de los amos de esclavos—su título laborioso de abogado.—Vio aquella ofensa humana, y se hizo hierro ardiente para secarla. Él era rico; era de ilustres padres; era de universidad famosa; era de culta, diestra y armoniosísima palabra; era estudioso, impetuoso, ambicioso, ágil—¡parecía que la tierra lo recibía en casa de fiesta, y todo iba a ser para él éxito, paga, puesto público, fama fácil, gloria brillante, carroza de oro! Pero era de esa raza de hombres radiantes, atormentados, erguidos e ígneos, comidos del ansia de remediar los dolores humanos.—Y ¡qué arreos le dio naturaleza para la batalla! Parece que, de no sentirse en pueblo sensible a lo grandioso, había hallado manera de acomodar su palabra abundante y segura a las artes menores que seducen a auditorios incultos y vulgares: chisteaba, anecdotaba, digredía, ridiculizaba, maceaba, hendía de un juicio acre a su enemigo. Pero por encima del gusto burdo, en aquella época sobre todo, de la nación que le cupo en suerte; por encima de su voluntad misma generosa, que a la propia gloria prefería el triunfo de la idea con que, más que con su mujer misma, se había desposado; por encima de los hábitos nacionales y los intentos previos,—hinchábase de súbito su oratoria como las nubes en tormenta, y de acá alzaba el mar, de allá lo vertía en lluvia

sonora; y parecía venirse sobre el público, como cerrada nube negra; y abrirse en rayos.—Era en una parte su discurso como llovizna de flechas, todas cortas y agudas; plática, en otra, popular y amena, que le traía la atención, estima y juicio del vulgo; párrafos, en otras, que como lienzo encogido a vientos magnos, se hinchaba, redondeaba, adelantaba y crecía,—y se abría al cabo en alas.

Mas no salía el vibrante discurso de sus labios con ese aparato fragoroso, verba plena ondeante y cabellera de relámpagos con que deslumbra y asombra, como si una selva o una tempestad se humanaran y hablasen, la elocuencia hispanoamericana;—sino de suave, firme y penetrante modo, como si de antemano trajese estudiados el lugar y el alcance de la herida; y con deliberado movimiento y mano fría hundiese el arma en la víctima elegida. Maestro saetero de los tiempos de casco mitrado parecía, que cuando escogía de blanco un roble, lo vestía, como de un manto a un desnudo, de saetas.

No tuvo aquella amplitud, catolicidad, ciencia de vida, desapasionamiento de juicio y tolerancia, que son menester para dar opinión viable, aun en detalles mínimos, sobre las cosas humanas:—que solo el que concibe bien el conjunto, puede legislar en el accidente, que es su abreviación y suma. No hirvió por largos años, como el orador que ha de influir en su pueblo debe, en esta artesa colosal de hombres, donde se sazona al fuego de la vida la inteligencia, y cuecen las pasiones. Ni clavó como el Dante el diente trémulo, sentado en los peldaños del palacio ajeno, en el pan salado de otros. No le enseñó la vida aquella melancólica indulgencia, artes de tránsito y ajuste, y moderación saludable que ella enseña:—vino de súbito, a vivir entre los hombres, menores de espíritu en su mayoría, con todas las dotes sublimes y funestas de los mayores de espíritu. La pobreza, el destierro, la oscuridad del nacimiento, las amarguras del noviciado, toda esa levadura de la vida, que la pone a punto y acendra—para él no contó. Su natural encumbramiento, su ansia de darse y de esparcirse, su afán de atraer a todos a su cumbre,—por lo que andaba siempre con mengua de su misma vida colgado al borde de los abismos, con un brazo defendiéndose de los que lo empujaban a ellos, y con el otro levantando de ellos a los buitres, y azotando con los que se asían de su mano, como con un ramo de sarmientos, el rostro de los egoístas; su ternura abundante, y como oceánica; su violenta necesidad del propio sacrificio en bien ajeno; su supramundo, en suma, no mermado en su niñez por carencia, ni alarmado por anuncio humano alguno, —no se corrigieron ni bajaron de quilate como ha de bajárseles si se les quiere hacer encajar en la existencia diaria, sino que se precipitaron y encumbraron, por el comercio entusiasta con grandes hombres y robustos libros, en que el heroísmo y la imaginación campean: de

modo que solo lo sobrenatural,—que ha de dirigir finalmente, pero que no puede dirigir inmediatamente lo natural,—llegó a ser natural para Wendell Phillips.

Un día, y como quien recibe una bofetada en el rostro, vio aquel hombre, condensación—como toda criatura superior—del espíritu humano, pasar arrastrado de una cuerda por ante sus ventanas, a otro hombre, por el delito de compadecer a los esclavos y ser bueno. Así como para arremeter en lucha armada a un enemigo fuerte, se concentran, con desusada energía casi maravillosa, todas las fuerzas, de modo que el empuje no sea menos que el riesgo que las espera y el adversario que las alza;—así ante el crimen de la esclavitud, legalizado y practicado en la mitad de los estados de la Unión, auxiliado por gran parte del Norte, e infiltrado a manera de sangre venenosa en toda la nación, se recogieron por instantáneo y culminante esfuerzo las potencias y bríos de Wendell Phillips, para oponer a aquella infamia inmensa, enemigo capaz de sujetarla y abatirla:—así, a ser animada, se levantaría la tierra en monte cuando viera venir sobre ella, en hombros de la tormenta arrasadora, el mar desatentado. Toda la luz de su espíritu la puso de modo que enseñase bien los antros de aquella institución tan infamante que enloquece y hace llorar, de ver cómo vuelve viles, pacientes e insensibles a los más claros hombres. Y como antros tan grandes requerían para ser bien escrutados luz tan poderosa, toda la de Phillips se fue a ellos, y quedó como sin luz, o con porción escasa, para todas las cosas de la vida que no fuesen la liberación del espíritu del hombre, deseo febril de las almas soberanas. Otros, añaden al mérito que viene del ansia de redimir, el de sofocarla y no dejarla ver entera; para levantar así tormenta menor entre la gente usual, y hacer más inmediata su eficacia. Phillips, ni debió, ni pudo.—A otros, terciar, vadear, tentar, retroceder, conceder, empalmar, juntar orillas, echar puentes:—a él, con clarines de oro, despertar al horrible monstruo, y mantenerlo siempre en pie, para que todo el mundo lo viera.—Su defecto, pues, fue defecto de exceso;—y él fue como debió ser, dada su naturaleza, y la de su nación en su tiempo.

De aquel supremo deleite que viene de la visión constante de la propia alma consagrada al bien ajeno; de aquel permanente ímpetu en que mantiene el amor vivo a la justicia a los espíritus preclaros; de aquel útil desdén y legítima arrogancia con que a las turbas interesadas, torpes, equivocadas o coléricas, afrontan los que se sienten poseídos de la palabra magna y pura, que quemándoles les viene, como de una cruz hecha del fuego de las estrellas, de vehemente e incondicional amor al hombre: de la certeza misma del tamaño y poder de la institución y poder que combatía, y del oportuno sacrificio de la gloria que, para lograrla mayor y definitiva acaso, consuman los oradores

honrados,—se originaban en Wendell Phillips el perpetuo e intenso brío, la solemne y altilocuente plática, la serena e incontrastable arremetida, la posesión de sí extraña y perfecta; y su soberbia y poderosa calma ante los clamores y hostilidades de la muchedumbre.—Poco menos que arrastrado fue por las calles; poco menos que lapidado fue en juntas públicas. “La canalla de levita”, como él con crudeza y desembarazo *yankees* la llamaba, la gente de Boston amiga de los esclavistas, y la de todas partes de la Unión Americana, que quería deshacer Phillips si había de seguir juntando a los estados cemento tal de “sangre y fango” cual la Constitución que a juicio de él, como al de Calhoun del Sur y sus secuaces, prohijaba y mantenía el derecho de poseer esclavos; los amigos fervientes de la Unión; los aliados por miedo, preocupación o conveniencia de los propietarios del Sur; llenaban los teatros en que hablaba Phillips, y lo voceaban y silbaban a su aparición; lo denostaban como a un traidor nacional o un demagogo odioso—hasta que a poco, como que habían tenido alzados los brazos en amenaza y alboroto, sentían que por el pecho descubierto se les había entrado el arma fina, a raíz de la tetilla,—y se les oía cejar y crujir, como una fiera herida y deshuesada: Águila parecía, luchando con gorriones. Si a una frase suya, como fiera que va a acometer, se revolvía y contestaba con un clamor de cólera la muchedumbre,—no bien expiraba a sus pies el rugido, les repetía con lentitud e intensidad más grandes la frase condenada. Y con más recia furia, como a un golpe del látigo del domador, reclamaba el concurso y se agitaba. Y con fuerza mayor y mayor calma, como quien hunde una espada hasta el pomo, o fríamente echa el guante a la cara a su enemigo, decíales otra vez, como si fuera acero ya de muchas hojas, la frase temida:—hasta que, respetuosa al fin la muchedumbre, les dejaba la frase bien clavada.

Esa fue su vida: ministerio sereno de justicia.

Ese fue su espíritu: a la liberación de los esclavos consagrado, por ser el mal más visible y urgente, en su época primera,—y luego, aunque por ello se alejasen de él como de enemigo abominable los hipócritas, los poderosos y los ricos, a la liberación de todos los tristes y desamparados de la tierra, a la defensa de todos los que aun cuando de modo violento, excusado solo por los extremos de la acción despótica, se rebelaban, por miseria extrema o cólera santa, contra los detentores del hombre.

Ese fue su carácter: que tan seguro de la suprema justicia del amor a los hombres vehemente y desinteresado estaba, que jamás entendió el uso de la libertad contra la libertad, ni derecho contra el derecho, ni tachó de menos que de participio en la iniquidad todo recurso medio e incompleto, toda espera y lentitud prudentes acaso aunque repugnantes, toda arte de compromiso con las

maldades que azotaba.

Esa fue su representación: no la de esas profundas y monumentales personalidades, en que, como en grandes moles de piedra, se vacían en su época de hervor y superabundancia, las condiciones distintivas de una época o un pueblo: ni la de esas incontrastables, derrumbadoras, tremendas y lumíneas en que—como si todo el dolor que destilan en noches cruentas y días mudos los hombres oprimidos se condensase y castigara—toman brazo y espada, y abrasadora lengua, dolores y abusos que han durado siglos:—ni fue de esos tonantes y parleros, gigantescos, resplandecientes y voltarios, en que en sus horas de revuelta y acción pública, como en pujante y servicial agente que los refleja y acomoda, se entregan, por períodos nunca largos, los pueblos en desquiciamiento o en reenquicio:—sino que fue Phillips de aquellos seres sumos que, venidos a la tierra con las condiciones todas que dan derecho natural a la grandeza humana, el mando y el goce, a la vida sedosa, muelle y llana, a la gloria pacífica, áurea y cómoda—hizo con todo un haz ardiente, y lo puso bajo los pies de los malvados. Se privó de sí, por darse.—Y soberano de naturaleza, como vio que las gentes de corte no eran buenas, cambió la púrpura por el sayal de paño pardo, y el látigo por el callado, y caminó del lado de los humildes.

Y esa fue su oratoria: afilada, serena, flameante, profética, tundente, aristofánica.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

BUENAS SEDAS

Recomiendan las damas, que en sedas no se engañan, los géneros que vende la casa de James McCreery & Co., dueños de una tienda renombrada en la esquina de Broadway y la calle 14.

Merece estas líneas la casa de McCreery, no solo porque vende sedas buenas, sino por lo artístico y elegante de sus dibujos, y lo discreto y distinguido de sus colores.

Cuanto de bello hay de modas americanas en telas y vestidos, lo tiene el sr. McCreery; y encajes, chales de India, telas para vestir muebles, todo esto, con elegancia superior a la de otros lugares, lo vende McCreery a menos precio.

En estos tiempos artísticos, es bueno que lo elegante vaya unido a lo barato.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

DE LA INMIGRACIÓN INCULTA Y SUS PELIGROS
SU EFECTO EN LOS ESTADOS UNIDOS

Hablando de esos inmigrantes sin educación industrial y sin familia, espuma turbia de pueblos viejos y excrecencias de cueva, que de Europa vienen a los Estados Unidos en bandadas—demuestra una estadística reciente que no hay alimento más abundante para las cárceles, ni veneno más activo para la nación, que estas hordas de gente viciosa y abrutada. No embrutecida, no: abrutada.

Aparece de la estadística que si de la embriaguez habitual nace, como de la noche la sombra, el crimen,—de la falta de ocupación regular e instrucción especial en un arte u oficio determinado, como que no permite al inmigrante torpe, cargado de apetitos, satisfacerlos por corrientes seguras en un mercado de trabajo conocido y fijo, se producen tentaciones y necesidades de delitos, no menores en número e importancia que los que la embriaguez estimula.

Una vez quisieron saber en la Penitenciaría del estado de Pennsylvania cuántos de los presos sabían oficio: 705 eran los presos: solo 93 habían recibido educación industrial. Lo mismo averiguaron en 1880 en la Penitenciaría de Maryland: de 591 presos, no sabían oficio más que 68.

Self se llama un escritor norteamericano que sabe de inmigrantes. No hay, a juicio de Self, peligro mayor para un pueblo nuevo que esas barcadas de hombres rudos, sin aptitudes y con vicios, llenos de odios y vacíos de conocimientos agrícolas, mecánicos e industriales. La langosta hace estragos en los campos; pero no más que semejantes emigraciones en las ciudades. Es como hacerse una pierna de lodo: una nación fuerte no podrá mantenerse sobre ella.

De los inmigrantes que vienen a los Estados Unidos, los alemanes, gente laboriosa aunque poco expansiva, no comida de grandes amores humanos, sino principalmente preocupada del logro del bien personal—traen consigo por estas condiciones,—consigo y con sus numerosos hijos, porque todo alemán es padre Nilo,—menos condiciones de disturbio y más partículas agrupables al cuerpo nacional que otro emigrante alguno. Con más artes prácticas, traen más capacidades constructivas. Suelen gustar demasiado del comercio, que da ganancias más fáciles y rápidas que cualesquiera otros empleos; pero de todos los inmigrantes, los alemanes son de los que traen a los Estados Unidos mayor número de gente artesana. De ser criados, no gustan, lo que no se ha de tener a mal, porque la virtud no se hizo de alma de lacayo; ni de servilletas y delantales

se hacen buenos escudos para las naciones. No son amigos del campo, donde no hay anchas salas resonantes con las tocatas estruendosas del órgano, en que a la sombra de las águilas coronadas o de los miembros montuosos del Hércules germánico, se vacíen en monótono silencio hondas y toscas jarras de cerveza. Ni francés sin vino, ni alemán sin Casino. Los alemanes se aglomeran en las ciudades; pero con su inteligencia disciplinada y con sus profesiones mecánicas producen lo que consumen, y crean hijos amigos de su país y del trabajo.

De los irlandeses Self escribe: “Menos de la mitad del término medio de las demás inmigraciones, es el número de los inmigrantes irlandeses con alguna habilidad u oficio. Todo un octavo de la inmigración total en los Estados Unidos componen los irlandeses; y con no ser más que un octavo de la inmigración, proporcionan una mitad del número total de criados y jornaleros sin oficio. Un cuarenta y seis por ciento de la inmigración irlandesa vive en las cincuenta ciudades principales”.—Son parásitas; no plantas de propio crecimiento. Viven en las hendijas y las grietas. No tienen la pujanza ni el valor de la creación, que da al más burdo hombre de campo o de minas, cierta apariencia simpática y augusta. El comercio con la naturaleza hermosea y fortalece.—Y dignifica: de un pueblo de agricultores no se hará nunca un rebaño.

Entre los suecos, que suelen venir en familias, se cuentan pocos artesanos, y forzudos y útiles agricultores.—Solo un diecisiete por ciento de los inmigrantes suecos viven en las ciudades.

Menos noruegos se hallan aún en las ciudades que suecos. Vienen con los brazos llenos de hijos. Son sobrios, inteligentes, trabajadores.

De los franceses, cada uno trae un arte. Pocos vienen, y por causas en más o menos políticas casi todos. En las casas de arte, en las relojerías, en los hoteles, en todas las industrias que requieren refinamiento, ingenio e invención, se hallan franceses. Se nota, apenas se ahonda un poco, que en los Estados Unidos hay dos corrientes intelectuales diversas,—autóctona la una, perspicaz, preocupada, a veces ingenua y brutal a veces: la corriente puritánica;—y movible, brillante, perfilada, más culta, más artística, menos concreta la otra, que es la que, no vencida por cierto por el espíritu del país, ha crecido con el acendramiento y mezcla de las varias corrientes intelectuales de Europa.—En la obra americana genuina, se ven las botas del tío Samuel, y los pantalones recortados.—¿Quién dijera que los periódicos mismos norteamericanos, los más notables y típicos, están llenos de extranjeros? El agudo cronista de la Bolsa, de la abominable Bolsa, que entorpece, extravía y amaligna a los hombres; el crítico de teatro; el biógrafo de los hombres notables que mueren, de “fijo” es extranjero. Lo que representa en el periódico americano color, movimiento,

gracia, variedad y vida, está hecho por manos francesas, italianas, alemanas, inglesas:—o por una cohorte nueva y brillante de periodistas jóvenes del país que han abjurado, como de los vestidos de paño tosco, de la descolorida y encuellada prosa *yankee*. —Y de la mezcla de los dos espíritus, del penetrante, frío y factuoso del país—y del artístico, depurado, amplio, vario y brillante espíritu europeo, se está haciendo un periódico nuevo, que a poco tendrá, con toda la amenidad de un diario parisiense, variedad mucho mayor, y seriedad y alcance más grandes. No es ya pequeña en los Estados Unidos la inmigración de los artesanos de la pluma.

Se piden inmigrantes en muchas de nuestras repúblicas. Los pueblos que tienen indios, deben educarlos, que siempre fructificarán mejor en el país, y lo condensarán más pronto en nación, y la alterarán menos, los trabajadores del país propio que los que le traigan brazos útiles, pero espíritu ajeno. Porque esa es la ley capital en la introducción de inmigrantes: solo debe procurarse la inmigración cuyo desarrollo natural coincida, y no choque, con el espíritu del país.—Vale más vivir sin amigos, que vivir con enemigos. Importa poco llenar de trigo los graneros, si se desfigura, enturbia y desgrana el carácter nacional. Los pueblos no viven a la larga por el trigo, sino por el carácter.

En inmigración, como en medicina, es necesario prever.

No se debe estimular una inmigración que no pueda asimilarse al país.

Pues ¿quién se sienta sobre las minas que lo han de hacer saltar?

En cambio no hay cosa más hermosa que ver cómo los afluentes se vierten en los ríos, y en sus ondas se mezclan y resbalan, y van a dar, en serena y magnífica corriente, al mar inmenso.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

ÚLTIMAS MARAVILLAS DE LA ELECTRICIDAD
LUZ ELÉCTRICA, MAGNETISMO, TELEGRAFÍA, TELEFONÍA

Con este encabezamiento, y explicando de una manera clara y casi visible todas estas invenciones, se ha publicado por el Colegio de Ingenieros Eléctricos un importante libro.

Contiene descripciones o grabados de cerca de 300 de esas maravillosas invenciones, y algunos de los artículos son de Siemens, el ilustre científico que acaba de morir, del conde de Moncel, del profesor Thomson.

En 168 páginas de letra clara está todo esto: empastado en tela, el libro cuesta $2,00; y encuadernado simplemente $1,75.

En el *Diccionario de Electricidad* encontrarán casi todos los inventores o fabricantes de aparatos eléctricos artículos o láminas sobre sus inventos; y los que quieren saber lo que en el mundo se hace ahora en las ciencias que se derivan de la electricidad, con leer este libro lo saben.

Quien quiera tenerlo, pida un ejemplar del *Recent Wonders in Electricity* a su agente en New York con esta dirección:

College of Electrical Engineering
Up town Office
122 E. 26th St., N. Y.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

LIBRO NUEVO
LOS RECUERDOS DE UN OCTOGENARIO
(THE RECOLLECTIONS OF AN OCTOGENARIAN.)
POR HENRY HILL
MEMORIAS DE LA INDEPENDENCIA
SAN MARTÍN, O'HIGGINS, COCHRANE, BLANCO, CARRERA

¡Qué encanto tienen los cabellos blancos! Parece que viene de alto lo que viene de ellos. Las puerilidades mismas, están llenas de gracia en los ancianos. Se les ve como a veteranos gloriosísimos que vuelven heridos de una gran campaña. Los defectos, los delitos mismos, parece como que se funden y desaparecen en la majestad de la vejez. ¡Qué hombres, esos que han vivido ochenta años! Aun cuando hablen con voz trémula y anden con paso tardo, se les ve como a titanes. La vida llevaron a cuestas, y la sacaron a la orilla! A fuego lento se les han ido blanqueando, como la corteza al hierro en la fragua, los cabellos.

Llegan ahora a la mesa de *La América,* en un libro impreso para unos cuantos amigos, los *Recuerdos de un Octogenario,* un octogenario que vio el alba del siglo, y la de la Libertad, en Sur América; que vio al sol en los Andes, y a San Martín antes de Maipo, y después de Chacabuco; que conoció a Cochrane, a O'Higgins, a Carrera, a Blanco; que luego de cincuenta años de reposo propio y visión de catástrofes y maravillas en su tierra, no escribe de ellas cuando al dejar ya en manos de sus hijos y amigos el bordón florido recuerda y cuenta; sino de los hombres que vio, montes que ladeó, himnos que cantó y cosas que admiró en la época de revuelta y nacimiento de la nueva América, como si aquellos hubieran sido sucesos y hombres que con su tamaño dominasen y con su luz

eclipsasen cuanto tras de ellos, en sus fatigas de trance y conatos de reacomodo, ha trabajado nuestro siglo.—Y en verdad, en verdad, fue como si de moradas profundas hubieran de súbito aparecido, descubierta la cabeza, los pies calzados de espuela de diamante, y en la mano—como porción de ella—la espada, hombres hechos de fuego, que con el empuje de sus espaldas rompieron, arrastraron tras sí y cambiaron de lugar la tierra. Ahora no se ve bien: se verá luego. Los siglos se petrifican, y se hacen hombres: pero para eso es necesario que pasen siglos. Después, a gran distancia, se observan mejor su tamaño y su obra. El que vio hervir, en tacho burdo, el hierro de que se hizo el primer clavo, no imaginó la fogueante y hendente locomotora—que cabalga en los montes, y los lleva a rastras.

Henry Hill se llama el antiguo comerciante, misionero y cónsul de los Estados Unidos en la América del Sur, que publica ahora sus recuerdos. No escribe como un entusiasta, ni como un pretencioso, ni como un censor, sino como quien vio con buen juicio y alma sana, y a los sesenta años, esboza. Su libro no es de opiniones; ¡pobre librillo cariñoso!; sino de simples y honradas reminiscencias. No llega a doscientas páginas en octavo, pero deja ver un corazón puro, en quien larga y dichosa vida en la América del Norte no ha entibiado el amor y respeto que en su época heroica le inspiraron los héroes, naturaleza y hazañas de la naciente América del Sur.

Deja ver a Carrera, al inquieto presidente de Chile, de arrogante apariencia, de buena casa, inteligente, avisado, culto; pero ambicioso, descontento entonces, lleno de enojo por no ver fácil su preponderancia en Chile;—a O'Higgins, patriota sincero, soldado bravo, hombre amable, sensible y fidedigno;—al almirante Blanco, perfecto caballero, de militar cultura, y raras y seductoras facultades;—a Cochrane, a Cochrane impetuoso, terco y de genio vivo, capaz y pendenciero; muy perspicaz, pero menos discreto; amigo de mandar e impaciente del mando de otros, natural señor y consejero de señores, alto, combado, desgarbado, la mirada movible, pecoso el rostro, el pelo rufo,—a San Martín, a San Martín grande y sereno, alto y de tez oscura, de soberanos, penetrantes ojos, de selvoso y negrísimo cabello; la nariz prominente y aguileña, los labios finos, llenos siempre de enérgicas y vividas palabras; y en su levita azul con charreteras, y pantalones de galón de oro, militar imperante, austero y culto, de tan visibles dotes que con oírle hablar aparecía su superioridad considerable entre sus contemporáneos, y tan tierno y profundo en sus afectos, que de ver tan grande hombre, se consolaban los demás de serlo.

Henry Hill fue a la América del Sur a bordo de aquel buen barco el *Savage,* que llevó en muy buena hora rico cargo de guerra a los patriotas del

Perú y de Chile.

Era en los magnos días en que las paredes de la casa sagrada de Tucumán dibujaban aún, como gloriosas de haberles dado sombra, las imágenes de los atrevidos diputados del 9 de Julio; en que el *Censor,* enemigo de monárquicos, andaba en manos hechas al hierro sublime; en que Manuel Belgrano, con hazañas y humildades, sacaba la cabeza por encima de los héroes griegos. Fue en los tiempos en que a la boca del Plata libre ondeaba en el mástil del velero San Martín la bandera bonaerense; en que cruzaba el mar Carrera, embarcado con jóvenes oficiales norteamericanos a bordo del *Clifton,* a la cabeza de la expedición que, ayudado de algunos mercaderes del puerto, logró armar en Baltimore. En los tiempos estuvo Hill en Sud América en que del paso de los Andes, San Martín reposaba en Chacabuco; en que repuestas al mando de Osorio, las tropas españolas con tres mil hombres del Perú, no vinieron sobre Valparaíso bloqueado tan de prisa que no tuviera San Martín espacio para salirles al encuentro en Maipo, y revolverlas y abatirlas: los tiempos eran en que los hombres sabían castigar, con las coronas mismas que les ofrecían, a los soberbios o menguados que se las fabricaban; en que O'Higgins, herido en una mano en Talcahuano, con un rasgo firmaba sus decretos; en que para libertar al Perú, que San Martín con maña había animado a la revuelta, se embarcaban juntos en Valparaíso, aunque no anduvieron siempre juntos después en pareceres, San Martín y Cochrane; y en que conversaban San Martín y Bolívar.

Henry Hill conoció a Lady Cochrane, aquella dama afable y bulliciosa, por cuya alma se había entrado, como una amable locura, el sol de América: y todo era junto a ella canciones escocesas, paseos con banda marcial por la bahía, riesgosas expediciones a caballo. En casa de San Martín estuvo Hill, en casa de San Martín en Santiago: ¡qué noches—que parecían haber bajado a las almas las estrellas! Una vez por semana se reunía en el salón de San Martín toda la gente santiagueña. De batallas, de altos hechos, de esperanzas magníficas se hablaba. Llama parecía la conversación, que a todos envolvía, e iba y venía con lenguas de oro entre todos. Cuando era ya la hora de irse, poníanse en pie mujeres y hombres, y con vibrantes y apasionadas notas cantaban en coro: “Oíd, mortales, el grito sagrado!” —De patria se iban llenos: y San Martín montaba a caballo, y se iba a ver a sus soldados negros.

Grande como los hombres, cuenta Hill, cónsul por aquel entonces de Norteamérica en los países nuevos del Pacífico, que vio la naturaleza. La luz, el color, la exuberancia, el ala abierta, la cumbre, el peligro: esos atributos vio en la América el sencillo viajero. Cabalgó, sobre los lomos de los Andes y el de su mula, largos meses. De Buenos Aires fue por mar a Chile; y de Chile por tierra a

Buenos Aires. En su viaje de mar leyó la Biblia a los marineros, e hizo de ellos fervorosos catecúmenos. En el de tierra, leyó en la naturaleza. Costeó las tierras lóbregas y fangosas de la Patagonia, y las montañas del continente. De un guanaco almorzaba un día; y al otro dejaba caer absorto las riendas sobre el cuello rollizo de su montura, al ver pasar, tendidas las alas corvas, una bandada de altos avestruces. Cruzó el Maipo revuelto, acrecentado con las nieves derretidas de las cordilleras, sobre el puente bamboleante de cuerdas de cuero y trémula calzada de troncos y bambúes: espantábanse los animales: temían los viajeros.—Cubierto vio el lago Aculco hermosísimo de aves acuáticas, de rosados flamencos, blancos patos, vivaces agachadizas, y mil aladas criaturas de rico plumaje. Nadó en el plácido Angostura, afluente manso del rapante Maipo: no fue perdida, a fe, la expedición al Sur de Chile.

Y de Santiago a la Plata ¡qué peligro y qué hermosura!—Detrás quedaron los amigos buenos, O'Higgins, benévolo y modesto; el almirante Blanco, que se adueñaba de los hombres: pero delante estaban Chacabuco, la “cumbre”, las “laderas”, el “peñón rasgado”, el Aconcagua. En la “cumbre”, la nieve los envuelve, y duermen en el hueco de una roca:—se siente un frío puro: el de toda altura. Serpentean falda abajo, con gran riesgo. Asómbranse del puente de los Incas, maravilloso capricho de la naturaleza. Cobran apenas brío, para perderlo todo en las laderas: ruge en lo hondo el Mendoza enfurecido, que con estrépito tremendo arrastra piedras, en lodo envueltas, ramas, troncos de árboles; en lo alto, ya revelando sus secretos, vagan nubes; y caballeros y animales van subiendo, del ruido mismo de palabras y pasos temerosos, por la vereda fina abierta a pico, que circunda la costra de la roca: abajo, a quinientos pies, el río.—Pero luego, aunque saben en el camino que Carrera, airado por la sentencia a muerte de sus dos hermanos, vino a morir él mismo de triste modo, viajan con más calma y contento. La caza abunda. La ciudad de Mendoza, afamada por sus dulces uvas y buen vino, les parece, ya para entonces, hermosa.—Por todas partes, caballos salvajes que se venden a cuatro pesos; pampeanos fornidos que con gran destreza cautivan en su lazo a guanacos y avestruces. Allá, una culebra, de venenoso diente, asoma; ahora, con sus secantes alas abiertas, viene encima, abatiendo árboles y destechando casas, el pampero:—después los frescos higos, cogidos en la higuera; la extensa hacienda, el hospitalario reposo, la amable y pintoresca ciudad de Buenos Aires, de gran río esposa, de prósperas llanuras rodeada, llena de gentes buenas.

Y del libro en que, como vivo que se va, cuenta Henry Hill muy de prisa todo esto, surge, como de aquel mismo grandioso panorama surgía entonces, la figura férrea, solemne, vigilante, la patriarcal figura del hijo de Yapeyú, docto en

mundo, tierno en familia, recio en mando, maestro en virtud difícil, menos grande que desinteresado, José de San Martín, padre de América.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

[TIJERA PARA ESQUILAR]

Un semanario industrial de New York habla de un invento reciente, que interesa a aquellos de nuestras tierras que crían ovejas y exportan lana. Uno de los peligros de la esquila es el cortar la piel; las tijeras nuevas de Gleason & Holt mantienen extendida la piel mientras están cortando.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

PETROGRAFÍA

Petrografía, litografía, así llaman los naturalistas a una pequeña ciencia nueva, ciencia sucursal que arranca con miradas intensas a las piedras la leyenda de su formación lenta y misteriosa, que el microscopio y el análisis químico, tenidos sin embargo hasta ayer por maravillas, solo analizaban de un modo imperfecto. La petrografía, que apenas tiene veinte años de nacida, y empieza ya a pedir puesto propio entre las ciencias, viene como a poner tildes y remates a las averiguaciones del espectroscopio.

Cuenta el espectroscopio cosas sumas, de las que se ve cómo es cierto que es una en formas sin cuento la materia, y una el ánima que la penetra y surge de ella; con lo que puede el hombre, en sus horas de orgullo, imaginarse centro de toda la tierra, porque ve en sí cuanto en la tierra ve, sin notar que esto depende de que el ser humano refleja la naturaleza, como cada ser extrahumano la refleja. De que el hombre halla a la naturaleza en sí, y en ella se halla a sí, no se sigue en buen juicio sino que hay en ambos elementos, y trances, y fines iguales. ¡Quién que mide su cerebro con el de la naturaleza, no le pide perdón de haberse creído su monarca! A todo hombre debieran enseñarse, como códigos de virtud, fijadoras de ideas, y esclarecedoras de la mente, las ciencias naturales.—Dejan en el espíritu, con cierto desconsuelo de ser tan poco por sí mismo, cierto gigantesco ímpetu, por ser miembro de la obra universal en que se colabora: y parece, cuando se acaba de penetrar uno de sus misterios, que se recibe bendición de un padre magno ignorado, y que al levantarse, de sitial tallado en

montes, a seguir la ruta, se han posado las manos, ya más fuertes, como si en mundos acabasen los brazos del sitial, en dos mundos. La naturaleza, enseña modestia:—luego de conocerla, la virtud es fácil: ya porque la vida se hace amable, de puro hermosa, ya porque se ve que todo no remata en el cementerio.

Antes, solo podía examinarse la formación de las piedras con la lente de mano, o por el análisis químico. La lente, con acusar tanto, dejaba mucho por saber: revelaba las grandes líneas; pero no la urdimbre sutil de la roca, que ya puede verse ahora. Y el análisis químico, que naturalmente destruía para saber, al romper el tejido de la piedra para inquirir sus componentes, borraba los más curiosos capítulos de la leyenda; sobre que, no pudiendo llevar su acción a ciertos cuerpecillos, o destruyéndolos por su misma eficacia, solía suceder que dos trozos de roca de constitución diversa, daban sin embargo ante el análisis elementos iguales.

William Sloane es excelente petrógrafo, y describe bien el instrumento que permite sus acuciosas observaciones a la petrografía. Es el microscopio polarizador, construido como un microscopio compuesto común, en que están colocados a distancia dos prismas de carbonato de cal, uno de los cuales polariza la luz, cuya operación, no bien está acabada, anuncia el otro.—Polarizar la luz, todos sabemos lo que es: la teoría corriente considera la luz común como el resultado de las vibraciones de las partículas del éter, el sutil habitante del espacio. Cuando el impulso viene adelantando por el éter, cada partícula de este vibra en todas direcciones en ángulo recto con el impulso propagado. Concentrar todas estas direcciones en una, es polarizar la luz.

Pone el petrógrafo la piedra que examina entre los dos prismas de este poderoso microscopio polarizador de Nicol, y no hay hilillo de color, ni quiebro, ni juntura que con gran gala de luz no enseñe sus secretos al sabio curioso. Y con este y otros instrumentos, de los que no son los menos notables unos termómetros usados para averiguar cómo obra el calor sobre los gases y líquidos contenidos en las piedras que se observan,—llega la petrografía a determinar el origen de una roca, y a contar—con la historia, mutua influencia y obra común de sus diversos elementos—todos los lances, variedades y estados de su vida.

Pero la época influye de tal modo en la mente científica, que esta, para que le excusen su amor a la ciencia pura, halla siempre manera de ponerla al servicio de las artes prácticas. Los hombres solo aman ya lo que les es visible e inmediatamente útil.—La petrografía es ahora auxiliar grande de los edificadores: con su microscopio se sabe qué piedra será buena para fabricar, y se averigua, con tal menudez que no deja ya qué saber, qué partes de la piedra se irán gastando con la lluvia y el peso, y de qué lado se empezará luego a caer, y

cuánto tiempo resistirá a los elementos.

Y de ese modo, la pequeña ciencia se va haciendo grande, el espectroscopio enseña de qué están hechas las estrellas, y en el rayo de su luz sorprende los elementos mismos que nuestros pies pisan, y nuestros pulmones absorben. El microscopio polarizador descubre la composición de los meteoritos, que nos caen de los altos espacios, como para decir a los hombres que no es vana su fe en mundos futuros, y que cuando el cuerpo que ahora usamos se canse de darnos casa, y nos abra salida,—en tierras desconocidas se nos ofrece casa nueva.

Los mismos que cuidan poco de ciencias, gustan de que se crea que saben de ellas. Ahora, es caso de vergüenza desconocer los nombres de los grandes trabajadores científicos, que suelen ser, como Pasteur, ardientes espiritualistas. Alemania, ponderosa y lupúlea, cría hombres de talentos menudos y pacientes: en un aspecto de la vida sabios, a expensas de todos los demás aspectos, que ignoran. Y lo que saben, lo saben en el hecho, que penetran, desencajan y escrutan con mirada invasora; pero no en su vaporoso sentido y flor de espíritu, que de todo caso y cuerpo de la naturaleza surge, como el suave olor del heno, y es su real utilidad científica:—por eso, cuando nace un alemán kantiano, constructor e imaginador, como que los de la tierra no le han desflorado mucho estos campos, se entra en ellos y saca a brazadas gran suma de mieses.—El desamparo mismo, o forzado recogimiento, en que un ideador se encuentra en un pueblo de entendimiento recio, irrita, exacerba y agiganta la facultad de idear, y la saca de sus bordes legítimos. El que posee una condición, se apega más a ella y la sublima cuando vive entre los que no se la reverencian ni entienden. Así surgen los grandes agentes, los oradores grandes, de los estados públicos en que hay gran carencia de la virtud o condición que los anima.

Rosenbusch, Zirkel, Cohen, Von Lasaulx, son los petrólogos alemanes más notables. ¡Con qué cuidado colocan en el microscopio polarizador los dos prismas de Nicol, los dos cristales de carbonato de cal, bien pulidos, bien aserrados diagonalmente, y luego bien reunidos con resina de bálsamo de Canadá! ¡Y con qué finura muelen la lámina de roca que van a examinar, hasta que esté transparente, o a lo menos translúcida, lo que logran frotándola a fuerte presión contra esmeril, o un disco de hierro cubierto de polvo de diamante, después de lo cual, para poderla observar bien, ponen la lámina entre otras dos de cristal, a la que la adhieren con la resina de bálsamo! Y después de esto, ya colocada la laminilla entre los prismas, mueven estos de modo de verla a media luz, y a luz entera, según las diagonales más cortas de los dos prismas estén en ángulo

recto o paralelas. Ni una cabeza de colibrí de México, que es joya de plumas, da tantos reflejos como esas láminas de roca ante la luz polarizadora.

Y así se va sabiendo cómo están hechos los cielos y la tierra.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

LA INCUBADORA EN LAS CASAS DE MATERNIDAD

No para pollos, sino para niños.

> "La incubadora artificial para pollos es tan eficaz"—nos decía un experto a quien comunicábamos cierta duda, deseosos de apuntar solo datos reales en el artículo que sobre esta nueva industria preparamos para *La América,* —"es tan eficaz, que puede asegurarse esto, que a primera vista parece asombroso:—de los huevos que pone una gallina al año, solo se aprovechan por la incubación natural, expuesta a todo género de percances,—unos seis pollos al año:—y por la incubación artificial pueden obtenerse en el año cien pollos por cada gallina".

Pues poco menos que esto que sucede con los pollos, ha sucedido, gracias a una máquina construida por el mismo principio, con los recién nacidos enfermizos en el Hospital de Maternidad de París.

¿No se observa con cuánta frecuencia nacen en nuestra época, en las ciudades sobre todo, niños endebles, descoloridos, menguados, agonizantes? La vida arrebatada, mefítica y devastadora de la ciudad va desecando así la especie. Se nace ahora de padres cansados, exhaustos, coléricos, exangües, viciosos. El vino cuesta caro, y no se bebe: la calma, que cobra y anima la sangre más que el vino, desaparece.—Se llega a la noche debilitado, pesado, semiebrio, iracundo.—Los niños nacen flojos; sobre todo cuando vienen de gente ociosa, de las clases altas,—o de gente airada y miserable, de las clases ínfimas.

De estas últimas, en París como en otros muchos lugares, los hijos son depositados en gran número en la Casa de Maternidad: y hasta hace dos años, estos pobres niños débiles morían en razón de un 66 por ciento.

Pero desde hace dos años, la Casa de Maternidad de París usa la incubadora, en que retiene a los niños, durante los primeros días de su vida, libres de aires y accidentes:—y se nota que de entonces acá solo muere el 38 por ciento.

Así describe la incubadora el Dr. Tarnier, que la ha introducido en la Casa de Maternidad:—Es una caja de madera, dividida horizontalmente en dos

compartimientos: la parte de abajo contiene una caja de metal llena de agua, calentada por una lámpara: en la parte de arriba se coloca en un cesto el recién nacido. El aire calentado asciende a la parte de arriba y se escapa a través de agujeros hechos en la cubierta provista de un cristal, por el cual puede verse en todo momento al niño. Y con esto se obtiene que el recién nacido que no ha venido a la existencia con las fuerzas necesarias para evitar el aire cambiante y crudo de habitaciones nunca calentadas por igual,—recibe en las dos primeras semanas de su vida, mientras se fortalece y acomoda a su nuevo mundo, el beneficio de una temperatura firme y sostenida. La habitación está dispuesta de manera que no hay riesgo en tener al niño fuera de la incubadora en los momentos de alimentarlo y vestirlo.

Ya va siendo verdad *El año tres mil* de Émile Souvestre.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

LIBRO ESPAÑOL SOBRE LOS ALUVIONES AURÍFEROS DE CALIFORNIA

La América Latina conoce bien, ya de su buena y extensa fama, ya porque una vez se imprimió con brillante éxito en castellano, el antiguo periódico semanal ilustrado que publica en New York hoy la Sra. Frank Leslie, escritora elegante, y discreta y afectuosa amiga de nuestras tierras de lengua española.

En el último número de *Frank Leslie's Illustrated Newspaper* (al que de paso daremos gracias por las cariñosas palabras que en número anterior tuvo para *La América*), se lee la siguiente noticia de un buen estudio de cosas mineras que de vuelta de un viaje a los Estados Unidos, acaba de publicar en España D. A. Mesía de la Cerda, Marqués de Caicedo.—No sientan mal las coronas a quien al menos sabe hacerlas. Otros las llevan, por quitarlas;—o ¡empleo menor y alcurnia de antesala!—por ayudar a otros a ponérselas.

Dice así del buen libro español el *Frank Leslie*.

"De notable valor para los buscadores de oro es el estudio del Sr. la Cerda. El autor, que goza de merecido respeto entre los que se dedican a la ciencia minera, y que ha inventado una máquina para lavar y concentrar la tierra o arena auríferas, habla del asunto de su trabajo, no solo con la precisión del experto, sino con el entusiasmo de un hiladineros. El Sr. la Cerda diserta con erudición y brillo sobre los aluviones auríferos del Colorado y otros lugares de los Estados Unidos, y cuenta lo que otros hacen y vieron, y lo que él hizo y vio; y en un sumario admirable, señala las numerosas ventajas que con justicia reclama para su propia invención. Con interés intenso será leído este estudio por cuantos

tienen intereses en esas tierras de Aladino de las minas".

La América. Nueva York, febrero de 1884.

[INMIGRACIÓN A ESTADOS UNIDOS]

Acaba de salir de las prensas del gobierno americano la estadística completa de inmigrantes a los Estados Unidos durante el año 1883.

De Alemania han venido 60 000 menos que el año 1882; de Inglaterra e Irlanda, los mismos. De Inglaterra, 63 140; de Irlanda, 81 486; de Austria, 16 385; de Hungría, 11 260; de los Países Bajos, 5 249; de Bélgica, 1 450; de Suiza, 12 751; de Francia, 4 821; de Italia, 31 784; de Rusia, 9 186; de Polonia, 2 011. En conjunto, Europa ha enviado a América en 1883, 521 154 inmigrantes.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

REPERTORIOS, REVISTAS Y MENSUARIOS LITERARIOS Y CIENTÍFICOS DE NUEVA YORK

EL HARPER, *EL* CENTURY

EL MENSUARIO DE CIENCIA POPULAR. REVISTA NORTEAMERICANA

Tiene París su *Revue des Deux Mondes,* prudente y ática, y la *Nouvelle Revue,* más juvenil, abierta y acometedora. Tiene Inglaterra sus revistas de conservadores y liberales, que todo lo ven con ojos de *tory* o de *whig,* como si lo *tory* y lo *whig* no fueran ambos elementos precisos de toda visión buena, por cuanto es necesario que vayan juntos la piqueta que echa abajo lo ruinoso y la polea que alza en lugar de ello piedras vivas: y es útil que haya a la vez caballo y rienda. De esas revistas tienen los ingleses, escritas en lenguaje flexible, esmerilado, repujado, terso, túrgido, en un lenguaje que no adelanta y que no peca, salvo cuando (en tanto que no muestran condiciones propias y batalladoras que a las revistas inglesas nunca placen) ceden a ellas la flor de sus labores, en su época de limbo aún clásico, los robustos e independientes talentos que, como soles de bronce encendido en medio de la niebla, suelen aparecer, más típicos aún y originales por el contraste vivo con su pueblo, en la literatura de Inglaterra.

El *Harper´s Magazine*

Y los Estados Unidos tienen, más que revistas de alta y sutil literatura, a que se presta aún la tierra poco, lo que pudieran llamarse *Repertorios,* por cuanto *Magazines* se llaman en inglés, que vale por lugar de almacenaje o

receptáculo. Tienen dos famosos: uno es el *Harper*'*s,* entrado en años y canoso, que corre en la regata con los repertorios nuevos tal como aquellos buenos burgueses hechos a anchas levitas, siesta y vida llana, que sacados de sus hábitos pacíficos por el enlace de sus hijos con damiselas de mayor alcurnia o vida más moderna, trasnochan, se encasacan, van a fiestas, y sonríen de visible mal grado; como si estuvieran ya tan hechos a su "medianeza comedida" que les pareciesen fuera de razón y utilidad el piafar, el rampar, el caracolear, el desnudamiento, fatiga y atropello de la vida moderna: por lo que el *Harper*'*s,* en sus grabados delicadísimos como en su texto, más que de lo europeo que a regañadientes y porque no le abandonen sus lectores estudia, trata de lo norteamericano, que con amor tenaz prohija y con cariñosa minuciosidad describe: solo que el espíritu moderno, en forma de otros repertorios rivales, vestidos de más nuevas galas y de joyas de toda parte del universo, lo acosa y lo azuza, por lo cual hace que ya el *Harper*'*s* dé entrada a lo moderno, aunque conserva su cubierta vieja de ingrato color mahón, en que dos columnillas encintadas, orlada de flores la una, y de gajos de fruta la otra sostienen dos cabezudos angelitos, que de las cestas que a la cabeza cargan, riegan sobre el título del periódico espesas rosas, en tanto que a horcajadas sobre el mundo, sostenido por dos brazos grifosos que salen de los capiteles de las columnas, otro ángel lanza al aire bombillas de jabón,—con lo cual ha querido sin duda expresar el benemérito dibujante que en el Repertorio de *Harper's* tienen cabida la imaginación, con las aéreas burbujas,—novelas y amenidades, con las rosas,—y con las frutas, la ciencia: Y todo esto no estorba para que, en letras que se pudieran llamar malhumoradas, porque como a pesar suyo son artísticas, se anuncie el *Harper*'*s Magazine* por todo rincón, esquina o poste que hallan los ojos en los carros o estaciones del ferrocarril elevado: y se llame a sí mismo "el Gigante de los Repertorios".—Representa aquel bíblico espíritu neoinglés, original y respetable, amigo de la familia y de la Iglesia, contento en el bienestar doméstico y en la robustez corporal, recto y astuto, de corazón ancho y sano, y mente poco universal y abierta: el primitivo espíritu nacional representa, oscurecido, enturbiado y arrollado ya, sin duda, por la horda labrante, por la muchedumbre de todas tierras que espantadas de su miseria original, emplea afanosamente el resto de su vida en librarse de ella, y educa a sus hijos en el terror de ella, por lo que la existencia de estos, espoleados por el lujo ajeno, se consagra entera a la acumulación ardiente y goce desatentado de la fortuna:—y en el fondo de este cuadro, que tiene a los dos océanos más vastos por marco, y una comarca fría que no invita a la expansión, y otra cálida y próvida que parece que tiende a pesar suyo los brazos colgados de rosas, cargados de frutos; en el

fondo de este cuadro de gente apresurada, ruda, improvisada, casi fantástica, ansiosa, que se yergue del polvo, brilla en él, y vuelve a él; en el fondo, ya lejano, de este cuadro, las familias primitivas silenciosas, apretados los labios y los brazos cruzados con tristeza, miran a su pueblo propio como a un pueblo invasor extranjero, de quien temiesen y se avergonzasen.

Un número de *The Century Magazine*

Otro repertorio de artes y letras de todos los tiempos, de forma exquisita y amplio espíritu, vástago natural de la nueva época, que satisface con elegantes estudios—montados sobre zancos franceses—el apetito súbito y creciente por noticias de artes y personas de otras tierras, y presenta en manera menos pastosa que la de antaño las glorias y bellezas norteamericanas; otro repertorio, tan profundo en sus estudios de literatura y arte como las revistas de Inglaterra, pero de más franca y generosa crítica que ellas, —con tal arte conducido que, por útil y grave que en general sea, es siempre brillante y ameno, y como un diario vivo, coloreado y parlante, que ayudará en mucho a hacer conocer el mundo de hoy, cual un espejo que guardase imágenes, a las generaciones futuras; otro repertorio, penetrado en toda su obra del sutil y durable encanto de la biografía, que tiene hoy la vida entera, desde que la ciencia, que viene detrás de la intuición filosófica y de la previsión poética, documentándolas y confirmándolas, va demostrando que todo es móvil y vivo; otro repertorio, con grabados tan tiernos, pulidos y melodiosos que serán siempre sorpresa y gala del arte, y trabajos de letras no menos airosos y acabados que sus láminas, es el *Scribner* de antes, y *The Century Illustrated Magazine* de ahora.

Quien tiene la colección de uno y otro tiene en sus anaqueles, en lo pintoresco, artístico, pensador y poético, el mundo moderno: artes de ayer, con criterio de ahora; galas, fiestas y miserias de las grandes ciudades; domesticidades y hábitos de la gente ilustre; sesudo examen de la obra actual de artistas, poetas, magistrados, oradores, guiadores de Estado y del pensamiento, nobles permanentes, cuyos pergaminos realza y preserva el tiempo,—no como los de un duque inglés a quien—por haber dicho a otro duque que no se case con la actriz Fortescue, porque actrices no pueden entrar en la corte—le recuerdan ahora que cuantos títulos, y tierras, y cintillas enjoyadas y arrogancias tiene, le vienen de una querida de Carlos II. ¿Se quiere saber bien lo que es un número de *The Century?* Hermosa cubierta, de color habano claro, en que bajo grandes letras de madera, de usanza antigua, cada mes luce diferente, vincesca, y, por tanto, poderosa alegoría; que hasta en su gusto por la resurrección de lo antiguo, que es la forma de la creación en una época que todavía no se ha condensado

bastante para crear, es moderno *The Century Magazine*. En la primera hoja, una cabeza de hombre, de Rembrandt. El genio es simplemente una anticipación: prevé en sus detalles lo que otros no ven aún en sus líneas mayores,—y como los demás no ven lo que ve él, lo miran con asombro, se fatigan de su resplandor y persistencia, y lo dejan a que se alimente de sí propio, y sufra. Las obras de los grandes creadores en arte están hechas de manera que, salvo el oscuro color que les da el tiempo, parecen obras de ahora: es que los grandes creadores ven lo eterno en lo accidental; por lo que sus obras perduran.

El pintor Courbet

Sigue un estudio sobre Courbet, espíritu sincero en mente montañesa, pintor leal de lo doloroso y lo pujante, enemigo rudo y burlón de lo convencional y de sus criaturas, batallador de suyo, por no haber hallado el mundo real conforme al ideal, y poner su ímpetu en echar abajo los obstáculos que impiden a su juicio aquella final y maravillosa yuxtaformación; batallador terco que de ver tanto la lidia en sí, llegó a ver siempre batalladora a la naturaleza, y de ver las injusticias sociales, vició en ellas sus ojos, y a la naturaleza misma pintó en sus horas devastadoras y aparentemente injustas. En el estudio están Courbet, su obra fanática en la Comuna de París, su *Muerte del ciervo,* su *Lucha de los ciervos,* sus burlas a los clérigos vinosos, su músico adolorido, su *Entierro en el cementerio de Ornans,* donde sobre un lienzo que rebosa figuras, tristes unas, otras groseras, otras indiferentes, como las que lleva a los enterramientos una práctica vulgar y vanidosa, se dilatan las colinas serenas y espaciosas del valle del Loue. Y el estudio cuenta de prisa, sin penetrar en la causa de las acciones, ni desfibrar los elementos del carácter, cómo aquel hombre exuberante, seguro de sí propio y turbulento, batalló con los comunistas, los ayudó a echar abajo la columna de Vendôme, y murió triste en Suiza, envuelto acaso en aquella colcha que compró en un invierno a un judío, y agujereó por el centro para que le cupiese por el agujero la cabeza, con lo cual ayudó a su fama de hombre original, y tuvo sobretodo para el duro invierno.

El general Sheridan

Tras el estudio de Courbet, viene otro de la vida de Sheridan; Sheridan, el tremendo caballero que con Grant y con Sherman torció hacia la victoria el curso indeciso de la guerra del Norte contra el Sur, ya cayendo con fuerzas menores de su siempre temible caballería sobre los confederados victoriosos y desprevenidos; ya espiando con indígena astucia los campos rivales y sorprendiendo con súbitos y geniosos movimientos a sus propios soldados, que le

seguían con ceguedad y amor, y a sus enemigos; ya enarbolando al pie de los cañones banderas arrancadas con sus mismas manos, metiéndose a la cabeza de veinte hombres por lo más revuelto y sangriento de la pelea, rompiendo puentes, molinos, diques, ferrocarriles, acueductos; ya desatándose sobre magnífico caballo, en hora dichosa e inesperada sobre sus tropas puestas en rota en Cedar Creek, a detener a su caballería en pánico y fuga con su voz angustiada y su presencia, recogerla, enfilarla, irse con ella entre hurras sobre el enemigo victorioso, y arrancarles las banderas confederadas sobre los cañones mismos que a su sombra acababan de arrebatar a sus soldados. Sheridan preveía, vencía, perseguía, extinguía. Por él fue famosa la caballería del Norte.

Él remataba las grandes batallas; y cuando no decidía, salvaba otras. En Chickamauga lo vencieron; pero en la sombra, en Cedar Creek, parecía un gigante de piedra resplandeciente: en Chattanooga estuvo y en Appomattox. Desprestigió a Early. Asedió y rindió a Lee. Es todo él pujante, y de rostro impaciente. Parece que espera, y que acomete. La batalla le place. Discurre ingeniosísimas maniobras. Prepara con ciencia, aguarda con calma, cae con ímpetu, ve el riesgo y la victoria a luz de rayo.—Sabe de sables: no de leyes. Es hombre-sable, como hay hombres-leyes.

Ni enunciar nos es dado siquiera todo lo que contiene este número: un estudio sobre los carneros merinos que de España vinieron a la América del Norte, y cómo los pastorean, cuidan y esquilan: y otro en que hallarán gozo los amigos del perspicaz y benevolente Dickens, donde cuentan cosas de él y cómo uno de sus libros fue enriquecido con dibujos. Sigue una novela de estas de análisis de caracteres, que hacen aparecer como incoloros, exangües y vacíos a los personajes de mera imaginación que diez años ha todavía nos deleitaban. Y la historia de un viaje por mar. Y una cuenta de los veinte Murillos, de los Rembrandt, de los Ruysdael, de los Potter, del Veronés y el Carpaccio; de tanta maravilla que avalora la galería del Ermitage en San Petersburgo. Y una como carta de Salvini, en que explica con su modesto y caliente estilo, cómo entiende él que ha de hacerse enérgico al principio y postrado solo al fin, al "noble, generoso e infeliz" rey Lear.—Y lo que Cristina Rosetti, inglesa que viene del Dante, ve de la atormentada vida del sumo y tierno poeta en su honda obra. Y una buena noticia sobre retratos y bustos del florentino, de la que se deduce que no hay más copias de él exactas que la efigie de mano del Giotto, retrato suave del enamorado de "la Vita Nuova", pintado al fresco en la capilla del palacio del Podestà,—y la mascarilla de hermosura triste y majestuosa que es fama hizo sacar del rostro aún caliente de Dante recién muerto el arzobispo de Ravena. Y más, y más, tiene el número: un artículo jugoso sobre los sistemas y resultados

prácticos de los establecimientos penales en los Estados del Sur,—tras de cuyo estudio viene otro sobre el armonioso y aurialado poeta inglés Keats. Y versos, y más novelas. Y biografía de los príncipes de la Casa de Orleans. Y en una sección que llama “Asuntos corrientes”,—artículos juiciosos sobre los debates en curso en el púlpito y la prensa. Y en otra que se llama “Cartas abiertas”, opiniones varias de escritores de pro sobre sucesos o soluciones de los problemas públicos. Todo eso, en papel satinado, que bien pudiera no serlo, porque el brillo ha de estar en lo interior, y la superficie ha de ser mate, para que no crean los que ven que se tiene brillo tan escaso, que hay que darse prisa a sacárselo al rostro: todo eso, con grabados sutiles y exquisitos, en ciento sesenta páginas, por que los ojos se pasean como aturdidos y sin saber dónde fijarse; todo eso, en elegante volumen impreso cada mes, ofrece en su lucha con el menos abierto y nutrido repertorio de *Harper's*, el *Century Magazine*, de mayor fama.

Revista Norteamericana y *Mensuario de Ciencia Popular*

A más de estos amenos repertorios publícanse en New York un *Mensuario de Ciencia Popular, Popular Science Monthly*, donde en lengua llana se establecen y debaten por profesores de nota los problemas más nuevos y hondos de las ciencias nuevas,—y la *Revista Norteamericana* que contra tirios y troyanos cierra, y trata en forma de estudio concienzudo toda cuestión pública, bien política o religiosa, bien social, económica o histórica, mas de manera que no influya dañosamente en la inteligencia, por presentar la cuestión de un solo aspecto, sino que quede el problema visto en todo y por completo estudiado, y el lector ponga en alto las pesas y decida, por lo que no es raro hallar en un mismo número opiniones varias sobre un tema, de un gnóstico frente a la de un agnóstico, o de Félix Adler, profesor de religión futura que esté de acuerdo con las revelaciones científicas modernas y la naturaleza, frente a las de un empinado obispo que niega virtud a toda Iglesia que no sea romana.

Del *Century*, del *Harper's*, de la *Revista Norteamericana* y del *Mensuario de Ciencia Popular* publicaremos cada mes noticia y resumen en *La América:* de modo que los que nos lean de seguida, tengan conocimiento reciente de las fases y trances de los actuales problemas humanos, y de la vida de los que los proponen, trabajan e ilustran.

En marzo comenzaremos.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

MÉXICO, LOS ESTADOS UNIDOS Y EL SISTEMA PROHIBITIVO

Más que palabras propias, que por venir de labios latinos podrían parecer alardes de teoría,—importan las que al pie traducimos, en que el *Herald,* diario de hechos, que tiene para ellos un ojo limpio, frío, y a menudo brutal, censura a su modo, con claridad igual a su crudeza, el sistema proteccionista, que apenas compensa al país con el beneficio de adquirir algunas industrias imperfectas, de los obstáculos que al amor de ellas se levantan, de la áspera contienda entre los industriales favorecidos y tercos y la nación gravada y ahogada, y del daño y riesgo en que pone a un país la acumulación de una población industrial que se ha de hallar al fin, por lo excesivo y caro de su producción, sobrada para el país y muy cara para los ajenos, en revuelta ira y hambre. Es lo peor del sistema proteccionista, usado siempre con la previsión de que solo se le tendrá en vigor mientras favorece la creación de las industrias nacionales, que estas no le permiten luego detenerse donde debe; sino que engolosinadas con los fáciles rendimientos que al principio, con un país entusiasta y no surtido, logra, no quieren abandonar los privilegios adquiridos, aunque de ellos sufra el país, en cuyo beneficio se instituyeran:—porque el sistema proteccionista, que se crea para que la nación se haga manufacturera, y por tanto rica y poderosa, no se mantiene luego sino por un grupo de industriales, ricos y poderosos, a costa del malestar y estrechez crecientes en la nación.

Como siete años hará, cuando el *Herald* no preveía por cierto lo que ahora lamenta, que la misma mano que estas cosas escribe en *La América* sobre México, las escribía en México sobre aquel país de corazón caliente y tierra valiosa y sobre esta otra tierra, cuyos apuros de ahora ya de entonces los veedores de ojos claros alcanzaban:—lo cual recordamos porque es manía, entre gente de poco meollo, de esa que toma a ciegas puesto en bandos y generalizaciones, que por el hecho de escribir desde los Estados Unidos, todo lo que se escriba, aunque sea tinto en la propia sangre, y sacado del metal más puro que vetee por las minas del cerebro, ha de ser norteamericano: el soldado de filas no ve nunca los ensueños de gloria o deleites de sacrificio que iluminan o enternecen en la hora del combate los ojos del capitán.

Como siete años hace, decíamos, con nuestra previsión latina, lo que ahora, después de su experiencia sajona, reconocen los que a su costa lo tienen aprendido.

Los Estados Unidos, vivo ejemplo hasta ahora de las ventajas aparentes del sistema proteccionista, se revuelven contra él, como Neso haría contra su túnica, y por boca del *Herald,* que en esto hace coro a todos sus diarios, dicen a propósito de su falta de arraigo actual, y acaso de arraigo futuro en el comercio

con México, lo que les inspira su posición económica presente, consecuencia grave, si no formidable, del empleo desatentado y pleno de los métodos prohibitivos.

Dice el *Herald;*—y como el *Herald* tipifica, en muchas cosas guía, y en todas refleja bien, a su país, no es de perder nada de lo que en estas cosas dice:—

"Aun ahora, los ferrocarriles que desde este país están siendo introducidos en México están casi exclusivamente bajo el poder de ciudadanos de los Estados Unidos, y el capital americano se ha invertido en considerables cantidades en empresas de México. Cualesquiera que hayan sido nuestras desventajas cuando solo existía entre los dos países el comercio marítimo, los norteamericanos poseeremos (y este futuro lo expresa el *Herald* con su *will* absoluto, y no el *shall* que deja abierto campo a la posibilidad o a la duda, el *shall* cortés) poseeremos todas las ventajas comerciales que deben surgir de la terminación de los ferrocarriles.

"Sí, todas las ventajas:—pero si decidimos aprovecharnos de ellas. El mercado de México pertenece naturalmente a los Estados Unidos; pero por desdicha no se tuvieron en cuenta, sino que se alteraron, estas condiciones naturales, y se estableció en su lugar un estado de cosas puramente artificial, e innatural, por lo tanto, que ha venido a poner en manos de otras naciones un mercado que hubiera podido estar en las nuestras, y que, al paso que van siendo más favorables las condiciones en que se mueve, está en camino de ir creciendo casi indefinidamente. En los años 1882 y 1883 las exportaciones de México a Inglaterra aumentaron en cerca de siete millones, mientras que las exportaciones a los Estados Unidos aumentaron solo en tres millones; resultado que es todavía más lamentable en lo que se refiere a la exportación de metales preciosos, de los que Inglaterra importó de México en 1883 cerca de $500,000 más que en 1882 y los Estados Unidos más de 600,000 menos.

"De nuevo preguntamos: ¿tendrán los Estados Unidos el mercado de México?—No lo tendrán, decimos, a menos que no haya un cambio en nuestro sistema de comercio. México posee en abundancia las materias primas de la industria, y las industrias de los Estados Unidos necesitan precisamente de esas materias primas, para poder reducir el costo de producción de sus artículos, y exportarlos a México y venderlos en competencia con las naciones europeas, que están ahora surtiéndose de aquellos materiales baratos. ¿Qué condiciones pudieran ser más favorables para un tráfico mutuo, que para ambas naciones sería ventajoso? Y ¿cómo caracterizaremos el estúpido y suicida sistema de comercio, mantenido por nuestra tarifa y nuestras leyes de navegación, que hace

imposible ese beneficioso cambio? El carácter egoísta del sistema de protección es harto bien conocido para que se requieran ejemplos que lo pongan en claro; pero si algún ejemplo se necesitare, el rechazamiento del tratado de reciprocidad con México lo proporcionaría. México ha puesto mucho de su parte para abrir comercio con los Estados Unidos: los artículos que exhibe son los que en los Estados Unidos deseamos; y la generosa ayuda dada por México a los ferrocarriles demuestra su afán por establecer relaciones mercantiles con nosotros.—Pero nosotros tranquilamente desdeñamos los ofrecimientos de nuestros vecinos, y preferimos mantener una política de aislamiento que está arruinando todas nuestras industrias y deprimiendo todos los ramos del comercio y la manufactura. Nosotros invitamos fríamente a otras naciones a que recojan las grandes ventajas que el comercio con México ofrece, y debemos pagar caro esta conducta si persistimos en ella."

Dice eso el *Herald*.

Por lo que hace al tratado, cierto que debe haberlo entre México y los Estados Unidos; y los que del lado latino, por preveer males, no lo quisieran, no saben que con cerrarle totalmente la puerta, acumulan males mayores que los que pretenden evitar;—así como los acumulan, por otra vía aunque con igual término, los que apresuradamente urden y azuzan tratados de naturaleza tan grave.—Tratado debe haber; pero no aquel que se proponía, y yace en buena hora.

Y por lo que al sistema proteccionista hace, y lo que con él ha pasado en los Estados Unidos, ¿no será que el sistema proteccionista sea como esos cercados de madera de que se rodea en sus primeros años a los árboles tiernos, pero que luego, cuando ya se alza fuerte y gallardo el arbolillo, es necesario remover para que no oprima el tronco, que de todos modos ha de echar al fin el cercado a tierra?

La América. Nueva York, febrero de 1884.

TRABAJO MANUAL EN LAS ESCUELAS
INFORME DE LOS COLEGIOS DE AGRICULTURA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Acaban de presentar informe de sus trabajos en el año anterior los colegios de agricultura de los Estados Unidos, y se ve de todos ellos que no son tanto las leyes teóricas del cultivo las que en estas escuelas se enseñan, como el conocimiento y manejo directo de la tierra, que da de primera mano y claramente, y con amenidad inimitable, las lecciones que siempre salen confusas

de libros y maestros.

Ventajas físicas, mentales y morales vienen del trabajo manual.—Y ese hábito del método, contrapeso saludable, en nuestras tierras sobre todo, de la vehemencia, inquietud y extravío en que nos tiene, con sus acicates de oro, la imaginación. El hombre crece con el trabajo que sale de sus manos. Es fácil ver cómo se depaupera, y envilece a las pocas generaciones, la gente ociosa, hasta que son meras vejiguillas de barro, con extremidades finas, que cubren de perfumes suaves y de botines de charol; mientras que el que debe su bienestar a su trabajo, o ha ocupado su vida en crear y transformar fuerzas, y en emplear las propias, tiene el ojo alegre, la palabra pintoresca y profunda, las espaldas anchas y la mano segura. Se ve que son esos los que hacen el mundo: y engrandecidos, sin saberlo acaso, por el ejercicio de su poder de creación, tienen cierto aire de gigantes dichosos, e inspiran ternura y respeto. Más, más cien veces que entrar en un templo, mueve el alma el entrar, en una madrugadita de este frío febrero, en uno de los carros que llevan de los barrios pobres a las fábricas artesanos de vestidos tiznados, rostro sano y curtido, y manos montuosas—donde, ya a aquella hora brilla, un periódico.—He ahí un gran sacerdote, un sacerdote vivo: el trabajador.

El director de la Escuela de Agricultura de Michigan defiende calurosamente las ventajas del trabajo manual en las escuelas. Para el director Abbott, no hay virtud agrícola a que no ayude el trabajo manual en la escuela. El cultivador necesita conocer la naturaleza, las enfermedades, los caprichos, las travesuras mismas de las plantas, para dirigir el cultivo de modo de aprovechar las fuerzas vegetales, y evitar sus extravíos. Necesita enamorarse de su labor, y encontrarla, como es, más noble que otra alguna, aunque no sea más que porque permite el ejercicio más directo de la mente, y proporciona con sus resultados pingües y constantes una renta fija y libre que permite al hombre vivir con decoro e independencia. Oh! a oír nuestro voto, junto a cada cuna de hispanoamericano se pondría un cantero de tierra y una azada.—Necesita el agricultor además conocer de una manera íntima, en sus efectos y modo de obrar, las ciencias que hoy ayudan y aceleran los cultivos. Y como la naturaleza es ruda, como todo lo verdaderamente amante, el cultivador ha menester de salud recia que el sol no acalore y no refleje la lluvia, lo cual solo con habituarse a esta y aquel puede conseguirse.

Con el trabajo manual en la escuela, el agricultor va aprendiendo a hacer lo que ha de hacer más tarde en campo propio; se encariña con sus descubrimientos de las terquedades o curiosidades de la tierra, como un padre con sus hijos: se aficiona a sus terruños que cuida, conoce, deja en reposo,

alimenta y cura, tal, y de muy semejante manera, como a su enfermo se aficiona un médico. Y como ve que para trabajar inteligentemente el campo, se necesita ciencia varia y no sencilla, y a veces profunda, pierde todo desdén por una labor que le permite ser al mismo tiempo que creador, lo cual alegra el alma y la levanta, un hombre culto, diestro en libros y digno de su tiempo. Está el secreto del bienestar en evitar todo conflicto entre las aspiraciones y las ocupaciones.

Páginas se llenarían con la enumeración de las ventajas de este trabajo manual en las escuelas de agricultura, que demuestra el informe.

Y para que el trabajo de los estudiantes de agricultura sea doblemente útil, no lo aplican solo en las escuelas al laboreo de la tierra por los métodos ya conocidos, sino a la prueba de todas las reformas que la experiencia o la invención van sugiriendo; con lo que las escuelas de agricultura vienen a ser grandes benefactores de las gentes de campo, a quien dan la reforma ya probada, y evitan arriesgar las sumas y perder el tiempo que el experimentarla por cuenta propia les hubiera costado. Y con esto, además, la mente del alumno se mantiene viva, y contrae el hábito saludable de desear, examinar y poner en práctica lo nuevo. Hoy, con la colosal afluencia de hombres inteligentes y ansiosos en todos los caminos de la vida, quien quiera vivir no puede sentarse a descansar y dejar en reposo una hora sola el bordón del viaje: que cuando lo quiere levantar, y tomar la ruta de nuevo, ya el bordón es roca. Nunca, nunca fue más grande ni más pintoresco el universo. Solo que cuesta trabajo entenderlo, y ponerse a su nivel: por lo que muchos prefieren decir de él mal, y desvanecerse en quejas. Trabajar es mejor, y procurar comprender la maravilla,—y ayudar a acabarla.

En una escuela, la de North Carolina, han analizado los abonos, los minerales, las aguas minerales, las aguas potables, el poder germinador de las semillas, la acción de diferentes sustancias químicas en ellas, y la de los insectos sobre las plantas.

En general, los trabajos prácticos de las escuelas se dirigen al estudio y mejora de los granos y tubérculos alimenticios; a la aplicación de los varios y mejores métodos de preparar el terreno, sembrar y cosechar; a la comparación de los abonos diversos y creación de otros, al modo de alimentar bien los animales y las plantas, y de regar y de preservar los bosques.

Tienen además cursos en que los alumnos aprenden las artes mecánicas, no del modo imperfecto y aislado en que de soslayo y por casualidad llega a saber un poco de ellos el agricultor atento y habilidoso, sino con plan y sistema, de modo que unos conocimientos vayan completando a otros, y como saliendo estos de aquellos. La mente es como las ruedas de los carros, y como la palabra:

se enciende con el ejercicio, y corre más ligera. Cuando se estudia por un buen plan, da gozo ver cómo los datos más diversos se asemejan y agrupan; y de los más varios asuntos surgen, tendiendo a una idea común alta y central, las mismas ideas.—Si tuviera tiempo el hombre para estudiar cuanto ven sus ojos y él anhela, llegaría al conocimiento de una idea sola y suma, sonreiría, y reposaría.

Esta educación directa y sana; esta aplicación de la inteligencia que inquiere a la naturaleza que responde: este empleo despreocupado y sereno de la mente en la investigación de todo lo que salta a ella, la estimula y le da modos de vida; este pleno y equilibrado ejercicio del hombre, de manera, que sea como de sí mismo puede ser, y no como los demás ya fueron; esta educación natural, quisiéramos para todos los países nuevos de la América.

Y detrás de cada escuela un taller agrícola, a la lluvia y al sol, donde cada estudiante sembrase su árbol.

De textos secos y meramente lineales, no nacen, no, las frutas de la vida.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

UNA CARTA A *LA AMÉRICA* DEL SR. ANTONIO ZAMBRANA

No resistimos a la tentación de publicar los párrafos a *La América* referentes en una hermosa carta que al director de este periódico escribe uno de los americanos que más en alto ponen la excelencia mental de nuestras tierras, el orador y escritor cubano, de fama extendida y justa, Antonio Zambrana. A los países de Hispanoamérica se ha presentado él mismo, con sus variadas y eminentes dotes, desde años ha: *La América* del mes de agosto hablaba de él, y de su serena y suntuosa palabra, en la nota a propósito del banquete del 27 de julio en memoria de Bolívar.

Como esos párrafos dicen de *La América* tanto bien, no nos atrevíamos a publicarlos, porque no fuera a creerse que lo hacíamos de puro vanidosos; pero leemos la carta de nuevo, y la hallamos tan bella, y en su breve espacio tan comprensiva y reveladora del mérito de nuestro generoso amigo, que, aunque nos riña por indiscretos, aquí la damos a luz, por la que da sobre sus talentos, y porque en esos párrafos se honra él, más que nos honra.

Dicen los párrafos:

“*La América* es por fin lo que yo soñaba; en estos mismos días he leído algunos números que antes no había tenido ocasión de ver, y en todos encuentro cosas admirables; pero en el último cristaliza mejor el concepto fundamental del

periódico, y hay más espacio para el arte puro.

”Nada alteraría yo ahora en su estructura. Aunque Vd. se atormente escribiendo sobre máquinas y sobre cultivos, el caso es que, fuera de un delicioso libro de Pozos Dulces, nunca había leído yo con encanto trabajo alguno sobre estas materias; que el tal encanto es útil; que se es un realismo de buena ley; que Vd. da a algunos de esos artículos el aire de un cuento de Cervantes o de una *Geórgica;* y que en un periódico del ministerio que a la América toca, la literatura está mejor así,—como un jardín junto a un taller,—que como un gran parque central en que se pasearan los latinoamericanos,—que sin necesidad de estímulo gastan ya demasiado en fantaseo sin mezclar las fuerzas de su vida.

Pero si no deseo más,—tampoco deseo menos. Ojalá que no falte en número alguno,—ya que siempre se ha de hablar de libros nuevos,—algo sobre libros viejos. Las pocas líneas que Vd. dedica a H. Spencer, y su definición de Emerson, bastan para probar que tengo razón. De este modo se irá preparando, además, insensiblemente, un libro que si yo pudiera lo forzaría a Vd. a escribir con este programa: ‘los sistemas de filosofía y los sistemas de estética’, la monografía de lo ideal, en una palabra.

En resumen: con orgullo, como compatriota, y con satisfacción profunda, como americano, mando a Vd., mi querido amigo, una felicitación entusiasta.

A. Zambrana”

La América. Nueva York, febrero de 1884.

[ESCUELAS DE ARTES Y OFICIOS EN ESTADOS UNIDOS]

Se nos pregunta qué Escuela de Artes y Oficios pudiera tomarse como modelo en los Estados Unidos. No hay en los Estados Unidos escuelas de Artes y Oficios, tal como en los países europeos y en algunos españoles existe. Dos institutos hay, de resultados admirables, que enseñan ramos de lo que en una escuela de ese género se enseñaría: estos son el Instituto de Cooper en New York, y la Universidad de Cornell, en Ithaca. Un hombre de gran mérito, el venezolano Camacho, muerto, envió a su gobierno un nutrido informe sobre el estado de esas escuelas en este país, cuando se trataba de establecer una en Venezuela. Lo que en Cooper y en Cornell hay es un departamento para las artes mecánicas, en el cual, en Cornell a lo menos, se enseñan en sus leyes y en su aplicación: que es como únicamente deben enseñarse, y pueden aprenderse las

leyes: aplicándolas. En sus talleres, se hacen trabajos prácticos: se manejan, como en un taller verdadero, los instrumentos y las máquinas.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

LUZ INSTANTÁNEA

La Compañía Eastern Electric Manufacturing de Boston (221 Washington Street) ha alcanzado notable éxito con unos curiosísimos y útiles aparatos eléctricos, que no ocupan más que cinco pulgadas cuadradas ni pesan más de cinco libras, y no solo están dispuestos de manera que con oprimir un pequeño botón se produce la luz inmediatamente en el otro extremo del aparato, sino que con la mayor limpieza y prontitud enciende luces con su simple contacto.

La batería está dentro del pequeño aparato. En una retorta de cristal están los agentes químicos: el carbón y un aparato de zinc, con una espiral de platino adjunta, están colocados de manera que la batería queda perfecta, y la luz pronta.

La presión en el pequeño botón del aparato produce una corriente eléctrica que calienta hasta la incandescencia la espiral de platino.

Tan preciso y acabado es el encendedor eléctrico y tan sencillo y casi fantástico es su manejo, que ver funcionar uno es desear tenerlo. A cinco pesos lo venden.

Con poco más, se añaden al encendedor pequeñas piezas que lo convierten en una activa batería galvánica, aplicable a usos médicos,—o en un eficaz timbre de alarma contra ladrones. Al mismo tiempo que el timbre avisa la presencia del ladrón, lo baña de luz.

La América. Nueva York, febrero de 1884.

LAS CAJAS DE HIERRO DE HERRING & CO.

A cada instante se ve en las calles de New York un grupo de gente mirando curiosamente a un balcón, a donde están izando una recia caja de hierro: muchas fábricas de estas cajas hay en los Estados Unidos; pero casi siempre la caja que se ve subir por los aires hasta un octavo o noveno piso es de la fábrica de Herring & Co., rivales afortunados, si no victoriosos, de todos los constructores de estas salvaguardias del comercio.

Acaba de edificarse en New York un hermoso almacén de depósito, alto, almenado, ferrado, amurallado, como una fortaleza. Los edificadores eligieron la fábrica Herring para que construyese la bóveda de aseguro del almacén monumental: 25 pies por 70 tiene la bóveda, guardada por puertas de hierro y de acero, cubiertas de tapas de hierro, que pesan doce toneladas.

Tales obras no extrañan a los que ven los talleres de Herring: por centenares se cuentan sus trabajadores; la fábrica ocupa una manzana; todos los materiales le llegan por el río a sus mismas puertas; las mezclas de metales que usa, y le han dado gran boga, son de su invención: de Corliss; poderosísima es la máquina que mueve sus aparatos: cuando sus operarios dejan por la tarde la labor, parece que emigra un pueblo.

En Broadway número 251 y 252, tiene su oficina de ventas la casa Herring & Co. Ver sus cajas es convencerse de que no las hay más sencillas, más elegantes ni más fuertes. Es un museo curioso la oficina, con sus cajas de todos tamaños e invenciones, desde la que parece gracioso costurero hasta las que semejan colosales dados tallados en una roca de colores.

La América. Nueva York, abril de 1884.

FORMACIÓN GEOLÓGICA DE CUBA

El *Engineering* ha publicado un curioso estudio de los altos arrecifes de coral que rodean la isla de Cuba, y Mr. Crosby, que es el autor del trabajo y lo llevó a cabo sobre los mismos arrecifes, halla en estos, nuevos argumentos en defensa de la teoría geológica de Darwin. Parece que la Isla se ha venido sumergiendo lentamente.

Los arrecifes están dispuestos en terraplenes a lo largo de la Isla, especialmente en los lados Norte y Este. El terraplén más bajo tiene 30 pies de alto y su ancho varía de unas cuantas varas a una milla. Era claramente el arrecife que formaba la costa en otro tiempo. El segundo terraplén se eleva bruscamente desde el nivel del más bajo a una altura de 200 a 250 pies. El tercero tiene una elevación de 500 pies y el cuarto de 800. Estos terraplenes corren al rededor de toda la Isla, pero están mejor conservadas las partes que corresponden al lado occidental, donde la corrosión ha sido menos rápida, y a la cima de las colinas más elevadas. Las colinas al rededor de La Habana y Matanzas, que alcanzan a una elevación de 200 pies, están formadas enteramente por la caliza coralífera. En la montaña El Yunque, cinco millas al occidente de Baracoa, la roca coralífera alcanza un espesor de 1 000 pies y

constituye la parte superior de la misma, formando su parte inferior las rocas pizarrosas y eruptibles. En un principio el límite superior de estas rocas coralíferas, debe haber estado a 2 000 pies sobre el nivel del mar. Las rocas coralíferas de la Jamaica son de la misma altura, y es probable que durante su formación la región de las Antillas quedara reducida a pocas islas pequeñas.

La América. Nueva York, abril de 1884.

EXHIBICIÓN DE ELECTRICIDAD

Philadelphia tiene ya preparado el extenso edificio en que ha de celebrarse desde el 22 de setiembre al 11 de octubre próximos una nueva Exhibición de Aparatos e Inventos de Electricidad, en donde lucirán con mayor ventaja que en las recientes exposiciones europeas los adelantos extraordinarios de esas artes en los Estados Unidos, donde hay un verdadero ejército de inventores, decididos a hacer de la electricidad una especie de generador universal de fuerza que simplifique el trabajo humano, hermosee la vida, y embellezca sus resultados.

El Instituto de Franklin para las mejoras de las artes mecánicas, convoca y patrocina la Exhibición de Electricidad.

La América. Nueva York, abril de 1884.

EXPOSICIÓN DE PRODUCTOS AMERICANOS

Nos da gozo ver que con nuestro espíritu latino preveemos y aconsejamos cosas que meses más tarde vienen también a parecer muy buenas a los sesudos y laboriosos neosajones. Acaso los asiduos lectores de *La América* recuerden cómo hace cosa de un año, abogábamos porque se establecieran en Europa y los Estados Unidos exhibiciones permanentes, u ocasionales a lo menos, de nuestros productos del Centro y Sur de América.

Industrias no tenemos; o las tenemos tímidas y pobres, para utilizar y transformar nuestros productos; pero con productos sí contamos, no menos notables por su novedad que por su variedad, en los que la nerviosa industria europea y norteamericana puede ver fuentes nuevas de riqueza. Más oro y plata que en nuestras ruinas tenemos en nuestras plantas textiles, en nuestra farmacopea vegetal y en nuestras maderas tintóreas y aromáticas. Pero nadie

compra a vendedor que no se anuncia, como no va a buscar la fama al hombre de mérito que no saca de sí palabra ni obra. Los frutos fáciles, azúcar, café, cueros, por su misma abundancia van muriendo, porque como con poco esfuerzo rendían ganancias pingües, todos se han dado a producirlos, y aún se darán: de manera que en todos ellos, con raros accidentes, los mercados rebosan, y en pocos años, vendrá a tierra el precio de estos frutos. La caña de azúcar, hasta en el tallo del maíz, en la calabaza y en la papa está teniendo competidores: el café viene a barcadas de la India. Países industriales ni somos, ni en mucho tiempo podemos ser:—necesitamos, pues, mejorar constantemente nuestros cultivos, ya que nuestra tierra está saturada de estas plantas, y con buena labor las producirá mejor que sus rivales: necesitamos crear cultivos y explotaciones nuevas.

Cuando de estas exposiciones de cosas de América hablábamos, ¿qué presentaremos, se nos decía, sino trozos de árbol, retazos de piedras y plantas secas? Pues eso, replicábamos contentos, eso presentaremos.—Y eso, más y con mayor cuidado que otra cosa alguna, van ahora a presentar en Inglaterra los Estados Unidos: se han prendado los diarios de esta idea, y la estimulan y ensalzan: "sobre todo, dicen, lo que hemos de cuidar, y lo que por fortuna tendrá prominencia en la Exhibición, es el departamento de productos naturales".

Se ve, por tanto, cómo esta nación próspera, industrial, rival en fábricas de todas las grandes naciones, acreditada y admirada,—no solo no recibe con desdén, sino con ardor y prisa, la idea de ir a exhibir a otros países industriales los productos de su naturaleza.

Envían las casas de comercio por sobre la redondez de la tierra agentes viajeros que les recaben órdenes: no bien se acredita un telar en Birminghton, una cuchillería en Manchester, una región en Borgoña, una fábrica de electroplata en los Estados Unidos, mandan a hombres despiertos a los más lejanos países a que vulgaricen, recomienden y exhiban el producto nuevo.

Pues las naciones deben hacer como las fábricas y como los viñedos. El que no enseña, el que no anuncia, el que no ofrece, no vende. Nadie compra lo que ignora. En los pueblos industriales, dotados ya de rica y completa maquinaria, despierta un producto, ideas y empresas que en nuestros países no despertaría, faltos como están por lo común de la ciencia, la maquinaria o el caudal para intentar una nueva industria.

En todos los mercados activos, en todas las ciudades comerciales y manufactureras de Europa y Norteamérica, debieran sostener los países americanos una exhibición permanente de sus productos.

Podía mantener una propia el gobierno de cada país.

Podían—y esto sería más eficaz, duradero y deseable,—mantenerla, con pequeño sacrificio personal, los productores y comerciantes unidos de cada país.

Podían todos los gobiernos en común contribuir al mantenimiento de esas pequeñas exposiciones permanentes.

Podía, mientras una exposición permanente se organizaba, establecerse exposiciones ocasionales.

En cada una, libros, monografías, pruebas de lo que con esos productos hacen nuestras artes imperfectas.

Y en la prensa, esta ala, trabajadores constantes.

Un cónsul de Venezuela exhibió hace poco en París y en el Havre una buena especie de café, que entendemos se llama café Bolívar: en los diarios de principio de año nos hallamos con que a los pocos meses ya el café es famoso; y se vende en cantidades grandes y a buen precio, recomendada en artículos especiales y pintorescos por el *Fígaro,* una mercadería que hace un año era enteramente desconocida en Francia.

Con el concurso de los comerciantes y productores de cada país podían organizar los gobiernos,—o aquellos con el concurso de estos, o sin él,—esas exposiciones de productos naturales en que no desdeñan tomar parte los Estados Unidos.

Todo París bebe ahora, y paga bien, el café Bolívar.

La América. Nueva York, abril de 1884.

EL FERROCARRIL ENTRE MÉXICO Y LOS ESTADOS UNIDOS

Se sabe ya, por ser acontecimiento trascendental que todo el mundo ha celebrado, que de México a New York, como a cualquiera otro lugar de los Estados Unidos, se puede venir por ferrocarril. Este es acontecimiento grato, si del lado latino de la frontera viene acompañado por una desapasionada previsión, habilidosa vigilancia y permanente entereza. Con todo eso, será el ferrocarril cosa excelente. Sin eso, pudiera no serlo.

El *Journal of Commerce* de Chicago, en que visiblemente ponen la mano gentes latinas, publicaba poco tiempo hace datos minuciosos sobre el ferrocarril.

Durará el viaje desde México a New York o Boston seis días, de la manera siguiente: desde México hasta la frontera en el Paso, dos días, poco más o menos, pues la distancia es de 19 584 kilómetros, o 1 224 millas. En el Paso la conexión más íntima del Central Mexicano en dirección al Este, será la línea de Atchinson, Topeka y Santa Fe hasta la ciudad de Kansas, y de allí por la “Gran

Ruta Burlington", o sea, los ferrocarriles Hannibal y San José y Chicago, Burlington y Quincy, hasta la ciudad de Chicago.

Parece que se ha celebrado un contrato para que en todos los trenes expresos del Ferrocarril Central Mexicano haya carros—dormitorios de Pullman, y por tanto, buena comida y lujosa cama durante el largo viaje. En dos días después de salir de la ciudad de México se pondrá el viajero en el Paso: las estaciones donde servirán cena y desayuno o comida serán San Juan del Río, Silao, Jiménez y San José. En el Paso no habrá más dilación que la indispensable para que la aduana examine los equipajes.

El ferrocarril Atchinson, Topeka y Santa Fe llevará a los viajeros, remontando el Valle de Río Grande por Albuquerque, el paso de la Glorieta, las Vegas con las fuentes termales muy cerca, Trinidad, las llanuras vastísimas del estado de Kansas. De allí se irá a Topeka, capital del estado, y llegando a la ciudad de Kansas, se efectuará en la estación Unión otro cambio de carros dormitorios de Pullman, tomando el ferrocarril Chicago, Burlington y Quincy. Una comodidad apreciable ofrece a los viajeros este ferrocarril, y es el carro-fonda de la "Gran Ruta Burlington", en el que, mientras corre uno sobre rieles perfectamente nivelados, le sirven por precio moderado manjares buenos y con todo el lujo de un restaurant de primera clase. En unas 18 horas se llega a Chicago, donde hay conexiones inmediatas con todos los ferrocarriles troncales del Este, y se despachan trenes expresos limitados a Philadelphia, Nueva York, Boston y otras ciudades importantes.

La América. Nueva York, abril de 1884.

LA LUZ ELÉCTRICA Y EL GAS

Los argumentos prueban bien, pero los hechos prueban mejor. Los pueblos nuevos de América, que con prisa mexicana y bonaerense están determinados a subir de un salto el puesto a que su inteligencia y riqueza natural los llaman, obrarán con cordura al reemplazar el alumbrado turbio de sus calles tenebrosas, en sustituirle el que está demostrando ya todas sus ventajas sobre el gas: el alumbrado eléctrico.

Lo que en Boston sucede puede servir de ejemplo. Cuando se introdujo en la ciudad la luz eléctrica, pagaba el municipio por cada mil pies de gas dos pesos, y los particulares dos pesos ochenta centavos: ahora el municipio paga un peso treinta centavos, y un peso ochenta los particulares; y al paso que el costo del alumbrado ha venido siendo menor, no ha habido en los Estados Unidos

población mejor iluminada que la ciudad de los recuerdos históricos, de los colegios y de los hombres de letras.

Un hecho incidental, que no debe ser callado, ha venido a añadir valor a la luz eléctrica, escrutadora y penetrante: la policía de Boston ha declarado que se nota rebaja en los crímenes desde que la nueva luz fue introducida en la ciudad.

La América. Nueva York, abril de 1884.

BUENOS Y MALOS AMERICANOS
FIESTA EN PARÍS EN HONOR DEL GENERAL SAN MARTÍN

De un lado se están poniendo en América los que sin fuerzas para cumplir con los deberes que les imponen, prefieren renegar de las glorias americanas, como si con esto se librasen del mote de menguados y egoístas; y de otro lado, los que sin rencillas imbéciles por una parte, pero sin excesos lamentables de lo que demanda el espíritu de raza por la otra, se estrechan, ponen en alto la bandera nueva, y van rehaciendo la cuja en que se yerguen, que aquellos otros muerden a escondidas, gateando al favor de su sombra. De un lado los que cantan la forma de nuestras glorias, pero abjuran y maldicen de su esencia,—y de otro los que tienen tamaño de fundadores de pueblos, y por sobre el miedo de los timoratos y las preocupaciones de la gente vana, no quieren hacer de la América alfombra para naciones que les son inferiores en grandeza y espíritu, sino el pueblo original y victorioso anticipado por sus héroes, impuesto por su naturaleza, y hoy sobradamente mantenido en estima por sus hijos;—no por los que con el mismo plectro—porque esos usan plectro—endiosan a Bolívar y a sus tenientes, y al espíritu ¡oh vergüenza! contra el que aquellos hombres magnánimos combatieron; sino por aquellos otros americanos que cuidan más de cumplir dolorosamente su deber de hijos de América en tiempos difíciles, que de pavonear serventesios y liras humildes, en cambio de interesados aplausos, a los ojos de regocijadas tierras extranjeras.—Los conocemos, los conocemos. Y los más sinceros son en política como esos raquíticos naturalistas de ojos cortos, que de puro mirar a los detalles pierden la capacidad de entender, a pesar de sus grietas y de sus cataclismos, la armonía de la naturaleza:—son siervos naturales, que no pueden levantar la frente de la tierra; son como flacas hembras, que no saben resistir una caricia. Un título los compra. Con lisonjas y celebracioncillas se les tiene. Decimos que los conocemos.

Se nos han ido esas líneas de la mano, como vanguardia de mayor ejército, que no quisiera verse obligado a librar batalla—al leer en cartas privadas noticia de la entusiasta fiesta con que los hispanoamericanos de París, en que los de la vieja Colombia están en mayor parte, celebraron en prosa y verso el 25 de febrero el aniversario de San Martín virtuoso.—De ese espíritu necesitamos en América, y no de otro: del que apriete, como quien aprieta espigas de un mismo haz, todos los pueblos de América, desde el que levanta en bronce al cura Hidalgo, que a Washington se parecía en la serenidad y terco empuje, con cierto mayor entusiasmo,—hasta el que a Belgrano y a Rivadavia reverencia. Y del lado del Pacífico ¡benditos sean los que emplean sus manos en vaciar bálsamo sobre aquellas heridas!

En desemejanza de aquellos malos americanos de quienes hablábamos, que se desciñen de la frente los lauros de Chacabuco y de Maipó, para ir a ceñirse los lauros de Bailén, —San Martín,—como decía el venezolano Carrillo y Navas la noche de la fiesta—"acababa de segar gloriosos laureles en los campos sangrientos de Bailén, pero no vaciló en arrancarlos de su frente para reemplazarlos con otros más hermosos conquistados en San Lorenzo, en Maipó, y en Chacabuco".

Y ¿qué otra cosa dijo de San Martín?—Dijo, con llano y altivo lenguaje "que en vez de enriquecerse con el ejercicio del gobierno sacrificó lo suyo por la patria".

Y dijo más, y muy justamente, el caballero Carrillo, el organizador de la Biblioteca Bolívar en París, quien a la caliente lengua venezolana une cierta autoridad de pensamiento, seguridad honrada y nervio, que avaloran lo que escribe:—dijo que "si Bolívar brilla sin rival en la epopeya de la Independencia por la energía y constancia de su carácter, por la extensión de su genio y por la poesía misma de su gloria—San Martín presenta por su parte durante su carrera política el dechado más perfecto de todas las virtudes civiles y militares realzadas por una extrema modestia, y al retirarse a la vida privada legó a las generaciones por venir el más alto quizás y más útil ejemplo de abnegación patriótica que han presenciado los siglos".

Al Sr. Pedro Lamas tocó, y le venía de derecho, contar a los concurrentes a la noble fiesta la magnífica vida del héroe probo, que en la entrevista de Guayaquil dejó, con nunca vista grandeza, en manos de Bolívar, las coronas que en su propia tierra, y en Chile y en Perú, tenía ganadas. Tres pueblos puso, que salieron de sus manos, en las de aquel que, con modestia maravillosa y conmovedora, juzgó más útil a América y más afortunado. ¡Quién debió ser

Bolívar para causar en San Martín impresión semejante!—De la reseña sobria y elocuente de Lamas, surgía como de un espejo de acero la imagen inmaculada del prohombre argentino.

Y dijo luego un soneto en honor de ambos héroes, y otro brioso y resonante a nuestra América, ese poeta que se saca los versos de lo hondo del alma, como una paloma sus hijuelos,—alados y blancos; dijo versos el venezolano Jacinto Gutiérrez Coll, de esos que vibran con el tañido grato y prolongado de la buena porcelana.

Noble ha sido la fiesta que ha juntado en París a los hijos de Bolívar resplandeciente, San Martín virtuoso; noble toda fiesta que ponga en alto el espíritu original y ardiente, el espíritu americano de América, en que se está deslizando ahora como una serpiente envuelta en la bandera patria, otro diverso espíritu.

Quien hubiera visto poblado de águilas el aire cuando de la casa pobre de Guayaquil salieron de determinar los dos gloriosos caballeros que la libertad no podía tener más que un esposo,—no hubiese visto mal:—que aquel aire estaba hecho de águilas.

Esta fiesta de París, por la Sociedad “Biblioteca Bolívar” organizada, nos hace ver, como si la tuviéramos delante, la casa aquella, de sagradas paredes, donde lloraron sin duda, con lágrimas que pocas veces ruedan por las mejillas de los hombres, San Martín y Bolívar.

La América. Nueva York, abril de 1884.

AUTORES AMERICANOS ABORÍGENES

La pompa de los samanes, la elegancia de las palmeras, la varia y brillante fronda que viste a los montes americanos—lucen en los restos de obras de autores indios que se salvaron de manos de obispos Landas y Zumárragas. No se quiebran los rayos del sol persa en más ricos matices sobre la montura de plata y piedras preciosas de aquellos caballeros de sable duro y túnica de seda—que en abundantes y fáciles colores se rompe, amplia como un manto, la frase india. Lo negará solo quien no haya leído un cuento de batalla o un título de propiedad de los indios guatemaltecos. El *Mahabharata* es más sentencioso: el *Schah-Nameh,* más grave: las profecías de *Chilam Balam* el yucateco, más reposadas y profundas: las odas de Netzahualcóyotl mexicano, más sublimes; más apasionados los dramas peruanos, el *Apu-Ollantay,* el *Usca Paucar* acaso: resplandecen las tradiciones de Fingal, como túnica cuajada de diamantes; pero como arroyo, como caballo nuevo de paso alado y crines de colores, como cinta

de mago que en incontables vueltas se entrelaza y crece, como mar recién hecho que fulgura a una luz sana y virgen, o como a sol no enrojecido por los vapores de la sangre, brillaría en mañana de agosto un ejército parlero de indias coronadas de campanillas azules e indios cubiertos de penachos plumados,—como río de joyas, o como si sus pensamientos desatase, sobre el riachuelo limpio de la selva una doncella pura,—brillan las pintorescas relaciones de aquellos quichés y zutujiles que sorprendió y domó en hora de querellas el tremendo Tonatiuh, el bello Alvarado. —Cuando un pueblo se divide, se mata. El ambicioso ríe en la sombra.

¿Ni cómo pudiera ser, dado que literatura no es otra cosa más que expresión y forma, y reflejo en palabras de la naturaleza que nutre y del espíritu que anima al pueblo que la crea; cómo pudiera ser que, contra la ley universal, no tuviese la literatura indígena las condiciones de esbeltez, armonía y color de la naturaleza americana?—Y esto no lo vemos solo los que amamos a los indios, como a un lirio roto: precisamente escribimos estas líneas para dar noticia del libro curioso en que un autor norteamericano halla esas cualidades en los retazos de obras que de los indígenas se conocen, y en todas aquellas en que después de la conquista mostró su abundancia y gallardía, ya en las lenguas patrias, ya en la de los conquistadores, el ingenio nativo. ¡Qué instituciones tenía Tlaxcala! ¡qué bravos, Mayapán! ¡Teotitlán, qué escuelas! ¡Copán, qué circo! México, qué talleres, plazas y acueductos! ¡Zempoala, qué templos! ¡los Andes, qué calzadas! ¿Qué importa que vengamos de padres de sangre mora y cutis blanco? El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron, y se le respira. Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias, —y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paramaconi, y se ve como propia la que vertieron por las breñas del cerro del Calvario, pecho a pecho con los Gonzalos de férrea armadura, los desnudos y heroicos caracas! Bueno es abrir canales, sembrar escuelas, crear líneas de vapores, ponerse al nivel del propio tiempo, estar del lado de la vanguardia en la hermosa marcha humana;—pero es bueno, para no desmayar en ella por falta de espíritu o alarde de espíritu falso, alimentarse, por el recuerdo y por la admiración, por el estudio justiciero y la amorosa lástima, de ese ferviente espíritu de la naturaleza en que se nace, crecido y avivado por el de los hombres de toda raza que de ella surgen y en ella se sepultan. Solo cuando son directas prosperan la política y la literatura. La inteligencia americana es un penacho indígena. ¿No se ve cómo del mismo golpe que paralizó al indio, se paralizó a América? Y hasta que no se haga andar al indio,—no comenzará a andar bien la América.

Los Estados Unidos tienen muy buenos americanistas, y Daniel G. Brinton

es de los mejores. Ahora acaba de publicar en libro una buena memoria en que contó el año pasado a los americanistas congregados en Copenhague todo lo que se sabe de obras indígenas. Demuestra cuán amplio, apropiado y flexible era el vocabulario de los aborígenes. Descubre en ellos, y señala con calor, una facultad literaria poderosa. Como la impresión en ellos era viva, la necesidad de la expresión era inmediata. Gustaban de narrar, y lo hacían con abundancia y gracia. El color les fue siempre necesario, y como accidente indispensable de sus cuentos. Campean en cuanto se conoce de los indios un alma ingenua y una imaginación vívida. Vese en sus ruinas como en sus manuscritos su gusto por la simetría y el ornamento. Sus Atreos y sus Tiestes tuvieron los griegos, y voluble Europa; también los indios los tuvieron, y luchas entre las familias y casas rivales, que, a juzgar por las escasísimas páginas interpretadas en sus letras y signos, con más lujo y pasión están contadas en sus pergaminos y sus piedras que las de atridas y pelópidas en el glorioso romance griego. ¡Qué augusta, la Ilíada de Grecia! ¡Qué brillante, la Ilíada indígena! Las lágrimas de Homero son de oro: copas de palma, pobladas de colibríes, son las estrofas indias.

En el libro de Brinton, no hay solo hechos y deducciones, sino lista de documentos: ha unido al libro un índice de todo lo que hoy se conoce y se tiene como escrito por autores indígenas. En el Norte, ocupado de ampararse de las fieras y del frío, apenas tuvo el indio tiempo para dejar memoria dibujada o escrita de sus combates: y en guerra siempre, como pueblo pobre, y en marcha sobre los pueblos cálidos, más escribió con la flecha que con el pincel. Pero en las tierras calientes, adonde vendrán al fin a abrigarse todos los hombres,—la poesía, que nace del reposo, y la imaginación, suntuosa en los pueblos de naturaleza rica, con todos sus colores vistosos florecieron. ¡Manto admirable echó naturaleza sobre los hombros de la América! Se verá un espectáculo sublime, el día que se sienta con fuerzas, y despierte!: ¡qué franjas, nuestros ríos!; nuestros montes, qué rosas! ¡qué bordados, nuestros pensamientos! ¡nuestras almas, qué águilas!—¡Manto admirable echó naturaleza sobre los hombres de la América!

La América. Nueva York, abril de 1884.

ACADEMIA DE GEORGETOWN

En las alturas históricas de Georgetown, en medio de pacífico y hermoso paisaje, y a corta distancia de Washington,—se levanta un capaz edificio, recientemente ensanchado y mejorado: es la academia de niñas de Georgetown,

en que dan buena enseñanza las hermanas de la Visitación.

Tiene el colegio a su alrededor vasto espacio para paseos y ejercicios higiénicos. Cuenta con una rica librería, abierta a toda hora a las educandas,—y con bien provistos gabinetes de ciencias naturales, en que sin esfuerzo alguno, y con placer, se aprenden las leyes, composición y transformaciones de la naturaleza.

Las hermanas son personas cultas, y enseñan a sus discípulas a serlo. Las educandas que no llegan a doce años están en departamento separado del de las que pasan de esta edad, y requieren ya métodos diversos. Distinguen a las maestras de Georgetown la afabilidad y la eficacia.

La América enviará catálogos del colegio a los que se los pidan.

La América. Nueva York, abril de 1884.

LIBROS NUEVOS
CONCEPTOS Y TEORÍAS DE LA FÍSICA MODERNA
ESTUDIOS POPULARES SOBRE LOS MOVIMIENTOS DE LA ATMÓSFERA
EVOLUCIÓN: ÍNDICE DE EVIDENCIA
GÉNESIS NATURAL

Como un centenar de libros nuevos salen a luz en los Estados Unidos cada día. Traducen y parafrasean cuanto de notable se escribe en otros pueblos. Estudian con ahínco el desarrollo progresivo de la Naturaleza, y la formación científica de las naciones. Una *Vida de la Virgen María* sale de las mismas prensas que *Dios y el Estado,* de Miguel Bakounine, este generosísimo y evangélico iluso que ni a los gobiernos ni a Dios creía necesarios, con aplauso de Carlo Cafiero y Eliseo Reclus, que le prologan el libro. Veamos, aunque sea de camino, algunos de los libros de ciencia y filosofía publicados en marzo: redúcense todos, como desde que los instrumentos de escribir actúan sobre el papel, al estudio de las causas y los fenómenos. Algunos estudiadores de vista corta, se pierden en el fenómeno, y quedan presos en él, como el gavilán en los copos de lana de la oveja que roba.—Otros, de mente menos fácil de aturdir, analizan los fenómenos, sacan las alas libres de ellos, y los juzgan de arriba y en conjunto. El conocimiento de una montaña será diverso según lo sea el punto de vista.

Veamos qué dice el buen autor Stallo en su lúcido libro sobre *Conceptos y Teorías de la Física Moderna*. Dice que es necesario demarcar bien el influjo de la metafísica en la física, para que se vea cómo los científicos de hoy no están de

ningún modo emancipados todavía de la influencia metafísica. Precisamente porque son demasiado metafísicas ataca Stallo algunas teorías físicas modernas. Mucha novedad que pasa por tal no es más que el viejo *scientia entis quatenus entis*. Aristóteles, Erigena y Descartes reaparecen en las discusiones sobre la sustancia de las cosas, y en la absoluta pasividad de la materia, que enseña ahora el profesor de Física en Edimburgo.

De las prensas del gobierno en Washington,—en donde en estos instantes se imprimen 400 000 ejemplares del discurso en que Carlisle, el presidente democrático de la Casa de Representantes, aboga por una gradual reforma librecambista,—acaba de salir un libro de Guillermo Ferrel, *Estudios Populares sobre los Movimientos de la Atmósfera*. De oscuridad en el lenguaje científico se hacía gala en otro tiempo, y solía tenerse la oscuridad por elevación. El reinado del pueblo se conoce ahora en que los que escriben sobre más sabias materias, gustan de exponerlas de modo que el pueblo llano las entienda y aproveche. Con este objeto ha publicado Jorge Macloskie una atrevida *Botánica Elemental*, en que cuenta las cosas de la ciencia de manera que atraen por su natural ropaje pintoresco, y no desanima al estudiador con su dialecto técnico:—la cosa importa, y no el nombre. Y con esa tendencia ha escrito Ferrel sus *Estudios Populares*, en que habla de los vientos y las corrientes del océano, de la causa del descenso del barómetro en las regiones polares y en la región central de los ciclones; de la relación entre el graduador barométrico y la velocidad del viento; y de ciclones, trombas y tornados.

Augusto Tischner ha dicho en Alemania que el sol se mueve;—y acá republican su libro *El sol cambia su posición en el espacio: luego no puede ser considerado como un cuerpo en reposo:*—esa es a la vez la verdad astronómica que inspira el libro, y su título,—título alemán por cierto. El alemán no concreta, sino que gira alrededor de lo que quiere decir. Y cuida poco de que le sigan o no: continúa desenredando su madeja hasta que cree que lo que quiso decir queda dicho.—El más pequeño movimiento del Sol, dice Tischner, echa abajo toda la fábrica de Copérnico. Si el Sol se mueve, las órbitas recorridas por los planetas no pueden cerrarse. No se concibe que un movimiento esté en reposo.—Treinta y siete páginas tiene el libro, y más atrevimientos. El alemán dice fríamente lo que estima cierto. Más que Cervantes a España, ha aprovechado a Alemania Lutero. Todo hombre libre debía colgar en sus muros, como el de un redentor, el retrato de Lutero. ¿Qué sabe la acabada estatua de ahora cuántos han trabajado en esculpirla, y cuántos han caído muertos con el cincel heroico en las manos?

De Roberto C. Adams es un libro sobre *Evolución: Índice de Evidencia*.—Para Adams la doctrina de la evolución no choca con la del origen

divino del mundo. No niega la doctrina evolucionista que un supremo poder creó el Universo, sino que, contra lo que el Universo mismo revela, pueda mantenerse que fue hecho sin ley ni progreso, a capricho y a saltos. Adams cree fuera de duda que todo orden de seres vivos nació de un orden más bajo; y que la tierra se ha ido desenvolviendo como se habría desenvuelto a ser cierto ese principio.—La doctrina de la evolución, impotente aún para explicar todo el misterio de la vida, no se opone a la existencia de un poder supremo, sino que se limita a enseñar que obra por leyes naturales y no por milagros. No ataca su existencia, sino que observa que es distinta su manera de obrar de la que se venía creyendo. La imaginación de los pueblos primitivos entrevió confusamente lo que hoy la observación cuidadosa y el análisis lento enseñan; pero no pueden oponerse a las revelaciones inflexibles y desinteresadas del examen, las imaginaciones informes y vagas de los pueblos primitivos. Sabe más el poeta después de treinta años de desangre y batalla, que cuando torneaba de niño su primera redondilla.

Del estudio de la evolución no sale quien ande entre libros de ciencia moderna. He aquí otro libro "escrito por un evolucionista para los evolucionistas".—¡Siempre los hombres tan apegados al detalle, y resbalando siempre de la colosal cucaña! Mucho interesa saber cómo se ha venido haciendo el mundo, aunque esto salta a la vista sin mucho esfuerzo de la naturaleza y de los ojos; pero interesa más saber adónde se va, puesto que a alguna parte se va, después de vivir. —Ese problema no preocupa a Gerardo Massey, autor de un libro muy rico en datos, en ánimo y en osadía: el *Génesis Natural*. Hace poco publicó dos volúmenes que sirven como de primera parte a este, y los críticos hallaron mucho que decir, y los estudiosos mucho que aprender, del *Libro de los Comienzos,* que ya por su título atrae la atención. Pietschmann, que es un egiptólogo alemán, habla con asombro de las inusitadas sugestiones que el *Génesis Natural* contiene, "inspiradas, dice, por una desenfrenada pasión por el descubrimiento". Difícil es, sin embargo, dejar caer este libro de la mano. Con lo que deja el autor a la imaginación no se corre peligro, porque es ingenuo y se le adivina. Está repleta la obra, valientemente escrita, de sólidos, amenos y bien compuestos datos. Librería es el libro, no pesada como otras, sino segada por mano inteligente, y presentada en flor y fruto. Doce años ha tardado Massey en preparar su obra. Va viendo cómo los mitos primitivos han venido deformándose, migrando, adicionándose, adecuándose a las tierras nuevas, convirtiéndose, desde que en África nacieron (donde a juicio de Massey nació todo) hasta nosotros mismos, que en forma nueva adoramos ahora los mitos antiguos en nuestros altares. Aquí objetamos, por más que haya mucho de cierto acerca de

los mitos orientales en lo que dice Massey, que no siempre la semejanza de espíritu o de detalles en los mitos arguye derivación inmediata, ni siquiera mutuo conocimiento, de los pueblos en que prevalecen; porque es natural que siendo el hombre uno, y la tierra una, y unos, con diferencias escasas, cuantos elementos influyen en él—no sean muy diversas las creaciones del hombre en sus varias comarcas en períodos semejantes de existencia. Los campesinos contemporáneos de Barquisimeto tienen costumbres parecidas, y alguna vez iguales, a las de los antiguos campesinos del Egipto: y no se dirá, por cierto, que las costumbres de Barquisimeto vienen de las de Egipto.

El que sabe más de la naturaleza del espíritu humano, ese sabe más, aunque en detalle analice y sepa menos, de todo lo que el espíritu humano ha elaborado: religiones, historia, legislación, poesía. En pueblos vecinos y comerciantes, cuya relación e interdependencia en lo antiguo fue segura, es natural desde el primer momento suponer que los mitos no esenciales,—porque estos en todas partes pueden surgir originalmente del hombre sin enseñanza ni transmisión alguna; los mitos accidentales y pintorescos—que no vienen ni pueden venir derechamente de las condiciones de naturaleza y educación del pueblo que los profesa, o se parecen a los que antes tuvo otro pueblo amigo,—de estos pueblos amigos de antes les vinieron.

Para Massey, del seno del África, cuna original del hombre, subieron por el Nilo al Egipto las tradiciones y los símbolos; y en Egipto se asentaron y perfeccionaron, para esparcirse de allí, como de comarca central madre, por todas las de la tierra. Niega Massey la originalidad de la raza aria, ni hay raza aria para él, a menos que no se la tenga por una rama de la egipcia. Del Egipto partieron, según este *Génesis Natural* todos los hábitos, todas las religiones, las creencias todas, y todas las lenguas. Serena, pero inflexiblemente, va señalando Massey los orígenes africanos de la mitología cristiana. Uno es aquel soberano espíritu de Jesús, y otro las leyendas con que lo representaron luego la imaginación popular, que naturalmente se adornó con las creencias del tiempo, y más tarde el noble interés de sus apóstoles y el diverso que vino a tener en la eternidad y divinidad del mito la casta de los sacerdotes: siempre los sacerdotes dieron muerte a lo que pusieron en vida los apóstoles. Al Cristianismo llama Massey “Cristología equinoccial”. Alegorías ve en lo que otros ven misterios. Y enseña como estas leyendas religiosas han venido derivándose de primitivas leyendas astronómicas. Sinceridad, bravura y erudición avaloran el libro de Massey.

Fuera de traducciones de poca cuenta del francés y el alemán—y de un libro en que se estudia el manejo y composición de las materias explosivas que

han venido a acelerar el fúnebre trabajo de la pólvora, y a los cuales por más que parezca monstruoso, no hay derecho a rechazar mientras no se rechace esta, fuera de buenas reproducciones de libros ingleses, y de uno entre ellos sobre la *Unidad de la Naturaleza,* escrito por el duque de Argyll,—que es bien que se vayan haciendo estudiosos los duques, y se vaya viendo que la Naturaleza es sagrada, consoladora y una,—no se han publicado otros libros interesantes de cosas de ciencia en este mes de marzo.

La América. Nueva York, abril de 1884.

[INVENTORES]

Se habla mucho de Fulton y de la primera máquina estacionaria de Watt; y bastante se habla de Trevithick, a quien se puso en estatua por haber ideado la aplicación del vapor a una máquina movible. No fue Trevithick, sin embargo, el originador de la idea, sino el mismo que descubrió el uso del gas para el alumbrado, el mismo que tuvo al ingenioso Trevithick de discípulo y ayudante, a quien, falto de ocasión y tiempo de completarlo, comunicó su invento: fue Murdock el inventor de la locomotora.

Entre inventores, como entre políticos, parece ley que el que ve una verdad, nunca la goce, acaso porque para dar lugar a que una verdad se haga paso entre los hombres es necesario verla con más tiempo de anticipación del que puede esperar una vida de hombre a hacerla posible. Erasmo puso el huevo y lo empolló Lutero. Trevithick no hurtó, sino recibió del mismo Murdock la confidencia de su invento. Ya en aquel tiempo ¡quién lo dijera! y cuando se conocía su habilidad mecánica y vigor de observación, solo halló socio para su empresa en condiciones que le hubieran obligado a abandonar por largo tiempo el trabajo de que vivía.

Watt tuvo otras máquinas en que guiarse para producir la suya de vapor estacionaria: tuvo las del marqués de Worcester, Newcomen, Leupold y Savery: tuvo otras. Pero Murdock no tuvo modelos. Cuentan que Cugnot tuvo hecha una locomotora en Francia en 1770, antes de que Murdock concibiese la suya; pero de este invento, siempre confuso, no pudo Murdock, trabajador en una ciudad de Inglaterra, saber nada. Jamás se llegó a mover la locomotora de Cugnot.

Newton previó acaso lo que Murdock hizo; pero Murdock lo hizo. Lo hizo en un modelo pequeño y rudo, que Mathew Macfie enseñaba meses hace en una conferencia en Inglaterra. Trevithick luego añadió unas partes y mejoró otras a la extraordinaria invención, y la sacó a luz, por lo que se le tiene como el aplicador

del vapor a los ferrocarriles. Y aunque no sean nombres fáciles de retener en la memoria, es de justicia escribir que adicionaron después el invento Blenkinsop y Hedley y lo perfeccionó por fin Stephenson. Nombrarse debe a estos tenientes del inventor, como se nombra, con menor razón, a los de un general afortunado.

Esto que decimos de Murdock no es vejez tomada de añejos periódicos, lo que en *La América* no es uso, sino novedad biográfica, que en la memoria original leemos que Mathew Macfie acaba de presentar a principios de este año a la Sociedad de Globos de Inglaterra.

La América. Nueva York, abril de 1884.

BLAINE Y TILDEN
CANDIDATOS PROMINENTES A LA DESIGNACIÓN DE LOS PARTIDOS PARA LA PRÓXIMA ELECCIÓN PRESIDENCIAL

Se agitan ya y colocan en sus puestos las fuerzas de los dos partidos que se disputan constantemente en los Estados Unidos el gobierno. Las elecciones de noviembre, en que ha de quedar escogido el presidente de la nación para el próximo período de cuatro años, están ya cerca. El Partido Republicano, desacreditado e impedido por los abusos y privilegios que se apegan fatalmente a todo gobierno prolongado, caería indudablemente del poder, si el Partido Demócrata, tan numeroso como el Republicano, significase realmente la reforma de los abusos gubernamentales, la extinción del sistema de castas oficiales y el remedio liberal y prudente de los efectos perniciosos del sistema proteccionista. Pero el Partido Demócrata, donde manda, enseña corrupciones iguales a las que desacreditan a los Republicanos: no hay cohechos, estafas y depredaciones mayores con los que a vista pública se cometen en las oficinas públicas de los demócratas, que mandan en la ciudad de New York; y en cuanto al cambio gradual, lento y cauto de la tarifa en sentido librecambista, que vaya haciendo la vida más barata y los artículos americanos exportables y vendibles,—el Partido Demócrata, si acomete de un lado, ceja del otro; y dividido como el Republicano entre librecambistas y proteccionistas, no ofrece a la nación garantía alguna especial de que, una vez en el poder, triunfe la política reformadora que el pánico latente en los mercados y la sobra cada día aumentada de productos nacionales invendibles hace necesaria. Es, sin embargo, de justicia decir que la división librecambista del Partido Demócrata está luchando con gran brío y lleva vencida en todo este año a la división timorata, interesada y conservadora que juzga inoportuna toda reforma en la tarifa. Los patriarcas del partido, fatigados

de esperar en la oposición, no quieren que se comprometa con ninguna novedad que inspire al país miedo, el éxito de las próximas elecciones, que juzgan, sin eso, ganadas a los republicanos: pero los demócratas jóvenes previsores, que no quieren que su partido entre por escotillón en el gobierno, sino con bandera desplegada y a tambor batiente, y para tiempo largo, dirigen la política demócrata de modo que aunque pierda las elecciones próximas inspire al país confianza, entusiasmo y respeto, y fe en su intención enérgica de reformar juiciosamente:—y como los vicios del Partido Republicano, que le vienen de arraigo en el poder, no han de extirparse por cierto con mantenerse sobre sus raíces un período más, suponen que para la campaña siguiente, acreditado de puro y reformador el partido democrático, y de vicioso, inmoral y vacilante el republicano, el país proclamará a los demócratas con imponente, segura y duradera mayoría. Enfrente de esta política, tan generosa como hábil, asoman tres tendencias entre los republicanos, sin que cuente para mucho en ninguna de ellas la idea de una reforma radical en el sistema de tarifas, que hoy tiene temerosas las fortunas, los negocios en calma y desmayados los ánimos: unos quieren, con el presidente Arthur a la cabeza, ir costeando, y con ciertos nombramientos de buenos empleados lograr disculpa para los malos a que obligan los compromisos del partido; sin que a este grupo de republicanos parezca mal enarbolar con astucia toda bandera alzada por los demócratas con algún aplauso del país, a reserva de darle luego sepultura entre proyectos que si por su forma parece que alivian, en realidad dejan sin remedio los males de que tratan.—Otro grupo de republicanos, que pudieran llamarse los históricos, intentan levantar por los aires lo que aquí se llama “la camisa ensangrentada”, esto es, el susto de que recobre sus antiguos bríos y vuelva a nueva guerra el partido separatista, no sofocado todavía en los estados del Sur.—Sherman es el candidato de estos.—Y otro grupo quiere, como para distraer al país de las pacíficas novedades que le ofrecen los demócratas, deslumbrarles con inusitadas campañas internacionales, y una inquieta política de empuje, expansiva, campeante y acometedora: de este espíritu napoleónico Blaine es cuerpo: Blaine es el jefe temido y brillante de los republicanos que sienten el poder de su nación, y creen indigno de un país de negociantes perder las oportunidades que hoy se le ofrecen para ejercitar sus fuerzas con provecho.—De esas tres grandes agrupaciones visibles del Partido Republicano, la de Sherman no tiene probabilidades de triunfo; de modo que, en competencia con los pretendientes menores que por inspirar menos temor, o menos celos, o comprometer menos a una política definida al partido, suelen salir escogidos para luchar como candidatos del partido en las elecciones, quedan solo el actual presidente Arthur,

y el popular senador Blaine. Pronto van a enviar las organizaciones de los partidos en los estados sus delegados a la Convención de cada partido, que han de reunirse en Chicago para elegir entre los pretendientes actuales el escogido para que luche en noviembre como candidato a la presidencia; y ya en estos días, se calcula en los estados quiénes serán los delegados a las convenciones y se hacen recuentos previos de los votos que reunirá entre ellos cada pretendiente: así se ha averiguado que entre los republicanos, la contienda queda cerrada entre aquellos dos republicanos importantes.

Es Arthur elegante caballero, que cree poco en los hombres, y les sirve, para ser a su vez servido de ellos; mas no dirige su política urbana y discreta con miras trascendentales a lo venidero, sino que se contenta con ir acomodando a las conveniencias de su partido los deseos salientes del público, de modo que su administración contente a la vez a sus amigos por la diestra, y aun a los propios enemigos parezca decorosa. Ajusta a maravilla esta disposición expectante, maleable y evasiva del presidente Arthur, a la indecisión, desconcierto interior y aspiraciones encontradas del Partido Republicano vacilante, que nos parece que subsiste más que por condiciones verdaderas de vida actual, por el prestigio del espíritu de que fue un día representante, y por la virtud de lo que ha sido. Agrupáronse con el propósito de mantener la Federación, los jóvenes oradores, pensadores profundos y espíritus marciales que del lado del Norte, como a su propia madre o a ala de su corazón la defendieron; pero restablecida la Unión Americana de manera que no parece que el Sur vuelva ahora a ponerla en peligro, la atención y actividad de los que para aquel propósito se reunieron quedó suelta y libre en cuanto no tuviera relación con aquella obra capital que los ligaba a todos, sin más trabas que las que imponía al principio la necesidad de mantenerse en filas compactas mientras se asegurase definitivamente la victoria obtenida, y después las que fue creando el interés de perpetuar el triunfo y compartir sus goces. Pero hoy, después de veinte años, afirmado el intento para que se constituyó el Partido Republicano, socavada la maciza unión de otra época por las inmoralidades que la naturaleza humana introduce fatalmente en toda organización política que permanece largo tiempo en el poder, y divididos en todas las cuestiones nacionales los miembros del Partido Republicano,—necesitaríase solo de que el Partido Demócrata, u otro que de lo más activo de ambos se formase, se dirigiera enérgicamente a un fin nacional visible y simpático, para que el Partido Republicano, corrompido y sin objeto, viniese a tierra. Por eso los que lo forman, y tienen con él ligados su historia y su fortuna, pretenden como Blaine, hacer de él un partido inquieto, pujante y conquistador, aprovechando la soberbia conciencia de su fuerza y el desdén por las demás

razas que hoy caracteriza al pueblo norteamericano; o muestran deseos, como los anglómanos sin jefe, de hacer, con el auxilio de los militares, los capitalistas y la Iglesia Católica, un partido aristócrata, conservador y resistente.—Sin miedo y sin intención hemos ido apuntando las líneas, todavía poco visibles a los ojos comunes, de la nueva política americana.—Con la invasión de los inmigrantes, ha venido la de los odios y aspiraciones políticas que en los países europeos nacen de estos. De la arrogancia de los peticionarios de la clase baja ha nacido el miedo de los poseedores de lo que comienza a llamarse clases altas: de manera que los dos partidos políticos, que venían siendo meras escuelas administrativas, defensoras de una forma más o menos centralizadora de dirigir los negocios públicos, se van desenvolviendo en dos grandes partidos sociales, que no esperamos, por fortuna, ver jamás definitivamente formados.

En estos instantes queda ya dicho que Blaine y Arthur reúnen el número mayor de votos entre los delegados que han de nombrar el candidato del Partido Republicano a la presidencia; aunque en caso de que por su misma prominencia no pudiesen lograr que sus rivales cesasen en su hostilidad, los votos de Arthur irían, con algunos de Blaine probablemente, al senador Edmunds, que goza fama de austero, o al General Logan, protegido de Grant, o al hijo de Lincoln. Entre los demócratas, que presentan muchedumbre de pretendientes, priva hasta ahora el pensamiento de escoger al astuto y honrado anciano Tilden, que en la tarifa no tiene compromiso alguno, y probó en su gobierno de New York que piensa hondo, obra bien, y reforma sin miedo y con cordura.

La América. Nueva York, abril de 1884.

EL HOMBRE ANTIGUO DE AMÉRICA
Y SUS ARTES PRIMITIVAS

Cazando y pescando; desentendiéndose a golpes de pedernal del tigrillo y el puma y de los colosales paquidermos; soterrado de una embestida de colmillo el tronco montuoso en que se guarecía, vivió errante por las selvas de América el hombre primitivo en las edades cuaternarias. En amar y en defenderse ocupaba acaso su vida vagabunda y azarosa, hasta que los animales cuaternarios desaparecieron, y el hombre nómade se hizo sedentario. No bien se sentó, con los pedernales mismos que le servían para matar al ciervo, tallaba sus cuernos duros; hizo hachas, harpones y cuchillos, e instrumentos de asta, hueso y piedra. El deseo de ornamento, y el de perpetuación, ocurren al hombre apenas se da cuenta de que piensa: el arte es la forma del uno: la historia, la del otro. El

deseo de crear le asalta tan luego como se desembaraza de las fieras; y de tal modo, que el hombre solo ama verdaderamente, o ama preferentemente, lo que crea. El arte, que en épocas posteriores y más complicadas puede ya ser producto de un ardoroso amor a la belleza, en los tiempos primeros no es más que la expresión del deseo humano de crear y de vencer. Siente celos el hombre del hacedor de las criaturas; y gozo en dar semejanza de vida, y forma de ser animado, a la piedra. Una piedra trabajada por sus manos, le parece un Dios vencido a sus pies. Contempla la obra de su arte satisfecho, como si hubiera puesto un pie en las nubes.—Dar prueba de su poder y dejar memoria de sí son ansias vivas en el hombre.

En colmillos de elefantes y en dientes de oso, en omóplatos de renos y tibias de venado esculpían con sílices agudos los trogloditas de las cuevas francesas de Vézère las imágenes del mamut tremendo, la foca astuta, el cocodrilo venerado y el caballo amigo. Corren, muerden, amenazan aquellos brutales perfiles. Cuando querían sacar un relieve, ahondaban y anchaban el corte. La pasión por la verdad fue siempre ardiente en el hombre. La verdad en las obras de arte es la dignidad del talento.

Por los tiempos en que el troglodita de Vézère cubría de dibujos de pescados los espacios vacíos de sus escenas de animales, y el hombre de Laugerie-Basse representaba en un cuerno de ciervo una palpitante escena de caza, en que un joven gozoso de cabello hirsuto, expresivo el rostro, el cuerpo desnudo, dispara, seguido de mujeres de senos llenos y caderas altas, su flecha sobre un venado pavorido y colérico, el hombre sedentario americano imprimía ya sobre el barro blando de sus vasijas hojas de vid o tallos de caña, o con la punta de una concha marcaba imperfectas líneas en sus obras de barro, embutidas a menudo con conchas de colores, y a la luz del sol secadas.

En lechos de guano cubiertos por profunda capa de tierra y arboleda tupida se han hallado, aunque nunca entre huesos de animales cuaternarios ni objetos de metal, aquellas primeras reliquias del hombre americano. Y como a esas pobres muestras de arte ingenuo cubren suelos tan profundos y maleza tan enmarañada como la que ahora mismo solo a trechos deja ver los palacios de muros pintados y paredes labradas de los bravíos y suntuosos mayapanes, no es dable deducir que fue escaso de instinto artístico el americano de aquel tiempo, sino que, como a nuestros ojos acontece, vivían en la misma época pueblos refinados, históricos y ricos, y pueblos elementales y salvajes. Pues hoy mismo, en que andan las locomotoras por el aire, y como las gotas de una copa de tequila lanzada a lo alto, se quiebra en átomos invisibles una roca que estorba a los hombres,—hoy mismo ¿no se trabajan sílices, se cavan pedruscos, se adoran

ídolos, se escriben pictógrafos, se hacen estatuas de los sacerdotes del sol entre las tribus bárbaras?—No por fajas o zonas implacables, no como mera emanación andante de un estado de la tierra, no como flor de geología, pese a cuanto pese, se ha ido desenvolviendo el espíritu humano. Los hombres que están naciendo ahora en las selvas en medio de esta avanzada condición geológica, luchan con los animales, viven de la caza y de la pesca, se cuelgan al cuello rosarios de guijas, trabajan la piedra, el asta y el hueso, andan desnudos y con el cabello hirsuto, como el cazador de Laugerie Basse, como los elegantes guerreros de los monumentos iberos, como el salvaje inglorioso de los cabos africanos, como los hombres todos en su época primitiva. En el espíritu del hombre están, en el espíritu de cada hombre, todas las edades de la naturaleza.

Las rocas fueron, antes que los cordones de nudos de los peruanos, y los collares de porcelana del Arauco, y los pergaminos pintados de México, y las piedras inscritas de la gente maya, las rocas altas en los bosques solemnes fueron los primeros registros de los sucesos, espantos, glorias y creencias de los pueblos indios. Para pintar o tallar sus signos elegían siempre los lugares más imponentes y bellos, los lugares sacerdotales de la naturaleza. Todo lo reducían a acción y a símbolo. Expresivos de suyo, no bien sufría la tierra un sacudimiento, los lagos un desborde, la raza un viaje, una invasión el pueblo, buscaban el limpio tajo de una roca, y esculpían, pintaban o escribían el suceso en el granito y en la siena. Desdeñaban las piedras deleznables.—De entre las artes de pueblos primitivos que presentan grado de incorrección semejante al arte americano, ninguno hay que se le compare en lo numeroso, elocuente, resuelto, original y ornamentado. Estaban en el albor de la escultura; pero de la arquitectura, en pleno mediodía. En los tiempos primeros, mientras tienen que tallar la piedra, se limitan a la línea; pero apenas puede correr libre la mano en el dibujo y los colores, todo lo recaman, superponen, encajean, bordan y adornan. Y cuando ya levantan casas, sienten daño en los ojos si un punto solo del pavimento o la techumbre no ostenta, recortada en la faz de la piedra o en la cabeza de la viga, un plumaje rizado, un penacho de guerrero, un anciano barbudo, una luna, un sol, una serpiente, un cocodrilo, un guacamayo, un tigre, una flor de hojas sencillas y colosales, una antorcha. Y las monumentales paredes de piedra son de labor más enlazada y rica que el más sutil tejido de esterería fina. Era raza noble e impaciente, como esa de hombres que comienzan a leer los libros por el fin. Lo pequeño no conocían y ya se iban a lo grande. Siempre fue el amor al adorno dote de los hijos de América, y por ella lucen, y por ella pecan el carácter movible, la política prematura, y la literatura hojosa de los países americanos.

No con la hermosura de Tetzcotzingo, Copán y Quiriguá; no con la profusa riqueza de Uxmal y de Mitla, están labrados los dólmenes informes de la Galia; ni los ásperos dibujos en que cuentan sus viajes los noruegos; ni aquellas líneas vagas, indecisas, tímidas con que pintaban al hombre de las edades elementales los mismos iluminados pueblos del mediodía de Italia. ¿Qué es, sino cáliz abierto al sol, por especial privilegio de la naturaleza, la inteligencia de los americanos? Unos pueblos buscan, como el germánico; otros construyen, como el sajón; otros entienden, como el francés; colorean otros, como el italiano; solo al hombre de América es dable en tanto grado vestir como de ropa natural la idea segura de fácil, brillante y maravillosa pompa. No más que pueblos en ciernes,—que ni todos los pueblos se cuajan de un mismo modo, ni bastan unos cuantos siglos para cuajar un pueblo,—no más que pueblos en bulbo eran aquellos en que con maña sutil de viejos vividores se entró el conquistador valiente, y descargó su ponderosa herrajería, lo cual fue una desdicha histórica y un crimen natural. El tallo esbelto debió dejarse erguido, para que pudiera verse luego en toda su hermosura la obra entera y florecida de la naturaleza.—Robaron los conquistadores una página al universo! Aquellos eran los pueblos que llamaban a la Vía Láctea “el camino de las almas”; para quienes el universo estaba lleno del Grande Espíritu, en cuyo seno se encerraba toda luz, del arco iris coronado como de un penacho, rodeado, como de colosales faisanes, de los cometas orgullosos, que paseaban por entre el sol dormido y la montaña inmóvil el espíritu de las estrellas; los pueblos eran que no imaginaron, como los hebreos, a la mujer hecha de un hueso y al hombre hecho de lodo; sino a ambos nacidos a un tiempo de la semilla de la palma!

La América. Nueva York, abril de 1884.

EL GOBERNADOR

No vendrá mal a los que hablan lengua española saber que con nombre español va a ser bautizada la locomotora más grande que corre sobre rieles por el mundo. La están haciendo en la ciudad de Sacramento, allá en la corpulenta California, donde tiene sus hornos colosales, sus olímpicas fraguas, sus cavernosas y vastas techumbres la compañía de ferrocarriles que se llama de nombre inglés Central Pacific. Ha quedado siempre por saber, quién invadió más, o quién fue el invadido, cuando los rapaces nómades del Norte se entraron por las calurosas, regocijadas, bellas y débiles ciudades latinas: acaso el Mediodía entró en el Norte, y lo refinó, en mayor grado que el Norte entró en el mediodía y lo oprimió.

No viene ahora a cuento, aunque no está tampoco absolutamente fuera de cuento, que compare *La América* el caballo de Alarico con aquella locomotora norteamericana que en una novela, simbólica sin duda, publicada en New York hace un año, entra triunfante en tierras de México por sobre el lindo cuerpo despedazado de una indefensa y amorosa virgen, la mestiza "Niñita".—No, no está bien que entremos todavía en estas comparaciones; pero es hecho curioso, que solo se apunta aquí por imaginación literaria, que la pujante draga de enormes caninos que de cada dentellada saca del fondo del mar un tajo de isla o una cabeza de monte, la más poderosa draga conocida, en los Estados Unidos se hizo hace poco, para ayudar a las labores de limpia en nuestro istmo de Panamá; —y la mayor máquina jamás fabricada, en los Estados Unidos y en el mundo todo, va a llamarse ahora con un nombre de nuestras tierras débiles,—*El Gobernador.*—El elefante albino, que con gran ruido y fama trae ahora el admirable empresario Barnum de Burmah, puede sentársele holgadamente a *El Gobernador* en un estribo.

Se hablaba antes de Godofredos y Bucéfalos; pero ahora "la ocupación de Otelo", como reza el drama del gran Shakespeare, es ida; y en vez de aquellos héroes viejos, es justo hablar de estos nuevos, que los sustituyen:—entre los caballeros, Peter Cooper; entre los caballos, la locomotora del San Gotardo, que apea a la Francia, entre resoplidos gigantescos y vorágines de humo, a las puertas de la Suiza, y la *Mastodonte,* de las fábricas de Baldwin, que por cada libra de presión arrastra doscientas veintiséis de peso, y *El Gobernador,* de doble fuerza que la de San Gotardo, que va a escalar, hendiendo nubes, las prominencias de la sierra, montada en un carrillo de diez ruedas, con un millón de libras a la zaga.—Es la serpiente nueva, que ya no va a coger, como en los tiempos de la *Biblia,* la fruta del saber en el árbol de un llano; sino arriba, en las manos mismas del que la siembra, en la copa de un monte!

Los ingenieros ya la quieren, como a su hija más hermosa. Palacios de hierro se hacían; y ahora se hacen de hierro palacios rodantes.—El huésped tiene un buen nombre, de rey nuevo, que no consiente ya otros reyes: el espíritu humano.

¿Quién niega que aun a los ojos de los monárquicos mismos, y sobre todo de aquellos que ven de cerca los dientes careados y los huesos podridos de las monarquías,—parecen los reyes de ahora que no sean ese rey nuevo sereno y radiante, personillas de reír, necesarias para evitar males, pero como meros entes de comedia, y niños vestidos de actores, y estatuas de cera animadas? Eso viene del manto de luz y solemne estatura del rey nuevo.

Veintiocho carros va a arrastrar *El Gobernador,* y en cada uno cuarenta

mil libras. Y como si la razón no fuese distinta, que no ha de serlo, cuando obra sobre la industria de cuando en problemas sociales obra,—la nueva máquina no echará, como hasta ahora venían las máquinas echando, todo su peso sobre las ruedas delanteras, sino que distribuirá con equidad su pesadumbre entre todas las ruedas del carrillo en que monta. Carrillo le llamamos, como si ese camón rodante de cinco ejes que a *El Gobernador* soporta fuera cosa pequeña. Antes, un siervo, azotado acaso una hora hacía, o desdeñado en aquel mismo instante, que era mayor azote,—traía descubierto y trémulo el caballo arrogante a que lo montara el castellano,—y el caballo, vestido de paramentos de oro, parecía y era en verdad, llevado de la mano por el escudero de sayo burdo, el señor del hombre.—Ahora el hombre libre ha puesto en rieles al caballo mudo, y tiene el estribo, frente a las cordilleras abatidas, al vapor que monta.

Estas inquietudes y vehemencias se nos perdonen. Es que estamos entrando en mayo, mes de flores.—Y nos place que la locomotora mayor del mundo sea nombrada con un palabra de la lengua que hablamos.—Ya le tenemos cariño a ese escalador de montañas, a *El Gobernador*.

La América. Nueva York, abril de 1884.

NOTABLE NÚMERO DEL *MENSUARIO DE CIENCIA POPULAR*
MODO DE HACER REVISTAS
MATERIAS INTERESANTES Y DIVERSAS
EXPOSICIONES Y LIGEROS COMENTOS DEL ÚLTIMO OPÚSCULO DE HERBERT SPENCER “LA FUTURA ESCLAVITUD”
ANÁLISIS DEL SOCIALISMO

Liebig ha hecho esencia de carne: así las revistas hacen esencia de pensamiento. Solicitada ahora de todas partes por espectáculos maravillosos la inteligencia; apremiados los lectores por la necesidad de aprender mucho, trabajar sin tregua y leer de prisa; obligados los escritores por lo costoso de la vida a dar en forma breve, que halla salida pronta, ideas que hubieran podido tomar forma más durable y artística en un libro,—las revistas salen a luz, llenas de ella, con lo mejor de los mejores, con estudios macizos, en que la necesidad de dar a un público crítico alimento sólido en forma compacta y corta, la relación del precio del trabajo a su mérito, el espoleo de la competencia, y el sensible decoro del talento, fuerzan al trabajador literario a condensar en párrafos que parecen diamantes pulidos o impenetrables fortalezas los frutos de esa ambiciosa observación científica con que hoy se miran, aun por los ojos inquietos

de los poetas, los trances de la tierra y los de las pasiones, los gusanos y el vapor de luz de las estrellas, las rocas y las almas.

Leer una buena revista, es como leer decenas de buenos libros: cada estudio es fruto de investigaciones cuidadosas, ordenados extractos y composición hábil de libros diversos.—Adquiere la mente de los escritores de revistas una disposición especial, que llega a ser naturaleza, en virtud de la cual, cuando un objeto literario les preocupa, todo lo que leen va tomando su camino y dirección, los pensamientos se van alineando y apretando filas, los unos van—como sabiendo lo que debe venir—solicitando a los otros; el revistero, como capitán experimentado, ve los huecos y lados débiles de su falange; y como sabe a qué libros han de ir a buscarse los elementos que faltan, hace como un pintor, que de este color y el otro toma, para dar al lienzo la nota alegre o triste que le falta:—y de este modo sale a luz en las revistas tal artículo de unas cuantas páginas que ha costado a su autor no menos estudio de datos, ingenio de composición, y habilidad de coloreo que un libro detallado, diluido y profundo;—solo que las revistas quieren, a más de autores que sepan escribirlas, público que sepa leerlas.

El *Mensuario* de abril

El número de abril del *Mensuario Popular de Ciencia,* viene tan sólidamente hecho que pesa como una biblioteca y deja tanto fruto como ella. Un siglo hace, aun después de aquel magnífico estallido de la Revolución Francesa, seno sangriento de que nació el espíritu moderno, publicábanse apenas, en hojas diminutas, chismes de la corte y versos maliciosos, o los sucesos extraños que podían llamar la atención de la desocupada vecindad. Ahora en un solo número de periódico, un pensador, Herbert Spencer, señala el riesgo que ciertos pueblos modernos corren de caer en un degradante socialismo;—un teniente de la armada americana demuestra la posibilidad de construir un ferrocarril eléctrico, perfecto y económico;—Gastón Tissandier explica cómo Roberto Haensel, de Reichenberg, ha logrado fotografiar un relámpago, que en el cielo se abre y serpentea, como en la onda la raíz de una planta acuática;—un doctor en ciencias aconseja que se enseñen las naturales a los discípulos de manera que estos se sientan habilitados para investigar por sí y adquieran el goce del descubrimiento;—un médico prueba que si se sabe hoy más de la manera en que se desenvuelve el germen de la vida, ignórase tanto su origen y naturaleza ahora que se le llama protoplasma, como en los tiempos en que Demócrito y Epicuro reconocían una especie primitiva de materia, cuyos elementos tenían la propiedad de combinarse en diversas e infinitas formas;—estudia otro escritor la

química de la cocina: el que le sigue defiende el salutífero derecho de los hombres a adquirir en el examen desapasionado de la naturaleza el conocimiento de la verdad: otro escruta el cráneo humano, y halla el asiento de la facultad de hablar en una porción comparativamente limitada del lóbulo frontal del hemisferio cerebral izquierdo, y añade que jamás acierta el lóbulo a mostrar en todos sus colores y profundidad el pensamiento. Un médico cuenta que lo que el amable Jesús curaba no era la elefantiasis, sino otra lepra que se llama psoriasis; y otro discurre sobre los remedios que ofrece a mano la naturaleza; y mantiene otro que hay más moralidad en ser venturoso que en consumirse en vivir abrasado de amor por los demás.

Herbert Spencer

Por su cerrada lógica, por su espaciosa construcción, por su lenguaje nítido, por su brillantez, trascendencia y peso, sobresale entre esos varios tratados aquel en que Herbert Spencer quiere enseñar cómo se va, por la excesiva protección a los pobres, a un estado socialista, que sería a poco un estado corrompido, y luego un estado tiránico. Lo seguiremos de cerca en su raciocinio, acá extractando, allá supliendo lo que apunta; acullá, sin decirlo, arguyéndolo.—¡Pero ¡cómo reluce este estilo de Spencer! No es ese estilo de púrpura romana de Renan, sino cota de malla impenetrable, llevada por robusto caballero. Muévese su lenguaje en ondas anchas, como las que imprime en el océano solemne un imponente vapor trasatlántico. Es su frase como hoja de Toledo noble y recia, que le sirve a la par de maza y filo, y rebana de veras, y saca buenos tajos, y tanto brilla como tunde: derriba e ilumina. Su estilo no tiene muchas piezas, ni las ideas le vienen de pronto y en racimo, y ya en familia y dispuestas a expresión, sino que las va construyendo lentamente, y con trabajoso celo leyéndolas en los acontecimientos. Se inflama a ocasiones en generoso fuego; pero la llama, que brilla entonces intensa, dura poco. Es un estilo de cureña de artillería, hecho como para soportar las andanadas certeras que desde él dispara el pensamiento. Habla, como otros en cuadros, en lecciones; tanto que a veces peca de pontífice. Como en una idea agrupa hechos, en una palabra agrupa ideas. Sus adjetivos le ahorran párrafos. El funcionarismo, que tiene intereses comunes, es “coherente”: el público, que anda suelto y se pone raras veces al habla, es “incoherente”. “Agencias” son las fuerzas sociales. Ve el flujo y reflujo periódico de la vida en los pueblos, como un anatómico ve en las venas el curso de la sangre. Escarda cuidadosamente, entre los hechos diversos, los análogos; y los presenta luego bien liados y en hilera, como soldados mudos, que van defendiendo lo que él dice. Anda sobre hechos. Puede

descontar de su raciocinio, como sin duda le acontece, un grupo de sucesos que debiera estar en él, y le hace falta para que no manque; pero no traerá nunca a su milicia formidable revelaciones que no recibe, ni especulaciones teóricas que con razón desdeña. De fijarse mucho en la parte, se le han viciado los ojos de manera que ya no abarca con facilidad natural el todo; por lo que, con tanto estudiar las armonías humanas, ha llegado como a perder interés, y fe por consiguiente, en las más vastas y fundamentales de la naturaleza. Y este aspecto le viene de su gran cordura y honradez; pues ve tanto qué hacer en lo humano, que el estudio de lo extrahumano le parece cosa de lujo, lejana e infecunda, a que podrá entregarse el hombre cuando ya tenga conseguida su ventura: en lo que yerra,—porque si no se les alimenta en la ardiente fe espiritual que el amor, conocimiento y contemplación de la naturaleza originan, se vendrán los hombres a tierra, a pesar de todos los puntales con que los refuerce la razón, como estatuas de polvo. Preocupar a los pueblos exclusivamente en su ventura y fines terrestres, es corromperlos, con la mejor intención de sanarlos. Los pueblos que no creen en la perpetuación y universal sentido, en el sacerdocio y glorioso ascenso, de la vida humana, se desmigajan como un mendrugo roído de ratones.

La futura esclavitud

Tendencia al socialismo de los gobiernos actuales.—La acción excesiva del Estado.—Habitaciones para los pobres.—La nacionalización de la tierra.—El funcionarismo.

La futura esclavitud se llama este tratado de Herbert Spencer. Esa futura esclavitud, que a manera de ciudadano griego que contaba para poco con la gente baja estudia Spencer, es el socialismo.—Todavía se conserva empinada y como en ropas de lord, la literatura inglesa; y este desdén y señorío, que le dan originalidad y carácter, la privan en cambio de aquella más deseable influencia universal a que por la profundidad de su pensamiento y melodiosa forma tuviera derecho.—Quien no comulga en el altar de los hombres, es justamente desconocido por ellos.

¿Cómo vendrá a ser el socialismo, ni cómo este ha de ser una nueva esclavitud?—Juzga Spencer como victorias crecientes de la idea socialista, y concesiones débiles de los buscadores de popularidad, esa nobilísima tendencia, precisamente para hacer innecesario el socialismo, nacida de todos los pensadores generosos que ven cómo el justo descontento de las clases llanas les lleva a desear mejoras radicales y violentas, y no hallan más modo natural de curar el daño de raíz que quitar motivo al descontento. Pero esto ha de hacerse de manera que no se trueque el alivio de los pobres en fomento de los

holgazanes: y a esto sí hay que encaminar las leyes que tratan del alivio, y no a dejar a la gente humilde con todas sus razones de revuelta.

So pretexto de socorrer a los pobres, dice Spencer, sácanse tantos tributos que se convierte en pobres a los que no lo son. La ley que estableció el socorro de los pobres por parroquias hizo mayor el número de pobres. La ley que creó cierta prima a las madres de hijos ilegítimos, fue causa de que los hombres prefiriesen para esposas estas mujeres a las jóvenes honestas, porque aquellas les traían la prima en dote. Si los pobres se habitúan a pedirlo todo al Estado, cesarán a poco de hacer esfuerzo alguno por su subsistencia, a menos que no se los allane proporcionándoles labores el Estado. Ya se auxilia a los pobres en mil formas. Ahora se quiere que el gobierno les construya edificios. Se pide que así como el gobierno posee el telégrafo y el correo, posea los ferrocarriles. El día en que el Estado se haga constructor, cree Spencer que, como que los edificadores sacarán menos provecho de las casas, no fabricarán, y vendrá a ser el fabricante único el Estado, —el cual argumento, aunque viene de arguyente formidable, no se tiene bien sobre sus pies. Y el día en que se convierta el Estado en dueño de los ferrocarriles, usurpará todas las industrias relacionadas con estos, y se entrará a rivalizar con toda la muchedumbre diversa de industriales,—el cual raciocinio no menos que el otro tambalea; porque las empresas de ferrocarriles son pocas y muy contadas, que por sí mismas elaboran los materiales que usan. —Y todas esas intervenciones del Estado, las juzga Herbert Spencer como causadas por la marea que sube, e impuestas por la gentualla que las pide,—como si el loabilísimo y sensato deseo de dar a los pobres casa limpia, que sanea a par el cuerpo y la mente, no hubiere nacido en los rangos mismos de la gente culta, sin la idea indigna de cortejar voluntades populares; y como si esa otra tentativa de dar los ferrocarriles al Estado no tuviera, con varios inconvenientes, altos fines moralizadores, tales como el de ir dando de baja los juegos corruptores de la Bolsa, y no fuese alimentada en diversos países, a un mismo tiempo, entre gentes que no andan por cierto en tabernas ni tugurios.

Teme Spencer, no sin fundamento, que al llegar a ser tan varia, activa y dominante la acción del Estado, habría este de imponer considerables cargas a la parte de la nación trabajadora en provecho de la parte páupera. Y es verdad que si llegare la benevolencia a tal punto que los páuperos no necesitasen trabajar para vivir,—a lo cual jamás podrá llegar,—se iría debilitando la acción individual, y gravando la condición de los tenedores de alguna riqueza, sin bastar por eso a acallar las necesidades y apetitos de los que no la tienen.—Teme además el cúmulo de leyes adicionales y cada vez más extensas que la regulación de las leyes anteriores de páuperos causa; pero esto viene de que se quieren legislar

las formas del mal, y curarlo en sus manifestaciones; cuando en lo que hay que curarlo es en su base, la cual está en el enlodamiento, agusanamiento y podredumbre en que viven las gentes bajas de las grandes poblaciones, y de cuya miseria,—con costo que no alejaría por cierto del mercado a constructores de casas de más rico estilo, y sin los riesgos que Spencer exagera,—pueden sin duda ayudar mucho a sacarles las casas limpias, artísticas, luminosas y aireadas que con razón se trata de dar a los trabajadores, por cuanto el espíritu humano tiene tendencia natural a la bondad y a la cultura, y en presencia de lo alto, se alza, y en la de lo limpio, se limpia. —A más que, con dar casas baratas a los pobres, trátase solo de darles habitaciones buenas por el mismo precio que hoy pagan por infectas casucas.

Puesto sobre estas bases fijas, a que dan en la política inglesa cierta mayor solidez las demandas exageradas de los Radicales y de la Federación Democrática, construye Spencer el edificio venidero, de veras tenebroso, y semejante al de los peruanos antes de la conquista y al de la Galia cuando la decadencia de Roma, en cuyas épocas todo lo recibía el ciudadano del Estado, en compensación del trabajo que para el Estado hacía el ciudadano.

Henry George anda predicando la justicia de que la tierra pase a ser propiedad de la nación; y la Federación Democrática anhela la formación de "ejércitos industriales y agrícolas conducidos por el Estado". —Gravando con más cargas, para atender a las nuevas demandas, las tierras de poco rendimiento, vendrá a ser nulo el de estas, y a tener menos frutos la nación, a quien en definitiva todo viene de la tierra, y a necesitarse que el Estado organice el cultivo forzoso. —Semejantes empresas aumentarían de terrible manera la cantidad de empleados públicos, ya excesiva. Con cada nueva función, vendría una casta nueva de funcionarios.—Ya en Inglaterra, como en casi todas partes, se gusta demasiado de ocupar puestos públicos, tenidos como más distinguidos que cualesquiera otros, y en los cuales se logra remuneración amplia y cierta por un trabajo relativamente escaso,—con lo cual claro está que el nervio nacional se pierde:—¡mal va un pueblo de gente oficinista!

Todo el poder que iría adquiriendo la casta de funcionarios, ligados por la necesidad de mantenerse en una ocupación privilegiada y pingüe,—lo iría perdiendo el pueblo, que no tiene las mismas razones de complicidad en esperanzas y provechos, para hacer frente a los funcionarios enlazados por intereses comunes.—Como todas las necesidades públicas vendrían a ser satisfechas por el Estado, adquirirían los funcionarios entonces la influencia enorme que naturalmente viene a los que distribuyen algún derecho o beneficio.—El hombre, que quiere ahora que el Estado cuide de él para no tener

que cuidar él de sí, tendría que trabajar entonces en la medida, por el tiempo y en la labor que pluguiese al Estado asignarle, puesto que a este, sobre quien caerían todos los deberes, se darían naturalmente todas las facultades necesarias para recabar los medios de cumplir aquellos. De ser siervo de sí mismo, pasaría el hombre a ser siervo del Estado.—De ser esclavo de los capitalistas, como se llama ahora, iría a ser esclavo de los funcionarios.—Esclavo es todo aquel que trabaja para otro que tiene dominio sobre él: y en ese sistema socialista dominaría la comunidad al hombre; que a la comunidad entregaría todo su trabajo. Y como los funcionarios son seres humanos, y por tanto abusadores, soberbios y ambiciosos, y en esa organización tendrían gran poder, apoyados por todos los que aprovechasen o esperasen aprovechar de los abusos, y por aquellas fuerzas viles que siempre compra entre los oprimidos el terror, prestigio o habilidad de los que mandan,—este sistema de distribución oficial del trabajo común llegaría a sufrir en poco tiempo de los quebrantos, violencias, hurtos y tergiversaciones que el espíritu de individualidad, la autoridad y osadía del genio, y las astucias del vicio originan pronta y fatalmente en toda organización humana.—“De mala humanidad—dice Spencer—no pueden hacerse buenas instituciones”. —La miseria pública será pues con semejante socialismo, a que todo parece tender en Inglaterra, palpable y grande.—El funcionarismo autocrático abusará de la plebe cansada y trabajadora. Lamentable será, y general, la servidumbre.

Y en todo este estudio apunta Herbert Spencer las consecuencias posibles de la acumulación de funciones en el Estado,—que vendrían a dar esa dolorosa y menguada esclavitud; pero no señala con igual energía, al echar en cara a los páuperos su abandono e ignominia, los modos naturales de equilibrar la riqueza pública dividida con tal inhumanidad en Inglaterra, que ha de mantener naturalmente en ira, desconsuelo y desesperación a seres humanos que se roen los puños de hambre en las mismas calles por donde pasean hoscos y erguidos otros seres humanos que con las rentas de un año de sus propiedades pueden cubrir a toda Inglaterra de guineas.

Nosotros diríamos a la política: ¡Yerra, pero consuela! Que el que consuela, nunca yerra.

La América. Nueva York, abril de 1884.

EL *CENTURY MAGAZINE*

DANTE TRISTE

PASEO POR LA CASA BLANCA DE WASHINGTON

A Dante de cutis suave y ojos límpidos, a Dante joven, esperanzado y lidiador pintaba, en su camino por los lugares donde el florentino anduvo, el *Century* del mes de marzo.—El número de abril nos lo pinta ahora en el Convento de Santa Croce di Corvo, andando como una sombra por entre los monjes que lo siguen entre afligidos y espantados; y cuando estos le imploran que diga lo que busca, él vuelve el luengo rostro, hendido de arrugas, y dice con voz que todavía resuena: *Pace*! Del convento, donde es leyenda que escribió el Infierno,—aunque dice el admirable Federico Mistral de Provenza que las negras rocas que vio luego en Arlés le inspiraron el destrozado paisaje que en el Infierno pinta; del convento, se fue por el camino áspero y grandioso de Cornice, hendiendo nubes y tocando alas, hasta la calle de la Paja de París, llena entonces de estudiantes sorbonenses, que en un haz de paja se sentaban a oír las lecciones de Sigieri inspirado y famoso, porque no había en las tétricas aulas otros bancos:—dantesco espíritu anima todavía aquellos lóbregos y elocuentes alrededores. Y de París, cargada la mente de pensamientos más altos que las torres de Nuestra Señora, y más lucientes que sus ventanas de colores, fue a dar en Gubbio, en la desolada y noble Gubbio, más que Perugia etrusca, con su casa de ciudad de augusta entrada, cóncava la techumbre, de anchas losas el piso, los muros de castillo; a Gubbio vino a dar, que ostenta todavía, como si el poseer esta reliquia fuera su única razón para existir, el autógrafo único que, sospechado de falsedad por ciertos dantistas, queda de la mano del poeta, quien con peculiar ortografía de su propio nombre parece haber escrito a la cabeza del soneto, impreso en todas las ediciones de sus obras. “Danti Alighieri a Bosone d´Agobbio”. Por conventos y casas de amigos vino, absorto y callado, hasta Ravenna, ya dejando volar y retornar, como águila hecha a mensajes, la mirada magnífica por las campiñas vastas y los montes que desde sus celdas contemplaba; ya bajándose por sendas estrechas y rugosas, solo de los desesperados conocidas, a meditar en las sombrías cavernas. De los hombres quitaba los ojos, y los ponía en la naturaleza, por lo que fue tan grande su poesía. En alto templete coronado de bóveda sencilla, reposa ahora en Ravenna, a la luz de su propio Paraíso, el Dante soberano.

La Casa Blanca

La Casa Blanca llaman a la mansión del Ejecutivo de los Estados Unidos en Washington desde que de blanco la pintaron para cubrir las huellas del humo y las dentelladas de las llamas en que en la guerra del año doce la envolvieron como memoria de su paso triunfante por la ciudad de Washington, los vengativos ingleses. —Y se llamó “Mansión del Ejecutivo”, porque sonaba mal allá en el

principio de la república llamarla, como algunos querían, palacio, y el nombre de mansión fue el preferido, que era el que entonces se daba a las espaciosas y sencillas habitaciones de las gentes de nombre viejo, amplio dinero y buena casa.—El *Century Magazine* de abril describe las actuales riquezas, las ventanas holgadas, las antesalas concurridas, el salón de recibo muy dorado, y el frío y estirado comedor, todo amarillo, de la morada estrecha de los presidentes norteamericanos.—Veintiún presidentes han vivido en esa casa; en ella, velando cuando todos dormían, como un águila en su picacho, meditó Lincoln; y desde sus ventanas, a punto ya de salírsele el alma del cuerpo, vio el noble Garfield, al otro lado del Potomac tranquilo, los históricos cerros de Virginia.—La Casa Blanca tiene su sala roja, y otra verde, y azul otra; y de la roja han hecho su salón de recibo las señoras de la familia del presidente: de madera tallada y gran tamaño, a uso del siglo trece, es la solemne chimenea del salón rojo, vigilada por dos altos jarrones, y del resplandor de sus leños protege a sus visitantes una rica mampara, regalo de Austria a la casa presidencial cuando la Exposición de Philadelphia. Ingrato es el comedor, a pesar de su riqueza, como si todavía reinara en él la humedad de cuando la viril esposa del presidente Adams usaba de este cuarto para tender a secar la ropa: y es curioso ver cómo entran ahora a ese espacioso salón amarillo, las raras veces que el presidente da comidas públicas, los que a ellas son llamados: entran los huéspedes sin precedencia, y sin precedencia se sientan, como para hacer gala de que no se para en rangos de corte un país republicano.—Donde recibe ahora el secretario privado del presidente a los que le asedian por empleos, que de sus visitantes son los más,—firmó Lincoln un día el decreto de emancipación de los esclavos: debía la patria sellar esos lugares,—o cerrarlos y santificarlos, para estímulo de héroes.—¡Y cómo se piden destinos en esa Casa Blanca! Más usadas que el pie de San Pedro están las escaleras. De Lincoln cuentan esto:—le traían enojado las pretensiones y cartas de recomendación de dos candidatos rivales a un puesto de administrador de correos:—Lincoln hizo traer una balanza, y poner en cada platillo las cartas y solicitudes de cada candidato;—y dio el puesto a aquel cuyos papeles pesaron tres cuartos de libra más que los de su adversario.—La sencillez de Lincoln prevalece en la Casa Blanca; se hace gala de elegancia sensata, y de llana modestia. Ningún criado usa librea, como en condenación de estos bellacos anglómanos de New York, que ayer aún rodaban por las calles barriles, cavaban minas o pescaban truchas, y ahora mandan sus casas con toda suerte de prácticas cortesanas, y pueblan sus escaleras y portones de lacayos de zapato de hebilla, media de seda y chupa roja.—Más que en comidas y recepciones oficiales, siempre escasas, gustan los presidentes de reunir de noche o en

comidas familiares a los senadores, representantes, jueces y otra gente de pro que en Washington habita durante los inviernos. Por singular humildad se han distinguido las esposas de los presidentes: la de Garfield enseñaba allí hace poco a sus hijos, el griego y el latín: y otra esposa presidencial fabricaba con sus propias manos mantequilla de la leche de una vaca privilegiada. Agrada al país saber que en vez de los rudos bebedores de whisky de otro tiempo, ocupan la presidencia caballeros cultos; pero causaría escándalo que un presidente saliese ahora, como Washington salía, a lucir por la Avenida de Pennsylvania su carroza dorada, asistida de pajes y cocheros de peluca en polvos, y tirada por caballos blancos arrogantes que herían el pavimento con sus cascos bien embetunados y resplandecientes.

La América. Nueva York, abril de 1884.

THE AMERICAN WATCH COMPANY, DE WALTHAM
LA COMPAÑÍA DE RELOJES AMERICANOS

Hace treinta años se estableció en la ciudad de Waltham como un ensayo tímido de fábrica de relojes, que ocupaba un espacio pequeño, y tuvo a poco que ensancharse: hoy aquella fábrica tímida cubre un área de 48 376 pies, emplea un motor de fuerza de cien caballos de vapor para hacer obrar su maquinaria, da trabajo a más de dos mil obreros, y acaba de rematar el segundo millón de relojes que sale de sus talleres. Veintitrés años tardó en fabricar y vender el primer millón: y el segundo, lo ha vendido en siete años. Dice que espera vender en tres el tercero.

Todas las piezas de los relojes que construye esta Compañía están hechas a máquina, y todas bajo un mismo techo y en sus mismos talleres, de manera que la fábrica asegura que es la única en el mundo que hace sus relojes bajo una inspección completa y directa. El trabajo a máquina da naturalmente a las piezas igualdad y perfección, y las hace fáciles de reponer a poco costo. Máquinas hay entre esas tan ingeniosas, y que hacen un trabajo tan concienzudo y delicado, que no parecen aparatos de metal, sino criaturas dotadas de inteligencia: “Se espera oírlas hablar”, dice el programa de la casa. Y es cierto.

Hacen relojes de todas formas: ya de esos cazoludos, de tapas gruesas y muy laboreadas, de que gustan los ricos recién hechos, los hacendados de campo y los mineros;—ya esos otros discretos y sencillos, gratos a la gente menos intrépida y pomposa.

Y la American Watch Company no solo hace relojes de bolsillo, sino para

ferrocarriles y oficinas, a cuyo servicio parecen por la seguridad de sus movimientos especialmente adecuados. El gobierno inglés los emplea en sus ferrocarriles en la India; y la fábrica está construyendo ahora una buena cantidad para las colonias inglesas.

La América. Nueva York, abril de 1884.

LA REVISTA NORTEAMERICANA

Es peculiaridad de la *Revista Norteamericana* dar abrigo en un número mismo a las opiniones más diversas sobre un mismo asunto, de manera que el periódico pueda decir con razón que refleja su tiempo de libre juicio y enérgica contienda, y el lector sienta estimulado su pensamiento propio, al que de este modo se obliga a elegir entre los argumentos contendientes.

Ábrese, por ejemplo, el número de abril de la *Revista* con dos artículos sobre la decadencia de la marina norteamericana:—en un artículo se mantiene que deben continuar cerrados los registros de la marina de la nación a los buques fabricados en países extranjeros; y como a pesar de esto, la marina no ha crecido, sino que está a punto de desaparecer, cree el escritor que, como se hace en Inglaterra, el gobierno debe subvencionar, para que puedan existir, grandes líneas de vapores norteamericanos.—Y en el otro artículo se niega en redondo que la marina inglesa haya progresado por las subvenciones del gobierno, sino a pesar de ellas; se prueba que, en competencia con compañías subvencionadas han surgido y prosperado compañías sin subvención, y que de este milagro solo es causa la práctica inglesa de admitir libremente en los registros de la marina de la nación a todo buque que quiera tomar su bandera, haya sido o no construido a las orillas del Clyde, por sus arsenales y muelles famosos.

La *Revista* de abril, que con esa contienda empieza, con otra sobre la *Biblia* acaba. El reverendo Newton ha movido entre la gente de la Iglesia escándalo por sus desembarazados comentarios a la *Biblia:*—en la *Revista* le sale al frente, con el estandarte de la fe, que va a clavar en las puertas del crítico, el sacerdote católico Mortimer; y a página seguida se defiende de sus acusadores el reverendo Newton, y mantiene que es saludable la crítica bíblica, y obra querida de la actual generación, a cuyo lado hay que estar para influir en ella, y cuyo clamor por el empleo directo de las fuerzas que el hombre trae consigo es justo.—"La *Biblia* se recomienda a mi razón y a mi corazón; pero no es esta la razón de mi fe en la *Biblia:* creo en ella porque creo en la Iglesia Católica, y esa Iglesia ha dicho que es la palabra de Dios; y yo debo creer lo que la Iglesia manda que se crea":—así dice el sacerdote católico.—"El único medio de salvar todavía a la

Religión, es aplicar la razón a la *Biblia,* puesto que felizmente queda intacto el sumo espíritu religioso de esta después del examen. El supremo tribunal religioso es la *Biblia:* si en el adelanto de la ciencia se averigua un error en este tribunal supremo, y se quiere hacer hincapié en la infalibilidad de este para defender el error averiguado, es inevitable una revolución. En nuestra última adulatoria conmemoración del monje Martín debiéramos haber aprendido la verdad de esto: trescientos años hace, una Iglesia infalible provocó la revuelta: ahora la está provocando un Libro infalible. La única autoridad legítima y definitiva para el establecimiento de la verdad es la razón. La fe debe ser de tal manera amoldada a la inteligencia que sea razonable. Puede amoldarse así. Y con esa más flexible naturaleza se verá que es la misma en sustancia que la fe de nuestros padres—a menos que el Cristianismo no sea una fantasmagoría. Pero las Iglesias se irritan contra ese examen de la *Biblia,* porque él requiere lo que a ellas no agrada, el ejercicio de la libertad. Ese es el secreto de la ira que levanta el descubrimiento de que el libro que se suponía haber caído de los cielos como un meteorito, pertenece en realidad a las 'letras humanas'; y no es por tanto el 'déspota infalible del entendimiento y la conciencia'": así replica a Mortimer, cerrando la *Revista Norteamericana* de abril, el reverendo Heber Newton.

La América. Nueva York, abril de 1884.

CONSECUENCIA DEL TRATADO ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y MÉXICO

Ahora que, por un voto, ha quedado aceptado por el Senado de los Estados Unidos el tratado con México, conviene saber,—y a todos los países de América les conviene—qué frutos podrá México enviar a estos mercados, y qué podrá ir a México desde estos.

El trabajo que nos preparábamos a hacer, ya lo ha hecho el *Journal of Commerce* de Chicago, que dice así:

La América. Nueva York, abril de 1884.

EL TÉ DE BOGOTÁ

Son nuestras tierras de América como tesoros escondidos, que en el día en que se hallan, enriquecen de súbito a sus descubridores. Los países americanos, llenos de hijos vehementes, más dados hasta hoy a ejercitar su valor

que a trabajar sus riquezas, se fatigarán al cabo, como ya se han fatigado algunos, de desperdiciar en luchas sin rencor y sin resultados sus ardientes fuerzas; y como ha sucedido ya en los que experimentan este saludable cansancio, volverán su actividad, ganosa de empleo, a las fuerzas físicas, y harán revoluciones agrícolas y mercantiles, con la misma prisa, generosidad y brillantez con que han estado haciendo revoluciones políticas.

Una de las más notables riquezas naturales de América es el té bogotano. No se le sabe preparar todavía, sin tener en cuenta que la China y el Japón no dan salida a un tarro de té que no lleve tres años de empacado. El té de Bogotá se usa apenas se cosecha; y aun así nutre y combate con éxito la clorosis y la anemia, y no hay tónico ni sustancias purgantes que en sus efectos generales le aventaje.

No es de ahora el descubrimiento del té de Bogotá, que a casi todos los que nos lean estará pareciendo sin embargo novedad en estos instantes; ya en 1879 decía el arzobispo virrey señor doctor Antonio Caballero y Góngora, que en lo que su concepto hacía el principal ornamento y gloria de la Expedición Botánica era la "invención del té de Bogotá".

El té de Asia no tiene aroma natural, sino que se lo ponen; ni propiedades astringentes, que le dan con la cúrcuma: ni está nunca libre de cierto sabor herbáceo, que lo hace ingrato: ni aquieta el sistema y atrae el sueño, sino que lo aleja e irrita; ni va jamás sin una porción de sustancias nocivas, pues es sabido que de dieciocho especies de té asiático que examinó Hassall, todas estaban mezcladas y compuestas, y las más de elementos dañosos.—Por viejo es bueno el té, y el japonés y el chino valen más cuando son de árbol de 300 a 500 años: la majestuosa fronda de los llanos donde se cría el té de Bogotá revela a las claras que allí pueden encontrarse plantas mucho más viejas.

De modo que resulta que no solo es el té de Bogotá un té agradable y sano, sino que no le hay mejor; pues entre los mismos de Asia, solo el té imperial, reservado a emperadores y mandarines, tiene las condiciones que el té común de Bogotá posee. Corren a veces por nuestros campos los partidarios de este o de aquel presidente: ¡qué bueno fuera que se levantare en la tierra de Colombia un bando de partidarios del té de Bogotá!

La América. Nueva York, abril de 1884.

PASTEUR
ANUNCIA POR TELÉGRAFO QUE HA HALLADO UN REMEDIO PARA LA HIDROFOBIA

En página de honor publica el *Herald* de New York, a la cabeza de todos los telegramas políticos del día, este que al pie transmitimos, por ser una hermosa victoria, y una llave más de la vida que la observación pone en las manos del hombre, y porque se refiere a un padecimiento que ocasiona a cada instante en nuestros países dolorosas catástrofes.

Dice Mr. Pasteur:

La América. Nueva York, mayo de 1884.

EL MEJOR FILTRO, EL CARBÓN

Se sufre tanto de beber agua impura, y es a veces tan difícil conocer la buena y obtenerla, que no es de extrañar que una revista científica de primera importancia acabe de publicar un detenido estudio sobre la pureza del agua, los males que vienen de beber agua impura, y las varias materias que se usan para filtrarla.

Este estudio acaba así:

La América. Nueva York, mayo de 1884.

LA SUSCRIPCIÓN A *LA AMÉRICA* A $1,50

La suscripción anual a *La América* queda desde este número reducida a $1,50.

Es fácil ver que algo más que el mero provecho pecuniario tienen en mira los editores de *La América*.

La acogida en todas partes amistosa y en algunas fraternal, que las ideas de *La América* han venido mereciendo, aviva en los editores el deseo de mantener en los Estados Unidos una publicación en lengua castellana en que se explique a los países hispanoamericanos el modo con que trabaja y prospera el pueblo norteamericano, se les tenga al corriente de todas las novedades científicas, agrícolas, industriales y aun literarias, y se contribuya a tener despiertos en nuestras repúblicas el conocimiento de sus facultades y la fe en sí propias.

La América no está fundada para tratar de los pequeños accidentes políticos e intereses personales que generalmente preocupan a las publicaciones periódicas, o influyen perniciosamente en ellas. Sin preocupaciones de raza, religión, ni gobierno; sin predilección por ningún país especial de la América Latina, sino por

la fusión del espíritu de todas en una sola poderosa alma americana; sin compromisos con personas, y sin las trabas y feos respetos que pone al escritor el miedo de comprometer en la defensa de la justicia pura los provechos del periódico, *La América* queda establecida para el estudio amoroso y la propaganda ardiente de las ideas esenciales, fundamentales, y prácticas que han de acelerar y consagrar el establecimiento definitivo, próspero y respetado de los países hispanoamericanos.

Por eso, decididos los editores a hacer de esta Revista, tanto como un periódico de anuncios que ha venido siendo, un periódico de propaganda americana, reduce el precio de la suscripción al costo material del periódico.

Siempre se encontrarán en *La América* noticia de los inventos recientes, extractos de los libros nuevos, aplicaciones a la América del Sur de toda idea, descubrimiento o procedimiento en uso en otros países, y comentario esencialmente americano a todo lo que en cualquier sentido interese a nuestras tierras.

La América a partir de esta fecha acepta suscriptores por año y por semestre, y será remitida libre de porte:

La América por un año .... $ 1,50
” por un semestre .... “ 0,80
Un número suelto de *La América* .... “ 0,15

Los suscriptores deberán dirigirse a los agentes de *La América* en su localidad; y donde no los hubiere; a la Casa Editorial en New York, 756 Broadway.

Los agentes recibirán cada mes para la venta números sueltos del periódico.

La América. Nueva York, mayo de 1884.

La próxima Exposición de New Orleans
a los gobiernos, municipios, escuelas de agricultura
y hacendados de la América Latina

Los hacendados debían venir, los gobiernos, los municipios y las escuelas debían enviar comisionados, a la vasta Exposición de productos naturales y todo lo relacionado con ellos, que se abrirá en New Orleans el primer lunes de diciembre del año corriente, y durará, para que todos los visitantes puedan sacar provecho de ella, hasta el 31 de mayo de 1885.

No es excitación vana esta que hacemos a hacendados, gobiernos,

municipios y escuelas. Ningún libro ni ninguna colección de libros, puede enseñar a los maestros de Agricultura lo que verán por sus propios ojos en los terrenos de la Exposición.

Las ideas vagas que en sus viajes por Europa y Norteamérica recogen las distinguidas personas de nuestros países que llegan a tener influencia en los periódicos o puestos en los municipios, no pueden producir resultados tan completos en la disposición y adorno de los parques públicos, alamedas y jardines, ni en otros asuntos relacionados con la hermosura y salubridad de las ciudades, como el estudio ordenado y sistemático de las secciones que con esos objetos, y otros muchos que les auxilian, ofrecerá la sección de Horticultura.

Aunque se tiene por gobierno, con error que no por ser compartido por gente ilustre deja de ser craso, el manejo de las corrientes de opinión de un país, con tendencia a determinadas soluciones políticas; la verdad es que gobierno no es eso, sino la dirección de las fuerzas nacionales de manera que la persona humana pueda cumplir dignamente sus fines, y se aprovechen con las mayores ventajas posibles todos los elementos de prosperidad del país. En los pueblos que han de vivir de la agricultura, los gobiernos tienen el deber de enseñar preferentemente el cultivo de los campos. Se está cometiendo en el sistema de educación en la América Latina un error gravísimo: en pueblos que viven casi por completo de los productos del campo, se educa exclusivamente a los hombres para la vida urbana, y no se les prepara para la vida campesina. Y como la vida urbana solo existe a expensas y por virtud de la campestre, y de traficar en sus productos, resulta que con el actual sistema de educación se está creando un gran ejército de desocupados y desesperados; se está poniendo una cabeza de gigante a un cuerpo de hormiga. Y cada día, con la educación puramente literaria que se viene dando en nuestros países, se añade a la cabeza, y se quita al cuerpo. Por todas esas razones decimos que, como cuanto se tiene aprendido y se está ensayando en Agricultura va a estar expuesto durante tiempo suficiente para estudiarlo en la Exhibición de New Orleans, nada sería más acertado que aprovechar esta ocasión para que vinieran a aumentar sus conocimientos los escasísimos maestros agrícolas a que en nuestras tierras se está dando empleo, y a prepararse o adiestrarse los cuerpos nuevos de profesores de Agricultura que en todos nuestros países urge crear.

Y a los hacendados les convendría también mucho venir. No es desusado, ni tan frecuente por desdicha como debiera, el hallar por estas tierras una de esas probas personas, delgadas de cuerpo, atildadas de vestido, en todo muy señores y de mirada muy curiosa, que tienen fincas en Centro o Sud América, y vienen por vía de viaje a ver qué mejoras cazan en su excursión desordenada por

estos países, que pudieran ser de alguna ventaja en sus haciendas: y sucede que como el país es tan vasto, el conocimiento de él difícil, los viajes a los estados largos y costosos, el carácter de la raza diverso y la lengua hostil e insuperable, ve muy poco el hacendado viajero, o se fatiga a las primeras expediciones; o como ve sin orden ni idea fija, se cansa y aturde, o rehuye ante el costo de los viajes y la necesidad de ir a ver un carnero en Ohio, un algodonar en Luisiana, y una vid en California, sin que por muy enérgico, inteligente y adinerado que sea, logre por fin averiguar más que una porción mezquina de lo que necesita, y esto a gran precio; o sin que, como con más frecuencia acontece, saque del país más ideas que las que la casualidad le va inspirando con los objetos que se encuentra al paso, o los que, por ventura, están cerca. La Exhibición de New Orleans por su objeto y arreglo, ofrece al hacendado, sin más costo, incomodidad, ni fatiga que la de ver una sola ciudad, todas las ventajas de un dilatado, escudriñador y concienzudo viaje por todos los ámbitos de los Estados Unidos. Todo cuanto en los Estados Unidos se cultiva, y todas las maneras de cultivarlo; todo lo que se refiere al campo y sus necesidades, y sus caprichos, y sus enfermedades, y sus remedios; todos los procedimientos industriales empleados en la preparación de los productos agrícolas; los sistemas todos de aprovechar las maderas, labrarlas, y utilizar los demás productos de los bosques; los procedimientos todos en virtud de los cuales los filamentos de las plantas textiles en que nuestra América es tan rica, se convierten en telas blancas y estampadas, en géneros sedosos y en alfombras; todo lo que las minas dan, y cuanto con sus productos puede hacerse; todo, en suma, lo que en cualquier forma y ambos climas frío y cálido da la tierra, con las industrias en que se transforman sus productos, y gran exhibición de animales agrícolas además, y sus diversas especies cruzadas y mejoradas, va a estar expuesto durante seis meses en la ciudad de New Orleans. Jamás acaso volverán a verse todos los Estados Unidos, con todas sus mejoras de una sola vez, y a tan poco precio.

Y quien quiera saber con más detalles todo lo que podrá aprender en la Exhibición Neo-Orleanesa, pida a E. A. Barke, Director General, New Orleans, La un reglamento en castellano que la comisión directora acaba de publicar, y va encabezado de este modo: “Exposición Industrial Universal y Centenario Algodonero”.

Dicen que han sólido venir ciertas gentes de nuestras tierras a ofrecer a los Estados Unidos, en cambio de este o aquel apoyo, pedazos de nuestro territorio; y saber sería bueno quiénes fueron, para hacer una picota que llegase a las nubes, y poner en ella su nombre en letras bien negras.

A eso no se debe venir a los Estados Unidos. A la Exposición de New

Orleans sí; que nos llaman con cariño y no hay riesgo de venir, sino provecho.

La América. Nueva York, mayo de 1884.

UN LIBRO SOBRE LOS INDÍGENAS DE NORTEAMÉRICA

Osgood & Co., de Boston, acaban de publicar un excelente libro.

La autora es Ellen Russell Emerson: la obra se llama *Indian Myths,* y es notable.

La distinguen dos cualidades peculiares: conocimiento acabado y claramente transmitido al lector de la mitología indígena de Norteamérica y sus semejanzas con la de otros pueblos primitivos; defensa fundada y casi entusiasta de la bondad y perfectibilidad de la gente indígena.

La obra trae un segundo título que la explica un poco más: "Leyendas, Tradiciones y Símbolos de los Aborígenes de América, comparados con los de otros países del Indostán, Egipto, Persia, Asiria y China".

Llena de vida y de interés está la obra. Tiene fe en la inteligencia y benevolencia de los indios; pero la tiene fundada en un riguroso análisis científico. En ninguna otra obra se encontrarán tan clara y atractivamente como en esta, los ritos, las instituciones políticas de los indios; las relaciones, autoridad y modo de sucesión de sus caudillos, patriarcas y reyes; la división de las varias naciones en linajes, y las restricciones y limitaciones que existían en estos países para el matrimonio entre parientes y el castigo de las ofensas.

En los *Mitos Indígenas* halla el lector reseña fiel y vivida de las asambleas y consejos de los indios, y extractos detallados de sus debates, en que a cada paso se enseñan la natural inteligencia del indígena americano, y su desusada capacidad para la organización, artes, gobierno y oratoria.

Menos nos interesa a los lectores de Hispanoamérica la porción filológica del libro, muy nutrida y juiciosa, en que se demarcan por sus dialectos las naciones indígenas, que las amenas páginas en que la autora discute sobre la peculiar perspicacia de los sentidos de los indios, y la influencia que esta cualidad ha ejercido en su imaginación, religión y lenguaje.

En lo que la autora yerra acaso es en suponer, como es común y probablemente erróneo, que todas las creencias de los hombres parten de un origen común. Esa opinión se funda en que las creencias de todos los pueblos se parecen; lo que no es extraño, sino indispensable, puesto que en todas partes el mismo individuo ha nacido y vivido en la misma naturaleza.

La América. Nueva York, mayo de 1884.

JUDAH P. BENJAMIN

En los años, en Washington y en todos los Estados Unidos muy animados e inquietos, que precedieron a la guerra de separación entre el Norte y el Sur, era notable entre los senadores un caballero de modales cultos, en la conversación muy brillante, en los consejos muy estimado, brioso al mismo tiempo que contenido, y en el juego, que le gustaba grandemente, muy sereno.

En los largos años de la guerra, un mismo hombre fue, sin fatigarse y sin quejarse, el Ministro de Justicia de la Confederación. La barba le encanecía, pero no la voluntad de servir al estado de Luisiana que le había adoptado como a hijo, y a los demás del Sur que seguían su suerte. No había entre los confederados consejero de más autoridad que el Ministro de Justicia. Dícese que él y Alejandro Stephens, que ya ha muerto, eran el cerebro de la Confederación. Era el ministro de mente astuta, de palabra perfecta, de carácter hidalgo, de ojos siempre despiertos, de actos rápidos y juveniles. Reparaba con un consejo el daño que les hacía el Norte con una batalla. Cerca de los sesenta años andaba, cuando la caballería de Sheridan echó sobre su fosa a la Confederación.

En 1866 hacía sus primeras armas en el *Daily Telegraph,* de Londres, un periodista desconocido. Artículos de cabeza llaman en el periodismo inglés a los editoriales, y aquellos eran en verdad artículos de cabeza; y el que los escribía, y con su lenguaje encendido y preciso despertaba la atención, era un novel abogado que acababa de echarse la túnica de seda sobre los hombros, y comenzaba a vender su libro sobre la *Propiedad Personal.*

Quien por los años de 1870 hubiese oído hablar a los abogados estradistas y a los magistrados de Londres, en boca de todos habría escuchado, con esa singular unanimidad con que se acata a un adversario que se ha hecho temible, y a un rival próspero y resplandeciente, los elogios vivísimos con que se encomiaba la limpia elocuencia, el apretado e insinuante raciocinio, la copiosísima erudición legal de un abogado que hacía dos años apenas había ensayado su palabra en los tribunales ingleses.

Pues esas cuatro personas fueron una misma, senador brillante, ministro leal y temido, periodista novel luego, estudiante del Derecho ajeno a poco, y enseguida dueño de la voluntad y simpatía de los tribunales de Londres y de los casos más notables y pingües que en estos años pasados se han puesto a debate legal en Inglaterra. Todos eran Judah P. Benjamin, que acaba de morir en su casa de descanso parisiense, lleno de honores y fortuna.

No contemos aquí su vida porque fuera personaje prominente, sino

porque no solo lo fue en aquello que por prominencia se tiene entre los hombres, y a que se llega casi siempre por medios demasiado humanos; sino en lo que es más difícil y glorioso serlo: en la energía de la voluntad, en la entereza del carácter en las desdichas, en la claridad del juicio y firmeza del propósito en la hora de la vejez y de la desventura, en que ambas desmayan.

A los jóvenes que se fatigan de la inutilidad de sus esfuerzos; a los soberbios que se impacientan porque la opinión pública no reconoce pronto sus talentos o virtudes; a los pobres de espíritu que cuando se le vienen abajo sus esperanzas o su fortuna, languidecen como un hongo en la grieta de una viga seca, o se despedazan el cráneo; a los equivocados que confunden la necesaria lentitud en que la prosperidad se va afianzando con los desdenes injustos de una deidad caprichosa, o con la singular malevolencia del mundo conspirado en su daño, presentamos como ejemplo a Judah Benjamin.

Pocos hombres llegan a coronar una vida; él coronó dos. Pocos hombres levantan el ánimo, cuando ya en los años en que las fuerzas se apagan ven que de pronto se desvanecen su poderío, riqueza y nombre, con la tierra patria y los amigos de la Tierra, con todo aquello de que pudiera renacer la ventura perdida, y sin lo cual, sin patria y sin amigos, sin raíces y sin ramas, no parece que renazca. Judah Benjamin se sacudió el polvo de la caída, y siguió su camino.

Quien conoce las lágrimas calladas, las mordidas de labios, las lentas y difíciles victorias, los obscuros y terribles combates, el prolongado y fatigante braceo, los sinsabores, humillamientos y transigencias que el menor éxito en la vida cuesta, ésos saben que se queda tan rendido de la batalla, que es maravilla que se tengan fuerzas para comenzar otra! ¡Qué bríos, pues, los de Judah Benjamin, que empezó la segunda en tierra extranjera a los sesenta años, y la ganó con más rapidez, seguridad, provecho y gloria que la que emprendió en el país amigo en los años más vigorosos de la vida!

Llegó a Londres poco menos que náufrago; y aunque debió tener amigos, no vivió de ellos, sino a escondidas de ellos, como hacen los hombres honrados que caen en infortunio. Puede ser que alguno de los ingleses notables que ayudaban, con su ardiente simpatía a lo menos, a los confederados, pusiesen a su leal y desgraciado ministro en relaciones con el *Daily Telegraph,* o es más creíble que hombre tan sereno se aconsejó y valió de la propia energía, que es excelente amiga: porque en Londres vivió como un novicio y sufrió todas las agonías de los comienzos, sin aquel miramiento social y dorada desdicha que después de una carrera notoria suele aliviar en el destierro las amarguras de los hombres notables. Estudiaba día y noche el ministro caído como el más afanoso principiante; y el cuarto donde encorvaba sobre los libros de leyes su noble

cabeza cana no era más rico que el de un estudiante de poca cuenta,—como que tenía en París a su mujer e hija, a quienes siempre mantuvo con decoro, y no ganó en el primer año más que unos $1 200, que al siguiente ya fueron: $2 000, hasta que, habiendo visto que en el Derecho inglés no estaba bien entendida la propiedad personal, escribió sobre ella un valiosísimo libro, que vino a tener en poco tiempo la fama del de Vico sobre Obligaciones, o el de Thiers sobre la Propiedad en general; y tan nutrida de ciencia jurídica estaba la obra, en que el hombre de América puso sobre el Derecho inglés la naturaleza y preclara luz americana, que, a despecho de las rivalidades enconadas que el mérito del letrado nuevo iba levantando, creció con ellas su clientela y renombre; de tal modo que un magistrado famoso por poco echa cuanto infolio tenía sobre el bufete a la cabeza de un secretarillo atrevido, quien por complacer a los odiadores, respondió al magistrado que le pedía para consulta las *Ventas de la Propiedad Personal,* que no conocía semejante libro: "Pues guárdate bien, díjole noblemente el Barón Martin, de que yo me vuelva a sentar en este sitio sin tener cerca de mí el libro de Judah Benjamín".

Se hizo la obra compañera valiosa de todo hombre de leyes; y su autor, que tomaba las iras de sus rivales en su valor y no se cuidaba de ellas sino para vencerlas, vino a ser, fuera del Justicia Mayor, la persona letrada más notable en todo el foro de Inglaterra. De oro tenía ya las paredes, el que acababa de vivir con tanta penuria al abrigo de aquellas tan estrechas. Y en "augusta res" se trocó la "res augusta". Vivió de un modo limpio y útil, fructuoso e imponente, lo cual estimarán todos los que saben que no es catonada hueca decir que el fausto se compra casi siempre a precio del decoro. Por su tenacidad, por la claridad de su palabra y juicio, por el raro conocimiento de los hombres que le hizo superior a las pasiones humanas y le permitió ser guía y dueño de ellas, por aquella amable cultura que suaviza y alegra tanto las ásperas relaciones de la vida, y por aquella energía de mozo con que supo abrirse paso, en edad ya quebrantada, por entre poderosísimos rivales en tierra hostil y ajena, Judah Benjamin venía siendo considerado como uno de los hombres culminantes de su tiempo. De fama cuidó poco: que sabía que el mártir que muere en China no es siquiera, con todo su poema de dolores, la sombra de un pensamiento en New York; pero cuidó mucho de que toda su vida fuese espejo de limpieza. Lo fue, y lección admirable, y consejo humano.

En el palacio que se labró con sus manos ha muerto admirado de los hombres, que hallan tan ruda la tarea de sacar a puerto una vida, aquel que sacó de la nada y llevó a la cumbre dos. Todo hombre joven debe colgar a su cabecera el retrato de este antillano;—porque ni norteamericano era siquiera, lo cual

hacen todavía más meritorios sus primeros triunfos: las Antillas, que dan hijos brillantes, serán tierras gloriosas: Ya las veremos resplandecer como las griegas.—Todo hombre joven, cuando sienta que se le aflojan los brazos desmayados, debe pensar en Judah Benjamin.

La América. Nueva York, mayo de 1884.

COMISIONADOS NORTEAMERICANOS PARA ESTUDIAR LA AMÉRICA LATINA
FERROCARRIL A LA REPÚBLICA ARGENTINA

No se habla bastante en la América Latina de un proyecto de que se habla ya con mucha frecuencia entre políticos de nota en los Estados Unidos, del proyecto de unir por medio de un ferrocarril a través de la América los Estados Unidos del Norte y la República Argentina.

No recordamos esto ahora como motivo de conversación con nuestros lectores; ni como alarma embozada: que otras cosas con algunos de nuestros países sí la necesitan; pero esta no. Lo recordamos porque están estos asuntos actualmente sujetos, en los que se estiman sus preliminares, al debate y voto de la Casa de Representantes.

En cumplimiento de una orden de la Comisión de Relaciones Exteriores, el representante Stewart de Texas tiene preparada en forma de proposición, la idea de diputar cierto número de viajeros oficiales que durante un tiempo fijo estudien sobre el campo los países hispanoamericanos, sus riquezas naturales, las ventajas o desventajas que ofrezcan para su cultivo y el comercio que viene de ellas, la constitución social y política de aquellos países, las vías de tráfico que existen y las que habría que crear,—todo lo que pueda contribuir, en suma, a dar a los Estados Unidos del Norte un conocimiento exacto del alcance, significación y constitución de nuestras tierras, y las ventajas comerciales inmediatas que podrían los negociantes de Norteamérica irse procurando con el desarrollo de las relaciones entre las dos razas que habitan el continente.

Esta es la sustancia del proyecto: Los comisionados serán tres. Su viaje durará dos años. A pagar los gastos de este viaje se dedicarán $70 000, y de estos se sacará el sueldo de $5 000 que disfrutará durante la excursión cada uno de los comisionados. La Comisión tiene los objetos generales que arriba quedan apuntados, —y el especial de investigar las posibilidades o dificultades que ofrezca la comunicación por ferrocarril de los Estados Unidos del Norte y los países de Centro y Sudamérica. La Comisión visitará, a México, Guatemala,

Honduras, Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, la República Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay y Brasil.

El pensamiento de construir un ferrocarril dorsal que de Norte a Sur atravesase, con ramales a ambas costas, toda la América, fue al principio la concepción de un entusiasta, que ofreció premios, y los pagó, a los ingenieros que probasen su posibilidad, a los pensadores que encareciesen con razones claras su influencia, y a los poetas que mejor lo cantaran.—Hoy la idea, que nunca pareció completamente ilusoria, sin tener por qué parecerlo, puesto que no es más que una obra de tamaño, y el hombre gusta de acometerlas y entra sin miedo a construir toda obra que pueda serle útil; hoy la idea, decíamos, es ya informe del representante Stewart ante la Casa americana.

Y habla de esta manera del proyecto del ferrocarril que hemos llamado dorsal:—

“La idea de construir un ferrocarril desde los Estados Unidos hasta la República Argentina es algo sorprendente para los que no han pensado nunca en el asunto; pero no hay obstáculo insuperable para la realización de esta empresa. Pocas dificultades encontraría en su camino un ferrocarril conectado con el que va de los Estados Unidos a México, y que de este siguiese a través de la América Central, pasara a lo largo del Istmo de Darien, y continuase por el este de los Andes cruzando toda la América del Sur hasta la República Argentina. No excedería el trayecto de 6 800 millas; y comenzando el ferrocarril en la ciudad de México, la distancia quedaría reducida a 6 000 millas, lo que no causaría trastorno, pues ya México está en conexión con ferrocarriles a varios lugares del Norte. Créese con fundamento que los obstáculos para la realización de esta vía no son más formidables que los que tuvieron que vencerse veinte años hace en la construcción de la primera línea transcontinental americana. Y tan extraordinarias ventajas vendrían a nuestro comercio de la existencia de esa vía a través de la América, que predecirlas siquiera sería hoy imposible”.

Indudablemente no se trata de una empresa irracional ni antipática. Y es cierto que en los Estados Unidos, gente sensata, rica e influyente la ayuda.

Parece también cosa acordada el envío de los tres comisionados a los países de nuestra América.

La América. Nueva York, mayo de 1884.

INVENCIONES RECIENTES
QUINIENTAS PATENTES NUEVAS

Como quinientas patentes concedió en un solo día, el 15 de abril pasado, la Oficina de Privilegios de los Estados Unidos. Y tenemos entendido que pronto concederá alguna a un notabilísimo invento de un joven mecánico hispanoamericano.

Aplicación para nuestros talentos, es lo único que necesitamos en Hispanoamérica: esto es, necesitamos levantar nuestros países, a la altura de los hombres que viven en ellos. La oscuridad e ineficacia actual de la raza hispanoamericana depende solo de falta de analogía entre nuestros pueblos forzosamente embrionarios y los habitantes cultos, y relativamente ultracultos, de nuestros pueblos. Estos son males necesarios y transitorios, que alarman mucho a los veedores miopes, mas no a los de larga vista. El hombre no puede contener su actividad ni su deseo de adquirir los medios de subsistencia, que muy frecuentemente, subiendo de grado y con el incentivo de los apetitos de satisfacción costosa, llega a ser desatentada pasión por la riqueza: de manera que, ya por su energía activa, ya por necesidades apremiantes, el hombre obra en aquello que más a mano halla para satisfacer unas y otras. Pero tampoco puede contener el hombre su natural amor al sosiego y decoro; y cuando construye, se siente mejor y goza; y cuando destruye, aunque quiera aturdirse y hacer gala de su victoria y cinismo, se avergüenza y padece: de modo que cuando puede el hombre dar empleo a sus fuerzas y cumplimiento a sus necesidades por medios seguros, dignificantes, nobles, y de durable resultado, se aparta con rapidez y regocijo, como de compañero venenoso, de los quehaceres violentos o impuros en que se había venido ocupando.

En América, pues, no hay más que repartir bien las tierras, educar a los indios donde los haya, abrir caminos por las comarcas fértiles, sembrar mucho en sus cercanías, sustituir la instrucción elemental literaria inútil,—y léase bien lo que decimos altamente: la instrucción elemental literaria inútil,—con la instrucción elemental científica,—y esperar, a ver crecer los pueblos. Van a dar gozo, por lo desinteresados y brillantes. No nos apresuramos; y como que estamos seguros de estas glorias, no renegamos de nuestras tierras: ¿quién de su hijo reniega, porque le oye balbucear en la cartilla?: lo que no quiere decir que no le hierva al niño un Hamlet o un invento pasmoso en el cerebro, que a su tiempo y sazón saldrán a la tierra.

Ya, por hablar de la constitución y porvenir de nuestros países, no nos queda espacio para contar brevemente algunas de las invenciones que acaban de ser privilegiadas, entre las que no hay, sin embargo, ninguna de notable trascendencia. El mundo está haciendo ahora su tránsito del vapor a la luz eléctrica, y no hay en esas patentes de abril ninguna que ayude de un modo

señalado a estos trabajos. Hay una nueva máquina de cosechar granos de Knoop, y una máquina de izar de I. F. McNeil, cultivadores varios, una secadora de ladrillo de I. Blum, gran número de escaleras de escape para incendios: y de electricidad, lo más curioso que hay es un portero eléctrico.

La América. Nueva York, mayo de 1884.

LA EXHIBICIÓN SANITARIA

Varias exhibiciones están ahora en proyecto. Filadelfia está acabando el edificio en que ha de celebrarse la de electricidad. El Congreso de los Estados Unidos acaba de prestar un millón de pesos a la Comisión Directora de la gran Exposición Agrícola de New Orleans, que la Exposición devolverá luego al Tesoro de la nación, como le devolvió la suma recibida por el mismo concepto la Exposición del Centenario en Filadelfia. No se pueden hacer grandes cosas sin grandes amigos.

No es menos interesante que la de New Orleans o Filadelfia la que en estos momentos acaba de abrirse con gran pompa y concurso público en Londres. Merece cuanto bien se diga de ella, porque no solo tiene por objeto acercar a los hombres, ponerlos en conocimiento mutuo y facilitar a las naciones el cambio de sus riquezas; sino que ha sido realizada más que para el provecho, para la salud del hombre. Comer bien, que no es comer ricamente, sino comer cosas sanas bien condimentadas, es necesidad primera para el buen mantenimiento de la salud del cuerpo y de la mente. La angustia con que se vive en todas partes del mundo en la época de transición en que nos ha tocado existir, hace más necesario hoy que nunca la reparación inmediata y cuidadosa de las fuerzas que en grado mayor que en ninguna otra época se pierden. La clase de alimentos; la manera de conocerlos para desechar los maleados e impuros; el modo de prepararlos, con tal arte que los elementos dañinos que hay siempre en la materia viva desaparezcan, y resalten, por el buen modo de cocinar, los elementos nutritivos; todo esto, que es en la vida a tan altos objetos destinada tan necesario como los buenos cimientos al palacio en que han de desplegar sus galas la inteligencia y la hermosura, si es que la hermosura es cosa diferente de la inteligencia; todos esos manjares crudos, platos preparados, alimentos mal cocidos al lado de los mismos alimentos bien hechos, fondas en que se guisa a la manera de los varios países, explicaciones habladas de todo lo que el público ve, y se va haciendo a la vista del público; todo eso hay en la primera sección de la Exposición Sanitaria destinada a “Alimentos”.

Hay otras cinco secciones: la segunda para “Vestidos”; para “La Habitación”, y todo lo que pueda contribuir a hacerla clara, ventilada y saludable la tercera; la cuarta para “La Escuela”, en la cual se ve cómo ha de ser esta, en espacio, ventanas y muebles, para que no empobrezca con su aire viciado y con la larga sesión en bancos incómodos la naturaleza física de los niños que en la escuela se instruyen, y necesitan tanto de buen aire como de buenos libros. A “La Educación” se ha dado la sección sexta. La quinta sección, interesantísima por cierto, esta consagrada a “El Taller”.

No se puede ver a un obrero de estas grandes ciudades sin sentir lástima, respeto y cariño. ¡Padecen tanto! ¡Gastan tanta fuerza! ¡La reparan tan mal! ¡Gozan tan poco! Y si son mujeres, mientras más desgreñadas y pálidas vayan, y más lleven la marca del rebaño en la frente marchita o en la risa pueril, más deseos dan de abrirse las venas, y vaciar la sangre propia en las suyas empobrecidas. De manera que todo lo que se haga para mejorar la vida en los talleres es una obra que debe verse con respeto religioso.

Para comentar no tenemos tiempo; sino apenas para anunciar. Cuanto hay de nocivo a la salud y a la inteligencia en ciertos oficios, y el modo con que se puede remediarlo; cuanto es necesario tener en cuenta para evitar catástrofes en las fábricas y en las minas, y para hacer menos ingrato el trabajo en unas y otras, está representado de manera elocuente y visible en el departamento destinado a “El Taller”. En un lado se ve cómo puede ventilarse sacando de él el aire viciado, o destruyendo sus elementos nocivos. En otro lado se ve cómo pueden condensarse, utilizarse o consumirse, a la manera en uso en los gasómetros, los vapores y efluvios de las materias trabajadas que suelen sofocar, cuando no envenenar, a los operarios. En los telares y en las fábricas de agujas y de nácares se produce un polvo dañino, que allí se enseña cómo puede hacerse desaparecer. Bien se saben los riesgos de envenenamiento que corren los que trabajan en albayalde y arsénico, los que broncean, los que fabrican fósforos, los que hacen barajas; así como los que absorben las materias ponzoñosas que emanan las lanas y desechos revueltos: en el departamento de “El Taller” se aprende cómo librarse de unos y otros daños, y cómo proteger los ojos, que tanto sufren en esas labores, y aliviar el calor excesivo que llega a pesar sobre los obreros en ciertos meses como una desdicha insoportable.

Medalla de oro merecen todos los que han tenido parte en la preparación de la “Exhibición Sanitaria”. La gloria de nuestro siglo es que desde Jesús a acá, nunca ha sido tan ardiente y fructuoso el amor humano.

La América. Nueva York, mayo de 1884.

JUÁREZ

Ese nombre resplandece, como si fuera de acero bruñido; y así fue en verdad, porque el gran indio que lo llevó era de acero, y el tiempo se lo bruñe. Las grandes personalidades, luego que desaparecen de la vida, se van acentuando y condensando; y cuando se convoca a los escultores para alzarles estatua, se ve que no es ya esto tan preciso, porque como que se han petrificado en el aire por la virtud de su mérito, y las ve todo el mundo. A Juárez, a quien odiaron tanto en vida, apenas habría ahora, si volviese a vivir, quien no le besase la mano agradecido. Otros hombres famosos, todos palabra y hoja, se evaporan. Quedan los hombres de acto; y sobre todo los de acto de amor. El acto es la dignidad de la grandeza. Juárez rompió con el pecho las olas pujantes que echaba encima de la América todo un continente: y se rompieron las olas, y no se movió Juárez. Dos hábiles escultores mexicanos lo han representado tendido sobre un túmulo, envuelto en un lienzo simple, y junto a sus pies desnudos agobiada con todo el arreo de los dolores, la Patria que lo llora. Pero él no está bien así; sino en estatua de color de roca, y como roca sentada, con la mirada impávida en el mar terrible, con la cabeza fuerte bien encajada entre los hombros; y con las dos palmas apretadas sobre las rodillas, como quien resiste, y está allí de guardián impenetrable de la América.

No queremos hablar de Juárez ahora, sino de un pueblo que hay en la América del Sur llamado por este nombre. Las maravillas ajenas cantamos, como si no las tuviéramos propias.

Un viajero nos está contando del pueblo risueño y próspero de Juárez. En medio de quintas y haciendas se levanta, y en cuatro leguas a la redonda está todo lujosamente cultivado. Anchas de veinte varas son sus calles, y algunas de treinta, y sus manzanas, tiradas en cuadro a los medios vientos, tienen 100 varas por 140. Acá una escuela de varones; y más allá, la de niñas; más allá, escuelas mixtas, dónde se ensaya con miramiento y éxito la educación en común de los niños de poca edad.

Numerosas casas de comercio, llenas siempre de vendedores y compradores de los varios artículos del país, negocian por grandes sumas la desbordante cosecha de trigo; la sucursal de un banco poderoso adelanta con cordura capitales a cuanto agricultor honrado se los pide; a la sombra de las aspas de los molinos están ya tendiendo los últimos rieles del ferrocarril que a distancia de cien leguas va a unir a Juárez con la capital de la república famosa;

límpianse a toda prisa los terrenos vecinos para dar a familias extranjeras, mezcladas con algunas nacionales, haciendas de 60 a 90 acres de tierra excelente, a pagar en diez años y de lo mismo que el suelo vaya dando: la población animadísima, ya pasea en los días calurosos por la gran plaza central, de altos árboles sombreada, que es la gala del pueblo, o por otras cuatro plazas bellas que tiene la ciudad en las esquinas,—ya se junta en la airosa casa del rico municipio a platicar y danzar alegremente.

Del trigo, no saben qué hacerse. Dicen que inspira dicha la de aquellos prósperos habitantes.—Son numerosas las sociedades caritativas; y si la de los españoles es unida, no le va en zaga la de los italianos.—Ya tienen más hijos y están levantando más escuelas.

Pues esa hermosa ciudad fue fundada sobre la yerba de una llanura, hace siete años.

Y ¿dónde es la maravilla? ¿En Texas? ¿En Colorado? ¿En algún territorio de los Estados Unidos?

No: es en Buenos Aires.

La América. Nueva York, mayo de 1884.

MAESTROS AMBULANTES
ESPÍRITU DE LA INSTRUCCIÓN QUE PROPONEMOS
MANERA EN QUE PUEDE REALIZARSE
URGE ESTABLECER LA ENSEÑANZA ELEMENTAL CIENTÍFICA
(ARTÍCULO ESCRITO PARA LA *REVISTA CIENTÍFICA Y LITERARIA* DE SANTO DOMINGO)

“¿Pero cómo establecería Vd. ese sistema de maestros ambulantes de que en libro alguno de educación hemos visto menciones, y Vd. aconseja en uno de los números de *La América* del año pasado que tengo a la vista?”—Esto se sirve preguntarnos un entusiasta caballero de Santo Domingo.

Le diremos en breve que la cosa importa, y no la forma en que se haga.

Hay un cúmulo de verdades esenciales que caben en el ala de un colibrí, y son, sin embargo, la clave de la paz pública, la elevación espiritual, y la grandeza patria.

Es necesario mantener a los hombres en el conocimiento de la tierra y en el de la perdurabilidad y trascendencia de la vida.

Los hombres han de vivir en el goce pacífico, natural e inevitable de la libertad, como viven en el goce del aire y de la luz.

Está condenado a morir un pueblo en que no se desenvuelven por igual la afición a la riqueza, y el conocimiento de la dulcedumbre, necesidad y placeres de la virtud.

Los hombres necesitan conocer la composición, fecundación, transformaciones y aplicaciones de los elementos materiales de cuyo laboreo les viene la saludable arrogancia del que trabaja directamente en la naturaleza, el vigor del cuerpo que resulta del contacto con las fuerzas de la tierra, y la fortuna honesta y segura que produce su cultivo.

Los hombres necesitan quien les mueva a menudo la compasión en el pecho, y las lágrimas en los ojos, y les haga el supremo bien de sentirse generosos: que por maravillosa compensación de la naturaleza aquel que se da, crece; y el que se repliega en sí, y vive de pequeños goces, y teme partirlos con los demás, y solo piensa avariciosamente en beneficiar sus apetitos, se va trocando de hombre en soledad, y lleva en el pecho todas las canas del invierno, y llega a ser por dentro, y a parecer por fuera,—un insecto.

Los hombres crecen, crecen físicamente, de una manera visible crecen, cuando aprenden algo, cuando entran a poseer algo, y cuando han hecho algún bien.

Solo los necios hablan de desdichas, o los egoístas. La felicidad existe sobre la tierra; y se la conquista con el ejercicio prudente de la razón, el conocimiento de la armonía del universo, y la práctica constante de la generosidad. El que la busque en otra parte, no la hallará: que después de haber gustado todas las copas de la vida, solo en ésas se encuentra sabor.—Es leyenda de tierras de Hispanoamérica que en el fondo de las tazas antiguas estaba pintado un Cristo; por lo que cuando apuran una, dicen: “¡Hasta verte, Cristo mío!” Pues en el fondo de aquellas copas se abre un cielo sereno, fragante, interminable, rebosante de ternura!

Ser bueno es el único modo de ser dichoso.

Ser culto es el único modo de ser libre.

Pero, en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno.

Y el único camino abierto a la prosperidad constante y fácil es el de conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables e infatigables de la naturaleza. La naturaleza no tiene celos, como los hombres. No tiene odios ni miedos, como los obreros. No cierra el paso a nadie, porque no teme de nadie. Los hombres siempre necesitarán de los productos de la naturaleza. Y como en cada región solo se dan determinados productos, siempre se mantendrá su cambio activo, que asegura a todos los pueblos la comodidad y la riqueza.

No hay, pues, que emprender ahora cruzada para reconquistar el Santo Sepulcro. Jesús no murió en Palestina, sino que está vivo en cada hombre. La mayor parte de los hombres ha pasado dormida sobre la tierra. Comieron y bebieron; pero no supieron de sí. La cruzada se ha de emprender ahora para revelar a los hombres su propia naturaleza, y para darles, con el conocimiento de la ciencia llana y práctica, la independencia personal que fortalece la bondad y fomenta el decoro, y el orgullo de ser criatura amable y cosa viviente en el magno universo.

He ahí, pues, lo que han de llevar los maestros por los campos. No solo explicaciones agrícolas e instrumentos mecánicos; sino la ternura, que hace tanta falta y tanto bien a los hombres.

El campesino no puede dejar sus trabajos para ir a sendas millas a ver figuras geométricas incomprensibles, y aprender los cabos y los ríos de las penínsulas del África, y proveerse de vacíos términos didácticos. Los hijos de los campesinos no pueden apartarse leguas enteras día tras día de la estancia paterna para ir a aprender declinaciones latinas y divisiones abreviadas. Y los campesinos, sin embargo, son la mejor masa nacional, y la más sana y jugosa, porque recibe de cerca y de lleno los efluvios y la amable correspondencia de la tierra, en cuyo trato viven. Las ciudades son la mente de las naciones; pero su corazón, donde se agolpa y de donde se reparte la sangre, está en los campos. Los hombres son todavía máquinas de comer, y relicarios de preocupaciones. Es necesario hacer de cada hombre una antorcha.

¡Pues nada menos proponemos que la religión nueva y los sacerdotes nuevos! ¡Nada menos vamos pintando que las misiones con que comenzará a esparcir pronto su religión la época nueva! El mundo está de cambio; y las púrpuras y las casullas, necesarias en los tiempos místicos del hombre, están tendidas en el lecho de la agonía. La religión no ha desaparecido, sino que se ha transformado. Por encima del desconsuelo en que sume a los observadores el estudio de los detalles y envolvimiento despacioso de la historia humana, se ve que los hombres crecen, y que ya tienen andada la mitad de la escala de Jacob:—¡qué hermosas poesías tiene la *Biblia!* Si acurrucado en una cumbre, se echan los ojos de repente por sobre la marcha humana, se verá que jamás se amaron tanto los pueblos como se aman ahora, y que a pesar del doloroso desbarajuste y abominable egoísmo en que la ausencia momentánea de creencias finales y fe en la verdad de lo Eterno trae a los habitantes de esta época transitoria, jamás preocupó como hoy a los seres humanos la benevolencia y el ímpetu de expansión que ahora abrasa a todos los hombres. Se han puesto en pie, como amigos que sabían uno de otro, y deseaban conocerse; y marchan

todos mutuamente a un dichoso encuentro.

Andamos sobre las olas, y rebotamos y rodamos con ellas; por lo que no vemos, ni aturdidos del golpe nos detenemos a examinar, las fuerzas que las mueven. Pero cuando se serene este mar, puede asegurarse que las estrellas quedarán más cerca de la tierra. El hombre envainará al fin en el sol su espada de batalla!

Eso que va dicho es lo que pondríamos como alma de los maestros ambulantes. ¡Qué júbilo el de los campesinos, cuando viesen llegar, de tiempo en tiempo, al hombre bueno que les enseña lo que no saben, y con las efusiones de un trato expansivo les deja en el espíritu la quietud y elevación que quedan siempre de ver a un hombre amante y sano! En vez de crías y cosechas, se hablaría de vez en cuando, hasta que al fin se estuviese hablando siempre, de lo que el maestro enseñó, de la máquina curiosa que trajo, del modo sencillo de cultivar la planta que ellos con tanto trabajo venían explotando, de lo grande y bueno que es el maestro, y de cuándo vendrá, que ya les corre prisa, para preguntarles lo que con ese agrandamiento incesante de la mente puesta a pensar, les ha ido ocurriendo desde que empezaron a saber algo! ¡Con qué alegría no irían todos a guarecerse, dejando palas y azadones, a la tienda de campaña, llena de curiosidades, del maestro!

Cursos dilatados, claro es que no se podrían hacer; pero sí, bien estudiadas por los propagadores, podrían esparcirse e impregnarse las ideas gérmenes. Podría abrirse el apetito del saber. Se daría el ímpetu.

Y esta sería una invasión dulce, hecha de acuerdo con lo que tiene de bajo e interesado el alma humana; porque como el maestro les enseñaría con modo suave cosas prácticas y provechosas, se les iría por gusto propio sin esfuerzo infiltrando una ciencia que comienza por halagar y servir su interés;—que quien intente mejorar al hombre no ha de prescindir de sus malas pasiones, sino contarlas como factor importantísimo, y ver de no obrar contra ellas, sino con ellas.

No enviaríamos pedagogos por los campos, sino conversadores. Dómines no enviaríamos, sino gente instruida que fuera respondiendo a las dudas que los ignorantes les presentasen o a las preguntas que tuviesen preparadas para cuando vinieran, y observando dónde se cometían errores de cultivo o se desconocían riquezas explotables, para que revelasen estas y demostraran aquellos, con el remedio al pie de la demostración.

En suma, se necesita abrir una campaña de ternura y de ciencia, y crear para ella un cuerpo, que no existe, de maestros misioneros.

La escuela ambulante es la única que puede remediar la ignorancia campesina.

Y en campos como en ciudades, urge sustituir al conocimiento indirecto y estéril de los libros, el conocimiento directo y fecundo de la naturaleza.

Urge abrir escuelas normales de maestros prácticos, para regarlos luego por valles, montes y rincones; como cuentan los indios del Amazonas que para crear a los hombres y a las mujeres regó por toda la tierra las semillas de la palma moriche el Padre Amalivaca!

> Se pierde el tiempo en la enseñanza elemental literaria, y se crean pueblos de aspiradores perniciosos y vacíos. El sol no es más necesario que el establecimiento de la enseñanza elemental científica.

La América. Nueva York, mayo de 1884.

HAWTHORNE Y LAS OBRAS DE IMAGINACIÓN

Por debajo de las obras de fantasía, como la sangre por debajo del cutis, ha de correr, si se quiere que el libro sea viable y no se desvanezca como el alcohol expuesto al aire, un sentimiento vivo o un pensamiento de valor permanente.

Las inteligencias superiores tienen saludable horror a esas obras fáciles y brillantes, producidas sin entusiasmo y a capricho por la mera imaginación. Prefieren los espíritus profundos callar largo tiempo, a emplear sus fuerzas, como quien pinta sobre las aguas del mar, en obrillas que nada añaden al conocimiento humano, ni revelan un rincón nuevo en el corazón, ni son más que prueba fútil de la capacidad del escritor para levantar un palacio sobre una bomba de jabón. Es bello, pero es indecoroso. Emplearse en lo estéril cuando se puede hacer lo útil; ocuparse en lo fácil cuando se tienen bríos para intentar lo difícil—es despojar de su dignidad al talento. Todo el que deja de hacer lo que es capaz de hacer, peca.

Estas ideas nos despierta lo que en un diario de estos días refiere Julian Hawthorne de su admirable padre. Dice que escribió aquel conocedor acabado del espíritu, que cuando ponía los ojos sobre él ponía claridad, una serie de cuentos fantásticos que pasaban entre hechiceras y brujas,—y los quemó todos "porque no encerraban ninguna verdad moral; porque eran narraciones de pura imaginación, fundadas en la leyenda o en la historia, y no tenían aquel equilibrio

y proporción espirituales que constituyen la obra de arte".

La América. Nueva York, mayo de 1884.

LIBRO NUEVO Y CURIOSO
REGISTRO DE LAS FACULTADES DE LA FAMILIA
CARACTERES TRANSMISIBLES
LA LEY DE HEREDACIÓN
VANIDAD DE LA NOBLEZA

Se intenta en estos tiempos lo que parece posible conseguir: la reducción del hombre, con todas sus facultades espirituales y agencias físicas, a un ente regular científico; la predicción exacta de lo futuro por el conocimiento exacto de lo pasado; la previsión de las acciones humanas, como se preveen ya las tormentas y el curso de los astros; la supresión de lo maravilloso y extrarregular en la existencia; la reducción a leyes fijas de los movimientos humanos.

La filosofía materialista, que no es más que la vehemente expresión del amor humano a la verdad, y un levantamiento saludable del espíritu de análisis contra la pretensión y soberbia de los que pretenden dar leyes sobre un sujeto cuyo fundamento desconocen; la filosofía materialista, al extremar sus sistemas, viene a establecer la indispensabilidad de estudiar las leyes del espíritu. De negar el espíritu,—la cual negación fue provocada en estos tiempos, como ha sido en todos, por la afirmación del espíritu excesiva,—viene a parar en descubrir que el espíritu está sujeto a leyes y se mueve por ellas, aceleradas o detenidas en su cumplimiento por las causas mecánicas y circunstancias rodeantes que influyen en la existencia y suelen ser tan poderosas que la tuercen o determinan.

No hay contradicción entre reconocer las leyes generales que se deducen de la observación de los actos de los hombres,—y la hermosa majestad, originalidad fructífera, y fuerza propia y personal que hace interesante, novadora y sorprendente la persona humana.

Observando a los hombres, se ve que no es cada uno una entidad definitivamente aislada y con un carácter exclusivo, que venga a ser una combinación original de los elementos humanos comunes; sino un tipo de una de las varias especies en que los hombres se dividen, según exista en ellos dominante el amor de sí, o no exista, o coexista con el amor a los demás, y según de los accidentes usuales que influyen en los hombres les haya tocado vivir entre algunos determinados que en personas de cierta manera constituidas han de producir una conocida impresión cierta.

La gran división que pone de un lado a unos seres humanos, y conserva a

otros, como ornamentos, de otro lado, es la división entre egoístas y altruistas, entre aquellos que viven exclusivamente para su propio beneficio y el pequeño grupo de seres que dependen directamente de ellos, egoístas estos últimos en grado menor y con circunstancia atenuante; y aquellos a quienes más que el propio bien, o tanto por lo menos, preocupa el bien de los demás. El avaro es el tipo esencial del egoísta: el héroe es el tipo esencial del altruista.

Y siendo una en todos los hombres la naturaleza humana, y uno siempre en torno de ellos el resto de la naturaleza en que el hombre influye, y que influye en él,—unos han de ser los actos humanos cada vez que el mismo grupo de datos, el mismo estado nacional, la misma penuria económica, la misma irregularidad política, la misma concurrencia en el espíritu de elementos semejantes se presenten.

Los arrebatos mismos de magnífica genialidad con que esa especie de hombres acumulados a quienes se llama grandes hombres rompen en los momentos supremos de angustia, por entre los más duros obstáculos, y ponen de un solo golpe a mucha mayor distancia en el camino de la altura la bandera humana,—son también una ley del espíritu: que jamás, cuando hay condiciones generales que hagan posible y necesaria la intervención del grande hombre, deja de levantarse debajo de algún pecho a su natural eminencia el espíritu humano.

La vida espiritual es una ciencia, como la vida física. Esta época nuestra es grande, no por lo que ha aprendido, sino porque ha descubierto lo que se tiene que aprender. En cuanto el hombre, nacido en 1793 aunque venía ya encinta desde tres siglos antes, comenzó a entender la libertad y a ejercitarla, comenzó a ser luminoso. Ha tomado con mano segura la razón, y la está paseando, absorto y jubiloso ante las bellezas que descubre, por las profundidades de sí mismo.

Esas líneas que van delante las hemos escrito pensando en el título de un libro nuevo inglés, que acaba de reimprimir un editor norteamericano. El autor del libro cree demasiado en aquello en que hay que creer bastante: en la heredación de las cualidades de familia. “Dadme—dice—tres generaciones de parientes, y os daré todas las cualidades de su descendiente”. Esta teoría es errónea, puesto que se ven surgir, sin transición ni antecedencia, sin progresión ni acumulación visible, de vientres bastos como una cueva de troglodita espíritus lucientes como un diamante, acabados como una empuñadura florentina, blandos y calurosos como una boca que el amor enciende. Quedan en el espíritu del hombre las huellas del carácter de sus padres: pero ¿quedan porque las traiga del germen paterno o las entrañas maternales, desde antes de salir a la

vida, o porque los adquiera en el íntimo roce con sus padres después de haber nacido? ¿Y las muestras constantes de carácter enteramente original, y ruda y hurañamente desligado de toda virtud paterna? ¿Y las muestras sublimes de poderosísimo amor y bríos heroicos, nacidas de antegenitores notoriamente groseros de uno y otro lado, y padres egoístas? ¿Y todos esos ejemplos, más numerosos que las angustias de un hombre virtuoso en la vida diaria, de criaturas dotadas de cualidades excelsas opuestas a las ruines de sus padres, como si fueran indignaciones vivas de la naturaleza, y enseñanza de que las criaturas no engendran sus semejantes, sino sus opuestos? Las cualidades de los padres quedan en el espíritu de los hijos, como quedan los dedos del niño en las alas de la fugitiva mariposa.

Francis Galton quiere que su libro sea una especie de Prontuario de Profecías, merced al cual, dados los caracteres de nuestros abuelos y los nuestros propios, podemos predecir cómo serán nuestros hijos. ¡Y nosotros, que vemos a los nuestros oscilar a nuestros ojos como la superficie del mar a diversos vientos, según sea amorosa u odiadora la persona que va ejerciendo en ellos dominante influencia!—“Para los que deseen conocer de antemano las facultades mentales y corporales de sus hijos, y contribuir al adelanto de la ciencia de la heredación, ‘está’ dispuesto el *Registro de las Facultades de la Familia”,* de modo que puedan escribirse en el libro la descripción y actos de los quince antecesores directos que constituyen las tres generaciones que inmediatamente preceden a una familia de hijos. Hay espacio también para descripciones de los hermanos y hermanas de estos antecesores, y de otros parientes más lejanos cuyo influjo pueda haberse hecho sentir en su descendencia. Descríbense en el Registro, en las casillas correspondientes, el modo de vida de cada persona, en cuanto pudo afectar el desarrollo o la salud; sus aptitudes mentales y morales, y su energía, y el grado en que las tuvo, y si fue mayor o menor que el grado en que se tienen comúnmente; sus padecimientos menores y enfermedades graves; la causa y fecha de la muerte y edad en que vino a morir. Y con todos esos datos, cree Salten que se podrá predecir cómo serán los hijos; de lo cual no importa tener conocimiento previo para saber que serán de este modo o aquel, sino para dirigir su educación conforme a las cualidades que en ellos existan, o a las virtudes de que carezcan: con lo que viene la filosofía materialista a reconocer que el espíritu viene a la tierra con carácter marcado y prehecho, y a aceptar en una de sus formas la verdad de la preexistencia, que arguye la necesidad y racionalidad de postexistir.

Tiene el autor del *Registro de las Facultades de Familia* tal opinión de la conveniencia de estudiar los caracteres de los antecesores, como medio de

conocer y guiar el de nuestros descendientes, que a los ingleses que antes de determinado día le entreguen los mejores extractos de los caracteres de sus familias propias, ofrece un regalo de 500 libras esterlinas. Y entre otras cosas buenas, dice una el libro, para castigo de las gentes que en Europa y América andan fabricándose ascendencias de conquistadores; como si un soldado humilde y pobre, que ha engendrado y criado a un hijo bueno, no fuera igual, o superior, por la virtud de ese último mérito difícil y excelencia del resultado, al descendiente de mejor casa que en condiciones naturales y holgadas, y sin sacrificio ni trabajo, logra educar bien a su hijo. Dice esto el libro, a propósito de los que se enorgullecen en Inglaterra de su abolengo noble: “¿No ha de ser pueril pretender que hay alguna virtud especial en descender de alguno de los conquistadores normandos, si dado el caso de que no hayan venido celebrando matrimonios, entre su propia parentela, enseña la ciencia de la heredación que solo tiene cada conquistador normando, una parte en dieciséis millares de partes en la producción de un hombre de estos tiempos?”

De manera que no es irracional suponer que con el germen de vida el padre trasmite al hijo sus cualidades primitivas y esenciales; ni es cuerdo exagerar esta doctrina hasta afirmar que con el germen se trasmiten, no solo las sutiles esencias y peculiaridades del espíritu, sino todas aquellas meras accidencias que van amoldándolo en su vida por la tierra como los dedos del escultor el yeso blando, y llegan por lo común si no dan con un individuo prominente, a ofuscar y oscurecer con las preocupaciones adquiridas y cóleras y simpatías de contagio el vigor y la originalidad del espíritu nativo. La individualidad es el distintivo del hombre. Se pueden conocer las leyes de la vida, como se conocen las de los astros, sin poder por eso ni añadir ni quitarles luz, ni torcerlos de su curso.

La América. Nueva York, mayo de 1884.

LOS LIBROS QUE DEBE ESTUDIAR UN BUEN MECÁNICO

Hay en los Estados Unidos la excelente costumbre de dirigirse a los periódicos pidiendo consejo para alguna situación difícil, guía para alguna carrera, respuesta para alguna duda.—Supónese, con razón, que en una redacción de periódico concurren aptitudes varias y supremas, como que en las redacciones de periódico es donde hierve ahora el genio, que antes hervía en cortes, en conventos y en campos de batalla. Y los periódicos, los mercantiles y los científicos sobre todo, responden a los solicitantes, ya en las columnas de la

publicación, cuando la respuesta puede ser de interés general, ya en carta privada que suele ahorrar gran trabajo, poner en buen camino y servir de mucho al preguntador.

Muchos periódicos hay que tienen constantemente abierta una sección de respuestas. Uno responde a toda pregunta literaria, y con gran lucimiento: se llamaba *The Critic* antes; pero por agradar más al vulgo y lograr más ventas se llama ahora *El Crítico y Buena Literatura.* Otro, que es el *Journal of Commerce* responde con opiniones que son verdaderas sentencias de tribunal a toda pregunta sobre asuntos mercantiles, o de cualquiera otro género, que sus suscritores comerciantes le hagan. Otro que es el *Scientific American* contesta a todos los que quieren resolver algún punto dudoso sobre maquinaria o ciencias.

"¿Cómo llegaría yo a ser un buen ingeniero mecánico? ¿Qué libros tendría yo que estudiar?" Así inquiere de uno de esos periódicos un joven de buena voluntad: y nosotros copiamos aquí, para que la lean y aprovechen algunos jóvenes de nuestra América, la respuesta del periódico:

"Muy varia y sólida instrucción necesita tener si ha de ser bueno un ingeniero mecánico. Más que todo, necesita aprender la mecánica en las máquinas. Los textos que se estudian en nuestras escuelas mecánicas son estos, entre otros:

Mecánica Elemental (Elemental Mechanics), por De Volson Wood.

Materiales de Ingeniería (The Materials of Engineering), por R. H. Thurston".

La América. Nueva York, mayo de 1884.

EL REPERTORIO DE *HARPER* DEL MES DE MAYO
EL PRESIDENTE MONROE
EL EMPERADOR GUILLERMO Y SCHLIEMANN
LA VIEJA TROYA
ORÍGENES Y ANTIGÜEDAD DE LA CIVILIZACIÓN GRIEGA

Pinta el *Harper* de mayo a una dama del mayo de otro tiempo, en que se celebraba el advenimiento de las flores con procesiones de la gente moza al campo, y con idilios y bucólicas representadas, que solían ser, con el espectáculo de los pájaros enamorados y las flores abiertas, ocasión de noviazgos y matrimonios. Pinta el *Harper* a Kairuán, la ciudad sagrada de los tunecinos, llena de gente árabe y berberisca, que tendida sobre la esterilla que cubre los pavimentos de sus bordadas casas, o reclinada sobre las paredes en que resaltan cual manchas de sangre sobre leche unos burdos pájaros rojos, deja pasar la

vida, como una reina vestida de harapos al sol que los dora, lánguida y descuidadamente. El *Harper* pinta a aquel suave y sensato presidente Monroe, que dio forma durable a la doctrina en que se excluye a los países europeos de toda intervención en los americanos, aunque el famoso senador Carlos Sumner mantiene que el pensamiento fue del inglés Canning, y Charles Francis Adams quiere que haya nacido de su propio padre. Al Káiser Guillermo pinta, celoso de su corona, amigo de hablar de cerca al pueblo, sin intermedio de parlamentos,—y más que de hablarle, de dominarle a su sabor y conveniencia; al Káiser Guillermo,—niño pequeño primero, que jugaba en las rodillas de la Reina Luisa con las gencianas azules silvestres de que la señora iba tejiendo una corona a su hija; y luego, peleador contra franceses, consejero de Estado, gobernador de Maguncia, organizador del ejército prusiano, regente y rey de Prusia, vencedor de Schleswig-Holstein, de Austria y de Francia, y consagrado al fin, a los reflejos de las hogueras de París, emperador de la Alemania unida, a la que a despecho del personal cariño y regia simpatía que le llevan a los zares, ha puesto en alianza, por razones de raza y nacionalidad, contra los rusos de un lado, y por razones de conservación contra los franceses de otro, con Austria, a quien abatió y cercenó no hace mucho, y con Italia, lo que hace pensar en el matrimonio de Otelo y Desdémona. Y el *Harper's* pinta a Schliemann: por el cual dejaremos, debajo del príncipe Bismarck, y de su casco imperial puntiagudo, al romo, sobrio y fanático emperador Guillermo. El que desentierra una ciudad merece más aplausos que el que la devasta!

A Troya y a Micenas ha desenterrado Schliemann; y aunque los médicos quieren ahora que el rico, noble y estudioso arqueólogo repare su salud, a Sibaris trata todavía de sacar de bajo su cubierta de tierra. No es Schliemann copioso pedagogo; ni anda por la naturaleza como un fantasma, a la manera de esos pedantes pálidos y togados que explican ciencia de libros en los gimnasios alemanes; ni es de esos pesados escribidores alemanes, que hacen creer que el pensamiento es un ente paticorto y panzudo, que sobre el vientre anda, como los insectos que han absorbido demasiada savia de árbol,—y no sobre las nubes, con alas brilladoras! Se enamoró Schliemann de Troya, como Don Alonso Quijano de Dulcinea: y por cierto que no viene fuera de camino este acercamiento del *Quijote* y *Ilíada,* porque si el hidalgo arremetió en las cercanías de Tordesillas contra los carneros que le parecieron gente vil y enemiga, ya Ájax furioso, en tiempos más remotos, había dado mala muerte a los rebaños de su campamento, en la creencia de que estaba sacando la vida del cuerpo de su rival Ulises y los capitanes del ejército.

Schliemann se parece a Clemenceau, aunque tiene los labios más gruesos, el ojo menos duro y el rostro en junto más benévolo.—A la *Ilíada* la conoce, como conocen los labios de una madre el cuerpo de su hijo. Por ella y por sus héroes ha concebido ese alemán una pasión latina; y le ha sido dado en premio el júbilo de ver desde la cumbre del monte Ida, como resucitado a su voz,—chocando escudos, cargando a sus espaldas a los padres viejos, subiendo más con los pechos que con las manos las murallas de las fortalezas, cubriéndose de presentes y caricias en medio del combate, al pueblo más bello, sereno y armonioso de la tierra. ¡Oh, qué sombra ha proyectado sobre el mundo, el ala de Homero! ¡Y qué frescor, agrandamiento y derrame de luz han de sentirse cuando pase rozando por la frente!—Cumplió sus ocho años el arqueólogo meditando en cómo habrían venido al suelo los muros troyanos; y, si le hubieran dado permiso, el pequeñuelo hubiera ido desde entonces a averiguarlo por sí propio. Vendía arenques Schliemann, que fue mancebo de pulpería en los años más frescos de su mocedad, y ya regalaba con tres vasos de aguardiente a un molinero amigo de beber, cada vez que le hacía la merced de recitarle un trozo de Homero. Como en todas las lenguas se ha escrito de Troya, Schliemann, estimulando con constantes ejercicios la memoria que tenía flaca, aprendió, sin maestros por lo común, todas las lenguas; y como el hablarlas más le importaba, porque de esto hacía él capital como agente de comercio, solía pagar cuatro francos a la semana a un pobre judío, que jamás supo ruso, para que le oyese recitar, con lo que se hacía a componer en la lengua nueva, los párrafos de una traducción eslava del Telémaco que con una Gramática y un Diccionario le bastaron para pasar por ruso en San Petersburgo. Apenas juntó diez mil libras al año, no se dio a gozarlas en paz y vientre, como tantos otros, ni a empollar manuscritos, como los más que gozan fama de sabios; sino a sacar de las entrañas de Hissarlik a su ciudad querida. Cavó, y halló a los seis pies vestigios de una ciudad helénica, que debió existir, como todo lo hallado en ella acusa, unos seis siglos antes de Jesús. Siguió cavando; y en capas superpuestas, llena cada una de restos diversos, originales y rudos, que enseñan civilizaciones y épocas distintas, halló como seis cadáveres de ciudades, o siete, tendidas una encima de otra, como en ciertos cementerios tienden, entre delgadas paredes de tierra, un cuerpo sobre los que ya estaban en la fosa. La última ciudad de las seis, o siete, de Hissarlik apareció a cincuenta y dos pies bajo la superficie de la tierra;—y nada de lo que hay en esas capas de ruinas superpuestas es helénico, ni semejante a nada que lo sea; y como, a flor de tierra casi, está una ciudad que de existencia probada tiene unos veinticinco siglos: ¿a qué asombrosa fecha no se remontarán aquellas otras que yacen en lo hondo, a cincuenta pies del suelo?

—Y es lo raro (aunque no es raro, sino natural y muy en acuerdo con lo que se ha asentado ya en *La América*) que más que a la cerámica de la primera ciudad helénica, se parecen los ásperos vasos y rudos útiles de las ruinas más profundas a los de otras ruinas del mediodía de Europa y a las de México y a las peruanas: lo cual no arguye, como pudiera ocurrir a los aficionados a anticuarismo que andan siempre a caza de derivaciones, que unos de estos pueblos vengan de otros, y Troya de Cajamarca, o Cajamarca de Troya, sino que el hombre, dondequiera que nazca, es semejante a sí mismo; y puesto en igual época, o en iguales condiciones, ante la naturaleza, produce obras espontánea, necesaria y aisladamente semejantes. ¡Tareílla es esa de andar halando de Tartaria a los Andes ascendencias, parecida a la otra de sacar de un único individuo o tipo original la raza humana! Apenas estuvo la tierra en condiciones de que apareciese el hombre sobre ella, apareció—dondequiera que pudo la tierra soportarlo—el hombre. ¡Curioso es ver cómo la ciencia más acabada de los tiempos modernos, viene a confirmar las ideas elementales y directas que asaltan al meditar sobre la naturaleza a un niño reflexivo!

Esa acaso es la más sana y fructuosa de las verdades que han venido a descubrirse, o a confirmarse, con las ruinas y objetos revelados por las excavaciones de Schliemann. Ni los griegos fueron un pueblo nacido con casco, lanza y sandalia como su Minerva, súbitamente de sí propio. Ni Ilión fue con sus once ciudades prósperas pueblo de gente agrícola y novicia, sino de comercio y artes, que le permitían vivir con cultura y en gran riqueza. Ni las de Troya son leyendas huecas, compuestas en palabras musculosas y llenas de sangre nueva, por un fantaseador de giganterías; sino estatuas calientes tomadas sobre el mismo molde vivo o trabajadas delante de las imágenes de que tenían llenos aún los ojos las familias de Héctores y Diomedes.

Antes era pecado de arqueología creer que Agenor y Danao y Cadmo trajeron del este y del sur las artes que florecieron luego en Grecia; pero desde que Schliemann rompió la corteza de tierra que ocultaba a Micenas, y de las ruinas de la ciudad sacó llenas las manos de ornamentos de plata y oro que se exhiben desde entonces en Atenas; y buscó el hogar de Ulyses en Ithaca, y el suelo donde cayeron castigados los deseadores tenaces de Penélope; desde que sacó a luz las piedras laboreadas de los edificios mycenios, y las hermosísimas jarras de oro sepultadas con las ruinas, y exploró en Orchomeno las tumbas de los reyes legendarios, no peca ya quien mantiene que el arte griego venía de muy atrás acendrándose y limpiándose, y tenía parientes, cuando no padres, en el arte del este y del Asia Menor; sino que el que niega esto es el que peca.

Porque es verdad que la cerámica de Micenas tiene todos los delicados caracteres de la helénica antigua; mas de esto mismo precisamente se deduce lo que de artes más viejas vino a las de Grecia, así como lo mucho que debió vivir el pueblo griego antes de poseer aquella escultórica tranquilidad y hermosura luminosa con que de súbito nos aparece. Las enormes piedras cuadradas, cuando no rematadas en perfectas curvas del lado interior; las cavernosas puertas, de heráldicas esculturas presididas, que, como los ojos de la ciudad, se abrían en las espesas murallas, anchas como calzadas, de aquel pueblo que era todo maravillosa fortaleza, dicen claro de una parte que los que hicieron tal ciudad no eran nuevos en hacerlas, ni Micenas era la primera que hacían; y cuenta que es cosa probadísima que aquellos micenios vivieron diez siglos antes de la era de Jesús. Y de otra parte, el vaso de alabastro de borde ondeado, que se parece a los vasos del Renacimiento y vino tal vez a Micenas desde Egipto; las jarras de dibujo perfecto y guarniciones graciosas y esmeradas; los ornamentos de labor finísima, que hacen contraste duro con las mascarillas de oro que cubrían el rostro de los cadáveres hallados en las tumbas y las groseras estatuas que les vigilaban el sueño; las joyas cinceladas de extraños emblemas, tales como los que se ven en los adornos de Babilonia o de Hittita, van contando a las claras, junto con un trozo de huevo de avestruz que revela comercio con África, el tráfico que los pueblos helénicos tuvieron con los pueblos padres de Egipto y el Oriente, y las raíces asiáticas y africanas de aquellas artes que al sol de Ilión se hicieron deslumbradoras y transparentes luego. Porque ver cosa griega es caer de rodillas. ¡Petrificaron el perfume, que en todos los demás pueblos se evapora! Llenas de alma armoniosa están todas las piedras de la Grecia.

La América. Nueva York, mayo de 1884.

EL *CENTURY MAGAZINE* DE MAYO

LOS INDIOS DE NORTEAMÉRICA

LA CAMPAÑA DE LOS NEZ PERCÉS

EL TRUENO QUE RUEDA EN LAS MONTAÑAS

NATHANIEL HAWTHORNE

De la barbarie de los indios hablan: fuera más justo hablar de sus virtudes y prudencia. Las tropas norteamericanas, abatidas mil veces y puestas en rota por los guerreros indios, los van acorralando, apresando, tragando.

Defienden árbol por árbol los bosques en que nacieron, y la nobleza y amargura con que al cabo se rinden a los blancos poderosos solo igualan al ímpetu con que se entran por sus filas, siguiendo con alaridos penetrantes a la manada de caballos salvajes que echan de vanguardia y escudo. Donde ponen el ojo, abren una herida. No se cubren de cotas ni cascos para guerrear, sino que se quitan las ropas, se arrojan sobre las filas enemigas, y hacen de su pecho limpio culata de sus rifles. Cráteres flameantes son sus rifles. No guerrean por apoderarse de la tierra del vecino, sino para defender la propia; y como los búfalos de sus selvas nativas, ponen en cerco, que amparan con sus cuerpos, a sus mujeres y a sus hijos. Antes de pelear, discuten. Llaman a Congreso: todos tienen palabra y voto: el que no piensa como los demás, no tiene obligación de obrar como ellos. Tienen aquellas patriarcales prácticas, y decoro, fiereza y apostura de las tribus germanas que César describe, y Tácito. El *Century* de mayo abre sus páginas con el retrato del "Trueno que Rueda en las Montañas", del valeroso, sagaz y prudente jefe de guerra de los nez percés.

¿Porqué les quitan sus valles donde nacieron, y nacieron sus hijos y sus padres? ¿Porqué les prometen al despojarlos de una feraz campiña, guardarles otra que no parece tan fértil, y apenas se descubre que lo es, los echan de ella, quebrando el tratado; y a ellos, y a sus esposas, y a sus hijuelos, los clavan a los árboles y los ametrallan si resisten? El "Trueno que Rueda en las Montañas" está ya vencido. Tiene el rostro cuadrado, y puesto sobre el cuello como una fortaleza. Cauces de río parecen las arrugas que le hienden las mejillas, y le cercan los párpados y la boca: esta, la aprieta; y habla con los tristes ojos; la frente es limpia; las cejas, montuosas; de águila joven la nariz; los labios finos; la barba lisa, firme y ancha. Cuando hablaba, que desde que lo vencieron no habla, era en sabias parábolas. Tiene símiles que tunden y arrollan como si fuesen poderoso ejército. El hombre indígena americano es a la par sensato y pintoresco.

¡Qué triste estaba el "Trueno que Rueda", la mañanita en que, previendo desastres, fue a presidir las tribus indias reunidas en consejo general en el campo de Lapwai para ver de sacar al hombre blanco del valle nativo! ¿Dónde están los pintores de América, que andan pintando mosqueteros y moros y mascarillas, y no pintan aquella gala de los ojos, que a otra ninguna histórica cede en lo graciosa y en lo épica?—Era mayo, y gran luz, y estaban las yerbas llenas de brillante rocío; y las tiendas de pieles, como panes de azúcar, sembradas por el llano; y las indias aderezando los manjares, cubriendo de abalorios sus ponchos de piel de oveja, o mondando los gruesos membrillos de las cercanías; y los indiezuelos, elegantes como palmeras, mirando atónitos a los guerreros que de todas partes al llano se entraban. ¿Y esos son los bárbaros, que

vienen a discutir, por la boca de los viejos, de los cuerdos y de los bravos, en sesiones que duran seis días, las razones de la paz y de la guerra? A caballo se vienen por hileras, cantando sus canciones dolorosas, como de pájaros sacados de sus nidos: atadas al cinto, o flotándoles por la espalda, llevan las mantas de alegres colores: los nerviosos caballos van pintados de amarillo y azul, o de rojo encendido, y sobre la frente pavonean su penacho de duras plumas de águila. Plumero de colores aprieta a las sienes la cabellera suelta de los jinetes indios, y larga cresta de plumas les baja por la espalda, cubierta de ancha lana, realzada con bordados caprichosos y con remates de flecos de cuero: calzoneras de cuero llevan unos, holgadas y viejas; y otros, más bellos acaso, las fuertes piernas desnudas, como los hermosos iberos. Por el cuello les caen hilos de garras de oso; y unos llevan brazaletes de ellas, y otros las lucen ceñidas a los tobillos. A poco estaban los caballos en suelta, el llano silencioso, en los *tepees* de pieles encerradas las familias, y el consejo, con el "Trueno que Rueda" a la cabeza, en la yerba sentado. Habla el "Trueno que Rueda", y dice que para deliberar se espere a que todos estén juntos, y aconseja que se debata por largo tiempo y ampliamente. El *tooat* trémulo, el sacerdote de cabellos grises, impreca al intérprete para que diga la verdad "en nombre de los hijos e hijos de hijos de ambos, indios y blancos". Porque los blancos andan cerca, decididos a quedarse con el valle, y en espera de lo que decida el consejo. Y se abre el debate. Ollicut, a la cabeza de los jóvenes, quiere la guerra, y el Espejo la quiere y el Pájaro Blanco; pero el "Trueno que Rueda" sabe que una millarada de buitres puede más que una paloma, y cuando la discusión se encrespa, suspende los debates, y al nuevo día, ya entibiados con la plática familiar y los consejos de la tienda, la sesión, con el blanco a las puertas, se reanuda.

¿A qué contar la historia?

En un vivero los peces grandes se nutren de los pequeños; y en la llanura fresca de Lapwai, y por los montes, y por sobre los ríos, y en los despeñaderos vecinos—aunque a veces los nez percés, forzados a la pelea con el norteamericano, suelen espantarlo y aventarlo, como el viento furioso el grano vano de las eras,—rehacen los blancos sus fuerzas mayores; detrás de los montoncillos de tierra que levantan con sus bayonetas de pala se atrincheran; caen rompiendo entrañas y acabando niños sobre el campo dormido que el "Trueno que Rueda" llama con admirable angustia a la batalla, y a los blancos resiste; hasta que al cabo, muertos todos los viejos, y los Caupolicanes jóvenes, y las mujeres a quienes amaban, y los hijos que en ellas tuvieron, el corazón enfermo y triste, y sin comida y sin ropas, el "Trueno que Rueda", con los más de los suyos, se para y se rinde. Así han ido cayendo, engañados primero con

tratados—siempre, y nunca por los indígenas, violados, —todas las tribus de los naturales.

Aquí viene a entregarse, magnánimo y hermoso, el “Trueno que Rueda”. Lentamente camina su caballo, como quien lleva un pesar. Más que de Boabdil tiene el indio de Vercingetórix. Las dos manos ha puesto sobre la poma de la silla; el rifle yace frío sobre ambas piernas, y la cabeza lleva baja; más que le cercan, le acarician, y se aprietan a él humildemente, cinco de sus guerreros, que le miran y le hablan muy quedo; pero él no ve, aunque escucha. Mas no bien llega a las tiendas de sus vencedores, yérguese sobre la montura, como si todavía tuviera dentro de sí alguien a quien domar, apéase con dignidad, se le ve estremecerse bajo su manta de lana gris agujereada por las balas, y con el brazo tendido ofrece el rifle al jefe americano.

Junto a las páginas que cuentan las hazañas, habilidad y majestuosa cordura del caudillo de los nez percés, están, palpitantes de cariño, las páginas perspicaces en que describe el hijo del genioso, profundo y sincero novelista Hawthorne los lugares de la ciudad de Salem donde nació y vivió, amado por su humildad y entre los grandes de la mente tenido como el mayor, aquel descriptor leal, veedor privilegiado, artista extremo y sentidor sutil de la naturaleza y de su espíritu: porque Hawthorne no veía, como Balzac y los noveladores de ahora, las líneas, minuciosidades y ladrillos y tejas de los lugares que copiaba; sino su alma, y lo que inspiran; y tenía una peculiar y dichosísima manera de ir acordando sus criaturas y los paisajes en que las movía, lo cual daba a todas sus novelas aquella rica vida espiritual, caliente luz y perfecto conjunto que las avalora. Que otros pintan actos, y combates de la voluntad, y dramas de pasiones; pero Hawthorne pintaba lo que en sí mismo lleva el espíritu del hombre, y nadie supo como él descubrirlo y revelarlo. Le fue dado asomarse a lo invisible.

Esos son dos de los estudios curiosos que trae el número de mayo del *Century Magazine.*

La América. Nueva York, mayo de 1884.

EL *POPOL VUH* DE LOS QUICHÉS
PÁGINAS DEL LIBRO DE JOSÉ MILLA

Si no por la originalidad de las pesquisas, ni por la novedad de sus teorías, es, entre otros méritos literarios, apreciable la Historia Antigua de Centro América, del guatemalteco don José Milla, por la imparcial y sencilla relación de

la cosmogonía indígena. Cuanto hay escrito sobre estos curiosísimos asuntos, desdeñados solo por los que no lo conocen, Milla lo ha leído con inteligencia y reproducido con sinceridad. La misma falta de opinión propia que pudiera en estas materias señalársele como un defecto, ha venido a ser una buena condición, por cuanto no oscurece ni violenta las costumbres y creencias que relata, con el afán de hacer triunfar una teoría favorecida.

Véase cómo cuenta Milla el Génesis de los quichés:

“Como la *Biblia* de los hebreos, el *Popol Vuh* de los quichés comienza con el Génesis; haciendo mención de un ‘Creador y Formador Supremo, que engendra, que da el ser’ y a quien designa con diversos nombres; tales son el de ‘Tirador con cerbatana al tlacuatzín’, y al chacal, ‘Gran Blanco Picador’, ‘Dominador’, ‘Serpiente cubierta de plumas’, ‘Corazón de los lagos’, ‘Corazón del mar’, ‘Señor del planisferio que verdea’, ‘Señor de la superficie azulada’, epítetos u atributos que parecen encerrar un sentido alegórico. Además de ese criador supremo, que podría indicar un principio monoteísta en la religión de aquellos pueblos, se menciona también a un ‘abuelo’ y a una ‘abuela’ (*Xpiyacoc* y *Xmucané*), ‘Conservador y Protectora, dos veces abuelo, dos veces abuela’”.

Esta creencia debe haber sido muy antigua entre los indios de la América Central, pues Las Casas encontró la tradición de que en los tiempos anteriores al diluvio adoraban al *abuelo* y a la *abuela;* y continuaron designando a la divinidad bajo esos nombres, hasta que, según la tradición, se les apareció una anciana que se suponía inspirada y les enseñó a llamar a Dios con otro nombre, aunque no decían cuál.

La cosmogonía de los quichés, según se encuentra expuesta en las primeras páginas del *Popol Vuh,* no carece de grandeza.

“Todo estaba suspenso, dice, todo en calma y silencioso; todo estaba inmóvil, pacífico y vacío en la inmesidad de los cielos… No había aún un solo hombre, ni un animal, ni pájaros, ni peces, ni cangrejos, ni madera, ni piedras, ni hoyos, ni barrancos, ni yerbas, ni bosques; solo el cielo existía.

”No se manifestaba aún la faz de la Tierra; solo estaba el mar tranquilo y el espacio de los cielos.

”No había cosa que formara cuerpo, que se asiera a otra, que se balanceara o que rozara, que hiciera oír un sonido en el cielo.

”No había más que inmovilidad y silencio en las tinieblas, en la noche. Solo están sobre el agua, como una luz que va creciendo, el Creador, el Formador, la Serpiente cubierta de plumas; los que engendran, los que dan el ser.

Están envueltos en verde y azul y por eso se llaman *Gucumatz*".

Hay algo de solemne y grandioso en esa oscuridad; ese silencio, esa inmovilidad de los elementos en los instantes que precedieron a la aparición de la vida sobre la faz de la Tierra.

Refiere a continuación cómo los creadores se reunieron y se consultaron acerca de la formación de los bosques y de las lianas y sobre la creación de la humanidad, y cómo apareció la luz durante aquella conferencia. Llama al Creador Supremo "Corazón del cielo" y "Huracán", personaje en quien residen tres diversas entidades, el Relámpago, el Trueno y el Rayo, formando una sola persona. Dice enseguida cómo se dio principio a la creación del universo, relación que no carece de poesía. "Se mandó a las aguas que se retiraran; *Tierra,* dijeron, y al instante se formó. Como una niebla o una nube se verificó su formación y se levantaron las grandes montañas sobre las aguas como camarones. Formáronse la tierra, los montes y las llanuras; dividióse el curso de las aguas y los arroyos se fueron a las montañas serpenteando".

"Se procedió enseguida a la creación de los animales, guardianes de las selvas; los que pueblan los montes: ciervos, pájaros, leones; serpientes, víboras y cantiles, guardianes de las lianas.

"Asignáronseles sus habitaciones; se les promulgó la ley de la multiplicación, y dotándolos de la facultad de producir ciertos sonidos (cada uno según su especie), se les ordenó glorificar al Creador e invocar su nombre.

"Visto que no acertaban sino a producir acentos inarticulados, se les condenó a ser triturados por el diente, anunciándoles que su carne sería humillada.

"Hízose enseguida un primer ensayo de formación del hombre, construyéndolo de barro; pero no sirvió. No tenía cohesión, movimiento ni fuerza. Era inepto, flojo, volvía la cara solo hacia un lado; su vista era turbia y no podía ver atrás. Dotado de lenguaje, carecía de inteligencia y pronto se deshizo en le agua, sin acertar a ponerse en pie.

"Reunido el consejo de los dioses, con el abuelo y la abuela, Xpiyacoc y Xmucané, se decidió proceder a un segundo ensayo, haciéndolo preceder de algunos sortilegios, para calcular el resultado de la nueva operación. Se fabricaron hombres de *tzité* y mujeres de *sibak* que engendraron hijos e hijas y se multiplicaron; pero les faltaba el corazón y la inteligencia y no se acordaban de su Creador. Su faz se secó, sus pies y sus manos carecían de consistencia; no tenían sangre, humedad ni grasa; no pensaban en levantar la cabeza hacia su Creador y Formador. Tales fueron los primeros hombres, que en gran número, existieron sobre la faz de la Tierra. Seres imperfectos, que no pensaban, ni

hablaban a su Creador, fueron condenados a perecer. El *Popol Vuh* hace una pintura viva y animada del cataclismo que ocasionó la destrucción de aquella primitiva raza humana.

”Se oscureció la faz de la Tierra y comenzó una lluvia tenebrosa, que no daba tregua ni de día ni de noche. Cayó una resina espesa que ahogaba a los hombres, y al mismo tiempo animales carnívoros les arrancaban los miembros y pulverizaban sus huesos y sus cartílagos. Todo se conjuró contra ellos; hasta los animales y objetos domésticos los improperaron y maldijeron. Desesperados los hombres corrían por todas partes; querían subir al techo de las casas, pero estos se desplomaban y los hacían caer; trepaban a los árboles; pero los árboles sacudían violentamente sus copas y los arrojaban a lo lejos; intentaban refugiarse en las cavernas, y las cavernas se cerraban y no les daban asilo.

”Así pereció aquella generación, de la cual quedó únicamente una especie de hombres degenerados (los monos), recuerdo perpetuo de los maniquíes que había destruido el cataclismo”.

La América. Nueva York, mayo de 1884.

DARWIN Y EL *TALMUD*
CONVERSACIÓN SOBRE CENTROAMÉRICA Y LAS HORMIGAS

Un paciente leedor de libros antiguos ha hallado en el *Talmud* pruebas numerosas de que los escritores hebreos eran perspicaces observadores de la naturaleza; y acaba de publicar una colección de escritos del libro sagrado de los judíos que demuestran que ya en aquel tiempo se tenían ideas semejantes a las que ahora pasan como novísimas, y nacidas de Darwin.

Un escritor hebreo habla muy minuciosamente de lo mucho que tiene que hacer el que la cresta del gallo esté entera en su capacidad como jefe del serrallo; y diserta sobre la pérdida visible de ánimo y vigor que se nota en las aves cuando van perdiendo aquellos ornamentos que constituyen su hermosura: así el quetzal de ahora en la América del Centro, que es fama que muere cuando se le quita la larga y tornasolada pluma que le hace de cola. Y cuando lo cautivan también muere: por eso hace el quetzal gallarda figura, como símbolo de independencia, en el escudo de Guatemala: solo que no siempre obran los pueblos en conformidad con lo que establecen sus escudos.

Salomón señaló a la hormiga como ejemplo de criaturas cuerdas e industriosas; y un observador hebreo de aquellos tiempos viejos, afirma que Salomón tuvo razón, pues la hormiga es animal que fabrica sus casas en tres

pisos y almacena sus provisiones, no en el piso más alto de la casa, donde estarían expuestas a las lluvias, ni en el piso bajo, donde podrían sufrir de la humedad, sino en el piso del medio, donde deposita todo lo que puede recoger.

Ese mismo escritor se entretiene contando que la hormiga es además muy honrada, y nunca toma lo que pertenece a sus vecinos, cuya propiedad ayuda y respeta. También esto nos trae a la memoria a un hombre de hermoso corazón, clarísimo pensamiento y notable cultura, de Centroamérica; al que sacudió al país de su apatía conventual, y lo echó a vivir como hubiera podido con un hijo, sin entristecerse grandemente el día en que la fortuna le quitó el premio de su valor, previsión y atrevimiento de las manos; al mantenedor brioso en parlamentos y batallas, del decoro y librepensamiento humanos, que de Thiers tuvo tanto que hubiera sido en Francia o compañero o rival suyo, y fatigado de la pequeñez de lo común de los hombres, se sentó al fin a ver correr la vida y murió sin entusiasmo, sin fe y sin quejas; al caudillo civil y militar de la revolución liberal que sacó, para siempre acaso, de las manos de la Compañía de Jesús y sus servidores laicos a su patria Guatemala, y a Centroamérica tal vez: a don Miguel García Granados.—Era profundo pensador, estratégico consumado, ajedrecista notabilísimo, y tan curioso en cosas de ciencia que había llegado a formar una teoría nueva fundada en muchos hechos sobre la inteligencia, dotes de administración y gobierno y lenguaje de las hormigas. Para aquella vasta mente, servida por una razón limpia y un corazón sencillo, nada había indigno del más atento estudio.

Entre aquellos hebreos de que hablábamos hubo uno, que se llamó Simon ben Chalafta, El "Experimentador", observó también mucho los hábitos de las hormigas. Un periódico de ahora, hablando de él, dice que Simon hizo, entre otros, un experimento digno de Lubbock, que los ha hecho tan buenos: —En un día muy caluroso, puso una especie de toldo sobre un hormiguero. Salió una hormiga, que iba como de centinela avanzada, vio la cubierta, y se volvió a contar el caso a sus compañeras. Asomáronse todas enseguida, visiblemente contentas de la sombra que les daba el toldo, y de cuyo recinto no salían. Pero aquí viene lo que demuestra que la naturaleza humana no es distinta de la de los demás seres vivos, en todos los cuales, como en el hombre, se mezclan a los instintos más tiernos los más injustos y feroces: quitó Simon el toldo, para ver lo que las hormigas hacían; y estas entraron en tan gran cólera que creyéndose engañadas por la hormiga centinela y que con un falso informe las había sacado a los rigores del sol, cayeron sobre ella y la dejaron muerta:—En cambio, Simon cuenta otros muchos sucesos en que se ve que la hormiga gusta de contribuir y aun de sacrificarse, al bien de sus semejantes.

El lector de libros hebreos a quien nos referíamos al comenzar estas líneas cita pasajes del *Talmud* que dejan creer que ya para entonces se tenía como diferente solo en cantidad la inteligencia del hombre y la de los demás animales.

Pero parece que el *Talmud,* después de observar mucho, había hallado que cuando se ha explicado todo lo que se ve, todavía no se sabe todo lo que se desea, ni se explica lo que no se ve y se siente, como no entendería la naturaleza del vapor, ni podría más que deducir la necesidad de su existencia, aquel que conociere solamente, aunque de un modo acabado, todas las partes de una locomotora. Así dice el *Talmud,* con más prudencia de la que debe guiar a los hombres, que tienen el derecho de investigar lo que entrevén, y de apagar la sed que les inquieta;—así dice el *Talmud:*—"No procures alcanzar lo que está demasiado alto para ti, ni penetrar lo que está fuera de tu conocimiento; ni descubrir lo que ha sido colocado más allá del dominio de tu mente. Encamina tu pensamiento hacia aquello que puedas llegar a conocer, y no te inquiete el deseo de llegar a conocer las cosas escondidas".

Pasa el positivismo como cosa nueva, sin ser más que la repetición de una época filosófica conocida en la historia de todos los pueblos: porque esa que hemos trascrito del *Talmud* no es más que la timorata doctrina positivista, que con el sano deseo de alejar a los hombres de construcciones mentales ociosas, está haciendo el daño de detener a la humanidad en medio de su camino.

Se debe poner tierra primero antes de adelantar un paso en ciencia: pero se puede hacer calzada al cielo.

El viaje humano consiste en llegar al país que llevamos descrito en nuestro interior, y que una voz constante nos promete.

Sin querer hemos llegado a este punto del extracto de la noticia de un periódico.

La América. Nueva York, mayo de 1884.

UNA FOTOGRAFÍA EN UN REVÓLVER

En días pasados la muchedumbre se agolpaba alrededor de un hombre que apuntaba tranquilamente como a cuarenta y cinco metros de distancia, a la pared de un edificio. Uno de los espectadores, creyendo que esperaba a que alguna especial persona saliese del edificio afuera para enviarle la bala del revólver, se abalanzó al hombre, que continuaba apuntando impasible.

—Qué va V. a hacer? le dijo acalorado.

—Dos vistas más: ya llevo hechas diez. Ve V.? El cañón de este revólver contiene un objetivo reticular perfectamente arreglado. La cámara del revólver

es una perfecta cámara fotográfica. Cada vez que tiro del gatillo cae al fondo de la cámara un negativo con la imagen ya impresa, y queda frente al foco.—Vea V. Aquí está su retrato, que le he hecho apuntándole al rostro mientras le he ido explicando.

El arma, que es una máquina completa de fotografía dentro de un revólver de bolsillo, es invención francesa: su autor se llama Enjalbert.

La América. Nueva York, mayo de 1884.

WENDELL PHILLIPS

Acaso recuerdan los lectores de *La América* que en el número de marzo se publicó en este periódico un artículo en que, como de pasada y muy en concreto, se reseñaba la extraordinaria y limpia vida de Wendell Phillips, el famoso orador norteamericano, que mereció bien su fama, puesto que si fueron de oro sus palabras, todavía más que de oro fueron sus hechos.—Un orador brilla por lo que habla; pero definitivamente queda por lo que hace. Si no sustenta con sus actos sus frases, aún antes de morir viene a tierra, porque ha estado de pie sobre columnas de humo.

En los Estados Unidos es famoso, como una especie de Charles Lamb para los norteamericanos, el escritor y orador George W. Curtis, por su cincelado estilo, su juicio sano, su lenguaje que no rehuye imágenes, y cierta puritánica entereza que luce aquí tanto más cuanto que ya quedan pocos que la posean. Más culto escritor y más elegante orador no lo tienen ahora los Estados Unidos, que por estas razones lo eligieron para pronunciar el elogio fúnebre de Wendell Phillips. Lo pronunció, y es como suyo: en estilo, un modelo; en espíritu, amoroso; en su crítica, justo. Tiénese el elogio como el veredicto que en los Estados Unidos pronuncian definitivamente sobre la vida del abolicionista formidable.

Como con las razas varían los criterios, y como *La América* peca más de amante que de insidiosa, hubiéramos temido, y temíamos, que nuestra apreciación de Wendell Phillips difiriese grandemente de la que en justicia hicieran de él los hombres de su propio pueblo. Pero ahora, no solo vemos con gozo que en todos sus puntos coinciden, tanto en la alabanza como en las razones que damos para algunas deficiencias del orador, el juicio de *La América* y el de George W. Curtis, sino que este caballero se sirve decirnos en carta bondadosa: “Me es sumamente agradable ver que en nada difieren la apreciación de Vd. y la mía sobre el gran orador”.

La América. Nueva York, mayo de 1884.

LA NUEVA BOLSA DE GRANOS EN NEW YORK

Los Estados Unidos son país de tamaño, que es la cualidad verdaderamente peculiar que los distingue; y la bolsa nueva de granos, no solo es obra de tamaño magna sino que tiene el singular mérito de haber sido construida en analogía con su objeto, de lo que le viene natural hermosura. Es el espíritu de la arquitectura, que da a esta vida y gracia: la adecuación del edificio o monumento a su objeto. Esa es la elocuencia de la piedra.

No estará de más, pues, dar aquí las dimensiones de la Bolsa: por un frente tiene 307 pies y medio; por otro, que es el principal, 150; y la gran torre cuadrada, que parece como que vigila a la ciudad, y la anuncia y la lleva a las alturas, mide 40 por 70 pies y tiene 200 pies de alto.

De superficie no tiene menos todo el espacio que siete acres y medio.

La América. Nueva York, mayo de 1884.

DEVOE & CO.

FÁBRICA DE COLORES E INSTRUMENTOS DE ARTE E INGENIERÍA

DE DEVOE & CO

LA CALLE DE FULTON POR LA MAÑANA

EL DESPACHO DE DEVOE

CÓMO SE FABRICAN LOS COLORES, Y SE EVITAN LOS RIESGOS

DE SU FABRICACIÓN

No hay en New York calle más concurrida por la mañana que la calle de Fulton. Son las horas de comisión, como aquí se llaman a las de la ida al trabajo y vuelta de él. Los vapores de Brooklyn van vaciando en el muelle de Fulton la muchedumbre de comerciantes, dependientes, obreros que trabajan en New York, y por la baratura de los alquileres de casas viven en Brooklyn. Por la mañana las aceras son como dos interminables serpientes negras, que van con movimiento regular e incesante a dar en Broadway, y de las que se desprenden corrientes menores que se entran por las calles de negocios de las cercanías. Por la tarde las dos serpientes vuelven de Broadway a Brooklyn.

A veces parece como que ha tropezado con algún obstáculo el hilo de gente. Es que un grupo se detiene atraído por los ricos mostradores, o alguna

vidriera llena de grabados, o alguna novedad sacada a la venta. Entre esas hermosas tiendas, de estatuillas de tierra cocida una, de objetos de caucho la otra, otra de ropas, de tarjetas de colores, de ropa hecha y sombreros baratos, hay un establecimiento majestuoso, donde se venden los productos elaborados en los talleres que representa el cuadro de láminas de nuestra primera página. Templos del comercio parecen esas casas como la de Devoe & Co.—En espaciosísimas ventanas, grande cada una como una alcoba, están de artística manera agrupados los colores de la casa y todos los materiales de arte que en la casa se fabrican. Sobre un montón de pinceles cuelga un torso de Miguel Ángel; de entre cajas de pinturas, surge un busto de Longfellow; un dibujo de Rafael pende de una de las tablas de cristal en que, quebrándose en luces, se enseñan los vivos colores que Devoe & Co. manufacturan. Siempre ofrecen algo nuevo al público esos infatigables industriales: siempre está el público aglomerado frente a sus ventanas.—El grabado del centro de la página enseña una esquina de la oficina de ventas de la fábrica en la calle de Fulton.

La fabricación de colores en los Estados Unidos

Esa industria de la fabricación de colores y materiales para artistas ha alcanzado legítimo y gran desarrollo en los Estados Unidos, y la casa de Devoe ha contribuido acaso a él, con la originalidad y perfección de sus productos, más que otra alguna. No hay cosa del ramo que esa casa no fabrique: colores de todas clases, ya secos, ya molidos en aceite y agua, ya en pulpa, ya mezclados, ya preparados para pintar carros, carruajes y vagones. En todo género de envases y tamaños tienen finas pinturas. Un pintor puede entrar en casa de Devoe sin más que su talento, y salir, desde el lienzo hasta el barniz, provisto de todo lo que necesita para montar un rico estudio. Venden también todos los instrumentos de Matemáticas e Ingeniería que de cualquier manera se relacionan con las artes. Los ingenieros de Venezuela que envían a buscar casi todos sus útiles a New York, harían bien en proveerse de ellos en la casa de Devoe.

Mucho ha cambiado la manufactura de algunos colores, especialmente desde la introducción de los compuestos de anilina; pero en un largo período no ha sufrido cambio la del albayalde y blanco de zinc que forma la base de muchos de los colores. Antes los Estados Unidos importaban todo el albayalde, y ahora lo fabrican. El blanco de zinc se trae todavía del extranjero: el mejor es el que llaman de la “Vieille Montagne” y ese es el que usan Devoe & Co. El importado, como está hecho del metal, es mucho mejor que el americano, sacado directamente del mineral. La casa de Devoe no pone su etiqueta sino a lo que es verdaderamente suyo, y es lo que se anuncia que es. El albayalde y el blanco de

zinc se adulteran mucho, para hacer los colores baratos, con cal, baritinas y otras sustancias.

Los colores químicos

Mucha química se necesita saber para fabricar buenos colores. Los colores obtenidos por la química, tales como el verde y el amarillo de cromo, el bermellón y el azul de Prusia no son muy durables cuando están expuestos al aire, agua o luz; pero es posible poner en su preparación ciertas sustancias que ayuden a su firmeza. Ya al azul que se hacía de lapislázuli ha sucedido por su mayor baratura el azul artificial: el azul ultramarino es un color durable; pero al mezclarlo con albayalde, preciso es asegurarse de que el plomo es puro porque el adulterado con baritinas es muy dañoso, y hace que el azul se descolore pronto. La duración de los colores depende mucho de la materia a que se aplican, el lugar más o menos resguardado en que lo pintado quede, y las sustancias usadas en mezclarlo: si se le mezcla con barniz en vez de aceite, es un color permanente. Han discutido mucho los pintores sobre si el albayalde es más conveniente que el blanco de zinc; y hoy ya parece determinado que para pintar interiores, y cosas no expuestas al aire, el blanco de zinc es mejor, y que el blanco preferible para las expuestas, es una mezcla de albayalde y blanco de zinc, en partes casi iguales. Los médicos denuncian rudamente el albayalde, por lo dañoso que es a los que lo elaboran y a los pintores que lo emplean.

En la fábrica de Devoe se comienza a trabajar cada producto desde la materia prima, y con artístico cuidado se le va haciendo pasar por todos sus estados. Toda vigilancia es poca en el examen y reconocimiento químico de los colores, cuya tarea está a cargo en los talleres de Devoe de un hombre notable en su profesión, y provisto de honrosos títulos, Mr. Isaac Wyman Drummond. La permanencia de los colores en las pinturas secundarias o mezcladas, depende de la relación química de los colores y elementos empleados. Por varias combinaciones se producen esos colores secundarios, y la regla es usar el número menor de colores posible para asegurar el matiz deseado. Jamás podría, por hábil que fuese, un solo operario, conseguir las brillantes y excelentes variedades que se obtienen por el empleo de diferentes expertos en estas hábiles combinaciones químicas.

Catorce grabados están agrupados en nuestra primera página, y cada uno de ellos representa un departamento de los talleres de Devoe. El primero de los tres que ocupan la parte alta de la lámina, enseña el lugar donde se mezclan y muelen los colores para las pinturas usuales; y en el que está a su lado se ve como se preparan en tubillos de latón las pinturas concentradas y superiores que

usan los artistas. No habrá acaso novedad en estos departamentos, que en todas partes son iguales; pero allí saltan a la vista las ventajas de una manufactura bien surtida para hacer estas labores, y cuán fácil es el trabajo con abundante fuerza motriz y los aparatos más perfectos. Allí pesan y miden con esmero las partículas de una y otra sustancia antes de ponerlas en junto en los aparatos de que sale al fin la pintura hecha. Allí un pesado trozo de granito desmenuza sobre un disco de cristal los colores finísimos que han de vaciar luego sobre sus paletas los artistas. La salud pública debe mucho a las buenas fábricas de pinturas. El moler y mezclar los colores en las fábricas ahorra la gran cantidad de enfermedades y envenenamientos que en tiempos pasados originaba la costumbre de componer los colores en polvo, el cual se entraba por la piel y se iba con la respiración a los pulmones, cuando no pasaba directamente a la sangre por alguna rasgadura del cutis, de lo que venía que muriesen en edad temprana muchísimos pintores. Ahora todos esos trabajos se hacen en la manufactura, donde para todos ellos se construyen salones higiénicos en que se observan sin esfuerzo las precauciones necesarias para que se trabajen sin peligro los colores.

En el penúltimo grabado de la izquierda se ve como se pulverizan los colores secos, por medio de aparatos poderosos, después de haber pasado los trozos mayores por un triturador y molídolos entre pesadas piedras de un modo semejante al que se usa para moler la harina.

El último grabado, que del lado del anterior remata la página, deja ver una de las operaciones más importantes de la manufactura: la molienda del albayalde y el blanco de zinc. Se echa el plomo o el zinc con la cantidad de aceite necesaria, en un molino provisto de un orificio circular en una plancha como de seis pies de diámetro, sobre la cual va girando una piedra de un diámetro igual, y ocho pulgadas de superficie, hasta que el aceite y el plomo o zinc se han mezclado perfectamente. De allí va la mezcla al piso de abajo por unos tubos, que la depositan entre recias muelas, de las cuales sale al fin lentamente en una pasta espesa, muy fría y uniforme.

Pinturas preparadas

La fábrica de Devoe vende grandes cantidades de pinturas ya preparadas para casas. Algunas no están más que molidas en aceite en pasta, y el pintor las adelgaza y seca como quiere; pero la mayor parte de los compradores, que saben que la fábrica hace muy bien esas pinturas, las compran ya enteramente dispuestas para uso.

En el grabado que lleva al pie la palabra *Vermilion* se ve como se elabora

el bermellón, lo cual requiere un local espacioso. Se hace principalmente el bermellón con carbonato de plomo y bicromato de potasa, que puestos en agua se dejan reposar en anchos tanques; y el sedimento se pone luego a enjugar en secadoras, sobre las cuales están unos trozos de cal que recogen las últimas humedades de los panes imperfectos que se sacan de los tanques. El bermellón de Devoe es notable porque no se emparda ni ennegrece, sino que se conserva siempre brillante, aun cuando esté expuesto al aire y al sol.

Entre los pintores son colores privilegiados el ámbar y la siena, el pardo de Van Dick y el negro de marfil. Para este, la fábrica compra de los que hacen bolas de billar y cosas semejantes, los trozos de marfil, y los quema y muele, para venderlos luego en polvo o en pastillas. Los otros tres colores los importan por centenares de toneladas, y queman y muelen con especial esmero.

Muchos celebran el vivo color verde de que están pintadas en New York, generalmente, las persianas, y no saben que ese es el color que con el nombre de *Park Lawn Green* (Verde de pradera) elabora la casa de Devoe, en competencia con el verde de París. De ese color pintan mucho las máquinas e instrumentos de agricultura; y hacen otro verde que llaman de hoja de clavo *Clover Leaf Green* muy fuerte y brillante, y que protege mucho.

Sus colores para carros, coches y vagones son tan excelentes, y elaborados con tanta variedad y abundancia, que la firma recibió por ellos una medalla de oro en la Exposición de Artículos de Ferrocarril que se celebró en Chicago el año pasado y de que a su tiempo dio cuenta *La América.*

No es de poca importancia el taller de hojalatería, donde se hacen todos los artículos de este género que se usan para guardar y llevar los colores. Las máquinas son perfectas; y los modelos sólidos.

En el taller de brochas y pinceles se hacen cuantos se conocen en el tráfico y para toda clase de obra, desde el pincel delicado del que delinea una cabeza de niño hasta la ancha brocha que usa el barnizador de carruajes. Son de admirar en los obreros de este departamento, la destreza con que juntan las hebras de los pinceles y las igualan, y la facilidad con que conocen y separan los hilos demasiado gruesos o finos o abiertos en la punta, y vuelven los que han salido de cabeza que deben ir en la raíz de la brocha. Recuerda aquello un poco a los cigarreros por lo diestros, y a los tapiceros de los Gobelinos, porque cerca de cada mesa hay un molde de la obra que trabajan.

Otro departamento notable es el de la preparación de lienzos para cuadros. La tela es del mejor hilo inglés, especialmente preparado, que repasan hebra a hebra en cada lienzo los obreros, y luego lo van cubriendo de capas sucesivas de plomo y de relleno, hasta que queda una superficie suave, firme y

permanente.

Se relacionan tanto con las artes las matemáticas y la ingeniería, que de uno en otro instrumento la casa de Devoe ha venido a establecer un rico taller donde se construyen todos los objetos y aparatos que puedan necesitar los matemáticos, agrimensores e ingenieros. Los teodolitos tránsitos, y niveles de Devoe están aprobados y usados por la Vigilancia de Costas de los Estados Unidos. Del taller de Devoe salen triángulos, cuadrados, compases, pantógrafos, todo en fin, cuanto la agrimensura e ingeniería requieren.

Los grabados de la derecha de la página representan diversas operaciones en la fabricación de barnices y esmaltes. Como de treinta resinas o gomas diferentes se hace barniz, tales como ámbar, copal, *cowrie, anme,* y resina común. Y hay lacres naturales y acates que se resinan; pero los barnices de aceite propios consisten en una combinación íntima de un aceite secante con una resina fundida, que se endurece por la oxidación del aire. Hay otros barnices en que la solución de la resina está mantenida por un líquido volátil que, una vez evaporado, deja una capa vidriosa en la superficie barnizada.—El aceite de linaza es muy secante; y este es el usado por Devoe, y el más apreciado. Se le busca nuevo y fresco, y se le clarifica y deja asentar antes de usarlo. Haciéndolo hervir se volatilizan los compuestos grasosos del aceite, glicerina, palmitina, etc. Cada barniz o esmalte requiere un método distinto, y su preparación exige gente muy avisada y experta. Puede asegurarse que no hay en el mercado barnices más afamados, con justicia, que los de Devoe.

Naturalmente, para todos esos trabajos la fábrica necesita un local muy extenso. El hermoso edificio de la calle de Fulton no es más que el despacho de la fábrica; pero la fábrica misma tiene 200 pies a Horatio Street y 175 a Jane Street, y ocupa un espacio como de cuatro acres.

Atiende hoy a la manufactura el mismo sr. Drummond que está presidiéndola desde 1856: de las ventas cuidan Frederick W. Devoe y J. Seaver Page. Y en Chicago tienen una casa sucursal.

La casa de Devoe, ya muy rica y conocida, está en camino de ser una de las instituciones industriales de los Estados Unidos. Los compradores de nuestros países harán bien en tenerla presente.

La América. Nueva York, junio de 1884.

LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS DE HONDURAS
NECESIDAD DE ESCUELAS Y ESTACIONES AGRÍCOLAS
Y DE MAESTROS AMBULANTES

Honduras tiene ya su escuela de arte y oficios.

Honduras es un pueblo generoso y simpático, en que se debe tener fe. Sus pastores hablan como académicos. Sus mujeres son afectuosas y puras. En sus espíritus hay sustancia volcánica. Ha habido en Honduras revoluciones nacidas de conflictos más o menos visibles entre los enamorados de un estado político superior al que naturalmente produce el estado social, y los apetitos feudales que de manera natural se encienden en países que a pesar de la capital universitaria enclavada en ellos, son todavía patriarcales y rudimentarios.

Pero los ojos de los hombres, una vez abiertos, no se cierran. Los mismos padecimientos por el logro de la libertad encariñan más con ella; y el reposo mismo que da el mando tiránico permite que a su sombra se acendren y fortalezcan los espíritus. Ni ha sufrido Honduras mucho de tiranos, por tener sus hijos de la naturaleza, con una natural sensatez que ha de acelerar su bienestar definitivo, cierto indómito brío, que no les deja acomodarse a un freno demasiado rudo.

Allí, como en todas partes, el problema está en sembrar. La Escuela de artes y oficios, es invención muy buena; pero solo puede tenerse una, y para hacer todo un pueblo nuevo no basta. La enseñanza de la agricultura es aún más urgente; pero no en escuelas técnicas, sino en estaciones de cultivo; donde no se describan las partes del arado, sino delante de él y manejándolo; y no se explique en fórmula sobre la pizarra la composición de los terrenos, sino en las capas mismas de tierra; y no se entibie la atención de los alumnos con meras reglas técnicas de cultivo, rígidas como las letras de plomo con que se han impreso; sino que se les entretenga con las curiosidades, deseos, sorpresas y experiencias que son sabroso pago y animado premio de los que se dedican por sí mismos a la agricultura.

Quien quiera pueblo, ha de habituar a los hombres a crear.

Y quien crea, se respeta y se ve como una fuerza de la naturaleza, a la que atentar o privar de su albedrío fuera ilícito.

Una semilla que se siembra no es solo la semilla de una planta, sino la semilla de la dignidad.

La independencia de los pueblos y su buen gobierno vienen solo cuando sus habitantes deben su subsistencia a un trabajo que no está a la merced de un regalador de puestos públicos, que los quita como los da y tiene siempre en susto, cuando no contra él armados en guerra, a los que viven de él. Esa es gente libre en el nombre; pero, en lo interior, ya antes de morir, enteramente muerta.

La gente de peso y previsión de esos países nuestros, ha de trabajar sin descanso por el establecimiento inmediato de estaciones prácticas de agricultura, y de un cuerpo de maestros viajeros, que vayan por los campos enseñando a los labriegos y aldeanos las cosas de alma, gobierno y tierra que necesitan saber.

La América. Nueva York, junio de 1884.

REUNIÓN PRÓXIMA DE LA BRITISH ASSOCIATION
ASUNTOS DE ANTROPOLOGÍA AMERICANA

La asociación científica que ha alcanzado fama con el nombre de *British Association,* tiene una de sus secciones consagrada al estudio de Antropología; y como en nuestros países latinos, que abundan tanto en gente ilustre desconocida que en lugar y atmósfera apropiadas brillarían con luz poderosísima, hay conocedores de estas cosas que de seguro no van en zaga a los más letrados de la asociación británica, es oportuno decir que la próxima sesión del grupo de Antropología se celebrará en Montreal, y no se tratarán en ella más que asuntos americanos, sobre los que habrá discusión larga. Por cierto que un caballero distinguido de nuestros países, que acaba de presidir una república, está escribiendo un libro de historia primitiva americana, que en muchos puntos se roza con lo que va a discutirse en la sesión de Montreal.

No diremos el nombre del ex presidente, que sobre la que lleva en su mente, ha comprado ya una rica librería de obras sobre América; sino los asuntos de debate en la sesión, que serán estos:

Las razas nativas de América, sus caracteres físicos y su origen.

La civilización de América antes del tiempo de Colón, con especial estudio de las relaciones primitivas de América con el antiguo continente.

Arqueología de Norteamérica: cuevas, habitaciones y aldeas: arquitectura de piedra de México y Centroamérica.

Lenguas nativas de América.

Colonización europea y sus efectos en las tribus aborígenes.

En julio próximo es la sesión, y en Canadá la celebran por ser tierra rica en reliquias y pruebas visibles de los asuntos cuyo estudio intentan.

Bien harían los gobiernos de Centroamérica en ofrecer una de sus capitales cercanas, a tanta ruina maravillosa, para la reunión del próximo congreso de algunas de las sociedades que en investigar la historia de América se ocupan.

La América. Nueva York, junio de 1884.

UNA DISTRIBUCIÓN DE DIPLOMAS EN UN COLEGIO DE LOS ESTADOS UNIDOS
BACHILLERES NORTEAMERICANOS Y SUS DISCURSOS
QUIENES ERAN ESOS BACHILLERES

Estamos en un colegio afamado de los Estados Unidos, en día de grados. Treinta son los alumnos favorecidos, y lucen en las manos sus diplomas, atados con cintas verdes, azules y encarnadas. Los aprietan con gozo, como si apretaran las llaves de la vida. De allí saldrán a verter luz, a mejorar ignorantes, a aquietar, elevar y dirigir: es grande la palabra francesa: “elevar” por educar. Los que han vivido, ven con tristeza a los que comienzan a vivir: y echar los colegiales a la vida parece como cortar las alas a los pájaros: lleno se ve el suelo de alas blancas. Pero la vida, que consume fuerzas, exige, para reparar el nivel, que periódicamente le entren por sus venas cansadas fuerzas nuevas. El candor y el empuje de los colegiales reaniman, aun cuando no se les sienta, la esperanza, la honradez y la fe públicas, tal como las aguas generosas de las nuevas lluvias bajan cargadas de las flores y yerbas fragantes de los montes vírgenes, a enriquecer con sus caudales la empobrecida corriente de los ríos.

Abre la sesión un pastor protestante: en los Estados Unidos, toda ceremonia, privada o pública, de gozo o de tristeza, bien sea fiesta de colegio, bien sea Congreso de delegados de un partido político, empieza con plegaria: el pastor, vestido de negro, alza los ojos al cielo e impreca sus plácemes; los oyentes, sentados en sus bancos, se cubren con la manos el rostro, que apoyan sobre el respaldo del banco vecino. Y aquella plegaria espontánea de hombres libres, vibra. Después, con las querellas de iglesia, la virtud de la plegaria desmerece. Una iglesia sin credo dogmático, sino con ese grande y firme credo que la majestad del Universo y la del alma buena e inmortal inspiran ¡qué gran iglesia fuera! ¡y cómo dignificaría a la religión desacreditada! ¡y cómo contribuiría a mantener encendido el espíritu en estos tiempos ansiosos y enmonedados! ¡y cómo juntaría a todos los hombres, enamorados de lo maravilloso y necesitados de tratarlo, pero que no conciben que pueda haber creado en el hombre facultades inarmónicas la naturaleza que es toda armonía, ni quieren pagar a precio de su razón y libertad el trato con lo maravilloso!

Estamos en el colegio afamado. Acabada la plegaria, sube a la tribuna uno de los alumnos graduandos. Y tras él otro, y otro tras él. Hablan de cosas

hondas en lenguaje macizo. No repiten de memoria las pruebas de la redondez de la tierra; ni disertan en párrafos balmescos sobre la capacidad y calificación del conocer; ni dicen de coro los nombres antiguos de las ensenadas, remansos y recodos de la histórica Grecia, como en nuestros tiempos nos hacían decir, con gran satisfacción de padres y maestros, que de muy poco en verdad se satisfacen: porque el plumaje gana colores con todos esos utilísimos conocimientos; pero el seso no queda aprovechado, ni la vida en que se ha de bracear enseñada, ni la manera de timonear por ella y precaverse contra sus angustias. En los colegios no se abre apenas el libro que en ellos debiera estar siempre abierto: el de la vida.

No hablan de esas oquedades los alumnos del colegio en que estamos, sino que se entran en su discurso por las más severas cuestiones del momento y por otras de física y psicología, momentosas siempre. Sus discursos no vuelan como las hojas, ni como tantos discursos, sino que pesan, como rama bien frutada: Y eso que no estamos entre doctores, sino entre meros bachilleres. Uno lee un estudio sobre la imaginación en las matemáticas, y dice que aquella tiene en las construcciones de esta tanta parte como en las concepciones dolorosas y lumíneas de la poesía, y que para escribir el *Paraíso perdido,* no se necesitó más poder de imaginar que para establecer los principios fundamentales de las secciones cónicas. Examina otro las razones del dañoso influjo de la ignorante inmigración irlandesa en las ciudades, donde con su número sofocan el voto y se lo adueñan, sin que por su hábito de no reunirse más que con gente de su terruño, y por no ser la idealidad elemento singular de su naturaleza, ascienda en ellos la cultura a la par con su influencia y autoridad de sufragantes en el pueblo que los recibe como a hijos. Crían por las lomas de los suburbios los irlandeses, gansos, patos y chivos, e hijos descalzos, que de sus padres encervezados y de sus madres harapientas y del sórdido cura de la parroquia, no pueden sacar modelos para mejor vida, sino que en cuerpo y espíritu salen de sus chozas de mala madera, depauperados: y como la inmigración de Irlanda a New York es tan cuantiosa, sucede que de veras está gravísimamente amenazada de miseria mental y moral la gran ciudad. Los alemanes la remediarían, si no fueran tan dados al goce de sí propios y tan desentendidos del bien ajeno. Se ve que son mal cimiento de un pueblo formidable el abrutamiento y el egoísmo. Y hay escuelas por cierto; pero en los hijos de irlandeses, lo que la escuela cría, el chivo se lo come. El hijo del alemán, como que el padre suele abrirse camino y no vive en comunidad tan ruin, aprovecha sus libros; sobre que el alemán es hombre de su casa, y trabajador, lo que sin esfuerzo va dando buenos hábitos a los hijos. Y esto no lo decía el discurso del graduando, pero

decía otras cosas excelentes.

Otro joven bachiller asalta la tribuna y lee... ¿pero qué lee, que todos lo aplauden? Pues nada menos que un estudio en que se defiende el derecho y capacidad de los egipcios para gobernar su propia tierra, y se acusa de mera máscara de la ambición inglesa ese pretexto indecoroso con que, como el boa a la paloma, viene desde hace años enroscándose sobre el Egipto; el pretexto de que unos ambiciosos que saben latín tienen derecho natural de robar su tierra a unos africanos que hablan árabe; el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea: como si cabeza por cabeza, y corazón por corazón, valiera más un estrujador de irlandeses o un cañoneador de cipayos, que uno de esos prudentes, amorosos y desinteresados árabes que sin escarmentar por la derrota o amilanarse ante el número, defienden la tierra patria, con la esperanza en Alá, en cada mano una lanza y una pistola entre los dientes. Pero como la libertad vive de respeto, y la razón se nutre en la controversia, edúcase aquí a los jóvenes en la viril y salvadora práctica de decir sin miedo lo que piensan, y oír sin ira y sin mala sospecha lo que piensan otros: de modo que no bien cesan las palmas con que acogemos todos al mantenedor del decoro humano, ya está en la tribuna un bachiller defendiendo el buen derecho de Inglaterra a poner definitivamente mano sobre la gente abandonada del Egipto, y a cogérselo brazada a brazada, como han cogido los Estados Unidos el territorio de los indios.

Otro graduando ensalza el sistema de instrucción pública de Norteamérica y dice que en la homogeneidad de los nuevos ciudadanos se prueba que aquel modo de enseñar es digno de un pueblo fuerte; pero el graduando vecino se levanta, depreca el sistema en uso, y dice que no hay mayor fracaso, porque las escuelas enseñan a los niños para hijos de rico, que han de vivir de herencia y no de sus labores, y porque apenas hay pueblos en que los niños a los quince años, tengan al salir de la escuela instrucción más deficiente y rudimentaria: deletrear, escribir y contar saben; pero ni se les ha abierto el apetito de saber, ni se les ve poseídos de aquella noción y simpatía humanas sin las cuales se truecan los hombres en esa criatura vacía, dañina y horrenda: el egoísta.

Bachiller muy joven, y que se lleva todas las miradas, es ese que cuenta en seguida, no sin histórico estilo y buena crítica, la vida de las dos Isabeles: la odiosa de Inglaterra y la grande de España. Maestro en ciencia parece el que le

sucede en el discurso, y con argumentos ingeniosos y frase pintoresca niega que vayan a la par las fuerzas vitales y las físicas, y que estas puedan alcanzar jamás la potencia original de la creación, que solo reside en la voluntad colosal desconocida:—“la química, dice el bachiller, ha podido fabricar huevos; pero no empollarlos”. Y el graduando que cierra estos animados ejercicios, perora, con ternura exquisita, apretado lenguaje y profunda visión, sobre la sana y triste filosofía de George Elliot, la noble y desventurada novelista inglesa, nueva estoica, para quien la vida se puso toda, como siempre para las almas excelsas, en una copa amarga, que bebió ella hasta las heces, porque no quedara nada que beber a los demás; sin que los vapores de la propia amargura, que a tantos nublan los ojos, se los enturbiasen, para ver cuánto elemento de sólida ventura hay en la conciencia bien educada y en la naturaleza. De todo lo vivo se desprende una justicia definitiva y universal que asegura la próxima compensación de las desigualdades e injusticias de la tierra. La conciencia valerosa, empinada entre los hombres como un gigante invicto entre liliputienses, alienta y acaricia.

Y todavía no hemos dicho, y lo callábamos de intento, que esos bachilleres tan gallardos, que con tal maestría andan por las entrañas de un carácter y repintan imperios pasados, y enarbolan la bandera de los hombres libres, y balancean el cuerpo y alma de la naturaleza, eran mujeres. Niñas de dieciocho a veinte años, eran las graduandas de este año en el colegio de Vassar.

¡Oh! el día que la mujer no sea frívola ¡cuán venturoso será el hombre! ¡cómo, de mero plato de carnes fragantes, se trocará en urna de espíritu, a que tendrán los hombres puestos siempre los labios ansiosos! ¡Oh! qué día aquel en que la razón no tenga que andar divorciada del amor natural a la hermosura! ¡aquel en que por el dolor de ver vacío el vaso que se imaginó lleno de espíritu, no haya de irse febril y desesperado, en busca de alma bella, de un vaso a otro! ¡Oh qué día, aquel en que no se tenga que desdeñar lo que se ama! marisabidillas secas no han de ser por esto las mujeres; como los hombres que saben no son por el hecho de saber, pepisabidillos. Hágase entre ellas tan común la instrucción, que no se note la que la posea, ni ella misma lo note: y entonces se quedará en casa la fatiga de amor.

Que cuando el hombre haya menester de quien le entienda su dolor, le admire su virtud o le estimule el juicio, no tenga que ir a buscarlo, como sucede ahora, fuera de su casa. Que no sean la compasión, el deber y el hábito lo que a su esposa lo tengan unidos; sino una inefable compenetración de espíritu, que no quiere decir servil acatamiento de un cónyuge a las opiniones del otro: antes está ese sabroso apretamiento de las almas en que sean semejantes sus

opiniones, capacidades y alimentos, aun cuando sus pareceres sean distintos. Crece el esposo con los merecimientos de la esposa; y esta, con ellos, echa raíces en él.—Lo cual es bueno: el único placer que excusa la vida dolorosa, y la perfuma, levanta y fortifica, es el de sentir que, como un árbol en la tierra, se han echado raíces en un alma caliente y amante.

Los pueblos necesitan además, como las aguas, de nivel. Cada nación requiere, si ha de salvarse, cierta porción de intelectualidad y elementos femeninos: y aún como no se da hijo sin padre y sin madre, así no se da pueblo sin la comunión afortunada de los elementos viriles y femeniles del espíritu.—Los pueblos mueren de hipertrofia de fuerza, que los ensoberbece, ofusca y embriaga, y causa dolores y trastornos sin cuento con su propio exceso, lo mismo que de hipertrofia de sentimiento y arte, que los afloja y ahembra.—Las condiciones espirituales tienen su higiene, lo mismo que las físicas; y de una condición se ha de reposar en otra, que la modere y molifique.—De la fuerza se ha de descansar en la ternura.—A más de esta necesidad de femeneidad en la vida de la nación, existe en los pueblos dados a la fatiga, la labor nerviosa, y el ansia de la riqueza, urgencia grande de balancear con la educación de la mujer, que lleva a la vida de la nación sensibilidad y semilla de intelecto, la escasez en que naturalmente quedan estas condiciones por la consagración casi exclusiva de la mayoría nacional a las batallas, emociones y goces de la posesión de la fortuna.—Como estrellas viajeras, a derramar luz suave e iluminar lo sombrío, se vierten cada año por el país esos bachilleres de cabellos largos y armoniosas formas: de vergüenza de no parecerse a ellas, se mejoran los gañanes de la riqueza que las cortejan y desean: su contacto, ejemplo y enseñanzas, dulcifican y espiritualizan la existencia en torno suyo.—Y así como se gusta mejor el vino bueno en copa bien labrada, o de cristal delgado y limpio, así se recibe con mayor mansedumbre, placer y provecho el influjo del espíritu, de una mujer culta y hermosa.

La América. Nueva York, junio de 1884.

EL LIBRO MONUMENTAL DE BANCROFT

HISTORIA DE LOS ESTADOS DEL PACÍFICO

EL ÚLTIMO TOMO: HISTORIA DE LA NUEVA CALIFORNIA

Ya tiene fama universal el libro americano que con el título de *The History of the Pacific States,* está publicando Hubert H. Bancroft.—Se sabe que tiene una biblioteca casi tan rica como lo fue en un tiempo la de Alexandría: que emplea en

su libro, que él en parte escribe y en todas revisa, un número considerable de buscadores de hechos y edecanes. Dirige Bancroft su *Historia de los Estados del Pacífico* como un general en jefe dirige una batalla. Lo cierto es que ha reunido tanto libro y manuscrito sobre América, y revelado tanto nuevo, y recordado tanto hecho interesante y minucioso, que no habría otro intelectual que por sí solo hubiera podido poner en libro tanta masa. Él ha ideado su plan: ha trazado su edificio: dibuja sus entradas y salidas, y las columnas que han de sustentarlo; y mientras perfila y remata lo acabado, y echa abajo una parte imperfecta para rehacerla mejor, y pone la frase maestra y la deducción racional donde el colector solo ha amontonado datos, los trabajadores de segunda mano, algunos de los cuales la tienen muy buena, le fabrican la masa de la obra.—Así van publicados ya, en lenguaje sencillo y sin el desconcierto, contradicción y fealdad artística que fueran fáciles en libro de tal tamaño mal dirigido, unos trece volúmenes de esta historia que desde su base misma fue ya un monumento: Porque antes de ponerse a escribirla, Bancroft había gastado de su bolsa unos seiscientos mil pesos en libros, manuscritos, jeroglíficos y compiladores que se los ponían en orden.

Acaba de publicarse el volumen décimotercero, que trata del descubrimiento y primera tentativa de población de la Nueva California. Bancroft es de aquellos estados, que, como no han dado mucha gente de letras, celebran y miman al que con un solo libro atrae sobre California la curiosidad y el aplauso. Y Bancroft ha querido pagar este cariño y satisfacer su amor de hijo tratando con homérica minuciosidad los más sencillos detalles de la primitiva vida californiana. Que tiene poco que contar: porque ni los aztecas, a pesar de ser gente trabajadora y buscona, dieron con las minas de oro y plata de aquella rica porción del continente; ni los españoles, que eran menos que las minas de México, parecían tener en cuenta el maravilloso territorio. De España les decían que era sabido lo muy valioso de aquellas tierras, y que debían poblarlas; pero ya los señores castellanos de esta parte del mar estaban más para gozar lo que habían conquistado sus mayores, y vivir de la labor de los indios, que para obedecer a reyes e intentar hazañas nuevas.

El explorador Cabrillo anduvo por California en 1542 y 1543: Sir Francis Drake la visitó, asombrado de tanta natural riqueza, en 1579; en 84 del mismo siglo Gali, Carmenor en el 95 y Vizcaíno a fin, que fue quien dijo más, en 1602 y 1603. Pero pobladores españoles no vino a tenerlos California hasta 1769; y tan poco hicieron y con tal desmayo la poblaron, que al comenzar este siglo, la que luego se ha levantado en unos cuantos años a poderío y fortuna que parecen un colosal sueño de piedra, era una pobre tierruca olvidada con unos cuantos frailes,

guardacostas e indios.

La América. Nueva York, junio de 1884.

LA PATAGONIA

A curiosas hipótesis ha dado origen la etimología de la palabra Patagonia. En una reseña que *La Nación* de Buenos Aires hace de una conferencia del Dr. Carlos Spegazzini, que acaba de andar por aquellas tierras y estudiarlas, leemos que el viajero explica de este modo el origen de la palabra: En patagón, los números de cien en adelante pertenecen al quichua. Luego aquel pueblo tuvo vinculaciones con los quichuas, o más fácilmente, se hallaron bajo la dominación de estos. Ahora bien, los incas imponían a cada tribu la obligación de dar cien hombres de armas, constituyendo así centurias como en tiempo de los romanos.

La palabra cien, dícese en quichua *patac.*

Los patagones llámanse *oaniken. Patac oaniken* sería pues centuria de *oaniken.*

Aunque reconociendo el conferenciante que tal etimología era hipotética y no podía imponerse como única, suponía que aquel *patac oaniken,* corrompiéndose había llegado a componer la palabra Patagonia.

El carácter de los patagones pareció al conferenciante dulce y benigno. "Son hospitalarios, dice, pacíficos y poco sanguinarios; pero en sus odios son tenaces y no perdonan jamás".

Describió un delicioso instrumento patagón al cual tienen los indios mucho apego. Contó que estaba un día bajo un toldo conversando con un indio cuando de pronto hirió sus oídos una música triste que parecía venir del exterior. Era como si tocaran en el violín, lejos, muy lejos, algo así como una marcha fúnebre de Chopin. Pronto se convenció de que la música partía del mismo toldo: era un viejo que pasaba el tiempo tocando su instrumento favorito. Un fueguino tocaba a veces en el mismo instrumento un trozo de *La Fille de Mme. Angot,* que había aprendido en Punta Arenas.

Expresó el conferenciante que los patagones adoptan para designarse nombres de objetos. Cuando alguno muere el nombre que llevaba en vida no lo adopta ningún otro.

La América. Nueva York, junio de 1884.

UN LIBRO NUEVO DE BAIN
ESTUDIOS PRÁCTICOS

Alexandre Bain está publicando importantísimos libros. Sin preocupaciones, por lo menos sin preocupaciones metafísicas, estudia la vida y procura desentrañar los elementos de cada acto humano y lo que hay en todos ellos de orgánico y fatal, común a toda la especie, y lo que hay de mudable e imprevisto, y peculiar de la persona. Está, como tantos otros, poniendo el hombre ante sí mismo. Ese es el maravilloso ejército moderno. Esa la nueva casta sacerdotal. Esos, en el nuevo estado humano, los que suceden y reemplazan a los héroes.

El último libro de Alexandre Bain, que en este instante cae en nuestra mesa, se llama *Estudios prácticos.* Estos no son estudios, sino servicios. Darnos las riendas de nosotros mismos, es como sacarnos del camino de la desventura.

Trata en los dos primeros sobre los "Errores comunes de la mente", en otros dos sobre "Exámenes por oposición", y la "Controversia sobre la utilidad de los Estudios Clásicos". En otro ensayo, diserta sobre la tendencia y método que han de señalar la discusión de las cuestiones de filosofía en las academias de estudiantes. En otro pinta el "Ideal de la Universidad". El que le sigue es un capítulo excelente por lo que a vuela ojo alcanzamos, que no llegó a publicar el autor en su muy sesuda obra sobre la "Ciencia de la educación", de la que forma parte, y en el cual artículo trata de la manera de instruirse a sí propio por medio de libros: y como los que anhelan aprender, suelen leer sin tasa y a destajo, y a veces lo que más les cansa, abruma y confunde que aprovecha, no hay que decir que este capítulo solo vale el libro.

La América. Nueva York, junio de 1884.

UNA COMEDIA INDÍGENA:
EL GÜEGÜENSE
LIBRERÍA DE LITERATURA ABORIGEN POR DANIEL G. BRINTON
EL *OLLANTAY* Y EL *RABINAL ACHÍ*
EL TEATRO INDÍGENA

Se sabe poco de la literatura de los indios de América: y como eran pueblos nuevos, es seguro que no la tuvieron muy perfecta, sobre todo en la dramática, que requiere complicados afectos y varia vida social, de cuyos

conflictos se engendra y es copia; aunque los que con el buril fabrican escenas en la piedra, ¿cómo puede ser que no diesen en el arte más fácil de representarlas con el pincel o la palabra? Porque el teatro lo hacen los afectos y el aparato y la pompa; y es claro que en existiendo estos ya buscan salida y quieren perpetuarse: y cuando en la piedra se ven, como en los palacios de las ciudades mayas y en sus pinturas murales, claro está que los había, que es lo esencial, y que de alguna manera se expresaron, por ser el salirse afuera y grabarse en algo la tendencia de todo lo que existe. Y la literatura no es más que la expresión y forma de la vida de un pueblo, en que tanto su carácter espiritual, como las condiciones especiales de la naturaleza que influye en él, y las de los objetos artificiales sobre que ejercita el espíritu sus órganos, y hasta el vestido mismo que se usa están como reflejados y embutidos. Pero con tan bárbaro rastrillo nivelaron la tierra india, a voces de Valverdes y Zumárragas, los conquistadores, y tan bien se juntaron el afán de estos de extinguir a los vencidos y el encono fiero de los clérigos vulgares contra la gente hereje, que no es maravilla que tan poco se sepa ahora de lo que expresaron y escribieron en Yucatán los ymeyes, y en el Perú los amautas, y en Nicaragua los nahuates sabios. Centroamérica guarda todavía en ciertos títulos de propiedades de la época prehispana aún no publicados y en los escasos manuscritos que le dejó el abate Brasseur de Bourbourg, más materia original para deducir el carácter intelectual y la obra escrita de aquella esbelta e infortunada gente india, que lo que hasta ahora va presentado en los *Comentarios Reales* y libros de Sahagunes y Clavijeros. ¿Qué pueblo que, como el de México, tenía elevadas, a mirar al cielo, tan subidas torres, no sacaría de ellas por las condiciones mismas que a fabricarlas lo movieron, los cánticos y la sabiduría que inspiran la atmósfera profunda y el encendido cielo?

De comedias indígenas, que es de lo que vamos hablando, poquísimo se sabe, a no ser lo que revelan el *Rabinal Achí,* diálogo avivado con bailes, como tenían por uso escribirlos y representarlos los indios nahuates, que el abate Brasseur descubrió y sacó a luz, con aquellos ampulosos y ligeros comentarios suyos, y el *Ollantay,* escrito en quechua, en que andan en curiosa mezcla, y como si hubiese sido hecho de más de una mano, de una parte discreteos y sabrosos donaires de estilo que parecen salidos del mismísimo corral de la Pacheca, con primerías, matices y frondosidades de lenguaje que jamás tuvo escritor español, aun cuando viviese mucho entre indios y escribiese de ellos; y de otra parte unos caracteres y traza dramática que de lo indio no pueden arrancar, porque lo de español por todas partes le asoma, no con ciertas niñeces y asperezas que a un castellano pueden en justicia atribuirse; por no ser natural

que el hijo de un pueblo y miembro de una civilización no esté tan penetrado de su espíritu que, al sacarse un drama del caletre, pinte las cosas propias suyas, y de su raza, que él mismo lleva en sí, como un sacristancillo mestizo pudiera dislocar y trabucar los ejercicios de la misa, si fuera puesto a decirla en vez del cura propietario.

En Nicaragua es seguro que existieron bailes hablados; y en México, que hubo por lo menos complicadas pantomimas; pero de esto mismo se deduce que la pantomima debió subir a comedia; porque de mudo no peca el pueblo americano, que de la naturaleza misma tiene la elocuencia; y no es dable suponer que pueblo hecho como el de México a reunirse en las plazas y a discutir sus negocios públicos, y nombrar sus senados y a perorar en estos, la cual práctica era tan extensa que hasta las mujeres la gozaban en Tlaxcala en representación de sus maridos ausentes o muertos, no adicionara con chistes imprevistos, que pararían en diálogos en seguida y en trama luego, las ocasiones propicias que para lucir la mente les ofrecían las escenas que representaban. Que no se haya salvado comedia alguna de México nada quiere decir, puesto que no era de fijo tan fuerte como la piedra el pergamino en que estaban escritas; y de iglesias, y palacios, y talleres, y mercados, y escuelas públicas, y torres estaba México lleno, de piedra muy fuerte, y no ha quedado ninguna, sino que la cruz dio tan recio en ellas que las echó a tierra y las metió debajo de ella, y se levantó sobre sus ruinas.—¡Llorar hemos visto a un patriarca indio en las cercanías de México sobre los cimientos arrasados de uno que debió ser gran pueblo en las cercanías de Tlacotalpan; y ahora enseña sus raíces de piedra, sustento un día de espaciosas moradas, y tristes hoy y solas, como una elegía!

Daniel G. Brinton publica en Philadelphia una Librería de Literatura Americana Aborigen, de la que lleva ya sacados cuatro tomos: y el último nada menos es que una traducción cuidadosa del *Güegüense,* comedia mestiza escrita después de la conquista en un dialecto burdo, mezcla de castellano bajo y nahuate, corrompido, en que con diálogo unas veces, y con danzas otras, se cuentan a grandes risas y con chistes gordos, cuando no picantes a más de rastreros, las ingeniosidades, invenciones y astucias con que uno de los americanos de la tribu burló a un alguacil, ante quien fue traído para que sufriera la pena de alguna supuesta o real bellaquería. Parece que el *Güegüense* tiene notable música; lo que hace de él una como zarzuela india: Brinton la pone como la única comedia original de autores indios conocida, y con examen minucioso y citas oportunas demuestra que en espíritu, trazo, estilo y desarrollo, la farsa es india pura, y lo único que tiene de mestizo es el lenguaje.—Y para que no queden a ciegas los lectores, explica el publicador en una introducción ordenada y

copiosa todo lo que se sabe del *Güegüense* y sus tiempos, y quiénes eran los nahuas y los mangües de Nicaragua, con descripción de sus bailes de teatro, forma natural de este en pueblo nuevo, que solían ser coreados como entre los griegos del tragos y de Tespis; todo lo cual enriquece Brinton con muchos detalles sobre la música de los nahuates, que era animada y buena, y los instrumentos con que acompañaban sus danzas y canciones.

La América. Nueva York, junio de 1884.

HIPÓTESIS DEL COLOMBIANO D. FRANCISCO MUÑOZ SOBRE LOS ÚLTIMOS FENÓMENOS SOLARES

El Sr. D. Francisco Muñoz, notable persona de Antioquia, tierra amada de Colombia, por muchos hijos ilustres y por el brioso carácter de sus gentes conocida, ha escrito una notable carta a uno de sus discípulos, que ya es escritor de peso y está en New York, Sr. Juan Zuleta, en cuya carta explica con mayor amplitud aún, que en un artículo que reprodujimos en *La América,* los fenómenos solares observados últimamente, a la vez que en otras partes, en el continente americano.

Ya hemos cuidado de decir en número anterior que entre las observaciones notables que llamaron la atención de Flammarion, la del Sr. Muñoz parecía haberle preocupado personalmente.

De manera que no es lectura perdida la que sigue, copia de aquella parte de la carta del Sr. Muñoz al Sr. Zuleta en que le explica, con claridad de hombre hecho a enseñar bien y de veras, su propia sensata hipótesis de las causas del interesantísimo fenómeno.

Los talentos en nuestra América están hoy como esos granos de oro que llevan los ríos, los cuales necesitan solo, para ser masa rica y de valor sorprendente, que se evaporen las aguas turbias que los arrastran, o que después de la obligada carrera tormentosa de todo lo útil, paren apretados y juntos en un remanso amigo.

Por donde quiera que se toca en un cráneo hispanoamericano, suena a gloria.

Dice la carta del observador antioqueño:

La América. Nueva York, junio de 1884.

TRANVÍAS DE CABLE
VENTAJAS DE LOS PAÍSES HISPANOAMERICANOS PARA LA APLICACIÓN DE LOS NUEVOS INVENTOS

Nuestras tierras americanas tienen la ventaja de que al aquietar sus pasiones de pueblos mozos y decidirse a ser personas de provecho, hallan ya depuradas y probadas muchas invenciones fascinadoras, que han resultado al cabo falaces, rudimentarias o inconvenientes, y cuya experimentación ha sido hecha por pueblos que se nos anticiparon en la prosperidad y el empuje.—De manera que, si obramos con juicio, aprovecharemos de lo que lleva averiguado a gran costa la experiencia ajena, sin haber gastado en adquirirla las sumas y el tiempo que a otras tierras cuesta.

Y sucederá en lo físico e industrial en nuestras tierras como en lo político ha sucedido, lo cual en lo político ha sido un bien, a pesar de las dificultades actuales para el acomodamiento en el nuevo estado súbito. De la colonia frailesca fuímonos de un salto a la política acabada; y del keroseno nos estamos yendo a la luz eléctrica.—Y aún deben esperar los pueblos que quieran nuevo alumbrado; que de aquí a poco este será más barato y perfecto que ahora: bien tienen merecido estos premios nuestros dolores. ¡Cuán grandes nuestros padres, que de la capilla de los oidores recortaron el manto de la Libertad, que ahora se nos empieza a ver sobre los hombros!

Las ciudades que quieran establecer ahora tranvías, deben, antes de echar sus rieles para carros de caballos, hacer examinar los que andan sin ellos, por ser su motor constante un cable que corre dentro de un gran tubo, colocado bajo la superficie de la calle, como se colocan las cañerías de gas o de agua. Este gran tubo tiene una espaciosa ranura en su parte alta, por la cual pasa el timón que maneja el conductor desde su plataforma, y llega hasta el cable, del cuál se desase cuando se quiere detener el carro, o se prende cuando se quiere que el carro continúe en movimiento. Lo mismo que las mandíbulas prenden el alimento, lo mismo que los dientes de una draga se cierran sobre las piedras y sedimentos que ha de sacar a la superficie, así asen el cable los dientes, o ruedas, en que remata el timón. Y como el cable está siempre en movimiento, en virtud de la máquina motriz establecida en la estación de que arranca el cable, el carro es arrastrado por él a gran velocidad, sin que esto impida que cuando el conductor lo desee, oprima el freno o timón que por una ranura abierta en el pavimento entre los rieles se comunica con la de la parte alta del tubo, y desasidos del cable a esa presión los dientes del timón, el carro se detenga, por cuanto tiempo se quiera. Con este sistema de tranvía de cable, los carros andan

con mucha mayor ligereza; se gasta mucho menos en poder motor, por ser el vapor y su máquina más baratos de comprar y conservar que las pobladas caballerizas que ahora se requieren para los tranvías de tracción animal, y se ocupan menos empleados y menos espacio en las calles.—Sobre que es bueno alimentar la fantasía, y un carro así parece que lleva alma.

Que el sistema no es ilusorio lo prueban, no solo el ferrocarril del puente de Brooklyn, a pesar de las dificultades especiales que allí presenta la vía por tener que ir el cable sobre el borde de ruedillas enclavadas de trecho en trecho en los durmientes aéreos; lo prueban mejor Chicago y San Francisco de California, donde este sistema está en uso constante, como de derecho le viene por su sencillez y baratura, sobre todo en las tierras calientes en que los animales padecen tanto, y la rapidez del tráfico con ellos, o en los países fríos donde en los días en que la nieve está acumulada en las calles es fácil ver en el rostro de los pasajeros de los carros de caballos la imagen de la muerte. *La América* dará con placer más informes a las personas que se interesen en tener noticias de este sistema de tranvías, en los Estados Unidos muy favorecido.

La América. Nueva York, junio de 1884.

EL CANAL DE NICARAGUA

No está muerta la idea del canal interoceánico por Nicaragua; sino que el gobierno de los Estados Unidos, deseoso de realizarla, la ha entregado al Senado, y este la ha discutido en sesión secreta.

Parece como si se quisiera ganar por la mano al canal de Panamá, y obtener para los Estados Unidos las ventajas de una línea interoceánica construida por ellos, y con su dinero y garantía, sin los conflictos internacionales que traerá sin duda el ejercicio del mismo intento respecto del canal de Panamá.

En esto se distingue la política sesuda del elemento norteamericano genuino, representado en Frelinghuysen, de la retadora y aventurera política del norteamericano nuevo, pujante, desentendido y acometedor, representada por Blaine.

Y luego, con el canal de Nicaragua perderá mucho en influencia y ganancias el canal de Panamá, que no podrá dejar de ser en su mayor parte al principio un canal europeo; y se evitarán además los pretextos para una querella con Inglaterra: porque pretender el dominio supremo de los Estados Unidos en el canal de Panamá es burlar deliberadamente el tratado Clayton-Bulwer.

Frelinghuysen quiere que se adelanten a la empresa, para que lleve sus

obras adelante $200 000.

La América. Nueva York, junio de 1884.

LA VID MAYOR DE LOS ESTADOS UNIDOS

No son de los Estados Unidos los mejores vinos, lo que depende un tanto de que los territorios vinícolas no se improvisan; sino que la tierra se va saturando del espíritu de la cepa poco a poco, aunque esto parezca herejía a algún canoso agricultor; y otro tanto depende de que las varias operaciones del vino necesitan que los que en ellas anden sean gente experta, lo cual no se suple con tener entre centenares de trabajadores novicios unos cuantos viticultores y destiladores de Francia. Pero si la uva de Norteamérica es ácida y yerbosa, en cambio es sana, y ya se ha visto que en Francia mismo ha dado muy buen resultado su producción en el exterminio de la phyloxer, que en la cansada vid francesa muerde, pero no en la nueva y robusta vid americana. Esto decimos para los países de nuestra América donde están ahora introduciendo cepas. Y aunque parezca ceguedad hemos de decir que la uva de Centroamérica por lo menos es más fina y acuosa, y de jugo menos áspero que la de Catawba o Angélica de California. La cepa más grande que hay ahora en los Estados Unidos es del Capitán W. G. Phelps, y no tiene más de veinte y cinco años. Jamás ha sido regada. Ocupa una extensión de cuatro mil pies cuadrados, y cubriría más si no la hubiesen cortado para que no envolviera la casa de que está cerca. Hace dos o tres años dio una cosecha tal, que después de haber vendido más de una tonelada y media podrán quedar aún más de dos y media.

La América. Nueva York, junio de 1884.

EL *DICCIONARIO TECNOLÓGICO INGLÉS-ESPAÑOL Y ESPAÑOL-INGLÉS* POR NÉSTOR PONCE DE LEÓN

En distintos periódicos de Sudamérica que acaban de llegarnos, leemos calurosos encomios del excelente libro que con este título publica en Nueva York el Sr. Néstor Ponce de León.

Razón tienen los diarios sudamericanos: el *Diccionario* de Ponce de León será pronto reconocido como una obra indispensable en la biblioteca de todo hombre moderno.

La América. Nueva York, junio de 1884.

EL TABACO

Anda ahora [en] la rueda de los diarios norteamericanos un artículo en que el general Chingman, de la Nueva Carolina, cuenta maravillas de las virtudes médicas de la hoja del tabaco. El artículo se publicó en un periódico que se llama *Salud y Hogar;* y como no es el caso de un charlatán que quiere recomendar su panacea, sino de un hombre experimentado y agradecido que quiere popularizar un remedio simple, se han tomado en cuenta, por los médicos mismos, las declaraciones de Chingman.

Lo primero que vio hace cincuenta años, fue como un compañero curaba con jugo de tabaco los ojos inflamados de su caballo de labor: y luego, en tierras donde se padece mucho de irritación de los párpados, ha visto que se curaba la gente de ella, con extraña facilidad, con solo dormir una sola noche a veces, con los párpados cubiertos por una hoja de tabaco húmeda.

Lo que importa más que esto, por lo peligroso del padecimiento de que trata, es la cura que el general cuenta que hizo en sí propio con la hoja, de una severa erisipela en la cabeza. Lo vio su médico, y se quedó asombrado: ningún médico, le dijo, hubiera podido curar a Vd. antes de tres semanas.—Otra vez, dice que sufría mucho de un ataque de ciática: se puso hojas de tabaco húmedas sobre la cadera, y desapareció el dolor.

Para los endurecimientos de los pies, dice el general, a quien se le endurecieron mucho en las batallas, que la hoja de tabaco convierte en suave llanura una cordillera de montañas.

Se le abrió una vez el tobillo, como diría la gente llana, y curó la luxación con la hoja del tabaco, humedecida siempre.

Pero el caso más notable de todos los que el general Chingman refiere, es el de la cura por la virtud de la hoja, de una herida de bala que recibió debajo de la rodilla, y le cortó músculos y nervios.—"En aquellos días—dice—varios amigos míos habían muerto de la fiebre secundaria que seguía a sus heridas. Al poco tiempo empezó mi pierna izquierda a hincharse y a latirme, para calmar lo cual los cirujanos me dijeron que debía envolverla en paños húmedos. Se escandalizaron porque les dije que lo que me iba a poner era tabaco. Envolví bien la herida en hojas de este, que mantenía en humedad por los paños mojados que les puse encima. A las dos horas ya no me latía la pierna ni sentía el calor quemante que había sentido en ella hasta entonces, y pude descansar como

desde hacía tiempo no descansaba.—Siga, siga con el tabaco, me dijeron al día siguiente los médicos cuando me vinieron a ver.—Y aunque tardé algunos meses en ponerme en pie, jamás sentí dolor ni fiebre a consecuencia de la inflamación de la herida.—Estoy seguro de que si se aplicara siempre el tabaco a las heridas externas, ninguna de ellas se inflamaría nunca bastante para que causase malestar al herido".

La América. Nueva York, junio de 1884.

EL ALVELOS

De Brasil viene muy favorecida la noticia de que el Dr. Alcibíades Belloso ha dado sanción médica a la aplicación de un remedio que de hace algún tiempo se viene aplicando en aquellas tierras con éxito contra el cáncer.

La planta es comúnmente llamada "alvelos": los botánicos la colocan entre las euforbiáceas. El "alvelos" es indígena de Pernambuco.

Se empezó a decir que un magistrado había sanado de un epitelioma de la cara, con solo aplicarle el jugo del alvelos; y Belloso, que lo quiso averiguar por sí, vio con sorpresa que de dos pacientes a quienes sometió como prueba al remedio, uno que tenía un cancroide en la nariz, curó en cuarenta días, y otro, con un epitelioma en el labio, en dos meses.

El alvelos, como otras euforbiáceas, es irritante, y, aunque no causa mucho dolor, produce una exacerbación de la piel. Parece que el alvelos destruye el tejido mórbido, que es reemplazado enseguida por granulaciones sanas.

Los periódicos de medicina estiman más racional lo que se dice del alvelos que el modo con que hace algún tiempo se ha estado creyendo que curaba el condurango.

Solo que como el alvelos ha de aplicarse en estado de jugo fresco, será preciso introducir la planta allí donde se quiera hacer un nuevo ensayo.

La América. Nueva York, junio de 1884.

VERANO

Ya en este mes de junio, New York aflige. Es verano ardiente. Los altos edificios, que levantan a uno y otro lado sus decenas de pisos, detienen el aire caluroso, que viene de los ríos, y que las emanaciones de las fábricas, y las de un

pueblo colosal de trabajadores, cargan de gérmenes impuros. Se siente sobre las sienes como el roce de un ala tibia y fangosa. El sol calienta las ideas en el cerebro, y les vuelve su entereza y gallardía; pero cuanto se mira y palpa, es horno encendido. La gente culta se echa el sombrero de fieltro blanco hacia la nuca; un presidente de banco se saca al entrar en el ferrocarril elevado el saquillo ligero; un conductor de carros, herido del sol, cae de su asiento abajo; y a un lado de la calle, rodeado de gente sudorosa, un formidable caballo percherón se muere. Hay carros de enfermo, para llevar los hombres sofocados a los hospitales; y también hay, lo cual no puede decirse sin celebración, carros de enfermo para llevar a los caballos.

En los barrios pobres, es de echarse a llorar. De día en las casas de vecindad, repletas de gente miserable, los maridos ebrios querellan con sus mujeres desesperadas, que intentan en vano hacer callar a sus hijuelos, comidos por el cólera *infantum.* Parecen los míseros niños como si un insecto enorme les chupara las carnes, aposentado en sus entrañas. Miran desde cavernas. Tienden sus manecitas como pidiendo socorro. Por entre la piel, se ve asomar la cabeza de los huesos. Los malvados se convertirían a la virtud viendo espectáculo semejante: pero no; que hay muchos que viven ante él impasibles, y pasan a su lado coléricos de que tal miseria les salga a los ojos. Y hay filósofos modernos que escriben que no es bueno consolar esas miserias, porque consolándolas las miserias se harán mayores! De noche la gente abatida sale a las aceras; los acomodados, a enredar en las sombras de los portales y al amparo de los anchos abanicos, comedias de amores; los míseros, a ver si se refresca al trabajador ebrio la cabeza encendida, o se alivia el mal de los pobres niños, que como fetos de vientre hinchado se tienden sobre las rodillas de sus madres, o se acuestan, sediento el cuerpo todo, sobre las losas frescas de la acera. Decimos que hace llorar, el ver lo que se ve en un barrio de pobres en verano por la noche.

Por la mañana, cuando los trenes bajan repletos de gente desde los barrios altos de New York; cuando los vapores de río vacían a uno y otro lado la apretada carga de trabajadores que traen de las grandes ciudades vecinas; cuando los mozos de oficina, malhumorados, y con más desmayo que buena voluntad, preparan los pupitres y enseres de trabajo de los que ya se acercan, Broadway abajo y Wall Street arriba, a dar comienzo a las diarias labores; cuando al rededor del termómetro del *Herald,* grande como un niño de siete años, resguardado en caja verde, se detienen un instante los transeúntes para ver cuántos grados marca a la sombra,—hay por allí cerca, en el edificio del *Herald* mismo, en una de las entradas más concurridas de Broadway, mirando de un lado a la pesada casa de correos y de otro a la iglesia vieja de San Pablo, una

puerta por la que en hilo continuo entran y salen gentes. Es cosa muy simple; pero acabada. Es una droguería famosa, que por los refrescos que vende tiene ya renombre nacional, como en Francia las frutas de la Mère Moreau. La droguería es pequeña, y nada tiene de singular más que el perfecto ajuste del establecimiento a su objeto, lo cual es caso de arte, y la aplicación a los usos prácticos de las novedades de la ciencia. Los refrescos son exquisitos, en el invierno preparados con soda caliente, y ahora con grata soda fría. Y los que los sirven, graves y vestidos de blanco, parecen hombres movidos a manubrio, y como los sacerdotes de la soda. ¿De dónde viene ese aire fresco tan agradable, que parece que se entra en una gruta de reposo, y que se ve volar un beso de ninfa? Viene de un sistema de aspas movidas por una máquina de vapor, las cuales en rapidísimo giro baten y hacen danzar las ondas de aire. ¿Y ese que corre hacia nosotros, sin que nadie lo haya llamado? Lo ha llamado un timbre eléctrico, oculto en el escaparate de los cigarros, para que lo oprima el que desee estos. ¿Y esas flores de cristal de todos colores que se abren en la pared, y enguirnaldan los escaparates que bajan del techo? Son los globos de la luz eléctrica, que se enciende ahora, para que la veamos nosotros, con solo torcer una pequeña llave. Dan deseos de arrancar en alto la droguería y montarla en oro, lo mismo que una joya.

La América. Nueva York, junio de 1884.

UN ROSTRO REHECHO

Todo lo merece la hermosura. La hermosura es un derecho natural. Donde aparece surgen la luz, la fuerza y la alegría. Un ser hermoso es un bienhechor. Es una especie de ministerio divino la hermosura.

No en vano una criada alemana, a quien un cirujano malandrín le vació de unos tajos brutales un lado de la cara, acaba de sufrir pacientemente en el hospital presbiteriano de New York, veintiuna operaciones, después de las cuales ha salido ¡oh poder del hombre! con su cara llena de carne viva, entera y compuesta. Porque una vez más se ha probado que se puede sacar de un lugar del cuerpo un trozo de carne viva y ponerla en otro. Flores, vinos húngaros, todas esas chucherías que los alemanes, que cuidan su cuerpo, llaman *delicatessen,* han ido de regalo de todas partes a la brava moza que por no llevar la fealdad en sí, ha padecido con tanta valentía. Es una especie de pergamino de nobleza este horror a la fealdad. La naturaleza tiene sus aristócratas.

Todo un año ha tardado en hacerse esta vez la traslación de la carne viva,

en burla de la cual escribió Edmundo About, un inútil brillante, *La Nariz de un Notario.*

Así cuentan el caso: En la cara de la muchacha había un agujero, y tenía que empezarse por llenarlo, para lo cual se necesitaba una larga tira de piel, que el Dr. Shrady, que ha hecho la cura, obtuvo separando parcialmente una sección rectangular de la piel del brazo izquierdo de Bertha Fristler, un poco más arriba del codo.—En el índice de la mano derecha le abrió una incisión, que iba desde la primera articulación hasta el pulgar; le llevó la mano derecha al brazo izquierdo y después de coser la sección de piel en la incisión de la mano con alambre de plata, dejaron sujetos el brazo y la mano con vendajes fuertes. A la semana, ya el trozo de piel estaba unido a la mano, aunque se nutría principalmente del brazo. Para cambiar la corriente de la nutrición, fueron cortando por grados la piel del brazo, y cuando estaba a punto de separarse de él, la piel se nutría ya del dedo, y no del brazo a que había sido arrancada. Separáronla entonces del brazo definitivamente; y la mano, con el trozo de piel colgante que vivía de ella, fue llevada al rostro de la enferma: levantaron la piel cicatrizada que le cubría la mejilla derecha, y bajo ella insertaron el trozo de piel. Con nuevas vendas dejaron la mano sujeta a la mejilla. En tres semanas, ya se había conseguido que la piel se adhiriese al rostro: del mismo modo que se había ido cortando la piel del brazo para que quedara nutriéndose del dedo, así la fueron cortando del dedo para que quedara nutriéndose de la mejlla, hasta que aquel trozo de piel sacado del brazo llegó a ser, injerto ya en el rostro, la base de una mejilla nueva. Creció la carne; llenóse el hueco; de un lado abrieron la boca a Bertha, que se le había corrido del lado opuesto, y de otro se la bajaron y cerraron, y le arreglaron los labios luego. Hoy, pasea hermosa.

La América. Nueva York, junio de 1884.

UNA DIVERSIÓN NORTEAMERICANA
ESCENAS DE LA VIDA DEL OESTE
UN HÉROE DE LAS SELVAS
EL GRAN BÚFALO BILL

Búfalo Bill, se ve ahora escrito en colosales letras de colores, en todas las esquinas, cercados de madera, postes de anuncios y muros muertos de New York. Por las calles andan los *sandwiches,*—que así les llaman, de los *sandwiches* o emparedados,—embutidos entre dos grandes cartelones los cuales como dos paredes les cuelgan por el pecho y por la espalda; y con los movimientos del

hombre que los pasea impasible por las calles, ante la muchedumbre que ríe y lee, relucen al sol las letras que dicen en colores salientes y esmaltados: “El gran Búfalo Bill”.

Búfalo Bill es el apodo de un héroe del Oeste. Ha vivido en las selvas muchos años, entre la gente ruda de las minas, y los búfalos, menos temibles que aquella. Sabe correr y abatir búfalos, y cómo se les cerca, aturde, burla, enreda y enlaza. Sabe deslumbrar a los rufianes y hacerse reconocer su principal; porque cuando uno de ellos salta sobre Búfalo Bill con el puñal al aire, ya cae con el de Búfalo Bill clavado en el pecho hasta la tetilla; o si le echan encima una bala, la de Búfalo Bill, que es tirador destrísimo, la topa en el camino, y la devuelve sobre el pecho del contrario: es tal tirador que dispara sobre una bala en el aire, y la para y desvanece. De los indios y de sus hábitos y astucias, y de su modo de guerrear, lo sabe todo; y como ellos, ve en la sombra, y con poner el oído en tierra, sabe cuántos enemigos vienen, y a qué distancia están, y si son gente peatona o de caballo. Y en la pelea, lo mismo se las ha a pistoletazos en una taberna con los vaqueros turbulentos, que no duermen tranquilos si no han enterrado, con sus botas de cuero y sus espuelas, a algún vaquero comarcano o incauto viajador,—que con los indios vocingleros y ágiles que caen en tropel arrebatado, tendidos sobre el cuello de sus cabalgaduras y floreando el rifle matador, sobre el hombre blanco, que de la arremetida se guarece detrás del vientre de su caballo o el tronco de un árbol vecino. Todos esos terrores y victorias lleva Búfalo Bill en los claros, melancólicos, relampagueantes ojos. Las mujeres lo aman, y pasa entre ellas como apetecible tipo de hermosura. Siempre que se le ve por las calles, solo no se le ve, sino acompañado de una mujer hermosa. Los niños lo miran como a hombre hecho de sol, que está alto y brilla, y los seduce con su destreza y apostura. Le cuelgan los cabellos castaños que de acá y allá se le platean, por las espaldas vigorosas. Usa sombrero de fieltro blando de ala ancha: calza botas.

Ahora está sacando ventaja de su renombre, y pasea los Estados Unidos a la cabeza de un numeroso séquito de vaqueros, indios tiradores, caballos, gamos, ciervos, búfalos con todos los cuales representa, ya al fuego del sol por las tardes dentro de un cercado vasto como una llanura, ya a la luz eléctrica, durante las primeras horas de la noche, todas las riesgosas y románticas escenas que han dado especial fama al Oeste. Pone ante los ojos de los ávidos neoyorquinos, en cuadros animados y reales, las maravillas y peligros de aquella vida inquieta y selvática.—Ya son los vaqueros con sus calzones de cuero flecado en las franjas, su chaquetilla corta, su pañuelo al cuello y su recio sombrero mexicano, que se acercan, más como caídos que como sentados sobre sus

vivaces caballejos, pronta a lanzarse por el aire la cuerda en el arzón de su silla de esqueleto recogida, y a salirse de su bolsa burda la pistola con que dirimen sus más leves contiendas. Miran la muerte esos bravos bribones, sin casa y sin hijos, como una copa de cerveza: y la dan o la toman: entierran al que matan, o heridos en el pecho se rebujan en su manta para morir.

Ya se alejan los vaqueros, después de lucir sus artes y enseñarse; y los indios vienen a distancia corta de un viajero blanco, que va como si no supiera que le siguen. Adelantan los indios en hilera, todos de frente, cabalgando a paso lento, refrenando sus ponis impacientes, que apenas les den rienda los salvajes, se desatarán contra el enemigo blanco, como si a ellos les estuviera encomendada la venganza de la raza que los monta: ¡parece como que el dolor de los hombres penetra en la tierra, y como que cuanto de ella o sobre ella nace, trae consigo a la vida el dolor de que todo en torno suyo está empapado! Así es de esbelto, delgado, y nervioso, el caballo poni, como el indio: y de astuto y rencoroso. Flecha viva parece: como si un arma no fuera invención casual de la gente que la usa, sino expresión, concreción y símbolo de sus caracteres físicos y espirituales, y de los trances de su historia. Cantando vienen los delgados indios un cantar arrastrado, monótono e hiriente, que se entra por el alma y que la aflige. De cosa que se va parece el llanto, y que se hunde adolorida por las entrañas de la tierra. Cuando se extingue, queda vibrando en el oído, como una rama en que acaba de morir una paloma.

De repente se llena de humo el aire: vocerío diabólico sucede a la canturria lastimera; a escape van los ponis, y al nivel de sus cabezas las de los indios: si un cuchillo pudiera pasarse por debajo de sus cascos voladores, no chocaría con casco alguno: caen todos dando voces, disparando a una, envueltos en humo polvoroso, enrojecido a veces por un fogonazo, sobre el viajero blanco que pie a tierra vacía sobre los indios, como vomita un cañón metralla, todos sus cartuchos: con los dientes sujeta la pistola y con las dos manos la carga. Por entre las orejas de los caballos y debajo de sus vientres, disparan los salvajes: espíritus parecen, por los que las balas sin dañarles atraviesan: ya el hombre blanco, que es Búfalo Bill, no tiene más cartuchos en su cinto: supónese, al verlo vacilar, que está lleno de heridas: los indios le van cercando, como los buitres a un águila aún viva; él se abraza del cuello de su caballo, que le ha servido con su cuerpo de mampuesto, y muere.

Los de combate se truecan en alaridos estridentes de victoria: no parece que los indios han dado muerte a un hombre blanco, sino a todos ellos; de comedia lo están haciendo en el circo para que lo vea la gente del Este, pero tan arraigado lo tienen en el alma, que la comedia parece de veras. Ya se lo llevan;

ya lo han puesto atravesado sobre una silla que desocupó un indio muerto en la refriega; y ya se van alegres y vocingleros, cuando asoma con sus mulillas de colleras encascabeladas, y sus voces y restallidos de látigo, una diligencia, cargada de hombres blancos. ¡A la pelea! ¡a la pelea! El viejo carruaje se trueca en trinchera: el pescante en almena de castillo: cada ventana lo es de fuego: los salvajes defienden en vano su cadáver: otra vez todo es humo, chispazo, bala y pólvora: los ponis al fin huyen, y en brazos de sus bravos vengadores es llevado el cadáver del viajero a la diligencia. Ebrio el público aplaude, que esto se ha ganado de Roma acá: antes se aplaudía al gladiador que mataba, y ahora al que salva. El látigo restalla: las músicas suenan; los himnos retumban, y desaparece la diligencia desvencijada en una nube turbia de polvo.

Y así van representando los hombres de Búfalo Bill las escenas que a lo vivo conmueven aún las regiones selvosas del Oeste. Desalado viene un jinete. Una bala cruza el aire; pero no más aprisa: desata la valija que trae atada a la grupa; saca de los estribos ambos pies fuertemente espolados, y al pasar junto a otro caballo ya en silla, que un hombre tiene de la rienda, salta a él el jinete fantástico con sus sacos de cuero, y en el caballo fresco sigue la carrera, mientras arropan y reaniman al rocín cansado: es el correo de antaño: así, cuando no había ferrocarriles, lo era el hombre.

Ora es una manada de búfalos, que vienen con los testuces montuosos rasando la tierra: los vaqueros, a escape, con sus caballos los rodean, con sus gritos los aturden, con sus diestras lazadas los sujetan de los cuernos, los atan por la pierna que el público elige, o los echan al suelo y cabalgan sobre ellos, que rugen y se sacuden en vano su jinete. Y suele haber vaquero hábil que después de haberle asegurado un lazo al cuerno, acelera aún de súbito a su cabalgadura, para que haga onda la cuerda del lazo, y con un rápido movimiento hace con ella una lazada, que le pasa al rededor del hocico, y de un halón robusto aprieta a él como una jáquima.

Y la fiesta se acaba entre millares de balazos con que hábiles tiradores rompen en el aire palomas de barro, y coros de hurras, que se van extinguiendo lentamente, a medida que la gran concurrencia entra, de vuelta a sus hogares, en los ferrocarriles,—y las luces eléctricas, derramando su claridad por el circo vacío, remedan una de esas escenas magníficas que deben acontecer en las entrañas de la naturaleza.

La América. Nueva York, junio de 1884.

CANSANCIO DEL CEREBRO

J. Leonard Corning acaba de publicar, por medio de la casa de Appleton, un libro sobre *Cansancio y agotamiento del cerebro,* que parece notable. Jamás, dice con razón el autor del libro, han tenido que pensar los hombres tanto como ahora; ni tampoco han sido jamás tan numerosos los factores que ejercen una influencia dañosa en el mecanismo cerebral. Todo empuja, precipita, exaspera, exacerba, arrastra. Se tiene miedo de quedarse atrás. Se quiere ir, por arrogancia humana y por tener segura la subsistencia, al nivel de todo lo que se ve. Todo es ferrocarril, teléfono, telégrafo. La actividad es tremenda, el sueño inquieto, el ansia permanente. Las fuerzas no se reparan en el grado en que se pierden. Se siente que la vida en estas grandes ciudades, se consume, adelgaza y evapora. La situación general mejora; pero antes que ese cambio favorable en la condición humana quede definitivamente asegurado muchos habrán perecido en esta carrera vertiginosa en que se está haciendo la mudanza. Ni médicos ni fisiólogos niegan que la demencia como una enfermedad, no ha sido nunca tan frecuente como ahora. Y es que falta también, en la mayor parte de los individuos, la esperanza en lo futuro, por lo que se dan con prisa de avariento a los goces que se tienen a la mano en esta vida.

El libro nuevo de Corning es bastante leído. Funda sus cálculos en la ley de la convertibilidad de las fuerzas. Sube y baja la energía en el cerebro con tanta regularidad como asciende y desciende la marea. Corning saca juiciosas deducciones de la comparación estrecha y sostenida entre esta acción física de la naturaleza y la acción cerebral. “Si puede demostrarse, dice, que una libra de fuerza es la suma exacta de los factores que han concurrido en producirla, así puede demostrarse que la capacidad del cerebro para el trabajo es susceptible de ser calculada con tal aproximación que sea una guía fidedigna para todas las resoluciones en que este dato tenga que ser tomado en cuenta”. De cifras parecen, más que de palabras, las páginas del libro; y como operaciones matemáticas desenvuelve Corning sus vigorosos argumentos. El laboratorio ha entrado ya en la literatura.

Considera el autor las varias causas que conducen al apocamiento del cerebro: el hábito de fumar, el abuso de los goces sexuales, la irregularidad de los hábitos, el recargo del trabajo, ya mercantil o literario, la prisa y el desbarajuste, los falsos métodos de educación; y en esta interesante parte ocupa la mayor y no la menos notable porción de su libro. Concluye con un resumen de los principios de la higiene del cerebro; y enseña cómo puede remediarse el cansancio cerebral antes de que llegue a ser tal que ya no tenga remedio.

En este libro se estudian: la relación de la sangre a los músculos y al cerebro; la del alimento a los fenómenos mentales, los beneficios del descanso,

la medicación especial que al cerebro conviene.

"El libro, dice el *Eclectic Magazine,* está admirablemente escrito. El estilo es simple, directo, lúcido, como conviene a una obra de enseñanza, sin muchos términos técnicos, ni esas lógicas en que los pedantes se deleitan y solo están bien para la gente de la profesión. No se necesita ser médico para leer con interés esta obra. Todo hombre pensador puede leerla con placer y provecho. Todo el que trabaja con el cerebro (y hoy no hay quien lo tenga desocupado) sacará ventaja del estudio de este libro".

La América. Nueva York, junio de 1884.

LA FÁBRICA DE LOCOMOTORAS DE BALDWIN
SRES. BURNHAM, PARRY, WILLIAMS & CO., PROPIETARIOS

Gozan de fama universal y merecida las locomotoras norteamericanas, y de todas ellas, las más celebradas acaso son las de la fábrica de Baldwin, a cargo de los sres. Burnham, Parry, Williams & Co., que tiene su asiento y espléndidos talleres en la ciudad de Filadelfia.

Tiene la fábrica su nombre del que la fundó y poseyó por largo tiempo, y con su fértil inventiva y habilidad mecánica, llegó a hacerse, de joyero y herrero que era al principio, constructor de las locomotoras más poderosas y seguras que en los Estados Unidos se fabrican.

En 1825 se asoció Matías Baldwin a cierto maquinista, con el modesto propósito de fabricar instrumentos para encuadernadores, y cilindros para imprimir géneros; mas para eso mismo se necesitaba una máquina de vapor fija de especiales condiciones, y como no la había, Mr. Baldwin la hizo, y tan buena que en seguida comenzaron a pedirle de varias fábricas otras semejantes; con lo que poco a poco el fabricante de instrumentos se fue convirtiendo en fabricante de locomotoras. Exhibió una por fin tan acabada, en comparación de las que se hacían por entonces, en 1831, que un ferrocarril de Filadelfia quiso tener otra en su camino. Poco saben los que visitan los ciclópeos talleres de ahora; los que ven caer sobre las planchas de hierro, como una montaña obediente que sube y baja, los martillos gigantes; los que en todo un mes no acabarían de pasar revista a los útiles que hoy se usan en una de estas fábricas; pocos saben cuántas dificultades tuvo que vencer el buen joyero para dejar bien hecha aquella primera máquina. Los instrumentos, había que inventarlos; a cada trabajador, había que enseñarle su oficio; los cilindros, había que perforarlos a fuerza de puño con un cincel clavado en un trozo de madera giratorio: muchas piezas de la

locomotora las hizo Baldwin con sus propias manos. Pero al cabo quedó sobre sus ruedas, y anduvo sobre ellas prestando muy buenos servicios durante diez años, la *Old Ironsides,* primera locomotora de la fábrica de Baldwin, que es esa de larga chimenea y pobre figura con que encabezamos esta página. Pesaba cinco toneladas y no tenía más que cuatro ruedas, cuyo núcleo era de hierro fundido, con los rayos y aros de madera, y las llantas de hierro colado.

Ya en 1834, las locomotoras de Baldwin tenían seis ruedas, de las cuales las cuatro delanteras no eran de madera y hierro, como antes, sino de metal de campana, por creer el fabricante entonces, que mientras más duro fuese el metal de las ruedas, mejor se adherirían estas a los rieles; pero el metal de campana se gastaba pronto, y no volvieron a hacerse aquellas ruedas.

Así fue la fábrica creciendo, y el joyero infatigable mejorando con nuevas invenciones sus locomotoras celebradas, hasta que en 1842 obtuvo privilegio con su máquina conectada de seis ruedas, y las cuatro delanteras combinadas en un carro flexible. Tan buena pareció la mejora que ya aquel año le pidieron catorce máquinas. Veinte años después, hizo setenta y cinco: y el año pasado, en 1883, salieron de los talleres de Baldwin quinientas cincuenta y siete locomotoras:—verdad que no pasean por sobre rieles máquinas más perfectas, seguras y elegantes que las que salen de la casa de Burnham, Parry, Williams & Co. Verlas da idea de triunfo; se desearía que fuesen personas, para colgarles al pecho una medalla. Un emperador hizo Cónsul a su caballo: honores semejantes merecen en justicia, por lo que conquistan y enlazan, estas hermosas locomotoras.—15 000 locomotoras hay hoy en servicio en los Estados Unidos; y un solo camino de hierro que es el de Pennsylvania, tiene 1 100: de todas, por lo gallardas, poderosas, y pulidas, se distinguen las de Baldwin.

Bien es cierto que en sus inmensos talleres tiene la fábrica espacio y medios para todo. Más de nueve acres ocupa la fábrica. Decir que es un pueblo es poco: en nuestra página primera se ve que es un pueblo de palacios.

En el grabado que está a la izquierda, debajo de la vista general de los talleres, véase cuán pequeños parecen los obreros al lado de las calderas que remachan: el grabado de la derecha muestra cómo son las ruedas, que están poniendo allí en sus ejes. Y en el departamento donde montan las locomotoras, que es el que está al pie de la lámina, véase qué imponente espectáculo ofrecen, abiertas aún, como ojos colosales que el ansia humana echase sobre el mundo venidero, esas pujantes máquinas que están allí, desnudas las entrañas, aguardando freno y rienda. Véase el vulcánico martillo, que en el antiguo dios hace pensar, y revela que el hombre lo está siendo; el martillo que pesa 7 000 libras, y cae de cinco pies de alto. Véase por fin, en el grabado con que esta

página cierra, en qué arrogante locomotora ha venido a convertirse la humilde y burda en que ensayó su ingenio en 1831, uno de los patriarcas del trabajo en los Estados Unidos, el joyero Matías Baldwin.

La América. Nueva York, julio de 1884.

INVENTO CURIOSO—FRENO ELÉCTRICO

De hoy más, ya se puede herrar a los caballos por medio de la electricidad.—La invención es francesa y está pareciendo muy bien en los Estados Unidos, como el medio mejor de herrar a los caballos rebeldes.—La electricidad, sin peligro ninguno para el animal, lo domina y priva del poder de resistir; y el efecto de la batería empleada es suficiente para que el caballo quede bien herrado.

La batería que se usa en este sistema de Defoy es una pila Grenet de bicromato de potasa, que por la profundidad a que puede ser sumergido el zinc es sumamente fácil de graduar. La batería está conectada con el inductor de un pequeño rollo Ruhmkorff, cuya armadura comunica a su vez con el freno que se ajusta a la boca del caballo. La pequeña batería eléctrica, por medio del rollo, trasmite su poder al freno; y a los quince segundos de estar obrando la batería, ya el animal queda impotente, y el herrador puede dar principio a su tarea.

No todos los caballos, en esto como en tantas cosas semejantes a los seres humanos, pueden resistir el mismo grado de electricidad; y aunque el freno de Defoy está dispuesto de manera que en caso alguno quede dañado el animal, los que quieren aplicar a los caballos reacios al herraje este sencillo sistema, deben tener en cuenta, que si el animal es impresionable y nervioso, como todo caballo bueno es, la corriente ha de administrarse débilmente y por grados, antes de intentar asirle la pierna. El caballo dará entonces un salto y procurará echarse en tierra. El herrador debe seguir el salto mientras que un auxiliar tiene el animal por la brida; y allí debe detenerse la acción de la corriente, porque ya el caballo no se resistirá al hierro.

Otros caballos cocearán de pura maldad, y no por nobleza de sangre y ánimo altivo: en estos casos, no ha de ser tan débil la corriente, sino que se irá haciendo crecer en intensidad, y se asirá el casco durante su acción. La corriente eléctrica obra a través de la membrana mucosa, que en estos animales de raza grosera no es tan sensible como en los de casta fina. Tan pronto como el herrador ha asido bien el casco, la corriente debe ser interrumpida, porque el caballo no ofrecerá resistencia; a no ser que dé muestras de querer sustraerse al

herrador, en cuyo caso, que es raro, debe renovarse por algunos momentos la corriente.

La América. Nueva York, julio de 1884.

GROVER CLEVELAND
CANDIDATO DEL PARTIDO DEMÓCRATA A LA PRESIDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Franco, firme y abierto, como el retrato, que en esta página publicamos, lo enseña, es Grover Cleveland, gobernador actual del estado de New York, escogido ahora por la convención de delegados del Partido Demócrata como candidato del partido en la elección de presidente de los Estados Unidos, que ha de quedar hecha en noviembre. Tiene Grover Cleveland cuarenta y nueve años; y es alto y corpulento. Su espíritu es virtuoso; su naturaleza activa e impaciente; y su carácter disciplinado. Se ama a sí propio, y procura su adelanto; sin lo cual no hay a la larga encumbramiento ni fortuna, ni se va a grandes puestos públicos; pero preferirá, como ya una vez ha preferido, poner en riesgo su elección para presidente de la República, a lisonjear las preocupaciones de los electores acatando un acuerdo de la Legislatura contra un compromiso expreso del Estado. Está el peligro de las democracias en que los funcionarios, amigos del poder que los mantiene en fama y bienestar, procuran, para asegurarse en el mando, halagar con sus actos a las muchedumbres que han de encumbrarlos o abatirlos con sus votos: Grover Cleveland es de aquellos hombres que con entereza igual arrostra la ira de los acaudalados que le solicitan para amparar sus malas empresas, que la de los obreros revueltos y enconosos que no entienden que haya más justicia que la que permite la satisfacción de sus deseos. Con retirarle sus votos para la presidencia le amenazaron las asociaciones trabajadoras, si en los dientes de un contrato del Estado que lo impedía, no aprobaba el acuerdo en que reducía la Legislatura a cinco centavos el precio de diez que ahora cuesta, en las horas del día que no son las de ir y venir la gente obrera, el pasaje por los ferrocarriles elevados:—pero Cleveland, luego que vio claramente que la ley, que en su puesto es llamado a hacer cumplir, no estaba de parte de los obreros, en los dientes de su cólera desaprobó el acuerdo de la Legislatura.

Tammany Hall es el nombre de una poderosa organización del Partido Demócrata en New York. Son como los caciques del voto; y sus compromisos tan estrechos como los de una sociedad secreta. Ya repartiendo pequeños destinos, ya manteniendo agentes que vierten determinadas ideas y azuzan especiales

odios, ya pagando o ganándose la voluntad de las personas de influjo y cabecillas de los barrios, Tammany Hall hace de manera que en época de elecciones la ciudad es suya. Y como del amor exclusivo a sí propio, que caracteriza a nuestro tiempo, y en especial a las ciudades mercantiles, viene el lamentable abandono de las urnas electorales por los ciudadanos independientes, este poder de Tammany Hall es mayor, por no hacer esfuerzo por derribarlo los únicos que podrían balancear su influjo. Como el que sirve a Tammany tiene puesto seguro en el gobierno y administración de la ciudad, los logreros y rufianes, que son siempre los más, hallan fácil el premio y grata la ocupación de servirle. Y como no hay cosa más ciega y levantisca que las preocupaciones, y es tan fácil encender el ánimo de las clases pobres en estas ciudades que las ofenden con su fausto ostentoso, los servidores de Tammany se hacen pronto de grande influencia y la perpetúan, avivando entre la gente humilde y páupera los rencores y apetitos que la mueven.—De manera que salir al paso de Tammany Hall, es como firmarse con la propia mano, aquí donde todo depende del voto, un decreto de muerte política.—Los barrios enteros votan como Tammany manda: Tammany elige senadores, gobernadores y presidente; Tammany les impone luego, en cobro de la influencia con que los ha elegido, las personas, impuras casi siempre, a quienes por paga o por complicidad en los provechos, tiene señaladas para ocupar los más pingües empleos públicos.—El corcel está en la casa del gobernador; pero las riendas, las espuelas y el látigo están en Tammany.—Grover Cleveland se ha puesto en pie, y se ha decidido, para vindicación de las instituciones democráticas amenazadas de gusano, a arrancar de cuajo las raíces de Tammany.

Esta es su significación en las elecciones: no la guerra de Cleveland contra la asociación de demócratas impuros que le acusa y le niega su apoyo; sino la de los demócratas honrados de que Cleveland es vigoroso representante, contra los vicios políticos que han venido poniendo en descrédito las prácticas viriles de la democracia.

Y como los republicanos eligieron para candidato de su partido a la presidencia a un hombre que no ve las cosas de la nación con más escrúpulos que aquel con que Tammany mira las de la ciudad; como al lado de Blaine han prosperado camarillas de ferrocarriles y otras empresas que le remuneraban con acciones y dinero el empleo de su influencia en el Senado y altos hombres públicos,—mientras que Cleveland ha cortado el vuelo, con sus vetos serenos y atrevidos, a todas las tentativas de ese género que en su tiempo alcanzaron apoyo o complicidad en la legislatura de su estado; como Blaine cree, con doloroso disgusto de los norteamericanos sensatos y leales, que no es desvergüenza usar

de la fuerza cuando se la posee, y ahora es la ocasión de que los Estados Unidos asienten la mano, y la claven, por todos los lugares de la tierra adonde les llegue la mano poderosa,—y Cleveland piensa, con aplauso entusiasta de la gente honrada de la República, que el que viola el derecho, la paz y la independencia de la casa ajena, es como un bandido y rufián de las naciones a la que lo de cesárea y omnipotente no quitaría la mancha de criminal y de villana; como de un lado está Blaine, que trae al pueblo que ha sido hasta ahora albergue del derecho y decoro humanos en toda la tierra ofendidos, aquel desdén del hombre, ejercicio de la fuerza e ímpetu de conquista que los lastiman y violan,—y de otro lado era preciso poner a quien por lo discreto, digno y sesudo dejase a los Estados Unidos en su puesto de nación de hogar y casa de los hombres, y con el respeto a los demás y el goce pacífico de sí, perpetuara el magnífico ejemplo de la eficacia y salud de la libertad que los Estados Unidos vienen dando;—la convención de los demócratas escogió, de entre todos los candidatos del partido, a aquel que cuida más de gobernar honradamente su casa que de ir a perturbar la ajena; a aquel que no quiere abrir a las furias de la guerra y al vocerío de los mercaderes este templo maravilloso que sobre columnas de hombres prósperos y buenos por encima de toda la tierra se levanta.—Quien ha sabido preservar su decoro, sabe lo que vale el ajeno, y lo respeta. Y el pueblo que ha sido la casa de la Libertad, no ha de convertirse, no por Dios! en dragón en que cabalgue la conquista, ni en nueva tumba del hombre, como los pueblos despóticos o corrompidos que han dominado y envilecido el universo.

Seso y decoro pide la gente buena de este pueblo a sus presidentes; y no quiere que se tenga en mucho el seso, si no va acompañado del decoro. Porque el talento, la naturaleza lo da y vale lo mismo que un albaricoque o una nuez; pero el carácter no; el carácter se lo hace el hombre; y con su sangre lo anima y colora, y con sus manos lo salva de tentaciones que como sirenas le cantan, y de riesgos que como culebras lo vahean; el carácter sí es motivo de orgullo, y quien lo ostenta, resplandece. Como mármol ha de ser el carácter: blanco y duro. Y esto tiene de magno Grover Cleveland; que en época de política corrupta ha traído virtud a la política; que lisonjeado, cortejado y puesto en peligro, ha salvado su carácter entero y sencillo de tentaciones y de riesgos. Por eso apoya también fervientemente su candidatura gran parte del bando republicano.

La América. Nueva York, julio de 1884.

JUAN CARLOS GÓMEZ

Hay seres humanos en quienes el derecho encarna, y llega a ser sencillo

e invencible, como una condición física. La virtud es en ellos naturaleza, y puestos frente al sol, ni se deslumbrarían, ni se desvanecerían, por haber sido soles ellos mismos, y calentado y fortalecido con su amor la tierra. Los apetitos y goces vulgares les parecen crímenes; los hombres que viven para su placer, insectos: la intranquilidad de sus amores, es lealtad a un tipo de amor buscado en vano; sus goces, blandos y espaciosos como la luz de la luna; sus dolores, bárbaros y penetrantes como aquellos hierros de punta retorcida, que no salen de la carne rota sino desgarrándola y amontonándola en escombros rojos. Aman por cuantos no aman; sufren por cuantos se olvidan de sufrir. La humanidad no se redime sino por determinada cantidad de sufrimiento, y cuando unos la esquivan, es preciso que otros la acumulen, para que así se salven todos:—de estos hombres fue ese magno del Plata, que acaba de caer, no en la tumba, sino en la apoteosis. Dos pueblos, que no son más que uno, acompañaron a la sepultura su cadáver. Muerto, nadie dice que lo está, que todos lo sienten vivo. Los padres de aquellas tierras, hablaron como hermanos al borde de su sepultura. Era llanto de los ojos, y festejo de las almas. Es dado a ciertos espíritus ver lo que no todos ven: y allí se vieron como juramentos hechos al cielo azul por espadas de oro; y lágrimas con alas. De esa manera ha sido sepultado, en hombros de todos los hombres buenos del Uruguay y la República Argentina, el que a los dos pueblos trabajó por unir, y en su corazón caluroso los tuvo juntos siempre; porque como todo espíritu esencial y primario, que por merced de la creación arranca directamente sus ideas de la naturaleza, no entendía que razonzuelas transitorias pudiesen estar por encima de las generosas razones naturales. Para otros la tierra es un plato de oro, en que se gustan manjares sabrosos; y los hombres, acémilas, buenas para que los afortunados las cabalguen: Juan Carlos Gómez, que es el que acaba de morir, miraba a cada hombre como una porción de sí mismo, de cuya vileza era responsable, en tanto que no hubiese trabajado ardientemente por remediarla. El amor era su ley; y para él, la tierra entera debía ser un abrazo.

Sus versos, flamean; sus párrafos, son estrofas; su vida, fue de polémica grandiosa. Parecía singular caballero, de blanca armadura, que a anchos golpes de espada lumínea defendía de la gente invasora el templo de la virtud abandonada. Porque no hay que estudiar a Juan Carlos Gómez como persona local y de accidente, que devuelve las luces que recibe, y brilla en su tiempo porque lo refleja; sino como persona propia, que trajo luz consigo, y no vivió para acomodarse a su época, sino para impedirle que se envileciera, y para enderezarla. Para él no hubo más templo digno de ver de rodillas al hombre que la naturaleza; y vivió comido de sueños del cielo y amores humanos. No cabían

tampoco sus pensamientos en los moldes comunes; y creó sin sentirlo una prosa encendida y triunfante, que no parece de palabras concebidas y dadas a luz en dolor, como en él fueron, y en todo escritor honrado y sincero son; sino a manera de ríos de oro de solemnes ondas, que con natural majestad ruedan, agólpanse un momento—para quebrarlo, u horadarlo, o saltar sobre él—en torno al obstáculo que hallan al paso; y siguen su camino victoriosas, como si hubieran dejado tendido por la tierra un estandarte. Hizo urna magnífica a su espíritu con su lenguaje fulguroso.

Los hechos de su vida, quedan para biógrafos menudos. Nació en el Uruguay, cuando este era del Brasil, en los tiempos penosos de la Cisplatina; y aunque apenas tenía cinco años cuando la Banda Oriental se salió de los brazos lusitanos, el pensamiento de la pasada esclavitud de su patria fue tan vivo en aquella alma nacida a la epopeya, que llevó durante toda su existencia la dolorosa memoria, como hubiera llevado un golpe en la mejilla. Estuvo en Chile. Vivió poco en su patria. Pasó la mayor parte de su vida en la República Argentina. Jamás obró por el provecho propio, sino porque no se mancillase el decoro humano. Sentía en sí al hombre vivo, y cuanto atentaba a la libertad o dignidad del hombre, le parecía un atentado a él, y echaba sobre el ofensor su cólera magnífica. En los diarios escribió su poema; en el *Nacional;* en los *Debates.* Con igual ánimo imprecaba al hombre horrible que tiñó en sangre a Buenos Aires hasta los campanarios, y los árboles del campo hasta las copas, que a aquellos de su bando que, luego de abatir el poder del criminal en Monte Caseros, quisieran aprovecharse en demasía de su triunfo. Cuanto hizo, nació de su pureza. Por donde iba, iba un pabellón blanco abierto. Del lado del derecho pasó toda su vida. Y más que de otros, sufrió de dos males: el de vivir, como un espíritu superior, entre la gente usual; el de vivir, dotado de un alma angélica y exquisita cultura, en una época embrionaria.

¡Oh, pena prolongada, incurable y cruentísima, la de un hombre de luz ayuntado a un pueblo que acaba de salir del seno de la fiera! ¡Quién no se maravilla, que piense hondo, de que con tanta prisa se estén nuestras nacionalidades de América fortaleciendo y transformando? ¿Qué tuvieron al nacer, sino indios desnudos, adoloridos y enajenados al servicio de un señorío arrogante y frailesco, en el que, como quien vacía la luz a torrentes, unos cuantos jóvenes generosos, con la *Enciclopedia* en el cerebro y Washington en el alma, se vaciaron? ¡Qué manos, dignas de ser moldeadas en bronce, y puestas en las plazas públicas a recibir los besos agradecidos de sus descendientes, qué manos no hubieron de ser aquellas que de tierra tan ruin levantaron, a que el tiempo las puliese ¡y la sangre las animase, estas firmes estatuas! Quedaron en

lucha, a la hora de la libertad, el hombre directo y genuino de la tierra, impetuoso y selvático; y el caballero de salón y libros, en cuyo espíritu brioso, nutrido del propio suelo, asentábase, aquilatada por todas sus experiencias y dolores, el alma europea. Y fue la lucha entre el apetito, que es la primera expresión humana, y la última, que es el derecho. ¡Qué trabajo, el de ir acomodando los empujes rústicos de la naturaleza rudimentaria e inculta, a las sublimes concepciones y amorosos devaneos de las sociedades más adelantadas! ¿Cómo, sin convulsiones y catástrofes? ¿Cómo, sin sacudimientos tremendos y dolor enorme, concertar en un breve número de años estos dos elementos diversísimos, y del agraz sacar vino sedoso, y saltar en una mitad del siglo del hombre embrionario, batallador y egoísta de la naturaleza, al hombre desinteresado y pacífico de la civilización? ¡Enseñad, enseñad, pueblos de América, como timbres de honor y certificados de grandeza vuestras guerras y desgracias!

Nuevo es el problema americano, y más difícil que otro alguno, pues consiste en unir de súbito, lo cual no puede ser sino de modo violento, los extremos de la civilización, que en todo el resto de la tierra se ha venido naturalmente edificando. De la rudeza patriarcal, por despacioso envolvimiento, los pueblos del mundo han venido espiritualizándose y puliéndose,—y a su hora natural apareciendo en el árbol humano, después del riego costoso, las flores y frutas. ¡Y a los americanos se nos pide que contra historia y naturaleza, pongamos los paramentos de oro fino al caballo que trae aún en las crines los olores nuevos de la selva! A bien que, por fortuna, el sol de América es mágico, y como solar la mente americana: y lo estamos haciendo!

Pero de este torneo maravilloso, en que a la arremetida de la lanza de a caballo oponen los contendientes, como un escudo, una idea, y están echando atrás la lanza; de este comercio de los caudillos fuertes que triunfan, imponen y pagan, y los hombres inteligentes, siempre al principio vencidos, que por falta de ajuste entre sus conocimientos y tendencias superiores y el estado elemental de sus pueblos, viven en ellos como sin alimento ni trabajo propio; de este contacto del vencedor de guerra que corrompe, y el vencido de paz, que por su misma condición de inteligencia ama la vida holgada y fastuosa, o necesita de todos modos medios de vida; del aflojamiento en que en presencia de la fuerza y la riqueza caen, aunque la naturaleza las haya marcado con su sello de luz, ciertas almas; de todos estos lances e irregularidades de nuestro problema americano,—habían de originarse apostasías, miedos y vilezas grandes. Cuál por deslumbramiento, cuál por amor a los goces de la fortuna, cuál por poquedades de ánimo, era frecuente que, como envuelve el toreador para distraer al animal

su espada de matar en una capa roja, hubiera hombres de mente que diesen color de idea a los látigos y a las espadas: y pusieran la cabeza, como los cortesanos desnudos de los reyes de África, a los pies, a menudo ensangrentados, de los caudillos vencedores. Vuelcos de alma sentía Juan Carlos Gómez contra toda esa traílla de gente miedosa o traidora; y todavía vibra su pluma sobre las frentes que marcaba. Era en él el decoro como el pudor debe ser en las mujeres; y resentía toda tentación a su pureza y a la ajena, como resiente la sensual solicitud de un galán de calle una mujer honrada. Mientras mayor amenazaba ser este desvío de la virtud y desconcierto moral que fuera de sí veía y padecía en sí, como si fuese llaga encendida que le consumiera el cuerpo, era mayor su enojo sagrado, su discurso más alto y seguro, su polémica más avasalladora y animosa. Trozos de rayo, y no palabras, le salían de la pluma. Si le contendían, pronto estaba él solo, triunfante, como que peleaba en él el derecho, entre ideas cadáveres.

Que erró alguna vez, ha debido ser; mas nunca por interés ni por pasión, sino por engaño honrado. Un dolor parecido al frenesí le causaba la merma de la virtud en los hombres de su pueblo, y se le iba entrando por el alma la dolorosa aflicción que se la sacó al cabo del cuerpo. Porque vivía penetrantemente enamorado de la pureza y hermosura; y quedaba herido de todo golpe que sobre la faz de la tierra se asestaba al decoro humano. Es así la virtud,—que, distribuida por el universo equitativamente, siempre que en un espacio o localidad determinada falta en mucho, en uno solo se recoge, para que no se altere el equilibrio y venga a padecer la armonía humana; en uno solo, que el honor que en los demás escasea amontone en sí, y adquiere de ello profética indignación y elocuencia resplandeciente, y es todo vergüenza, por faltar en los demás, y es todo mejilla! De aquí que en las épocas decorosas de libertad y paz sea menor, o menos preceptible, el número de hombres extraordinarios, por estar en ellas distribuidas entre todos las condiciones que, cuando es costoso poseerlas, se recogen en los espíritus sublimes, como en la tempestad una bandera en su asta. Ni la serpiente pudo nunca morder en la lima, ni la tentación en Juan Carlos Gómez. ¡Y solo los que se los han sacudido de los hombros, como un manto de espinas encendidas, saben lo que cuesta rechazar los halagos de los tiranos!

Sin que dejara ese de ser motivo perpetuo de amargura y contienda para ese caballero de la virtud, duro y centelleador como el brillante, un nuevo dolor, tal como si sintiese que Mesalina se sentaba en su mesa de familia, cayó, como una mortaja, sobre su alma. La prosperidad que no está subordinada a la virtud, avillana y degrega a los pueblos; los endurece, corrompe y descompone. Del

descubrimiento de la ilimitada y fácil riqueza de su territorio, y del saludable afán de buscar satisfacción a las necesidades de la vida, no en el tahalí de un capitán afortunado, sino en las fuerzas de la naturaleza, se engendró naturalmente en la República Argentina un ardoroso espíritu de empresa que, con los beneficios que empezó a dar al punto, y el gusto por la elegancia y la belleza, en todas nuestras tierras espontáneo, creó pronto un vivo amor al fausto, que es afición que en todos los pueblos ha puesto siempre en peligro el decoro. A cada carácter que con las nuevas solicitudes se enturbiaba; a cada caída o vacilación de un ciudadano útil; a cada muestra del predominio del interés en las relaciones usuales, se estremecía aquel anciano de barba gris, límpida frente y ojos penetrantes y melancólicos, como si viera ya, el cinto desatado, el seno ardiente y enjuto, y en el cabello seco las flores corrompidas, reclinada a su patria infeliz, junto a la mesa llena de jarros de vino envenenado, en la litera de la orgía romana. A exaltadas imaginaciones y desconfianzas enfermizas le llevaba aquel nobilísimo desasosiego, y el pesar de creer que no podría detener este peligro le fue enflaqueciendo las fuerzas, y avecinándolo a la muerte; por ser el morir de miedo ante la debilitación de la virtud, remate propio de aquella limpia vida.

Pero estas cosas no perecen, ni deja de haber quien las guarde. La perla está en su concha, y la virtud en el espíritu humano. Afírmase siempre,—por la soledad, náusea y hastío que el fausto desnudo produce,—la espiritualidad de la existencia. De la tumba en que parece sepultado, se alza con nueva fuerza el espíritu de amor, de desinterés y de concordia. Cuando los gozadores y egoístas, alegres de no ver ya en pie a quien con su exquisita pureza los molestaba y ofendía y por todas partes les iba detrás como un rayo de luz, vienen cantando con sus copas de champaña en las manos, del brazo de sus mancebas de regaladas carnes y suelta cabellera, a regocijarse frente a la tumba de aquel testigo enojoso, hallan en pie sobre la tumba, armado de coraza radiante, a un hombre nuevo, con el estandarte del que murió enhiesto en las manos! La virtud crece. El honor humano es imperecedero e irreductible, y nada lo desintegra ni amengua, y cuando de un lado se logra oprimirlo y desvanecerlo, salta inflamado y poderoso de otro. ¡Ni qué eran más que ejército de guardianes, los hombres ilustres y conmovidos que, en procesión seguida de gran número de gente, acompañaron a Juan Carlos Gómez a su tumba!

Cuanto recuerda y honra, cuanto ama y piensa, cuanto crea y esculpe, cuanto prevé y prepara, cuanto enseña y estudia, cuanto anda y protesta, cuanto labora y brilla en la República Argentina y el Uruguay, ante el cadáver de Juan Carlos Gómez estaba. En las calles, la muchedumbre silenciosa. En el cementerio, como el mejor tributo, leales damas. —¡Flores fueran las letras de la

imprenta, y nosotros dignos de ofrecerlas, y por ese homenaje exquisito y valeroso se las ofreceríamos! Hasta las gentes comunes e indiferentes miraban con respeto y recogimiento el cortejo funerario, y el carro de coronas que iba en él; y se inclinaban los que todo lo sacrifican a la posesión de la fortuna, al paso de aquel que vivió y murió en pobreza por no sacrificarle nada: ¡cuando todo género de holguras le hubieran venido de torcer alguna vez la pluma!—Odian los hombres y ven como a enemigo al que con su virtud les echa involuntariamente en rostro que carecen de ella; pero apenas ven desaparecer a uno de esos seres acumulados y sumos, que son como conciencias vivas de la humanidad, y como su médula, se aman y aprietan en sigilo y angustia en torno del que les dio honor y ejemplo, como si temiesen que, a pesar de sus columnas de oro, cuando un hombre honrado muere, la humanidad se venga abajo!

¡Oh, y qué armoniosa y soberana inteligencia acababa de volar de aquel hermoso cráneo! ¡Con qué claridad vieron sus ojos que la vida es universal, y todo lo que existe mero grado y forma de ella, y cada ser vivo su agente, que luego de adelantar la vida general y la suya propia en su camino por la tierra, a la naturaleza inmensa vuelve, y se pierde y esparce en su grandeza y hermosura! Como a madre quería a la naturaleza, que tal hijo no había de tener madre menor.—En un cajón de pino mandó que le enterrasen, para que su cuerpo entrara más pronto en la tierra: que su estoica virtud nunca necesitó de eclesiástico estímulo, ni de futuro premio: ¡cierto aplauso del alma, y cierto dulce modo interior de morir, valen por todo! De pie estuvo toda la vida, y ni acostado jamás, ni encorvado. Por la luz tenía un amor ferviente: y no amaba la noche, sino como seno del día. Perseguía con los ojos sedientos un ideal de pureza absoluta, y tenía aquella ternura femenil de todas las almas verdaderamente grandes; y, de no ver a los hombres tan puros como él quisiera, una tristeza que parecía desolación. Campea mejor su pensamiento artístico en los pliegues amplios y gallardos de la prosa, que en la estrofa poética, por más que en analogía con su espíritu y el cielo y el río que veían sus ojos fuera su estanza usual ancha y pomposa; mas se ve bien su alma en sus versos: y ya es en ellos guerrero pujante; ya paje tímido y sencillo, enamorado de su doliente castellana; ya cruzado que pone a los pies de su señora su casco hendido y su bandera de colores; ya alma arrebatada y altiva que desdeña y rechaza a las interesadas e insensibles, y a la belleza inútil que no sabe consumirse en el amor, y como una copa de ámbar en los altares, expirar envolviendo en sus perfumes al ser que ama. Vese en todos sus versos, como en onda confusa, la idea gigantesca: se ve el lomo del monstruo, que solo de vez en cuando alza, colgada de olas, la cabeza divina. La tristeza, que era en él lo más hondo, le inspiró sus más acabadas

estrofas; porque venía en ellas el pensamiento tan verdadero y seguro, que se plegaba a él vencida la forma, como a un coloso un carrizo. Y tiene a veces versos que parecen columnas de mármol blanco y elegante que alzan al cielo el capitel florido.—A la tierra la imaginaba llena de luz; a los hombres, con alas. Sentía náusea del placer frívolo, y odio de sí por haberlo gozado. Cayó en exageraciones románticas, porque estas eran en su tiempo el símbolo y ropaje de la libertad, y una revuelta saludable contra la literatura de peluca y polvos, sustituida de prisa, en tanto que se adquiría el conocimiento de la sana e inspiradora realidad, por una especie de realidad imaginaria: se desbordaba la inspiración romántica por los versos, como mar sacado de madre por las playas, y hacía colosales travesuras, y daba al sol magníficos reflejos, para evaporarse ¡ay! casi toda, por falta de esencia real y condensación en moldes sólidos: templo fue de oro y piedras preciosas, levantado en columnas de espuma. Pero aquel superior sentido suyo de armonía, y casto disgusto de lo vano y hojoso, trajeron pronto a Juan Carlos Gómez, con lo sincero de sus penas, a más vigoroso estilo poético, que solía alzarse, por lo ceñido y conciso, a verdadera majestad. La de su vida fue más igual, eficaz y serena: era de los que tienen a la vez la visión de lo porvenir y la prudencia del presente, y por aquella viven empujados y refrenados por esta, sin que admitan que las transacciones con la inmoralidad, por mucho que se barnicen y disculpen, sean eficaces para los pueblos, que por ellas ven pospuestos sus intereses a los de los que van conduciendo sus destinos, ni sean honradas en quienes las cometen. Entendía que se fuese por la justicia relativa a la absoluta; pero no que, mermando aquella, y con lo injusto transigiendo, se acelerase el triunfo de la justicia absoluta. Se le inflamaba el rostro y se le encendía la pluma cada vez que veía en peligro el honor del hombre; y caía sobre el transgresor, como si de la naturaleza hubiera recibido encargo de abatir a todos los enemigos de la virtud.—Nunca tuvo que pedir a Dios, como el árabe, que le hiciera ir por el camino recto, porque él iba: y se detenía solo a echar su luz, para detenerle o denunciarle, sobre el que se salía de él. Y en su sepultura pudieran grabarse aquellas tres palabras que grabó el duque de Weimar sobre la tumba de Herder: —Luz, Amor, Verdad.

Esplende, con luz igual a la de la más hermosa escena histórica, la escena de sus funerales en la ciudad de Buenos Aires. —Una promesa parecía, hecho al cielo. Los padres de aquellas tierras, y los mejores jóvenes, hablaron. Con su palabra de grandes círculos y atrevidas alas habló Mitre; habló Sarmiento con la suya inquieta, audaz y misteriosa, y Lucio López con su lengua de colores. Con acentos sacerdotales y proféticos dijo adiós a Juan Carlos en nombre del Uruguay el enérgico anciano Carlos Blanco; y con aquel comedimiento y

serenidad de la generación que nace, se despidió de él Manuel Herrero y Espinosa como un hijo. No parecían aquellas meras palabras humanas; sino que flameaban como banderas, apretaban como compromisos, resonaban como tablas de bronce, y brillaban como coronas de plata. Se afirma, un pueblo que honra a sus héroes.

En un día 25 de mayo, a los clamores de la noble gente moza que acababa de arrebatar de manos de French los trozos de cinta azul y blanca, llamados a ser luego el pabellón de la patria, surgió libre y gloriosa Buenos Aires de su Cabildo timorato. Llama era toda la plaza, cuajada de gente: en hombros de sus amigos, y llevados por los vivas, peroraban los ardientes chisperos; ola de fuego el pueblo parecía, y maza cada mano, cada palabra gloria, cada resistencia caña, coraza cada pecho: llegaba al cielo el bravo vocerío: detrás se iba la ola, de los chisperos y manolos bravos: ¡es hermoso ver cómo nace la libertad, blanca y avasalladora, de los pechos humanos! nacía el sol de los pueblos orientales.—Juan Carlos Gómez, que murió en día 25, se acostó en la tumba, y tenía derecho de acostarse, a los reflejos de aquel sol de mayo!

La América. Nueva York, julio de 1884.

EL GOBERNADOR DE NEW YORK

Estaba el gobernador de New York, Grover Cleveland, sentado en el amplio sillón que viene bien a su cuerpo recio, repasando con un ayudante unas pruebas de imprenta, en los momentos en que un disparo de cañón anunciaba a los habitantes de la ciudad de Albany que el buen gobernador acababa de ser electo designado a la candidatura para la presidencia de los Estados Unidos por los representantes del Partido Democrático reunido en Chicago.

Que la pluma le tembló al gobernador en la mano es seguro, porque nadie recibe sin temblor la noticia que le pone en camino de ser jefe del pueblo más libre y grandioso de la tierra; pero no se le vio temblar la pluma.

—Gobernador, dijo irguiéndose sobre sus pies el ayudante, es que están saludando con cañonazos vuestro nombramiento.

—Bien puede ser, Ayudante; pero acabemos estas pruebas.—Águilas nos parece que debía ver el Gobernador entre los puntos de la pluma, en vez de letras y cifras.

Pero la campanilla del teléfono suena, y hay que poner atención a lo que dicen.

—"Dígase al Gobernador que ha sido electo candidato en la segunda

votación”.

Ya la prueba no pudo corregirse. Los amigos ansiosos, que esperaban en un cuarto vecino, están llamando a la puerta. El Gobernador sonríe: sonríe y no habla: y de pronto se pone en pie, y dice a su ayudante:

—Lamont, quisiera que comunicasen eso a la casa: ¡Las hermanas querrán oírlo!

La América. Nueva York, julio de 1884.

LA REPÚBLICA DE NICARAGUA Y EL SR. JOAQUÍN ZAVALA
CARTA DEL SR. ANTONIO ZAMBRANA

Un regalo sin duda ofrecemos a nuestros lectores en la hermosa carta del Sr. Antonio Zambrana, que al pie imprimimos, en la cual, con motivo de la próxima visita a New York del eminente nicaragüense Sr. Joaquín Zavala, encomia, como es de justicia, las ejemplares virtudes cívicas que a Nicaragua distinguen, y la hacen admirable. Que los Estados Unidos, que nacieron de la virtud puritana y con las libertades inglesas las fortalecieron, sean tierra próspera y libre, no es de alabar tanto como que aquellos países que vinieron a la vida con la lanza de Alvarado clavada en el pecho, y el cilicio eclesiástico apretado al cuerpo, hayan trocado la hipocresía e ignorancia coloniales en segura virtud republicana, del cuero de su cilicio hecho riendas para sus pasiones, y de la lanza arado.

No solo el problema de Nicaragua, sino uno de los más importantes de América, delinea con mano de maestro en su amplio y bruñido lenguaje el Sr. Antonio Zambrana.

Así se ha servido escribirnos:

La América. Nueva York, julio de 1884.

GUERRA LITERARIA EN COLOMBIA
“EL JOVEN ARTURO” DE R. MAC DOUALL
LA ESCUELA DE D. SANTIAGO PÉREZ

Llegan los libros despacio de Colombia, lo que es de sentir, porque en Colombia se escriben libros buenos. Anda allá la literatura, como la mente nacional, partida en dos bandos; y los unos, con indígena brío, éntranse

anhelantes por todo lo moderno, y escriben con la vehemencia de la tierra las cosas de la naturaleza, de la historia, de su espíritu y de la patria, teniendo por delito y contradicción culpable a la ley de Dios el constreñir, como pie de dama china, en moldes de bronce viejo el pensamiento; y otros, movidos a veces del miedo saludable y generosa repulsión que los abusos de la libertad inspiran, júntanse a levantar valla al espíritu humano y a la gente humilde, con los que ven con ira el crecimiento del hombre llano que, como que viene de la naturaleza, tiene mano segura y hombro fuerte, y los saca del goce y poderío que por años sin cuento estuvo en ciertas familias vinculado. Porque oligarquía hubo en nuestros países, y ella fue la que alentó y dirigió nuestra revolución de independencia; pero no para su provecho, sino para el público; y no para tener en cepo y grillos el alma luminosa, sino para imprimir con Nariño los *Derechos del Hombre*. ¡Y ahora está aconteciendo que los hijos de aquellos próceres gloriosos, no hallan otra manera de honrarlos más que la de ingerir de nuevo en su patria los serviles respetos y vergonzosas doctrinas que echaron abajo, acompañadas de sus cabezas, sus progenitores! Traiciones tiene la historia, y parricidios:—y esta, que entre mucha gente menguada de América priva ahora, esta es una. Prevenirse no está de más, si se quiere salvar el espíritu de América, y se le tiene en algo, y se sabe lo que vale: porque Catilina, lleno de falsos honores y contento de ellos, está a las puertas de Roma. Nombramientos y cortesías de allende están sacando a nuestra gente ilustre de su camino natural y honrado. ¡Bueno es que, como los españoles de España, admiremos la Alhambra, sin traer por eso otra vez a los moros!

Siempre campeó por lo original, inquieta y sincera, la lengua colombiana; y de sus irreverencias y desmoldes precisamente viene aquel sabor de graciosa verdad de la historia de Lucas Fernández de Piedrahita, y aquella sentenciosa travesura y fresco donaire de Rodríguez Fresle, y aquella amorosa consunción y abrasante vehemencia de la cuasi divina Madre del Castillo. Con Mutis de Cádiz y Rodríguez de Cuba, vinieron a la lengua de Colombia precisión científica, y grata cortesanía; y al amor de ellos, que fue sano y sencillo, se juntaron a leer y prepararse a la obra aquellos hermosos evangelistas de 1810, que comenzaron por serlo de la libertad de su patria, pero que no hubieran tenido fuerzas para conseguirla a no haberlo sido de la libertad humana: así se les vio brillar e inspirar amor y respeto dondequiera que fueron. Una nueva grandeza, distinta de la griega y romana, resplandece, como ancho globo de oro, en los discursos y acciones de los Torres y Zeas, Garcías del Río y Pombos; y es lo singular, que llena su mente y oraciones de las hazañas de los héroes antiguos, establecían sin sentirlo, con las palabras mismas con que los evocaban y loaban, un tipo de

gloria desinteresado y nuevo, no limitada, como la de Grecia y Roma, a invadir o a rechazar al invasor, ni reducida, como la cristiana que vino después, a morir sonriendo entre los dientes de las fieras, roto ya el cuerpo en harapos sangrientos, por el goce y salvación de la propia alma. Fue la de nuestros varones de 1810 una grandeza amplia y sublime, que vino de expresar con toda la pompa y luz de América, y con un desprendimiento que más parecía de la juventud de un continente que de juventud de hombres, las pujantes ideas humanitarias que alzaron en sus alas de bronce encendidas sobre el mundo, como un sol arrebatado a su cautiverio, el siglo de redención en que vivimos, trastornado todo él, y nervioso y convulso, por no poder tardar menos de un siglo el espíritu humano en mudar de casa. No por la soberbia gloria antigua de obedecer a la virtud, obraron nuestros grandes varones: ni por el deseo egoísta de caer, temblando de gozo, en los brazos de Dios como los mártires cristianos; sino por el generoso dolor de ver abatido el decoro, estremecido y acorralado el espíritu, y sofrenado en su divino y libre vuelo el pensamiento humano. Por su gloria habían trabajado generalmente los héroes: y los nuestros, por la ajena. ¿No fuera gozo ver que tal espíritu animaba siempre los libros y papeles colombianos? Porque es de hijos poner, y no quitar, a la virtud y hacienda que les vinieron de sus padres; y no tienen el derecho de gloriarse con los nombres, actos y vida ilustre de sus antepasados, aquellos descendientes que no los perpetúen en su espíritu y acciones: es alevosía ampararse de su gloria, para ir minando la gigantesca obra que alzaron. Honrar en el nombre lo que en la esencia se abomina y combate, es como apretar en amistad un hombre al pecho y clavarle un puñal en el costado. Los que se oponen al ejercicio de las facultades del hombre no son los hijos de los que dieron su vida por ayudar a libertarlo.

Ha habido ahora en Colombia guerra literaria, a propósito de un cuento en octavas, no todas sueltas y viriles, aunque algunas revelan la saludable tendencia de su autor, el joven caballero Roberto Mc Douall, a encerrar en forma concisa y trabajada su pensamiento que, esta vez, ha sido el de denigrar, como de intento, por más que sin razón visible, la educación que las mujeres jóvenes de Colombia reciben en las escuelas normales. Al punto que se lee el cuento, que llama el autor "El Joven Arturo", nótase: por desdicha, que, aun cuando no es de mala ley literaria tratar en zumba aquello cuyo descrédito se procura, no corresponde aquí la delicadeza del lenguaje a la del asunto: ni está sazonado con aquella sal sutil, o excusado con aquel profundo pensamiento, que hacen amable y atractiva a veces la misma bellaquería rabelaisiana. Boccaccio mismo, en fuerza de lo que flagelaba ¡que era mucha la villanería de la gente de iglesia!

Boccaccio mismo suele sacar a los labios la sonrisa:—y en este "Joven Arturo", hay cosas que, y no de entusiasmo, sacan los colores a la cara. Tiene además el chiste su decoro literario, y el buen ingenio desdeña esa barata jocosidad que está en hacer alusiones a cosas deshonestas. Paseaba el autor de este cuento hace unos diez años por México, y eran de notar en sus versos, entonces infantiles, un gracioso candor y delicada pureza, que de seguro guarda aún para obras mayores, que de este cuento de ahora le rediman.

Bien puede ser que una moza de voluntad y sentido desenvueltos, criada en regalos superiores a su fortuna por una madre tímida y consentidora, case de ligero y eche por malos caminos, aunque haya estado, después de la mala crianza, en una escuela normal, y no por haber estado en ella; sino porque, como se ve en la carne regalona traía el pecado, y padre no tuvo, y la madre no le supo quemar con enérgica virtud el impuro microbio: de la cual moza, que es verídicamente, sin punto más o menos, la que pinta el cuento con el nombre de Clara, deduce el cuentista que las jóvenes colombianas que se educan en las escuelas normales salen a desatender sus quehaceres y engañar, como una bribona de Molière o una coqueta de Bretón, a sus maridos. ¡Por Dios, por Dios, que estas son cosas que queman, y no se deben tratar de esa manera sino cuando el mal es tan visible que la indignación o el noble miedo patrio saquen de quicio y justifiquen el exceso, y cada una de esas terribles afirmaciones vaya cosida a su prueba!

Y bien pudiera ser, lo cual de lejos no se sabe, aunque no lo parece, que faltase en las escuelas normales de Colombia, sobre que en aquellos limpios hogares nunca faltaría, esa educación en la ternura y demás condiciones del espíritu sin la que la inteligencia se trueca con la instrucción en entidad monstruosa y abominable: mas si así fuera, así hubiera sido dicho, y dejar de decirlo hubiese sido culpa, y decirlo obligación y honor; limitase el cuento a pregonar, con puerilidad que es de esperar sea en el estudioso autor transitoria, que las jóvenes pobres de Colombia corren peligro mayor de caer en vida deshonesta adquiriendo en las escuelas normales de maestras una educación que las pone por encima de sí mismas y les asegura un quehacer honrado y propio de su sexo, que manteniéndose en holganza y tentadora frondosidad carnal, con apetitos y necesidades de existencia, y sin más camino que el de entrar a servir de criada o manceba, cuando no vayan ambos servicios en una misma infeliz aparejados: ¡pues desde lejos decimos nosotros que por agradecimiento mal entendido, y por ignorancia, o por pobreza, caen las mujeres en deshonor muchas más veces que por condescendencia al hombre a quien aman o por clamores de la carne!: desde aquí decimos que la mujer, lo mismo

que el hombre, a poco que la ayuden, es esencialmente buena, y sobre todo la mujer de nuestras tierras: desde aquí decimos que hacer desaparecer una de las causas de la corrupción no puede ser manera de aumentarla: y si se alega que la educación sustituye con una causa nueva de corrupción la que extingue, decimos que no es cierto, porque la naturaleza no ha podido crear sus objetos y al ser humano entre ellos, para que de conocer lo que le rodea le pueda venir mal, ni pueda haber inmoralidad o error en aliviar las ansias de saber que el pensamiento humano trae consigo: y si se dice—y aquí acaso está el huesecillo escondido, y la razón vergonzante de toda la agria y elemental polémica que el cuento ha levantado,—si se dice que la educación de las escuelas normales es corruptora porque no es católica, decimos que católica es la educación de las clases altas europeas, que, con excepciones raras, viven en espantoso desconcierto de espíritu, goce discreto y seguro de las más culpables aficiones, y empedernido desconocimiento de las condiciones que hacen amable la vida y el hogar sabroso! Ni religión católica hay derecho de enseñar en las escuelas, ni religión anticatólica: o no es el honor virtud que cuenta entre las religiosas, o la educación será bastante religiosa con que sea honrada; eso sí, implacablemente honrada. Ni es lícito a un maestro enseñar como única cierta, aun cuando la comparta, una religión por la mayoría de su país puesta en duda; ni ofender una religión que desde que el educando la acata en libre uso de su juicio, es ya un derecho. ¿O es tan de humo y tan hueca la religión católica que, con el estudio de la naturaleza y la enseñanza de las virtudes humanas se venga abajo? ¿o está acaso contra estas virtudes, que teme de ellas? ¿o ha venido ya a tan poco que sobre ser doctrina divina y por tanto eterna, como afirman los que la mantienen, ni con el prestigio de la tradición, ni con el influjo que con las iglesias solemnes y encendidas ejerce en la imaginación y sentidos, ni con el espanto que con la amenaza de la condenación suscita en las almas, ni con la práctica y reverencia de todos los hogares, ni con el permiso de enseñar en las escuelas de niños y niñas su culto a todos aquellos cuyos padres lo soliciten, puede esta obra de siglos sustentarse? Sea libre el espíritu del hombre, y ponga el oído directamente sobre la tierra; que si no hubiera debido ser así, no habría sido puesto en contacto de la tierra el hombre. Y las dudas que su estudio le traiga, bien traídas le están, pues que son naturales; y saludables son, pues que de todas ellas, como un vapor de verdad, o como inmensa flor de luz, surge esplendorosa la fe en la armonía, bondad y eternidad del universo, más fecunda isí por Dios! y más digna del ser humano que la que predica y ejercita el odio contra los que quieren asegurar al hombre con el ejercicio honrado de su inteligencia el cumplimiento íntegro y leal del mandato divino!

El cuento de “El Joven Arturo” movió gran contienda, y con pasión fue defendido y atacado, por ser para el bando católico excelente refuerzo que venía del campo hostil en que el joven cuentista milita; y para el bando que estableció y ha defendido a espada y pluma las escuelas, una sorpresa penosa. Con los jóvenes que defienden ideas vencidas suele mostrarse muy pródiga la fama, no tanto a veces por especial merecimiento del recluta, cuanto porque, necesitados los que anhelan el entrabamiento y sumisión del espíritu de mostrar que la generación nueva está con ellos, hacen grande alharaca cuando acontece el raro suceso, y ponen por encima de sus cabezas a los que de modo más proporcionado brillarían entre los jóvenes que caminan con su tiempo y que por ir generosamente juntos en las vías naturales, llaman menos la atención que el que echa solo por la vereda desusada. Los que por el cuento se veían servidos lo encomiaron como obra excelente, a pesar de su irregularidad y crudeza visibles; e iba creciendo sin coto la interesada alabanza: por lo que, con ásperas y mal aconsejadas represalias unos, y con sentidas razones los otros, saliéronle al paso en defensa de la bondad de la educación pública y la conveniencia de ennoblecer a la mujer humilde, y mejorar la condición de todas, a fin de que de veras sean compañeras de los hombres, y no su disimulada servidumbre. Unos y otros hicieron, con la prisa de responder, flojamente sus octavas, que es pecado que merece excusa allí donde pueden balancearlo algunas de las más bellas traducciones y novedades líricas que enriquecen la moderna poesía en lengua española. De Juan de la Rosa acá no hay en romance versos mejores que los que a granel campean en la interpretación de las *Geórgicas* de don Miguel Antonio Caro.— Poesía, por de contado, no la hay en esta polémica; cuando fuera bien no entretenerse jamás en rimas sino para vaciar poesía. Poesía es un pedazo de nuestras entrañas, o el aroma del espíritu recogido, como en cáliz de flor, por manos delicadas y piadosas: poesía en Colombia es Gregorio Gutiérrez González, cuyos versos, como aves melancólicas, cruzan perpetuamente, sin saber apartarse de él, el cielo de su patria:—y es como la melodía de aquellos aires, y el aroma de aquellos campos florecidos, y el misterio de aquellas soledades religiosas, con privilegiada arte buidos en palabras humanas: poesía, imperfecta aún y grandiosa como el continente que se la ponía en el alma, es José Eusebio Caro.—Al cabo se alzó por sobre toda la contienda un canto severo e indignado, que con voz trémula por la injuria inmerecida y contenida por la hermosa prudencia, puso en su punto el caso del debate, y en visible rincón el descuidado argumento del “Arturo”.

Entristece ver a los hombres movidos por sus pasiones, o azuzando las

ajenas: tanto como por nuestra especie nos causa orgullo el que solo siente pasión por la justicia, y el lenguaje de la recriminación pone de lado, y, siquiera sea sin detenerse a apuntalar ni henchir los renglones que lo han menester, vuelve, como don Santiago Pérez en su canto *La Escuela,* por los fueros de la inteligencia perseguida, o de la pobreza y debilidad menospreciadas. Así, solicitada por el viento revuelto que sacude la superficie de los mares, acumúlase y encréspase la ola y esparce con desorden y majestad en las ondas vecinas sus aguas opulentas. Como a plumas mal tenidas en un ala floja, avienta con su réplica generosa y viril las insinuaciones, que no razonamientos, del “Cuento” mal aconsejado. Cuanto arriba apuntamos en natural defensa del deber en que los hombres cultos, y los mejores de la inteligencia, están, no de restringir envidiosa y cobardemente, sino de ensanchar con confianza, ardor y ternura los conocimientos y empleos que ennoblecen, sea cualquiera el sexo en que encarne, al espíritu,—en *La Escuela* está arrogantemente dicho. Padre ofendido parece el que habla, y se duele de que le hayan calumniado la escuela de Colombia, como de que le hubiesen calumniado a una hija. De tiempo atrás tiene don Santiago Pérez fama de hombre de letras envidiable; mas no por esto le merece tanto como por la unción y natural grandeza con que ama, practica y defiende la libertad legítima, que no es la que con sanguinaria premura o con grotescas vociferaciones quiere sofocar en los labios de sus adversarios, leales o no, hipócritas o no, la emisión en palabras, y el mantenimiento en actos, de las opiniones que en uso de su juicio respetable y libérrimo alimentan; sino aquella otra que con mano firme, toda de diamante, abre las puertas de la naturaleza armoniosa y preservadora al espíritu humano, contra los que, de miedo de perder autoridad con su fortalecimiento, quieren cerrárselas; y de hierro encendido vuelve su manto blanco, para amparar a sus amigos y enemigos, contra los que por prisa o ignorancia o interés, pretenden impedir en los demás el uso libre de los derechos que para sí reclaman.

La Libertad, cuando fue en América epopeya, tuvo aquel ejército de jóvenes gloriosos, que contaban a veces más victorias y proezas que cabellos en el bozo: luego, dejados nuestros países a sus elementos imperfectos y contradictorios, la Libertad, llevada en mala hora necesaria por gentes de pasión y guerra, tuvo que batallar por convertirse de nominal en efectiva. Aquietándola en sus iras impaciente, animándola en sus horas de infortunio, guiándola en los pasos difíciles, increpándola por sus injusticias y exponiéndose valerosamente a su furor, reposando en la hora de la victoria, mas nunca dormidos, sino con la pluma luminosa, como con una espada, al lado, han venido en toda la difícil y ensangrentada peregrinación acompañando a la Libertad sus

patriarcas:—serpientes vigilan a la Libertad el sueño, y ellos con sus voces honradas las espantan; gusanos del propio cuerpo se le suelen subir hasta más arriba de la cintura a la Libertad, y ellos con su mano leal, los sacuden por tierra; hijos desmelenados y rojos, en sus noches de angustia y pesadilla, han solido nacerle a la Libertad amenazada, y ellos han ido siempre a la mano a sus acometimientos y desmanes. Han domado estos fundadores de la Libertad el amor y el odio. Los sacerdotes han sido de la larga época del establecimiento. Entre los americanos tiene por esa singular virtud Santiago Pérez puesto alto y seguro. Es de esos senadores naturales de los pueblos; a quien de lo robusto de la indignación y de lo hondo del concepto del derecho humano, acuden sin esfuerzo, apretados y lucientes como las escamas de una malla, raciocinios envueltos en imágenes, que resuenan con los acentos de la gran elocuencia, y se remontan, y como águilas de oro relucen en lo alto, con los alientos de la gran poesía.

La América. Nueva York, julio de 1884.

EL *EVENING TELEGRAM* DE NEW YORK

El notable retrato del gobernador Cleveland que en su primera página editorial ofrece hoy a sus lectores *La América,* no es de pincel común, ni ha andado como otros retratos de menor mérito, la vuelta de los periódicos ilustrados; lo debemos a la buena voluntad del *Evening Telegram,* que es el nombre con que publica el *Herald* su edición de la tarde, aunque con carácter tan propio y marcado, que no parece secuela del periódico famoso de la mañana, sino otro diario distinto, no como tantos otros, reposado y ponderoso; sino brillante y travieso, para nuestros países siempre benévolo, y en sus opiniones preciso y sensato. No se ve nunca sentado a este diario: pizpireto, pujador y audaz, cuanto los demás hacen, él lo mejora; y nadie entra en su casa de vuelta del trabajo por las tardes, sin que lleve el *Evening Telegram* en las manos.

Ahora publica los sábados por la tarde una brillante edición artística, con caricaturas, alegorías y retratos, por C. de Grimm, artista de justa fama, cuya firma autoriza el retrato de Cleveland, que el cortés *Evening Telegram* nos ha permitido usar como especial favor, por el cual le damos aquí afectuosas gracias.

La América. Nueva York, julio de 1884.

LIBROS DE HISPANOAMERICANOS, Y LIGERAS CONSIDERACIONES

Sobre la mesa tenemos, esperando turno, un grupo de libros de autores hispanoamericanos, que a cualquier pueblo fueran motivo de honor. Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecernos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo es, América, aun cuando no quisiera serlo: y los hermanos que pelean, juntos al cabo en una colosal nación espiritual, se amarán luego. Solo hay en nuestros países una división visible, que cada pueblo, y aun cada hombre, lleva en sí: y es la división en pueblos egoístas de una parte, y de otra generosos. Pero así como de la amalgama de los dos elementos, surge, triunfante y agigantado casi siempre, el ser humano bueno y cuerdo; así, para asombro de las edades y hogar amable de los hombres, de la fusión útil en que lo egoísta templa lo ilusorio surgirá en el porvenir de la América, aunque no la divisen todavía los ojos débiles, la nación latina; ya no conquistadora, como en Roma, sino hospitalaria.

El fasces romano se ha clavado en la tierra; y, al calor de la América, enramado y florecido: a su sombra se juntan los hombres. Mucho pensar es, de tener unos cuantos libros sobre la mesa; pero los libros son serios y buenos, y dan orgullo y gozo; y luego, que en meditando en América, los pensamientos se inflaman, relucen, triunfan y caracolean, y son bandera, palma y lava.

Este: ¿qué libro es este? En tierras en que se habla el castellano, como el alma tiene más de mariposa que de bestia famélica, y vive de mieles; y el suelo da lo que se necesita, y lleno el espíritu de generosidad y ternura, del suelo se necesita poco,—han escaseado las ciencias, hijas de las necesidades humanas, que obligan a la pesquisa y a la observación, y de cierta disposición tranquila de la mente, que entre ojos negros y palmeras de sombra calurosa, no anda casi nunca desocupada. Hambre e invierno son padres de ciencias. Por lo que no hay que buscar en castellano muchos vocablos científicos,—y el industrioso y erudito cubano, Néstor Ponce de León, hace bien en ingerir, con discreción y propiedad, la lengua corriente y necesaria de la industria y el comercio en el idioma español, para expresar los estados del alma muy propio y rico, pero lastimosamente escaso de la verbología moderna. Y como no se ha de decir que para vivir entre los hombres es bueno desconocer su lengua, sino aprender a hablarla, y hoy los hombres se han apeado del caballo de batalla, y se están montando sobre arados y ruedas dentadas, es libro de mucho alcance y servicio el *Diccionario Tecnológico,* que con miras y materias más vastas que las de todos los diccionarios de ciencias o artes hasta ahora conocidos, escribe desde su librería de Broadway, el cubano Ponce de León. Ya se anuncia el *Diccionario de*

Regímenes, de un hablista ilustre, que es el colombiano don Rufino Cuervo, notabilísimo filólogo, y como un verdadero filósofo del idioma.

Buena lengua nos dio España, pero nos parece que no ha de quejarse de que se la maltratemos: quien quiera oír a Tirsos y Argensolas, ni en Valladolid mismo los busque, aunque es fama que hablan muy bien español los vallisoletanos:—búsquelos entre las mozas apuestas y mancebos humildes de la América del Centro, donde aún se llama galán a un hombre hermoso, o en Caracas, donde a las contribuciones dicen pechos, o en México altiva, donde al trabajar llaman, como Moreto en una comedia, "hacer la lucha". Y en cuanto a las leyes de la lengua, no hay duda de que Baralt, Bello y Cuervo son sus más avisados legisladores:—lo cual no quita lustre al habla en que con singular donosura dicen literarios pensamientos los varones del Guadalquivir y Manzanares,—ya como Hartzenbusch la acicalen y enjoyen cual a moza en fiesta; o como Guerra y Orbe, bruñen y saquen lumbre a la plata antigua; o como Alarcón, la den matices árabes; o como Galdós, la hagan llorar, y tener juicio a par que gracia con Valera.

Mejor será, antes que entre en regalos la pluma, decir los títulos de los libros que están esperando turno en nuestra mesa.

De García Merou, de la República Argentina, están aquí los *Estudios literarios* en linda edición de Madrid, de casa de Fortanet. Hacen bien al alma, y dan gusto a los ojos, esos libros impresos en letras redondas, y a la usanza antigua. Recuérdanse los tiempos pasados, que por muertos ya son buenos, y parece como que se acaricia la barba blanca de un abuelo hermoso. Merece el libro de García Merou esta edición artística, y se desborda de ella, como de un cesto de plata un ramo de flores. El estilo, con matices franceses, es buen estilo de España; tiene del vino la generosidad, la transparencia y el aroma; y las burbujas, tornasoles y rumor discreto de la espuma. Es un hombre ingenuo que estudia, con mente culta y ánimo libre, la Literatura Poética, no en lo que rima y halaga los ojos, ni en lo que la literatura tiene de rubensiano y carnal; sino en las penas desgarradoras, esperanzas inocentes, y aladas aspiraciones que la animan. García Merou sabe llorar y cincelar, y aquel y este son méritos que van cayendo en desuso, y sobre todo aquel. Conocimiento amoroso y sazonado de las buenas literaturas revela este libro, y esa fuerza de decante y juicio directo que señala a los literatos de raza. He ahí un escritor que se levanta.

Juan Ignacio de Armas, de Cuba, que en pocos años ha ganado renombre de buscador ingeniosísimo y esmerado poeta, registra ahora a Parras y Bernáldez, y Cabezas de Vaca y Garcilasos, y con todos estos venerables pergaminos desmiente, contra lo que San Jerónimo creyó ver, y pintó en su globo

Martin Behaim, que haya habido antropófagos jamás. Alegato ameno es esta *Fábula de los Caribes,* y no hay que decir que es victorioso, porque el que está con la naturaleza humana, está en lo cierto. Los datos que tantos otros historiófilos abalumban y revuelven sin orden, aquí van diestramente conducidos, como si los llevase capitán amaestrado, hasta que llegan a dar de sí, como sin esfuerzo y de manera inevitable, lo que el historiófilo quiere que digan. Y de vez en cuando, una sutil ironía aguza un pensamiento, y otras veces, una severa justicia realza un detalle minucioso. Este Juan Ignacio de Armas vivió en Caracas unos cuantos años entre los grandes de la mente de todas las edades; y de andar entre libros, llegó a tener su color y sabiduría. Es perspicacísimo de naturaleza, y de aquellos que tienen la noble y desusada capacidad de poner por encima de sí mismos, y sacar salvo de todo, su amor al estudio;—títulos dan los reyes; pero de ennoblecimiento de alma, ninguno mayor que el que se saca de los libros. Las ideas, purifican. Venir a la vida usual después de haber estado del brazo con ellas por bajo de los árboles o por espacios azules, es como dar de súbito en el vacío. Una ademementada angustia se apodera de la mente en el primer instante del choque. Y se sigue caminando adolorido, hasta que se ve al fin que los hombres son buenos y se está bien entre ellos.

La América. Nueva York, julio de 1884.

UNA NOVELA EN EL "CENTRAL PARK"
INTELIGENCIA DE LAS OROPÉNDOLAS

La América suele, para reparar en el comercio de la naturaleza las fuerzas que se pierden en el de los hombres, salir a paseo por donde hay árboles coposos: y gusta de ver cómo los soles del verano disponen de igual manera al amor a los hombres y los pájaros, y cómo estos revolotean en torno de las ramas, cual las imágenes, sueltas por el aire a modo de halcones de cetrería, danzan y giran, de vuelta de sus excursiones, en torno de la frente.

Por los lugares menos concurridos del "Central Park" suele pasear *La América:* que más le contentaría andar por selvas naturales, libres y robustas, que por jardines mondados y pulidos. Y allí tuvo ocasión de ver dos pajarillos que por su discreción se han hecho famosos.

La oropéndola es ave diestra e inteligente, y esta pareja de ellas lo es mucho.

Parecía que se veía trabajar al propio pensamiento cuando se les veía hacer su nido: como la observación va cogiendo hechos, y vaciándolos en la mente, que los reúne y trenza, y da luego en idea compacta y sólida, así recogían las

oropéndolas hojas fibrosas, pedúnculos y gramas, y trabajaban su nido con ellas.

Iban y venían, como copos de oro: y como el pico, mayor que la cabeza, lo tienen ancho y recio, y son diligentes y busconas, el nido iba de prisa. Pero a poco observaron que la rama de que lo habían colgado era muy débil y se venía al suelo, a punto que ya tocaba el césped: lo que da miedo singular a las aves que, espantadas acaso del tiempo en que vieron sobre la tierra, no quieren que sus hijos nazcan en ella, y se interrumpa su camino al cielo.

Aletearon y piaron querellosamente los dos pajarillos. Se paraban en otra rama, y se movían en ella. Se juntaban como para consultarse, y separadamente, como para buscar, se perdían por el ramaje espeso.—Y volvían con tristeza, como dos esposos desdichados, a posarse sobre la rama débil.—Con el nido a medio fabricar, lleno ya de sus esperanzas y devaneos ¿qué harían ahora?: ni del amor impaciente, que les agitaba de adentro del pecho su plumaje de oro,—de su creador amor, qué harían? Porque el pájaro, más sabio que el hombre, no engendra hijos sino después de haberles procurado casa.—Ala contra ala seguían gimiendo los dos pajarillos.

De pronto, saltan sobre una rama que estaba como a unas quince pulgadas por encima del nido amenazado; la oprimen con el cuerpo y la sacuden; tienden sus cabecitas a la rama de abajo, como para medir bien la distancia; pían con menos dolor; unen un instante sus picos, y, por lados contrarios, vuelan.

Ya era de noche, y a la mañana siguiente se vio la maravilla. ¿Qué habían hecho las dos oropéndolas? ¿Llevado el nido a la otra rama? ¿Comenzado un nido nuevo? ¿Suspendido el amor hasta tenerle fabricada la casa? ¡Oh, no; que los novios no tienen espera!—Muchos pájaros saben tejer y anudar, y algunos, como el tejedor de la India, juntar por los extremos una hoja grande, en forma de embudo, y llenarla para recibir sus huevos.—Y estas oropéndolas amables y traviesas habían hallado por el suelo piadoso un trozo de cordón, pasándolo por encima de la rama fuerte, y sujeto con sus dos extremos colgantes las alas del nido, a donde ahora, en silencio, están calentando sus huevos.

Como tienen las plumas amarillas, se ve, por encima del nido, como una espuma de oro.

La América. Nueva York, julio de 1884.

FRANCISCO GREGORIO BILLINI

La República Dominicana, que en pruebas duras de la fortuna ha mostrado épicos alientos, acaba de elegir para su presidente al general Francisco Gregorio Billini. Goza fama de bravo, desinteresado y modesto. Ha peleado en los

bandos de su patria; porque en las sociedades nacientes, víctimas siempre de los caudillos brillantes e intrépidos, el Derecho tiene, si no quiere morir de desuso, que ayudarse de la fuerza. Billini ha estado al lado del Derecho, y cuando ha triunfado, ha sabido esquivar los puestos públicos.

Nació en año famoso para los dominicanos, en que el noble Juan Pablo Duarte alzaba bandera de guerra contra la gente haitiana, y Santo Domingo requirió y ganó en Ocoa su independencia. Cuantas veces se ha entrado luego Haití por tierras de Santo Domingo, ha vuelto atrás azotada.

Y cuando España se echó de nuevo sobre la isla indómita, soldados tenaces hubo; pero ninguno más que el joven Billini. Baní es tierra de bravos, y él fue jefe de Baní. El general Luperón hizo entonces de él su secretario. Cayó Billini en manos de las tropas de España, y fue canjeado a poco por prisioneros españoles.

Más que los naturales, los genios de la tierra parecían aquellos fantásticos soldados dominicanos. Dijérase que los auxiliaban en su campaña contra la invasión española poderes maravillosos. Las ramas de los árboles se volvieron soldados. Y si no hubieran tenido los dominicanos otras armas, se habrían arrancado los dientes. El pelear, de haber sido necesidad, se hizo vicio; y a la victoria contra el español siguieron las guerras intestinas, en que no se encontró nunca a Billini del lado de los que sofocan el pensamiento, ponen la ley debajo del puño de su machete, y concitan los ánimos de la gente ignorante contra los extranjeros laboriosos.

Obligado a dejar el país cuando Báez lo mandaba, se unió a Cabral tan luego como este se alzó en armas, y con él peleó seis años, hasta que ocupó González la presidencia, en que no pudo obtener que Billini ocupase empleo alguno.

Entró luego Espaillat a presidir, invocando la urgencia de aplicar a los trabajos de la paz liberal las fuerzas que los dominicanos venían consumiendo en guerras, en apariencia mezquinas, por más que fueran forma natural de la inevitable contienda que en los países nacientes surge, entre las personalidades fuertes y bravías que asaltan el mando, y los hombres de pensamiento, previsión y justicia que se les oponen. ¡No hay luchas más nobles que estas pequeñas guerras! Quien las mire por encima del hombro, medite en ellas. ¡Bien idas están y no vuelvan nunca, ni para Santo Domingo, ni para ninguno de nuestros países! ¡pero no se quiera hacer de ellas culpa ignominiosa de las repúblicas que en la misma frecuencia de esos combates tienen acaso su mayor timbre de decoro! Allí donde se ha peleado menos, el carácter tardará más en desenvolverse, y los hombres han adquirido hábitos funestos: donde se ha peleado más, se ha

andado más aprisa: se ha pasado por lo inevitable, y se está llegando antes a lo útil. Así dan mejor fruto los campos bien regados.

La gente de González tenía sitiada a la ciudad de Santiago de los Caballeros durante el mando de Espaillat, y a los habitantes en gran angustia; Billini puso en fuga a los sitiadores, y entró en triunfo con gran regocijo público en la ciudad libertada. Pero Espaillat vino abajo; y Báez después de largas guerras, entró en 1878 a la presidencia. Billini movió a las armas a sus amigos y soldados de la ciudad de San Cristóbal, y al cabo de un mes entraba en la ciudad de Santo Domingo con el general Guillermo, bajo el cual fue vicepresidente de la República y ministro de Hacienda. Fue luego presidente del Senado, y electo más tarde miembro del Congreso, abogó calurosamente porque se celebrase un tratado de reciprocidad con los Estados Unidos, cuyas instituciones ha observado de cerca, y cuyo progreso material estudia con empeño.

Escribe con facilidad y elegancia; novelas y dramas corren con nombre suyo, y quien visita su casa, al punto conoce, por el gran número de libros sobre educación que halla en librerías numerosas, que está en casa de un hombre estudioso y sensato, que sabe donde reside nuestro mal, y trabaja por curarlo. Las matemáticas tienen su progresión geométrica, que acelera las cantidades y las sube a maravillosa altura: la naturaleza humana tiene la educación.

El Padre Meriño hizo a Billini durante su mando ministro de la Guerra; y a juzgar por la animación con que ha apoyado su candidatura muy buena parte de los periódicos del país, el general Billini goza en la república de extensas y vivas simpatías. Nos las inspira a nosotros, no tanto por ser persona de espada, que solo en defensa de la patria, de la libertad y del honor debe sacarse de la vaina, aunque es bien que repose mientras pueda en ella, cuanto por ser persona dada a las letras, cuyo culto suaviza y eleva. A menudo publican los periódicos dominicanos correctos trabajos del nuevo presidente; y el título del periódico de que es fundador y propietario, y es por cierto excelente, *El Eco de la Opinión,* parece asegurar que el general Billini pertenece a ese grupo de hombres para quienes no es el gobierno una granjería sino una comisión que debe cumplirse sencilla, imparcial y honradamente.

José Martí

La América. Nueva York, septiembre de 1884.
[OC, t. 8, pp. 193-195]

EL CARBÓN
SU IMPORTANCIA Y SU OBRA

En presencia de un sabio, cuenta algún escritor moderno, exclamaba un joven: “Felices las tierras en donde Dios puso abundantes minas de oro y de plata”; a lo cual contestó el sabio: “No, esas no son las tierras felices, felices son las ricas en carbón y en hierro”. La historia del desarrollo de la civilización humana corrobora este aserto: que los pueblos grandes y los pueblos poderosos viven y prosperan allí en donde pródiga la naturaleza rinde el carbón y el hierro al trabajo asiduo, y no en donde la rica veta del metal precioso brinda su fruto. Por cientos de miles de toneladas, el carbón, de que ahora queremos ocuparnos, es extraído todos los años, y cada día aumenta la demanda que de él existe, pues la industria lo requiere en todos sus ramos, y el campo de la industria crece a ojos vista, sin que la más osada imaginación se atreva a vaticinar cuál sea su límite, si límite puede suponérsele, ni cuál el alcance de su vuelo.

Siglo de ferrocarriles, de electricidad y de maquinaria es el nuestro, y de todo eso es alma el calor, para producir el cual necesitamos el carbón.

Al ver el inmenso consumo que de él se hace pudiera temerse que se llegara a agotar, si no supiésemos que la naturaleza no es más que un inmenso laboratorio en el cual nada se pierde, en donde los cuerpos se descomponen, y libres sus elementos vuelven a mezclarse, confundirse y componerse, pudiendo, en el transcurso de los siglos—que son instantes en la vida del mundo—volver a su antiguo ser, a colmar los vacíos que el hombre haya causado, por otra parte imperceptibles en los inconmensurables depósitos del globo.

Tres formas tiene el carbón, que son el carbón propiamente dicho, que se nos presenta más abundante, que cualquiera de las otras manifestaciones del mismo elemento, en la hulla, el grafito, cristalización amorfa, de que hacemos nuestros lápices, y en el diamante, el cristal perfecto, la más hermosa de las cristalizaciones del mundo mineral. Siguiendo la bella expresión de Haüy, fundador de la mineralogía moderna, y que tenía más de poeta que de hombre de ciencia, de que los cristales son las flores del reino mineral, podemos decir que el diamante es la rosa de ese jardín, el más hermoso, el más brillante de todos.

Inútil sería extendernos sobre los innúmeros empleos de la hulla; cualquier niño de escuela puede enumerar muchos de ellos, desde el servicio que presta en el hogar doméstico, hasta el desarrollo de su fuerza poderosa que impele nuestras locomotoras, nuestros barcos, e ilumina nuestras ciudades. La aplicación del grafito es relativamente limitada y pudiera suplírsele, así que tampoco queremos fijar en él mayormente nuestra atención. Pasemos al diamante.

En punto a utilidad práctica poco tiene, aunque alguien ha dicho que lo bello es siempre útil. Sin embargo, es de todas las manifestaciones del elemento que nos ocupa, la más apreciada, y de todos los objetos conocidos del hombre aquel que en más alto grado se estima y por el cual se pagan precios más subidos. Un trozo pequeñito que puede encerrarse en la palma de la mano, vale cientos de miles de pesos, valor que le da a su rareza ese gran factor social, causa de más esfuerzos y luchas que ninguna pasión, que se llama la vanidad humana.

Disuelta una sustancia dada en su correspondiente líquido y saturado este, ha logrado la ciencia, aplicando sus métodos, cristalizar la mayor parte de las sustancias sujetas a esas leyes. Esos mismos espíritus que en la Edad Media buscaban la piedra filosofal, una vez que hoy está demostrada la insensatez e imposibilidad de tal pretensión, se han dado a buscar con ahínco la cristalización del diamante. Primero fue preciso hallar el solvente para el carbón puro; tócanlo sin afectarlo en lo mínimo los ácidos y reactivos más poderosos, y solo se disuelve en el hierro líquido a 1 200^{0} de temperatura; ya está el solvente, sí, pero tras de tanta expectativa, en vez del cristal hermoso, límpido y luciente, se halla el grafito negro lustroso y amorfo, que refleja la luz, sin quebrarla y darle paso, como lo hace en relámpagos de oro y de azul su hermano el diamante.

Desde que merced a los descubrimientos de Priestley y del infortunado Lavoisier, a quien el Comité de Salud Pública negó quince días más de vida para terminar sus experimentos, se fundó la ciencia química y se sepultaron para siempre en el olvido las divagaciones de la alquimia, la busca de la piedra filosofal, que fue el esfuerzo constante de esa cuasi ciencia, no ha preocupado más a los hombres.

El oro es un elemento simple y para sacarlo de la retorta o del crisol, es preciso haberlo puesto allí, pero el diamante es la manifestación de otro elemento simple que conocemos, que podemos manejar a nuestro antojo, y lo que con él se desea hacer es algo que con muchos otros cuerpos se hace todos los días, así pues, si la piedra filosofal puede considerarse como un sueño disipado, la fabricación artificial del diamante es un triunfo posible para la ciencia que tarde o temprano se ha de obtener.

En su *Recherche de l’Absolu* pinta Balzac, con la dolorosa maestría de ese escalpelo que le servía de pluma, las luchas y las tormentas de un espíritu preocupado por la fabricación del precioso cristal. En su busca sacrifica fortuna, salud y hasta la paz del hogar, vese forzado por la necesidad a abandonar sus experimentos, y al volver años después a su laboratorio, teatro de su actividad, halla que el resultado que tanto había anhelado se ha obtenido, pero durante su

ausencia, sin que le fuese posible ver las huellas del genio de la naturaleza que terminó la obra, objeto de sus ansias, y se retiró llevándose su secreto.

Pasada una corriente de azufre en estado de vapor sobre carbones enrojecidos se obtiene un líquido de fuerte olor, compuesto de carbón y de azufre, denominado sulfato de carbón, que parece diamante líquido, pues tiene su brillantez y su transparencia, parece que de ahí al diamante no hubiera ya sino un paso; mas vanos han sido todos los esfuerzos hechos para obtenerlo. Separados los dos componentes por la corriente eléctrica, en un electrodo se deposita azufre amarillo y carbón negro en el otro.

La alquimia, que acaso tuvo su cuna en el antiguo Egipto, que vino a España con los árabes, y que con sus misterios, sus compuestos y sus venenos parece un ave negra cuyo nido está bien colgado en el viejo torreón derruido del edificio tambaleante de la Edad Media, mitad castillo feudal, mitad monasterio, cuenta entre los resultados obtenidos en la busca del precioso metal numerosos conocimientos útiles y preciosos.

Desde Raimundo Lulio hasta Priestley, Lavoisier y Dalton median casi mil años, durante los cuales los alquimistas fueron acumulando grandes conocimientos, que permanecían aislados, como los eslabones sueltos de una cadena. Fue el descubrimiento de la verdadera naturaleza de la combustión, la aplicación de la balanza al análisis, y esa hermosa teoría especulativa que supone el átomo y le da—como a deidad india—numerosos brazos para enlazarse a otros átomos, fue, decimos todo esto, lo que soldó los eslabones de esa cadena y la hizo firme y segura juntando los mil restos del esfuerzo humano, regados como granos de oro, en el regazo inmenso de los siglos. Y asimismo en busca de una meta, se descubren nuevas vías y se obtienen frutos no codiciados e inesperados triunfos. Ese mismo sulfato de carbón, de que nos hemos ocupado, tiene mil aplicaciones industriales en la preparación del caucho, en la extracción de perfumes y de aceites, etc., se le ha ensayado como remedio para el cólera, y acaso, tenida en cuenta la poca temperatura que necesita para evaporarse, 108^0 Fahrenheit, y su enorme fuerza expansiva—mayor que la del vapor de agua—si de él no saca la ciencia diamantes, nos procure un motor más barato que los existentes. Y bien sabemos que el movimiento es fuerza, el movimiento es calor, el movimiento es vida.

José Martí

La América. Nueva York, noviembre de 1884.
[OC, t. 8, pp. 447-450]

[SERIE DE ARTÍCULOS PARA *LA AMÉRICA*]

[1]

De la influencia española en Hispanoamérica.

De la influencia francesa en Hispanoamérica.

De la influencia norteamericana en H. A.

Nótese que no se alían esos ultrahispanos besa los pies con el elemento juvenil, investigador y generoso de España moderna, sino con los cabecillas, solo por su poco número más conspicuos que los nuevos ejércitos liberales y no por mayor mérito, con los cabecillas del espíritu cerrado, e intransigente, con el espíritu moribundo, y por esto mismo viva más vivaz, como la llama de una luz que muere, de la España antigua.

Contra esta traición,—en guardia. Contra esta traición a América y al espíritu americano, contra esta traición a nuestros dolores, a nuestras tradiciones, que aún hacen semejantes gentes profesión de amar para que no se descubra tan a las claras toda su perfidia, o su miopía, porque muchos caen en esto de cortedad de vista intelectual y no de mala intención, contra esta traición a nuestra constitución espiritual y a nuestra misma constitución física, a nuestra naturaleza,—en guardia.

[2]

No hay que rebajar las condiciones que se tienen: sino que equilibrarlas por el realce o adquisición de las que no se tienen. Para dar a los pueblos de la América del Sur lo que les falta, no hay que rebanarles la hermosa imaginación, sino que levantarlos, dotarlos de razón en igual grado. Lo contrario sería mejorar perdiendo. El capital futuro es capital constante en las naciones. Y un pueblo pierde en caudal, no en relación a lo que gana ahora, sino a si lo que gana ahora le impide ser mañana lo que en el cultivo de sus naturales condiciones pudiera ser. Preservad la imaginación, hermana del corazón, fuente amplia y dichosa. Los pueblos que perduran en la historia son los pueblos imaginativos. Y cread el pueblo sumo, rico sin rival en naturaleza, rico sin rival en imaginación, rico sin igual razón, porque la imaginación es como una iluminadora, que va delante del juicio, avivándole para que vea lo que investiga, lo que ella descubre, y dejándolo atrás en reflexiones mientras ella, impaciente, parte a descubrir campiñas nuevas. La imaginación ofrece a la razón, en sus horas de duda, las soluciones que esta en vano sino su ayuda busca. Es la hembra de la inteligencia, sin cuyo consorcio no hay nada fecundo.

[3]

Los hechos son la base del sistema científico, sólida e imprescindible base, sin la cual no es dado establecer, levantar edificio alguno de razón. Pero hay hechos superficiales, y profundos. Hay hechos de flor de tierra y de subsuelo. Y a veces, así como el rostro suele ser diverso del hombre que lo lleva, así la forma superficial y aparente del hecho es contraria a su naturaleza más escondida y verdadera. Y hay hechos en el mundo del espíritu.

Cuando se estudia un acto histórico, o un acto individual, cuando se les descomponen en antecedentes, agrupaciones, accesiones, incidentes coadyuvantes e incidentes decisivos, cuando se observa cómo la idea más simple, o el acto más elemental, se componen de número no menor de elementos, y con no menor lentitud se forman, que una montaña, hecha de partículas de piedra, o un músculo hecho de tejidos menudísimos: cuando se ve que la intervención humana en la Naturaleza acelera, cambia o detiene la obra de esta, y que toda la Historia es solamente la narración del trabajo de ajuste, y los combates, entre la Naturaleza extrahumana y la Naturaleza humana—parecen pueriles esas generalizaciones pretenciosas, derivadas de leyes absolutas naturales, cuya aplicación soporta constantemente la influencia de agentes inesperados y relativos. Sociología Americana. Leyes absolutas de sociología aplicadas a América! Pues digan: Si no hubiera acaecido el descubrimiento de la América—¿presentaría hoy la América el mismo estado que por un hecho absolutamente casual, e individual, presenta? Pretender fijar las leyes que dan forma y que guían al hombre sin contar con el hombre! ¿Sería aquella virginal, sensata, patriarcal, artística América de los indios, de sí propia desenvuelta en tierra propia, juntando y concretando en sí las seculares influencias de un continente fastuoso y sereno scraping, cheating, scratching y las condiciones peculiares y directas de razas esbeltas, perspicaces y afines,—lo que es nuestra América híbrida, con pies monstruosos, con pies de español, vientre de sajón, sangre de indio, corazón envenenado, y cabeza solar y alborotada, llena de esos pensamientos mojados en sangre, fango y hiel, que como sedimento de sus viejas pasiones, le da a beber Europa?

Dóblese sobre el hombre el que quiera revelar las leyes del hombre. Y no sustituyan con la sotana científica la sotana religiosa. La buena fe del intento, la buena tendencia del intento no excusa sus yerros, porque los hace más peligrosos. Se han de estudiar a la vez, si se quiere saber de sociedades humanas, las influencias extrahumanas, los motivos generales de agencia humana, y las causas precipitantes o dilatorias que han obrado para alterar el ajuste natural entre estas dos fuerzas paralelas—o infibraci

[Mecanuscrito en CEM]

[FRAGMENTO RELACIONADO CON LA RENUNCIA DE JOSÉ MARTÍ A *LA AMÉRICA*]

Sin investigar sus ingresos, ni procurar enmendarlo, ruego a V. que me considere eximido del grato deber de redactar "La América", a contar desde este mismo número.—

[ANOTACIÓN SOBRE *LA AMÉRICA*]

N° próximo de "*La América*"

———

Exhibición de Amsterdam
Exposición de Locomotoras.—
Estatua de Bolívar
Exhibición de frutos en Francia.—
Venezuela.—

DISCURSO

[DISCURSO EN HOMENAJE A GREGORIO LUPERÓN]

Y no sabe bien el mismo señor Billini el placer que me da, y el agradecimiento en que me deja, cuando me invita a sacar, de estos labios míos endurecidos y apretados por un estéril destierro, palabras en la fiesta que el cariño de sus compatriotas consagra hoy a este ilustre dominicano. Vivía yo algunos años hace, bregando como siempre por el ensanchamiento del espíritu, y la afirmación y de la luminosa alma de América; vivía yo hace algunos años, ya en las postrimerías penosas de la guerra de mi patria, con todos sus dolores despiertos como leones en mi pecho, y todos sus héroes andándome, con sus plantas de luz, sus manos abiertas suplicantes y su corona de espinas ensangrentadas a la espalda; vivía yo sobre ortigas encendidas, como se vive siempre lejos del país propio, en la lejana capital de Guatemala, de aquella tierra que ostenta en sus selvas y en su escudo, el quetzal de plumaje esmaltado y

alma fiera que, cuando pierde la libertad, hunde la cabeza, y muere: bien así como Santo Domingo indómito, ese pueblo quetzal. Y allá en Guatemala me enseñó un buen cubano, una noche en que apretada la garganta y secos los ojos, hablábamos de las glorias y desdichas de n/ tierra, una carta en que el caballero Luperón explicaba, con ese cariño por las causas débiles que es dote exclusiva de las grandes almas, explicaba humilde y tiernamente los impulsos que le habían movido a tributar honras fúnebres a aquel cubano de espíritu templado a fuego sobrenatural, a Ign Agramonte. Me puse en pie, como si Luperón estuviese delante de mí, a apretarle las manos; le di asiento en mi corazón, donde se sientan pocas gentes, y contraje con él una deuda de ternura y afecto que le pago esta noche.

Abomino los odios fanáticos, tanto como amo los corazones generosos. La libertad de mi patria, quisiera verla surgir de entre alas, no de entre charcas de sangre; pero a mi tierra la llevo en el alma, como a una hija querida, y a quien me ha admirado y consolado a mi tierra, y dado favor y cariño a sus hijos, a raudales le doy esta alma mía, para que haga con ella lo que quiera, ya que ella es tal que no dejará nunca que se haga de ella nada malo, y en un abrazo que no se acaba, aprieto a mi corazón al hombre generoso que puso una corona de sus flores libres en el ataúd de nuestros muertos, y dio amparo y calor en sus horas de desdicha a estos otros muertos, los desterrados!—

Tiene el mundo dos razas: parecida a los insectos la una, la de los egoístas; resplandeciente, como si en sí llevara luz la otra, la de los generosos. Los unos lo sacrifican todo: patria, amistad, estimación, hasta estimación de sí mismos a su beneficio y contentamiento; los otros, aunque en las horas de sosiego puedan pagar tributo a los apetitos y flaquezas de la naturaleza humana, cuando la hora del atrevimiento y la grandeza suena, cuando el honor humano o el honor patrio están en peligro, como arrebata el viento una paja, se sacuden de los hombros todas las preocupaciones, conveniencias o intereses que puedan estorbarles, y alegres como águilas libres, se arrojan apretadamente a la pelea, camino de la luz. La vida les es grata; pero no con el pensamiento en cepos, las miradas medidas, las mejillas abofeteadas, los afectos en disfraz, toda el alma en bochorno. Y para gozar de la vida, que solo es amable cuando es noble, se decide a conquistarla. ¿Necesitaré deciros, Sres., que tenemos delante a uno de estos hombres desinteresados que ha pagado con su propio cuerpo el precio de su libertad, y con sus propias manos ha desembarazado de su vestido de hierros a su patria, y vuelto a sus llanos apacibles, a sus montañas ilustres, a sus tupidas espesuras aquella ingenua luz de pueblo nuevo que brilló sobre los vestidos de colores de los infortunados caciques de Jaragua?

Ni sería fácil contener la profunda alegría que un detalle, que era antes una ignominia, debe inspirar aquí, y fuera de aquí, todos los corazones. Ved el color del rostro de nuestro huésped, y ved el nuestro. Ved por encima de nosotros, como una paloma hecha de estrellas, la luz de la esperanza. Todos los hombres de bien, cualquiera que sea su color, son hombres blancos:—no hay ya más hombres de color, aunque sean blancos, que los egoístas y los necios. Un potentado estéril, un hijo vagabundo de casas titulares, un galancete empolvado, una vulgar persona, que se labra sus rentas y las consume pacíficamente ¿serán más estimables, por venir de las razas glaciales, donde ni las almas ni el Sol brillan, que aquellos hombres bravos, inteligentes y virtuosos que llevan todavía en la tez el color casual de las razas apasionadas que el Sol tuesta? Y qué brazo tan fuerte, qué virtud tan segura, qué piedad tan grande no necesitan tener los hombres de color para abrirse paso por entre tantas resistencias y preocupaciones, solo para los que las alimentan vergonzosas.—Por lo mismo que la hemos ofendido y descuidado tanto, y reducido a la miseria espiritual de que hijos ilustres la están ya redimiendo, por lo mismo debemos apresurarnos con las manos llenas de bálsamo y el corazón henchido de ternura, a curar las heridas y dirigir con cariño la raza negra en sus extravíos, como los padres desamorados que oyen al fin la voz de la Naturaleza disculpan y soportan con paciencia los errores necesarios de los hijos que abandonaron, en el nicho de una pared o en el umbral de una puerta, al capricho del destino. ¡Las puertas del alma se abren de par en par a la raza que estuvo en prisiones y ya vuelve!—El banquete humano estaba solitario, porque por la fuerza y por la iniquidad quedaba fuera el más adolorido de los comensales. Tierra pequeña es la República Dominicana pº tierra grande. Ella reconoce y practica el derecho, a pesar de sus convulsiones y rivalidades de pueblo naciente, con una generosidad, firmeza y sencillez que deben captarle el aprecio entusiasta de los que no reservan sus celebraciones para aquellos que pueden remunerárselas con intenciones y provechos, ni procuran en la vida más gloria que el gozo de ver brillar en toda su pureza el astro humano!

Yo no sé qué simpático atractivo, yo no sé qué paternales impulsos, me llevan a mirar como mías propias las bravuras, padecimientos y esperanzas de la tierra dominicana. Hija favorecida me parece de América, que no escribe poemas; pero los hace; que recogió de sus dominadores unas cuantas ruinas, y aposentados en ellas como búhos los odios de raza, y está amasando con ellas a toda prisa un pueblo:—que ha advertido que la condición de la felicidad es el trabajo—, la libertad del individuo, la condición de la libertad de la República, y el dominio integro de su territorio, ni participado, ni hipotecado, la condición de su

ventura actual y su grandeza futura. Yo no sé si será porque el aire de los pueblos se nutre, como del aroma de las flores, de las almas de los que en ellos batallan y padecen y con amor de padre vagan luego en la atmósfera, descendiendo y filtrándose en sus hijos con los rayos de sol que los despiertan al trabajo o con la lluvia benéfica que se los remunera. Y así se habrán mezclado en sus vidas aires de las almas de Sto. D. y las de Cuba. Que será, no lo sé; o no será, no lo sé, a no ser que sea ese placer de ver crecer y acreditarse en todas partes del Universo al ser humano, y alcanzar triunfos que parece que están por encima de las dificultades que le cercan; pero cdo lo que fue y lo que es veo y lo que va a ser, me parece que miro a aquel delicado niño Guarocuya, que con tan suaves y serios colores pinta el sr. Galván en su *Enriquillo,* levantar en los pobres de las islas serviciales y triunfantes, una montaña—un fustán—un cubil de flores y de frutos, en que se mira el Sol con regocijo.—Y acá tengo, sentado frente a mí al que en aquella tierra ha alcanzado influjo y poder bastantes para hacerle mucho mal y mucho bien, y ha preferido hacerle bien.—Es mucho más grande que un tirano el q. no ha querido serlo. La luz de la Libertad lo viste. El amor de un pueblo le acompaña. Le sigue por todas partes la admiración de los hombres honrados.—Honor, sres., a la tierra de Sto. D., que no admite déspotas, y al general Luperón, que con tales hijos suyos, siente amor de madre celosa y arrebatada, por su patria.

[Manuscrito en CEM]

ÍNDICE GENERAL

1884. *La América*

La Edición Crítica de las *Obras completas* de José Martí (1853-1895) recoge sus manuscritos e impresos conocidos hasta hoy: proclamas, discursos, manifiestos, comunicaciones, dedicatorias, cartas, correspondencias periodísticas, crónicas, artículos, ensayos, narraciones, obras de teatro, poemas, semblanzas biográficas, traducciones, dibujos, borradores, fragmentos de escritos y cuadernos de apuntes.

El contenido de los tomos se ha ordenado y combinado por fechas, temas y géneros, apreciando tanto la evolución y línea del pensamiento martiano como el paralelismo de su accionar político, periodístico y literario, simultaneidad que empieza a manifestarse a partir de los años 1875-1876, para intensificarse posteriormente. Organizar cronológicamente los textos nos permite observar esa evolución del pensamiento martiano, pero —a su vez— separa en diferentes tomos grupos de textos que habitualmente (y por deseo expreso del autor en su carta devenida testamento literario) se han presentado juntos, como ocurre con las Escenas norteamericanas y las Escenas europeas.

La confrontación de los textos con sus originales —o variantes de estos— ha conllevado a la natural rectificación de erratas, así como la fijación del texto más permisible. Los escritos de época han suscitado convenciones editoriales, atendiendo a los modernismos en la ortografía y el lenguaje. La peculiar puntuación martiana ha sufrido modificaciones imprescindibles, pero siempre respetando la intencionalidad del autor.

Estas *Obras completas* son fruto de la colaboración de investigadores y editores del Centro de Estudios Martianos, expertos conocedores de la obra y de la caligrafía de Martí, estudiosos de la obra martiana en el mundo y numerosas instituciones, que han convertido esta "obra" en reflejo de la sentencia que incluyó Juan Marinello, en 1963, en su prólogo a la edición de las *Obras completas* de la Editorial Nacional de Cuba: "Una edición crítica es el hombre y su tiempo —todo el tiempo y todo el hombre—, o es un intento fallido".